

Compiladores Felipe Gómez Patiño, Andrea Restrepo Hernández, Danny Jean Paul Mejía Holguín



Autores y heterónimos

María Paulina Agudelo Jiménez, Jules Leblanc

Ana Elena Builes Concepción Padilla

Angie Lijhem Dimas de la Cruz, Alina del Azar

Andrea Giraldo Ramírez, Gonzalo Romero

Danny Jean Paul Mejía Holguín, Conrado Luna

Felipe Pabón Álvarez, Markolino Dimond

Andrea Restrepo Hernández, Vulpina Sadir

Andrea Restrepo Hernández y Felipe Gómez Patiño, *Hélix Deneb*

Felipe Gómez Patiño, Tamashi Akeru

Pablo Alejandro Torres Estrada, Najevat Rouniusee

Luz Valeria Torres Ochoa, Gala Índigo

Miguel Alfonso Vargas Rodríguez, *Bertono Olapa*





Cygnus. Memorias de una ciudad

Compiladores

Felipe Gómez Patiño Andrea Restrepo Hernández Danny Jean Paul Mejía Holguín C863 C995

Gómez Patiño, Felipe, compilador

Cygnus: memorias de una ciudad / compiladores Felipe Gómez Patiño, Andrea Restrepo Hernández y Danny Jean Paul Mejía Holguín -Medellín: UPB. 2022.

450 páginas, 14 x 21 cm. (Club de Escritores, 56)

ISBN: 978-628-500-027-0

1. Literatura - Colombia 2. Cuentos - Colombia I. Restrepo Hernández, Andrea, compilador II. Mejía Holguín, Danny Jean Paul, compilador III. Título - (Serie)

CO-MdUPB / spa / rda SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Cygnus. Memorias de una ciudad

ISBN: 978-628-500-027-0

DOI: http://doi.org/10.18566/978-628-500-027-0

Primera edición, 2022

Escuela de Educación y Pedagogía

Facultad de Educación

Programa de Licenciatura Español-Inglés

CIDI. Grupo: Producto de investigación creación adscrito al proyecto de

investigación Hipertextualidad Expandida, radicado 391C-11/18-50, correspondiente a la Línea de Investigación Cultura, Lengua y Literatura del Grupo de Investigación Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía de la UPB.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:

Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: María Isabel Arango Franco Corrección de Estilo: Eduardo Franco Ilustración portada: Santiago Mejía Álvarez

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2022 Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2171-03-02-22

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



Prologus	9
Parte I	18
¿Así se siente el olvido?	
Me abriste los labios	
Buenos días, Sr. Deneb	
Si alguien está buscando	
Algo está pasando	
Albur	
Bonne chance	40
Lo que necesitaba: otro inicio	44
No me llames por mi nombre	49
Era un día más	54
Hélix, querido, mi nombre es Índigo	57
Markolino Dimond	
Parte II	66
Llenos existenciales	67
Su brillo camaleónico	72
Otro acertijo para un viajero atrevido	75
Nuevos aires	
La ciudad de mármol	83
Bang Bang	87
Un Lieu	91
Un buen café y poca azúcar	95

Cygnus. Memorias de una ciudad

Sueño interpretado	98
El renacer del caminar	105
Hélix, querido, he estado triste	111
La estúpida levedad de los títulos	
PARTE III	121
Un espectador perdido	
Te reservé mis senos	
Cordialidad con las visitas	
Olor	145
Escarbando memoria ajena	148
Cecilia	152
Un bon vin	159
El viejo como punto de llegada	163
Sin muerte no hay resurrección	
También me enamoré	178
Hipótesis, querido Hélix	182
Markolino, al otro lado del espejo	186
PARTE IV	193
Dudar, vacilar, fluctuar confiar	194
Fantasías en exceso	
Tablero de tiza difuminada	205
Rituales cotidianos	209
Un callejón, dos siluetas	212
Rincones	216
En haute mer	219
A. A	223
Confesiones sin consuelo	233

Contenido

La escalera tiene tonos	249
Hélix, querido mío, solo encuentro dudas	
en mis certezas	252
PARTE V	254
Las enfermedades del alma	
Gemidos cruzados	
Cosas que recuerdo haber perdido	
Roller-coaster	
Mi enfermedad es una casa que se desvanece	
Patíbulo	277
Mes rêves	281
Contagiémonos	284
Sin voz para clamar	
PARTE VI	304
Chronos y Ananké, ¿tanto para qué?	
Nace la marea alta	
Vivir la muerte que nos queda	
¿Cuál es el fin de la carrera?	
En el mar	
Alevosía	
Pourquoi, Hélix? Un café, dos cafés,	020
aquí estoy para siempre	333
Mmoeira	
WIIIOEII a	550
PARTE VII	343
Siempre habrá razones para todo,	
pero no todo será razonable	344

Cygnus. Memorias de una ciudad

Se seca mi arroyo	362	
Silencios necesarios	366	
Soy como usted, Hélix	369	
Los días en la ciudad se desvanecen	372	
Agonía		
Rêve en grand		
Y ahora, ¿qué?		
Versiones sobre el culpable		
Parte VIII	396	
Huellas del ayer que olvido sin placer		
La última faena		
La última cita		
Al fin y al cabo		
Memoria del olvido		
¡Agur!	424	
À jamais		
<i>Cygnus</i>		
Cara a cara		
Jaque mate		
Vientos de silencio, infinito y ausencia		
Bibliografía	445	
Musicología (Markolino, the imposter.	440	
Textual Picture Official Soundtrack)		



Óscar Hincapié Grisales

Tal vez algunos lectores todavía recuerdan los cuadernos escolares de cartón flexible que en la contracubierta traían impresas no solo las tablas de multiplicar, sino las propiedades de las matemáticas que, durante los años de la educación básica, los profesores en Colombia explicaban a los niños con una devoción casi evangélica. Aún conservo en la memoria esa época en la que no había internet, ni computadores ni celulares. Un reloj de pulso o un radio de bolsillo eran la máxima tecnología a la que podíamos aspirar los muchachos de aquella época. Cierro los ojos y veo cómo transcurre en mi recuerdo y a toda marcha un desfile de episodios: pasa el grado primero, el segundo, el tercero, el cuarto y el quinto de primaria, y veo a las señoritas Susana Aguirre y Fabiola Bedoya y a los señores Óscar y Gustavo (no logro evocar sus apellidos) dibujando signos y escribiendo números entre paréntesis con tizas de colores en un tablero de madera verde. Están enseñando las propiedades conmutativa, asociativa y distributiva.

Hoy pienso cuán difícil debió haber sido para ellos explicar los misterios de las matemáticas (con ese título las presentaban, quizá para hacerlas más atractivas) a grupos de 55 niños, cuál de todos más indisciplinado, desde el grado primero A hasta el quinto Z. ¿Cómo se aguantaron aquello? No lo sé. Para mí es un enigma que solo se explica, o por el amor a la enseñanza, o por la necesidad de un salario mensual. Sea por la razón que fuese, debo decir que nos enseñaron bien. He aquí el porqué. De los 1100 bachilleres que nos graduamos del colegio en la época en que Medellín todavía no tenía Metro y algunas de sus calles eran más peligrosas que el spaghetti western en que se enfrentaron a balazos Lee van Cleef y Klaus Kinski, 1000 ingresaron a las facultades de ingeniería, 50 al apasionante mundo de la abogacía, 40 a los programas de comunicación social, nueve no siguieron estudiando: se consagraron a los negocios, y solo uno, yo, me dediqué a las letras.

Hay otra razón por la que mis profesores de matemáticas hicieron una buena labor. La propiedad distributiva, curiosamente a la que más énfasis le hicieron (aún no sé el porqué), todavía la conservo en la memoria práctica. Una vez la apliqué a una novela policiaca para descifrar una trama y el resultado lo expuse en un artículo de análisis literario. También la utilizo a veces en las clases de literatura. Hay que ver, por ejemplo, cómo disfrutan los estudiantes de

posgrado cada vez que les propongo construir frecuencias de aparición en las novelas de Enrique Jardiel Poncela o los ensayos de Jorge Luis Borges o los cuentos de Guillermo Samperio. La propiedad distributiva de las matemáticas, para quienes no la recuerden, se explica así: x (y+z) = xy + xz. A través de un ejemplo se capta mejor: 7 x (8+5) = 7 x 8 + 7 x 5. Más claro no canta un gallo. Pero si la quieren más desmenuzada, como solía decir la profe Susana después de bregarnos por hora y media, tenemos que 7 x 13 = 56 + 35.

De acuerdo con el plan de estudios del colegio, en los tres últimos años de la preparatoria los profesores debían enseñarnos esta misma fórmula y con los mismos números. Dele que dele, año tras año, la misma cuestión. "Aprenden o aprenden estos muchachos", solía repetir el coordinador académico. Sin embargo, cuando llegamos al quinto grado, algunos compañeros afirmaron no haber comprendido aún las propiedades elementales de las matemáticas. Cuando el más atrevido de nosotros levantaba la mano para declarar: "¡Profe, no entiendo, qué pena!", el profe Gustavo, que era de temperamento nervioso, contestaba de forma plural quizá para que el estudiante osado no se ofendiera, pero con una rabia evidente que le hacía temblar la voz: "Si ustedes, jóvenes, después de tantos años no han entendido que 91 es igual a 91, o se están haciendo los bobos o algo muy grave les

está pasando en el cerebro. ¡Pilas pues! ¡Despierten que ya están muy grandecitos! ¡Se les va a mermar la plasticidad!". Gustavo, que era un lector asiduo de la revista Selecciones del Reader's Digest, un día encontró un artículo titulado "El cerebro. El centro de todo". Desde que lo leyó, sus pensamientos empezaron a girar alrededor de la materia gris y sus misterios. ¡Que las neuronas esto! ¡Que la sinapsis aquello! ¡Que la plasticidad no sé qué! Con esta cantaleta nos entretuvo hasta el día en que le dio por decir: "Dios podría ser explicado por la química cerebral de los creyentes". Casi lo echan por ateo. Cómo sería el susto que de repente lo empezamos a ver todos los días entrando al oratorio a las diez de la mañana.

Como nosotros no sabíamos nada del cerebro y menos de las cosas horribles que podían pasar en él cuando la "plasticidad se merma", de su último regaño nos quedó claro que ya se había dado cuenta cómo nos hacíamos los bobos. ¡Pobre Tavo! En efecto, con él actuamos como zopencos un año entero. Le tocaba repetir y repetir y repetir, y el atrevido, a quien llamábamos Dusty por su parecido con el famoso peluquero Dusty Fleming, a quien la revista *Cromos* bautizó como la "peinilla de oro", seguía levantando la mano clase tras clase para decir: "Profe, no entiendo, ¡qué pena!". El resto, por joder, lo secundábamos en cascada: "Profe, ¡qué pena!, yo tampoco". Un homenaje

a todos ellos por la paciencia. Hoy sabemos, profes, lo que les hizo pasar el Dusty Fleming colombiano.

Muchos años después, el semillero de investigación en literatura llamado Aquenarre, bajo el amparo del Grupo de Investigación Lengua y Cultura, que a su vez está adscrito a la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), decidió un día escribir textos narrativos con pretensiones literarias, para lo cual sus integrantes formularon una pregunta sobre la ficción y la realidad en el género de la crónica. Difícil cuestión, sin duda, sobre todo desde que Aristóteles enredó este asunto al separar, de forma tan radical, el concepto de la verdad del concepto de la ficción. El coordinador y los estudiantes de aquel semillero intentaron, durante más de dos años, responder a este cuestionamiento mediante la metodología de la investigación creación, lo cual me parece un acierto, ya que las filosofías analíticas y sintéticas se han visto confundidas en el momento de definir la ficción. El producto es un conjunto de 85 narraciones breves, divididas en ocho acápites, pero enlazadas por una temática y una forma que el lector puede reconocer desde el título general del texto: Cygnus: Memorias de una ciudad. ¿Pero cuál es la relación entre el producto de investigación del semillero Aquenarre con la propiedad distributiva de las matemáticas? Intentaré responder. Si el número 7 en el ejemplo de arriba puede distribuirse mediante sendas multiplicaciones entre los números 8 y 5 sin alterar el resultado de las operaciones, asimismo, dos factores, uno formal y otro temático, se distribuyen en las citadas 85 narraciones que componen *Cygnus*.

Vale la pena subrayar este aspecto, ya que el carácter distributivo del escrito cancela su orden atributivo. Estamos, entonces, ante una escritura distributiva, no atributiva. En este sentido, Cygnus se parece más a un archivo de relatos y reliquias o a un hallazgo arqueológico cuyas piezas están distribuidas en un terreno determinado. El lector, por este motivo, puede comenzar la lectura de la obra por cualquier capítulo, tal como acontece con las novelas hispanoamericanas Rayuela (1963), de Julio Cortázar, o Cuando ya no importe (1993), de Juan Carlos Onetti. En Cygnus, el orden de los 85 componentes poco importa. Lo que más vale en ellos es, en cuanto a lo formal, el manejo del género epistolar. Todas las narraciones están distribuidas en forma de cartas, escritas por personajes que parecen de carne y hueso: no son, por tanto, una idea ni un fantasma, es decir, sienten, viven y sufren como cualquier humano. El lector puede ver en ellos el reflejo de los habitantes de las urbes colombianas. Típicos personajes contemporáneos, egoístas unos, abiertos al mundo otros, el lector podrá ver cómo los actores desfilan de forma incesante por dentro y alrededor de la gran ciudad. Estos caminantes urbanos

son el producto de una tradición literaria colombiana que comenzó a mediados del siglo XX, concretamente cuando empezaron a circular novelas de la ciudad, por ejemplo, *Sin remedio* (1984), de Antonio Caballero, en reemplazo de novelas románticas como *María* (1867), de Jorge Isaacs y novelas telúricas como *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera.

Estos caminantes, sin embargo, no deben ser entendidos como sujetos apresurados o ejecutivos afanados, si bien en algún momento de sus vidas pudieron haber sido lo uno o lo otro. La mayoría de aquellos, en especial desde que reciben una misteriosa carta, simplemente buscan detener el vértigo del tiempo y contactarse con la tierra y el mar. Para algunos, esta búsqueda se hace obsesiva, por eso, son viajeros capaces de recorrer cientos de kilómetros hasta llegar a las aguas del océano; solo allí encuentran la paz en su corazón. Otros personajes, por su parte, toman decisiones, pero inmediatamente sufren por no haber sido asertivos en ellas; tal circunstancia es una señal de la conciencia que desean sacar a flote. Por eso, algunos sufren en silencio en medio del valle que los vio nacer. Bueno, en realidad, no todos los personajes nacieron allí: unos nacieron en Francia y otros desearon haber nacido más lejos. A estos actores los rodean escenarios llenos de sensaciones. que acontecen en los relatos a los que el lector debe ingresar con los cinco sentidos, de lo contrario, corre

el riesgo de perder de vista los elementos constitutivos del paisaje. También invito a quienes tengan este libro en sus manos para que estén atentos cuando entren a los espacios cerrados de *Cygnus* (como casas, habitaciones, cárceles). De este modo, quizá, puedan captar las penumbras y las luces sutiles que recorren paredes, mobiliario, rostros, cuerpos, calles.

Respecto de lo temático, en las 85 narraciones se distribuye una referencia sobre un personaje llamado Hélix, a quien solo vimos al principio. No contaré nada más acerca de él. Lo que sí formularé será la manera en que, según creo, opera la propiedad distributiva en el conjunto de los textos. A las epístolas las llamaremos E, a Hélix H y a las narraciones $n_{1, n_{2}, n_{3}}$ Es decir, que $E + H(n_{1} + n_{2} + n_{3} ... n_{85}) = E + N(n_{1}) + E + N(n_{2}) + E + N(n_{3}) + ... E + N(n_{85}).$ Lo que pretendo demostrar es que los escritos que componen Cygnus, además de constituir un producto colaborativo de escritura novelada, parten de una base teórica, de una búsqueda, de una reflexión. Estos procedimientos de escritura han sido utilizados en otras experiencias del Semillero Aquenarre y del Grupo de Investigación Lengua y Cultura. Queda claro que los participantes del semillero, tanto su coordinador, el profesor Danny Jean Paul Mejía Holguín, como sus estudiantes, están formalizando axiomas poéticos de escritura a partir del uso estético de una materia prima, esta es, la palabra escrita y

la ficción. Materia y forma, por tanto, se conjugan en este libro de forma dialógica. Invito al lector para que confronte estos materiales literarios y encuentre en ellos el valor formativo que subyace en los ejercicios de investigación creación en el campo de la escritura literaria, sobre todo colectiva.

En estas breves palabras, doy testimonio del esfuerzo constante del profesor Danny Jean Paul Mejía Holguín y de los participantes del Semillero Aquenarre: Andrea Restrepo Hernández, Felipe Gómez Patiño, Miguel Alfonso Vargas Rodríguez, Ana Elena Builes, Angie Lijhem Dimas de la Cruz, María Paulina Agudelo Jiménez, Luz Valeria Torres Ochoa, Pablo Alejandro Torres Estrada, Felipe Pabón Álvarez y Andrea Giraldo Ramírez. También quiero dar un testimonio de agradecimiento a los profesores que nos enseñaron la propiedad distributiva de las matemáticas.



¿Así se siente el olvido?

Queridos lectores, ¿se han tomado un instante de su existencia para detallar el funcionamiento de la cotidianidad? ¿Creen ustedes que hacen parte del porcentaje de la población que no encaja? Ha sido un mes que no termina de cuadrar para mis sentidos y hoy, con la borrasca de preguntas que me llega, considero que algo está pasando en nuestra realidad porque hemos alcanzado un nivel de indiferencia y automatismo alarmante.

Algo me pasó y necesito saber si existe alguien en este mundo que comparta este sentimiento de vacío que me agobia. Sé que olvidé algo. Lo sé porque lo siento aquí adentro. Trato de devolverme, en vano, al lugar que me llevó adonde estoy hoy. No me acuerdo de nada, tampoco sé devolverme adonde estaba en el inicio, no lo logro, ¿alguien más tiene problemas para recordar? Este círculo vicioso me está enfermando todos los días un poco más.

Sé que mi nombre es Hélix Deneb y que tengo veintisiete años. Lo sé porque lo dice un trozo de papel rasgado que encontré en un viejo cajón que titulaba "hoja de vida" y solo tenía esta información. Cuando vi esto me cuestioné la posibilidad de que

una vida pudiera estar en una hoja. También vi que en esa hoja había una foto mía: rostro trigueño, delgado, con mechones de cabello negro revolcados encima de mis cejas pronunciadas, ojos pequeños color almendra y vistiendo ropa heredada de una o dos tallas más de la que realmente me encaja. Allí me di cuenta de que esa vida en hoja era sin duda algo que hablaba de mí... Luego pensé, ¿vida? ¿Pero cuál vida? ¿Habrá sido esto la portada de un libro sobre mí? Es la primera vez que recuerdo preguntarme sobre algo así.

¿Así se siente el olvido? Si no tengo ni un pequeño recuerdo de vida alguna, es porque memoria no tengo y esto es grave; hasta que vi esa hoja y comencé a escribir. Ahora, si había un papel que decía ser una hoja de vida que tenía mi nombre, rostro y edad, era porque el concepto de vida en mí sí existía. Tengo miedo, hay días que me levanto sin saber cómo leer la hora en un reloj o ubicarme en el calendario. La noción del tiempo es aquí una cuestión muy compleja, por si no lo han notado: ya los domingos no son los días de sol ni los lunes son las pesadillas de los oficinistas con horario de ocho a cinco. Al final tuve que meter el trozo de papel de vida en una bolsa transparente y ponerlo en la cabecera de mi cama para no retroceder, olvidar mi nombre y edad otra vez.

Sentado en mi silla giratoria, me di cuenta de que mi apartamento, lugar ubicado en el último piso de un edificio, de un solo ambiente y con vista periférica de la ciudad, estaba lleno hasta el techo de libros impresos, cuadernos y bitácoras escritas a mano, cajas de revistas y periódicos antiguos. Su contenido estaba lleno de historias del tiempo; historias de ciudad contadas por las voces de sus no protagonistas; historias que cuentan la realidad de lugares como el bar de la esquina donde generaciones enteras pasaron sus tragos más amargos; historias de sujetos con oficios del común como el señor que maneja el bus y con su radio llena el ambiente de su gusto musical, o de los atisbos de identidad del señor que pasa vendiendo aguacates con un particular cantado y una pegajosa entonación.

Entre las montañas de impresos estaba oculto un escritorio con un computador, muchas hojas en blanco y un recipiente lleno de lapiceros y lápices que escribían en negro. Leí que el oficio de los escritores es tener libros, papeles, lapiceros, lápices y computadores. Parece que soy escritor, o por lo menos alguna vez lo fui, o por lo menos aparento ser uno. Parece que fui lector porque tengo libros hasta en la nevera. ¿Será que los leí todos? Me gusta creerme escritor y me gusta creerme lector; así que con un pedazo de cinta pegante agregué a mi hoja de vida otro pedazo que decía "Oficio: Escritor y lector". "Soy Hélix Deneb: Tengo veintisiete años y soy escritor", es la consigna de vida

que me impuso una hoja. ¿Ustedes también dependen de su hoja de vida para saber quiénes son?

Algo está pasando y no sé si alguien esté sintiendo lo mismo. Considero importante seguir buscando entre los susurros de las paredes que me guardan y de las calles que me rodean otras nociones que relaten algo de mi supuesta vida. Esto es un llamado a aquellos que se sientan trastocados por este mensaje; esto es un llamado que reta a la memoria y cuestiona nuestra esencia más humana, que sospecho está un poco perdida.

Siento últimamente una falsa individualidad camuflada en el control colectivo que nos ensimisma; algo me dice que esto no está bien. Si piensas parecido y sientes que necesitas dilucidar lo que pasa aquí, te invito a ti, querido lector, a que me respondas a cualquiera de las direcciones, electrónica o de domicilio, que están al reverso de este mensaje. Cuéntame, en primera instancia, la historia de adquisición de este mensaje y añade una respuesta a la pregunta, si tienes conciencia de ello, ¿quién eres?

Este es un mensaje sin destinatario fijo, pero que espera más de una respuesta.

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.

53.2

Me abriste los labios

Te leo y, como nunca me he acostado con un escritor, siento unos deseos locos por conocerte. Mi vida transcurre en las noches porque no veo muy bien a la luz del día. Soy un animal nocturno, una zorra adaptable, solitaria y carnívora que atrae a sus presas con los movimientos que su cuerpo hace en el escenario de luces rojas y violetas. Allí muevo mis caderas lisas y trigueñas e invito al público a flotar en la esponjosidad de mi rizada cabellera castaña que enmarca una mirada ardiente. Creo que los escritores no frecuentan mucho mi cabaret. Espero que algún día llegues sigiloso a verme, a tocarme lento; que te hagas pasar por todos mis fantasmas y que te olvides un poco de lo que ves todos los días.

Lúcida, Vega y yo fuimos amigas desde la infancia. Crecimos, nos follamos y prometimos morir juntas. Entendimos muy pronto que la masturbación no era nuestro estilo. Por eso siempre preferimos dejarnos sorprender por las habilidades del otro para corrernos una y otra vez. Todo lo aprendido lo consolidamos como nuestro arte: conocer el cuerpo ajeno, entender sus particularidades, buscarle sus flancos indefensos y compenetrarnos con él. Aunque de nada sirve un arte que no se com-

parta con la humanidad. Por suerte, la prostitución llegó a nuestras vidas: un mundo que nos prometía placer duradero, pero que también requería diversificarlo para conservar su magia.

Hace unos años dejamos Vulpécula. Nos cansamos del olor a petróleo de los penes ancianos de nuestros únicos clientes. Nuestra tierra barranqueña, famosa por sus planicies y meretrices nocturnas, nos había ofrecido muchas posibilidades. Pero cuando el momento llegó, y sin pensarlo dos veces, escapamos de ese mundo vulgar y tedioso. Así fue como llegamos, las tres damiselas más atrevidas, a esta ciudad fantasma; alquilamos una casa y fundamos un lugar que prolongó nuestros deleites, noche a noche, hasta la muerte.

Desde un principio sabíamos que no sería un putiadero cualquiera. Nosotras no éramos simples putitas y tampoco buscábamos hacernos ricas, aunque confiábamos en que nuestro santuario nos diera una buena vida. Nuestro propósito era simple: un lugar en contra del sexo de prisa, masivo y explotador. Fundamos entonces el Cabaret Voltaire, nombre de un bar de intelectuales que vimos en una película extranjera que nos recomendó uno de los amantes de Lúcida. Sentíamos que el nombre nos daría prestigio entre nuestros visitantes. Seríamos famosas por ser algo más que simples putitas.

Lúcida fue la primera en dejarme. Un tipo de otro pueblo le pagó una faena con un puñal en la garganta y todavía nos adeuda la ventana italiana que arruinó para escaparse. Vega murió un par de años después de cirrosis. Bebió hasta el último momento, aferrada a lo único que la ayudó a superar el asesinato de Lúcida. En mis noches más oscuras dudo de la veracidad de sus existencias. Las recuerdo lejanas, borrosas, habitantes de un espejismo de Barrancabermeja; la vida no me alcanzó para cuidarlas y disfrutarlas lo suficiente. Me dejaron sola, pero por lo menos me quedó el cabaret. Aún a mis jóvenes 28 años disfruto tirarme a todos los hombres y mujeres que vienen a ver mi *show* de baile a media noche. Las honraré haciendo lo que más nos gustaba.

Nuestro propósito se cumplió con el tiempo, el cabaret se volvió un lugar prestigioso. Cada noche aparecían mujeres con las mismas intenciones: ganarse un puesto en mis dominios. No soportaban los proxenetas explotadores que las forzaban a tener sexo cada quince minutos. Querían acabar con sus rutinas y les atraía mi filosofía del disfrute; querían aprovechar sus clítoris y vaginas para beneficio propio. Algunas me convencían, otras no tanto; lo importante era que tuvieran talento y se apropiaran de lo que mi arte les incitaba. Las acepté una a una y les cultivé la virtud de la paciencia y del buen sexo. Me enorgullecen mis niñas, mis zorritas alegres que se

permiten sentir y dar indiscriminadamente a todo lo que sugieren sus pasiones.

Hace unas noches me acosté con un enfermero con un pene curvo que pretendía salirse por mi ombligo. Ese hombre me habitó y me movió las tripas a cada alarido; creo que me cambió de posición el hígado y me mostró la puerta al infinito varias veces mientras jugaba entre mis labios menores. Después de cuatro horas demoledoras, el hombre cayó inconsciente en la montaña de almohadones de micama. Yo me tomé un vaso de agua con hielo y busqué el briquet naranja que compré en la tarde. No aparecía por ninguna parte, ¡quién lo cogió! Tomé prestado su pantalón y busqué algo con qué prender el cigarrillo de marihuana que esperaba entre mis dedos. Encontré un briquet verde, un billete morado que se escabulló entre mis pertenencias y un impreso amarillento doblado en cuatro. ¡Será escritor? ¡Me acabé de acostar con un enfermero que, además, era escritor! ¡Esta es la mejor noche de mi vida! Pero no, al final el pelmazo no era el autor del comunicado.

Leí la carta mientras la marihuana hacía efecto. La leí una y otra vez. Saboreé cada fragmento de tus pensamientos en pausa, cada tono de desconcierto, cada duda que te asaltaba y que tú ibas esclareciendo. Se me acabó el cigarrillo y prendí otro de nicotina. Sentí deseos de escribirte mi historia. Me sentí un poco más despierta a esas dos de la mañana. Sentí a mi lado a Lúcida y a su asesino, a Vega y su muerte terca.

Querido Hélix: en esa noche de humos a tu lado, tus palabras fueron claves, fueron llaves. Te leí una última vez y decidí responderte a la dirección de correo que aparecía en el papel. Sigamos contactándonos de esta manera, envíame tus cartas a la Calle de la Bomba, casa número 7, Cabaret Voltaire. Quiero escribirte, pero también quiero pasar un buen rato con mis piernas abrazándote. Si quieres me puedes presentar uno o dos amigos más, porque una mujer adicta al sexo oral, como yo, nunca le sobra a nadie. Hélix, siempre estaré dispuesta a que descubran mi ala indefensa y a que habiten mi oscuridad entre jadeos y fluidos.

Mi nombre es Vulpina Sadir y ansío conocerte.

33.22

Buenos días, Sr. Deneb

Efectivamente, buenos días, Sr. Deneb. ¿Cómo se encuentra? De entrada, le respondo por mi parte. Yo me levanto de maravilla cada vez que no suena el despertador y es muy a. m., por lo menos, hasta donde creo que le puedo creer al *creído* del reloj de mi mesa.

Mucho gusto, Sr. Deneb. Mi nombre es Najevat y mi apellido arranca por erre, algo que, por cierto, le compartiré cuando me dé cuenta de una o de dos cosas; la que ocurra primero sin afán de indiferencias. Primero, tener la claridad que usted puede pronunciar con exactitud tal apellido gangoso y de sonoridad arábiga. Lo segundo, confiar en todo lo que usted dice. Ahora mismo le aseguro que su argumento es válido, también por dos razones: usted logra ser convincente para *un viajero ausente* que siente cómo el presente se enreda en su frente; y a su vez es excelente para *un viajero ausente*, que consiente pertinente el uso de esta memoria intermitente.

Sin embargo, ya pequé por confiado muchas veces, y en esta tierra donde todo ocurre, pero nadie se da cuenta, es mejor mantenerse al margen. Aceptamos los hechos crueles como una *omisión* divina.

y brindamos importancia magnánima a sucesos magros que carecen de trasfondo. Por ende, solo trastocan a los débiles que se dejan resetear el casete, en esta tierra de olvidadizos a la merced del tiempo.

¿Logra entenderme, buen señor? Espero ser lo suficientemente claro, conciso y enredado. Verá que en el transcurso puedo llegar a ser alguien muy dócil e inocente. No obstante, estoy cansado de tanta violencia e indiferencia. Por ello su causa reclama en mí la idea de nobleza, lo cual me abunda con sensatez y comprensión, pero, indudablemente, con algo de desconfianza. Le dejo, pues, el siguiente fragmento con información básica de mi persona, en respuesta a su no laxa descripción propia. Recíbalo con la menor de las gratitudes y el mayor de los pesares.

Nací por allá cerquita de usted; apenas le llevo unos años. Ocurrió el 19/07/1990, fecha que marqué con tinta indeleble en mi pierna derecha. Soy un hombre de altura promedio, unos 1,70 m, con una cara ovalada, sencilla y frágil, una mirada sórdida, ante todo miembro de esta sociedad, y un andar *ausente* de los *viajeros* que rastrean su alrededor. Desde hace unos quince años vivo aislado, con temor a la interacción social. No colecciono libros. Solo he leído la obra de una autora; me considero un pésimo lector. O, a lo mejor, uno muy dedicado. Aun así, trato de anotar todo lo que observo. Por eso en mi

casa hay una libreta en cada cajón, bajo cada colchón de las camas, sobre cada repisa, detrás de toda caja. Son tantas que esta invitación la encontré perdida en una de ellas, la #0. Quizá fue esa la razón que me permitió responder a su correo; de haber hallado este mensaje por otra vía, hubiera pasado de él. Eso es todo lo que le diré hoy. En el camino, y si mantiene el contacto, le desvelaré más de lo que he visto, lo que he consignado en las 57 libretas en mi hogar.

Respondo a su misiva, espero sea de su agrado lo enviado, o de su más sincero desagrado. En todo caso, espero una honesta conversación en adelante.

Con esperanza en su pendenciero rezago, R. Najevat.

200

Si alguien está buscando

La carta que recibí me hizo sentir que yo soy justo el tipo de persona que está buscando. No esperaba algo así tan pronto porque solo ha pasado un mes y cinco días desde que me mudé a esta ciudad. Sí, los voy marcando uno a uno en el calendario de mi billetera y quizá es el momento, o la oportunidad, de buscar una forma de poder sobrevivir a las demandas fisiológicas y sociales que me apremian. Aunque también me apremia la idea de que, en mi vida, por estos días, no pase nada.

Hasta ahora, no he encontrado ningún lugar donde encaje fuera de las paredes de mi apartamento. Bueno, en realidad, no es mi apartamento, es una habitación que me alquilan en una residencia compartida. Pero acá no se comparten más que los muros que nos separan. La habitación es pequeña, pero tiene todo lo que necesito: cama, clóset, una mesa sencilla que sirve de comedor escritorio, un radio y una ventana con vista a la ciudad; esta última es la parte en la que más cómodo me siento de la casa. Cuando llegué por primera vez, había un reloj de pared que no pude resistir más de dos días; primero porque el tic-tac me impacientaba y segundo porque, si no hay una razón, un para qué, un con

quién... el tiempo acentúa el pesado transcurrir (i) lógico de la vida. Lo que hay afuera de mi cuarto le corresponde a una casa común y corriente; el baño y la cocina son para el uso de todos. En varios lugares de la casa hay algunas plantas y cuadros anticuados que matizan la falta de sentido de pertenencia que -sí- habita el lugar. Creo que en total somos seis, aunque tengo la fortuna de no encontrarme muy a menudo, frente a frente, con los otros inquilinos. Nos cruzamos de vez en cuando al salir o al entrar, o sacando alguna cosa de la cocina. La verdad no es que esté interesado en conocerlos ni en que ellos se acerquen a mí.

Bueno, a lo que iba. Llené la carta con la siguiente información, que era la que pedía. Nombre: Gonzalo A. Romero. Nacionalidad: Colombiano. Edad: 28 años. Nivel de escolaridad: Profesional, no ejerce. Capacitado para: Oficios varios. Dirección de residencia: Calle 47A # 18-85. Correo electrónico: otroromerog@gmail.com. Después de escribirla, no queda nada más que enviarla a ese mundo desconocido de posibilidades a ver si se desemboca algún suceso o si simplemente la acción en sí misma teja una serie de hilos que yo no pueda notar. En realidad, hablo de enviarla y esperar una posible respuesta, aunque sinceramente no sé si quiera recibirla. Solo me pareció alentadora la idea de pertenecer a "algo", como una excusa para desviar el sinsentido,

o el tedio, o las preguntas, o la soledad. Bueno, aunque esto en realidad no me disgusta, porque he preferido siempre la tranquilidad de la soledad que el sacrificio de la compañía. Hélix, ¿no le parece algo paradójico de las grandes ciudades que seamos más, pero estemos más distantes y más solos?

Algo está pasando

Algo está pasando, creo que no me pasa solo a mí.

Esta mañana cuando desperté el cuarto olía diferente y sentía un vaho distinto. Debían ser un poco más de las seis porque ya brillaba el sol y se colaba por las rendijas de las viejas persianas que cubrían los ventanales de la casa. Fui al baño antes de ir por un café y encontré en el espejo un letrero hecho con lápiz labial rojo –no recuerdo tener ese color— que decía: "¿Quién eres tú?". Sentí un escalofrío que subió por mi columna hasta la base del cerebro. Parpadeé varias veces para aclarar la mirada y volví a leer, esta vez en voz alta:" ¿Quién eres tú?".

Olvidé por qué había entrado al baño, así que salí y me senté en el borde de la cama. Desde ahí se podía leer el letrero con lápiz labial rojo... Fui a buscar un café, mi abuela decía que no se piensa claro si no se ha tomado el primer café del día. Cuando salí del cuarto me di cuenta de que sobre la mesa del comedor había unas cuantas libretas, un sobre abierto y dos tazas. Me acerqué. Ambas tazas tenían restos de café y una de ellas tenía marcas de lápiz labial rojo. No recordaba haber tenido visitas el día anterior, ni el anterior a ese, ni la semana pasada. ¿Quién será la

mujer del labial rojo? ¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? ¿Y por qué estoy escribiendo esto? ¿Cuándo llegó la carta? Eran demasiadas preguntas.

Me pasé un rato sentada en la silla del comedor observando las tazas de café con restos y la marca del labial en una de ellas. Abrí nuevamente el sobre y dentro de él una carta firmada por H. D., fechada el 15 de diciembre de 2019. ¿Quién es H. D.? ¿Y por qué me hace esa pregunta? Luego decidí comenzar a escribir a quien me había hecho la pregunta.

Mi nombre es Concepción Padilla Valdés, me dicen Concha, no recuerdo si alguien alguna vez me ha dicho Concepción. Tengo 45 años. Nací al borde del mar, pero mis padres me dieron en adopción y terminé acá en la ciudad. Nunca pude olvidar el sonido de las olas del mar, ni el sabor salado del viento de la costa, creo que no importa a qué edad salgas del mar, siempre lo llevas contigo... la verdad nunca me sentí muy cercana a esta ciudad que siempre olía a gris. Terminé el colegio y había decidido estudiar biología marina, la perfecta excusa para volver al mar, pero no había dinero para hacerlo, así que terminé estudiando licenciatura en idiomas.

Conocí a un hombre en el primer semestre, un negro, que olía a coco y limón, de quien me enamoré perdidamente y regresé al mar con él. Dejamos la ciudad atrás y nos fuimos a vivir en una cabañita en la playa. Ahí, frente al mar, nos casamos, no duró mucho. Nos separamos cuando murió nuestro hijo, murió el mismo día en que nació. Regresé a la ciudad y vivo de traducciones que hago. Salgo poco de casa, porque no soporto ese olor a hollín requemado. ¿Por qué estoy escribiendo esto? ¿A quién estoy escribiendo esto? ¿Quién soy yo?

Y a todas estas, ¿quién es usted?

Saludos,

Concepción.



Querido Hélix:

Encontré tu carta en la correspondencia de mi lugar de trabajo. No sé cómo ni por qué llegó hasta aquí, pero siento que estaba destinada a leerte, misterioso escritor. Aquí nadie revisa si han llegado cartas, porque todos sabemos que no hay quién nos escriba, sobre todo a mí que, al parecer, como tú, hago parte de los pobres sinpasado, de los olvidados, los solos, los desgraciados.

Soy Alina, pero Alina no es mi nombre. Alina es el nombre de la mujer que me parió, la misma que me abandonó en el Callejón del Diablo, justo en la entrada del prostíbulo La Hoguera cuando tenía 5 años. Entre música, licor, bailes y sexo me crie. Desde entonces, y cual borracha eterna de memorias humeantes, no tengo idea de quién fui antes de este lugar, ni me interesa averiguarlo. Ahora tengo 25 años, no he tenido ni madre ni padre, mi familia es "el harén", así nos gusta llamarnos al conjunto de putas, bailarinas y travestis que habitamos este prostíbulo y residimos en el mundo del placer. Empecé a bailar cuando tenía 12 años; con la inocencia y tragedia de Sierva María, seduje al son del *maqām* a los profanos. Así, entre

movimientos pélvicos típicos del *raqs sharqi*, nació la Alina que hoy te escribe. Necesitaba un nombre para mi *performance*, yo sabía que terminaría siendo puta, así que elegí el nombre de la más puta de todas. Al principio, era venganza por el odio profundo que sentía hacia esa mujer, hacia su abandono, hacia su condena, pero con el tiempo, en un acto de reconciliación que me debía a mí misma, hice de Alina mi mejor versión.

Verás, Hélix, en el fondo, siempre he sabido que hay algo malo con las personas de esta ciudad; sin embargo, hasta antes de leerte, suponía que solo era la indiferencia peculiar de los hombres. Ahora que quizá compartimos la misma angustia, te digo que creo fielmente que la apatía connatural del ser humano es lo que está mal con las personas que aquí habitan, pero no te niego que siento que tal vez esté sucediendo algo más.

Vivir en la incertidumbre, la tristeza y la ansiedad me impide existir como todos los demás, Hélix, pero ha sido esa mi salvación. Paradójicamente, encontré en Alina mi libertad.

Igual que tú, a veces escribo, pero no me permito llamarme escritora, digamos que soy una seudopoeta en los amaneceres y una artista del baile y del placer cuando el sol está ausente; soy veneno y antídoto; soy libertad y condena; soy coleccionista de historias de otros; soy atrevida y sumisa; soy lo que quiero ser y lo que quieren que sea. Mi cabeza es un arma cargada que sugiere dos alternativas: amor o suicidio. Soy Alina del Azar, pero no creo en las coincidencias.

Hélix Deneb: misterioso y desgraciado escritor, si así lo deseas, escríbeme de nuevo. Hay una Alina en La Hoguera que espera ansiosa tus cartas.

¡Qué fortuna hay en nuestra suerte adversa!

Con amor,

Alina.

Bonne chance

Hola, monsieur Deneb, espero que te encuentres bien. Escribo esta carta para informarte que es tu día de bonne chance. He decidido contestar tu llamado, lo sé, debes sentirte muy agradecido. Oh, no, acabo de recordar que perdiste la memoria, pero no te preocupes, te daré el placer de rememorar quién soy yo. Me llamo Jules, mis padres me pusieron así porque significa "el que es fuerte de raíz". Mi nombre de familia es Leblanc, tal vez lo escuches por ahí en la calle, los Leblanc son difíciles de dejar pasar. Me reconocerías por mi gran altura, delgadez, cabello negro y ojos grises, aunque mi mejor cualidad es mi sonrisa perfecta que todo el mundo adora. Por lo general me verás usando un traje de Brioni o de Dormeuil con zapatos marca Aubercy o Tom Ford, aunque dudo que hayas visto este tipo de ropa. Debe de estar fuera de tu alcance. Nací en Francia en 1993. No fue en París, hay más lugares en Francia que solo París. Soy de Neuilly-sur-Seine, un lugar prestigioso, cargado de jardines espléndidos, calles que siempre encontrarás limpias, seguras y tranquilas.

Ahora que lo pienso mejor, señor Deneb, no creo que cuentes con el conocimiento del idioma francés. ¿Cómo se me pudo pasar? Supongo que es la cos-

tumbre. Primero te llamé *monsieur* Deneb y, luego, lo cambié por señor Deneb; ahora sabes lo que significa. En cuanto al título de la carta, *bonne chance*, me refiero a la buena suerte. Ya con eso aclarado, te contaré del lugar donde crecí. El palacio de Villa Borghèse es una mansión donde pasé la mayor parte de mi infancia junto a mi hermano mayor Philibert Leblanc y mi padre, el sofisticado abogado Diodore Leblanc. Si te preguntas por mi madre, lamento decirte que falleció cuando era pequeño. Se llamaba Marie Antoinette Leblanc, como la reina. Era una mujer muy dulce y amable, perderla fue un momento doloroso, pero mejor cambiemos el tema.

Debes de saber que soy un gran fan de la música clásica, por lo que hace varios años mi padre me llevó a conocer al mismísimo Lorin Maazel, un músico y director de orquesta, en caso de que no sepas de quién hablo, que es lo más probable. También iba, desde que tuve memoria, al Teatro del Châtelet a ver los conciertos más increíbles. Ahí fue cuando decidí que quería ser músico. Al terminar la escuela en un instituto privado, me dediqué a los estudios de música. Me gradué con honores hace dos años, con dominio de los instrumentos de cuerda, viento y percusión, así que debo mantener un oído entrenado, por lo que me gusta escuchar con atención los sonidos que me rodean y ver de dónde provienen. Como dije, tienes suerte, señor Deneb, porque no soy un buen

músico, soy el mejor, soy brillante, el más talentoso que alguna vez podrás conocer. Si llegas a recuperar la memoria, estoy seguro de que te acordarás de mí.

Me gusta estar solo, así que no he tenido una pareja en todo este tiempo; me distraería de mi trabajo y de lo que quiero lograr. Además -; cómo digo esto delicadamente?-, no sé cómo hablarles a las personas que no hacen parte de mi clase, la clase alta. Solo me relaciono con ese tipo de personas y me siento cómodo al hacerlo, es mi estilo de vida, diferente al de muchos sujetos. Voy a reuniones con personas importantes, por lo general asisto a bailes y cenas de caridad, viajo constantemente en aviones -esos en los que no creo que, en tu vida, te llegues a subir- para ir a los conciertos que tengo cada semana. No tengo tiempo para tener una vida promedio, menos ahora que estoy cerca de cumplir mi mayor sueño, ser parte de la Royal Philharmonic Orchestra. Cuando lo logre, si es que me terminas agradando, tal vez te consiga un billet para mi primer concierto. En caso de que no sepas qué es un billet, son esos papelitos que compras para asistir a un evento especial, así saldrías por un momento de tu vida común y presenciarías algo inigualable. Espero escuchar más de ti pronto, señor Deneb; sé que no dejarás pasar la oportunidad de estar en contacto con alguien como yo.

Cordialement,

Jules Leblanc

P. D. Para que quede claro, me despedí utilizando la palabra "cordialmente", no puedo evitar la costumbre.



Lo que necesitaba: otro inicio

Mucho tiempo después de haber amado y querido a otros, se ha dedicado a quererse... (Cardona et al., 2019)

Hélix Deneb:

He estado pensando durante un largo mes qué decir, cómo hacer para contar un montón de cosas que me llegan a la cabeza. No sé si contarle acerca de las lecturas que no he hecho y que todos los días me hacen levantar a las 2:36 a. m. Podría empezar por decirte que no he comido tanto chocolate como la gente cree. Todos los días la gente me ve y me regala un chocolate; algunos de estos vienen de lugares que desconozco, otros de lugares más comunes. ¿Igual de ricos? No lo sé, pues no los consumo, solo los recibo y, luego, los regalo a otros. ¿Hago mal?

También quisiera contarle que durante mucho tiempo he tenido un sueño recurrente, uno de esos en los que se conoce a una bella mujer, esa con la que se ha soñado tanto que se hace realidad en cada cadera o en cada par de piernas que uno ve. Creo que si se hiciera realidad sería un *collage* de las piernas de

ella, las nalgas de aquella, los senos de esa, el sabor de la otra, el olor de esta, la piel de la propia; pero, en definitiva, la mirada de la única.

Cuando me despierto siento la garganta seca, debe ser porque ronco. Pienso que la gente debería grabarse en las noches, saber qué cosas se dicen al oído, qué mentiras nos dice el inconsciente cuando habla entre sueños o, tal vez, solo saber la manera en que estos se mueven. ¿Cómo pasa el tiempo cuando dormimos? ¿Seremos igual de agitados a la hora del descanso? ¿Qué pasará entonces cuando venga el descanso eterno?

Soy de esas personas a las que la edad poco importa, sin embargo, no estoy tan joven como podría creer o tan viejo como me lo imagino. Soy ese que no teme a la muerte, pero que le gusta aprovechar su vida al máximo. Vivo cada día como viene, termino la jornada cansado de solucionar cosas urgentes, que en un principio fueron importantes, pero que al dilatarlas se volvieron reaccionarias, se volvieron en mi contra y ahí estoy, nunca acaban. Creo que todo empezó con la primera decisión que dejé para el día siguiente, ese día se sumaron dos, luego tres y ahora no llevo el número. Me da miedo saber que tendré que vivir muchas vidas para poder pagar el tiempo de esta; aunque, a decir verdad, sé que si me voy, para siempre o para cortico, esto acabará. No sé si usted

crea en el más allá, pero lo que yo hago es llevar trabajo para la casa, quiero decir, si esa es la última morada, yo pospongo cosas todos los días para que en el más allá, a la hora de la contemplación, pueda decir que tengo mucho trabajo y que no tengo tiempo para perder. ¿Usted se imagina todo el día haciendo nada? ¿Ahí suspendido? ¿Tocando cualquier instrumento de cuerdas? ¿Deleitando a otros con su tedio? No sé, además, esta ha sido la excusa durante mucho tiempo. ¿Cómo la voy a dejar? Si es la única que me ha salvado de reuniones familiares, fiestas blancas, mujeres interesadas y hombres aún más. Ya me imagino la conversación:

- —¿Adónde vas?
- -Para allá.
- —¿A qué? ¡Después vas!
- -Mmm, no sé, es que no tengo tiempo.
- —Pero si esto es eterno.
- —¿Cómo sabes? ¿Volviste a ver a Pedro? La verdad es que me da miedo no terminar lo que tengo pendiente y que me trasladen con cosas sin terminar.

Podría decirse que soy un maniático del tiempo: que veo mi muñeca, aunque no tenga reloj, pero no es cierto, solo me gusta saber la hora. Meditar sobre el tiempo que pierdo, ponerme triste por no ser más asertivo en mis decisiones y volver a perder el tiempo. Cuando la gente me pregunta la hora no les

respondo o, a lo sumo, les digo que no sé. Yo sabría responder sin observar el reloj, sin mirar al cielo, incluso en la noche más oscura podría hacerlo, soy tan consciente de él que a veces me asusto. Cuando me preguntan por el tiempo, mis respuestas siempre son negativas, pues pienso que puedo encerrarlo entre laberintos de nombres y adjetivos de la misma manera en que él lo ha hecho conmigo, entre segunderos y minuteros. ¿Se imagina lo que es ser el único consciente del tiempo?

Solo quiero decirle que me daría mucho gusto conocerlo, que aprecio de gran manera que me pueda contestar; no pasaría nada sino lo hiciese, además, noto que sus cosas deben estar patas arriba. No imagino tener que leer todos los días un fragmento de mi vida, o de lo que creo que es mi vida. Trataré de llenar los espacios en blanco y continuar con las pilas de escritos que tiene en su monoambiente. ;Será que no ha visto por ahí mi historia? Pues sé que soy un no protagonista de esos que menciona: Igual el día que quiera me invita y le ayudo a leer. ;Sabe? Me imagino su hogar, donde tiene la posibilidad, como los faros, de ver todo a su alrededor y poder guiar a otros a no chocar contra los riscos o peñascos; sin embargo, la responsabilidad tan grande de estar veinticuatro horas y siete días a la semana al tanto de todo no es una cosa envidiable. Le invito a que un día solo piense en usted. Creo que las personas que no lo hacen tienen tanto que pensar que prefieren evitarlo con cuanta ocupación les llega. Su casa tiene la imagen que un día me llegó de la muerte, un montón de velitas encendidas, en su caso libretas y libros, y cada una de ellas la representación de una vida; si se apaga, alguien cae. ¿Ha probado alguna vez arrancar una de esas hojas de algún libro? ¿Será que muere alguien en ese intento?

Si su deseo es contactarme, le propongo me busque en esta dirección: carrera 66 # 93-38. Allí empezó todo, y muchas veces estuvo a punto de terminar. Perdí amigos, familia, balones de microfútbol y palos que hacían de bates de béisbol.

Con mucho respeto, Conrado Luna.



No me llames por mi nombre

Aquel tejido acuoso estaba manchando el tapiz, dejando ese inconfundible olor a hierro oxidado y remordiendo mi conciencia de por vida. ¿Qué hice? ¿Acaso no era mejor escapar de la tentación? ¿Por qué no atendí la sugerencia de mi mamá? Preguntas inútiles, sin respuesta, que rondaban en mi cabeza como aves de carroña en el cielo. Preguntas que me hicieron comprender que había cometido el peor error de mi vida, querido Hélix. Así quería comenzar esta historia, atiborrada de hechos que deseaba contar a alguien, tejida por manos sucias de sangre de mujer.

Sobre las 3:00 a. m. en la oscuridad de mi celda del centro penitenciario Los Necios, un cricrí parecía el castigo o la melodía de Dios en la penumbra del pasillo. Pensaba en los años que faltaban para cumplir mi condena: casi una eternidad. Y aunque la frustración poco a poco había desaparecido, extrañé el mundo de afuera, la libertad de disfrutar mi propia intimidad, las personas que me amaron, la casa de mi mamá y, por supuesto, la ciudad donde nací. Querido Hélix: tú y yo fuimos paridos en un valle llamado *Cygnus* o quizá yo fui un malparido que ponía en vergüenza a esa bella ciudad.

Volviendo al inframundo terrenal, tuve que convivir con muchos reos de todas partes, compartiendo el oxígeno cargado de malos olores. Era cierto, en la celda abundaba una mezcla a semen y mierda vieja, pues solo había un día a la semana para tomar una ducha. Todos apestaban a mil diablos, sin olvidar a aquel hombre, de barba espesa, que rebuscaba un poco de ceniza entre las cuscas quemadas.

Revolvía la última y cantaba una canción rechinando los dientes. Era así: "Querido río de noche, cuéntame tus confidencias para encontrarme contigo en mis sueños. Me perderé en la tristeza que evoca tus aguas. ¿Por qué estás aquí? Ni siquiera lo sé". Entonces tomó la única silla y se arrodilló para rezar. Primero se dibujó la señal de la cruz con ceniza sobre la frente, para luego santiguar la Biblia que sostenía en su mano izquierda: rezó el padrenuestro trece veces. Ninguno tenía tanta devoción como este hombre de casi dos metros de altura y de cara pálida. Lo hacía diariamente sin interrupción. Yo en cambio pensaba que su comportamiento era similar a muchos culpables que habían visto la cárcel como el río Jordán para bautizarse.

Su ferviente oración era inútil; sin embargo, los cinco hombres que habitaban en la celda no tenían comparación con él. Todos éramos sobrevivientes de nuestro propio caos, cargábamos el peso de la ley, y defendíamos nuestra inocencia. A las 4:07 a. m. un vaho ligero de aguas residuales flotaba por los aires, así como el silencio en este lado de la celda. Por la rendija se veían luciérnagas titilando sobre las montañas, a lo lejos la contaminación lumínica espantó las estrellas y la única carretera que conducía hacia la ciudad era el umbral para salir vivo o acostado en un ataúd.

Aunque todavía mis preguntas no tenían respuesta, querido Hélix, estas acciones, que parecían no significar nada ante el acontecimiento que yo había perpetrado varios meses atrás, eran indicios de futuras conversaciones con personas que aportarían sus ideas sobre la vida y sobre la manera de redimir el alma. Sin duda, de eso se trataba la existencia: aprender a soportar el sufrimiento.

En cuatro metros cuadrados no solo cabían dos camas, un baño y siete hombres, sino también la enferma obcecación de cubrir cosas con eyaculaciones. Había una pared dedicada a eso, a mostrar cuán enfermos estamos frente a una pantalla o una revista, viendo la imagen de una mujer desnuda. Era espantoso y no te imaginarías el hedor, Hélix.

Esa mañana comencé a notar que todos murmuraban de mí; decían que yo era un cobarde porque me encontraron llorando de rodillas con las manos bañadas de mi propia sangre, pero también lanzaban chistes que me parecieron de mal gusto. Parecía que había una especie de fraternidad entre algunos compañeros, cosa que me hizo pensar que ninguno sentía miedo de mí, excepto el devoto. Su cabello canoso y largo como el rosario colgado de su cuello me increpaba. Sus rezos me parecían irritantes, pese a eso comencé a grabar de memoria sus palabras sin querer. Entonces yo le pregunté:

—¿Has notado que compartimos el mismo espacio? Desde que llegué no has parado de rezar como cura estrenando iglesia.

Su mirada profunda conservaba el último suceso que había cometido, así como la ilusión picaresca de escapar de este lugar. Era imposible. Me llevé una sorpresa cuando el hombre me respondió así:

- —¡Maldito sea el día en que nací, y ese par de viejos que me trajeron al mundo! Lo único que le puedo decir es que usted no es el único que vino a sufrir a este lugar.
- —No tome mal eso que le dije –respondí–. Solo quisiera saber quién es usted.
- —Por favor, amigo. Si estuviéramos muertos no causaríamos problemas —contestó vehementemente—. Afuera me llamaban Mundo y llevo encerrado casi diecisiete años aquí. Me dedicaba a cuidar carros

y motos en un parqueadero. Las personas malas me motivaron a matar y a delatar gente por dinero. Lo único que no entiendo es que tienes un espacio en la celda para ti y estás observando mis movimientos. No me interesa conocerte. No malgaste mi nombre; no me llame por él. ¿Por qué no dar la cara a la luz de la verdad? Si todos desearan la muerte, no llegaría.

Había comenzado mi calvario. Intentaba conciliar el sueño en las noches. Era inevitable recordar a Carla. Me iba a arrepentir toda la vida por algo que pude haber evitado si me hubiese suicidado ese día. Malditas mujeres. No ha habido hombre sobre la tierra que no haya sido manipulado por una dama. Al final, vernos con sangre de mujer en nuestras manos era como recordar a Nabal, y su mujer, Abigaíl.

Bertono Olapa.



¿Qué más, Hélix? Encontré un papel rasgado en medio de la calle, unas cuadras abajo de mi hogar. Te cuento que siempre ando mirando el suelo en busca de no sé qué. Quizá sean las ganas de encontrarme un mísero billete, y para serte sincero tu texto aparentó serlo desde la distancia. Una vez cerca, con la realidad ante mis ojos, ese papel no fue nada que me ayudara con mis problemas económicos. Estuve a un paso de dejarlo en el suelo. Algo, al final, me empujó a descubrir la verdadera identidad de esa hoja; fue una especie de corazonada. El viento susurró y con la brisa lo acercó a mis pies.

De verdad que me llamó la atención el mensaje que dejaste ahí. Por esto decidí, luego de pensarlo por unos días, responder con una preocupación más. Me planteé alguna vez negar mi existencia por completo, pero aún no encuentro cómo hacerlo. Te explico con más detalle para evitar confusiones.

Soy un hombre de veintisiete años, es decir, que somos producto de un mismo tiempo espacial, Hélix. Como no estoy muy seguro de qué estoy haciendo, prefiero no entrar en ciertos detalles personales. Por esto de momento solo le puedo compartir un nombre que adopté para presentarme ante los demás. ¿Quién soy? Suelo presentarme como Tamashi.

La compleja existencia de mi historia me hizo considerar, en más de una ocasión, darle un repentino detenimiento al engranaje de mi cotidianidad. Sin embargo, las ataduras de este mundo no me permiten hacerlo de forma tranquila, tengo varios cargos de conciencia que mantienen mis pies firmes en este plano existencial. Algunas de las razones con más peso son estas: no quiero seguir los mismos pasos de mi padre, quien no aguantó más y tiró el cable; sé que mi madre no se perdonaría otro deceso más; mi hermana menor depende de los pocos pesos que le mando mes a mes.

No quiero que me malinterpretés, Hélix, no soy una persona con tendencias suicidas incontrolables. Mi agobio va mucho más allá de terminar con la simple vida. Mi obsesión se concentra en el rastro que de alguna manera deja mi participación en este mundo. Desearía no existir, no haber existido en lo absoluto, pero la muerte no es el camino para alcanzar el deseado descanso que podría encontrar en el vacío de la nada.

Noté eso que decís en tu texto. Yo también experimento esa falsa individualidad que consume al colectivo humano. Saboreo la indiferencia de fuentes cercanas y, aunque suene paradójico, me alegra no

ser el único con nociones fuera de lugar como las nuestras. Quiero ayudarte en la película que montaste y, a través de este pequeño comunicado, espero darle un mejor entendimiento a la escena que caracteriza mi ser. Confío en que hallaré una explicación a las noches de incertidumbre y los días de desesperación. Espero que esta no sea la última vez que lea algo de vos.

Fue un día más, hasta que las letras re-significaron el propósito de la rutina.

Perdido en la noche eterna, Tamashi.



Hélix, querido, mi nombre es Índigo

Apoyada en la única silla de mi habitación, 15 de diciembre de 2019.

Querido Hélix:

Sé que no era yo la remitente esperada de este mensaje, y tampoco lo era el hombre que la sostuvo antes que yo. Estoy también convencida de que el papel no retornará a tus manos, pero la sensación que causó en mí tus letras es imposible de ignorar, por eso prefiero responderle al vacío que fingir que este silencio abultado y aplastador no me aturde el pecho.

Recibí tus letras por azar absoluto. El hombre con quien había pasado un pedazo de la noche, mientras miraba al vacío de mi habitación y se subía los pantalones por las piernas, dejó caer sobre mi pie un pedazo de papel que se encontraba en su bolsillo. Yo, sin pensarlo mucho, lo levanté y lo leí. Sentí una especie de cólico. Le pedí que me dejara quedármelo.

—¿Eso para qué? Pero quédeselo, yo iba a limpiarme el culo con él de todos modos —me respondió lanzando tres billetes enrollados y terminó de irse. No sé cómo llegó a él, ni creo que nos interese el camino que recorrió hasta el burdel, en realidad, porque siento que, de alguna forma, debía llegar a mí, aunque no fuera voluntad de nadie; por eso, te haré llegar mi respuesta, de alguna manera, aunque, como te dije, dudo de que esto trascienda de dos monólogos distantes.

El día que te leí fue el primer día que me miré al espejo, o por lo menos ese es el primer recuerdo que tengo de mi reflejo; también después de ti tengo la primera memoria de mi habitación, y de El Cielo. De mi reflejo sé que para ti soy, seguramente, imperceptible a la vista, excepto mi cabello azul añil de media espalda –muy ondulado, abundante y largo para mi gusto–; sin él estoy segura de que tus ojos pasarían la vista por mí sin inmutarse. No tengo puestos un par de ojos brillantes o expresivos, ni labios gruesos o tetas grandes. Nada además del cabello azul.

Ahora, mirando el cuarto que habito puedo adivinar algunas cosas, los objetos que poseo me dicen poco, aunque suficiente para hablarte de mí. Sé que bebo sola, que bebo mucho y que olvido sacar las botellas de ron de mi cuarto. Me gustan los libros de poemas, los discos tristes y los pañuelos; también sé que perdí peso, pues todas mis prendas talla grande me lucen demasiado holgadas. Me gusta tener las uñas cortas y no me cepillo los dientes lo suficiente. Sé que

miento sobre mi nombre y les suelo gustar a los hombres (así explico las tiernas notas en distintas tipografías dirigidas a Olivia, Alma, Rebeca...). Vivo en un
cuarto cerca del burdel del cual me llaman constantemente para insultarme y decirme que preguntaron
por mí: "Gala, que, por favor, vuelva", pero no sé por
qué utilizo ese nombre. Soy sagitario, esto lo encontré
en una de tantas libretas con listas escritas con mi letra
(y que odio escribir, es la única explicación que le doy
a que tantas listas tengan tan pocas oraciones completas), y desconozco, tal vez a propósito, mi edad. En fin,
querido, saber esto es igual que no saber nada.

Hélix, mi nombre parece ser Gala Índigo, o viceversa, no sé si lo elegí o me lo eligieron. Tampoco sé quién soy, llevo estos últimos días dejándome arrastrar por las circunstancias, pero no reconozco nada. Mi casa, mi piel, la única foto colgada en la pared... todo se siente como si fuera el escenario de mis mentiras constantes, del personaje que habito pero que ignoro. No comprendo las cosas de las que los demás hablan, y tu carta, no importa para quién fuera, la recibí yo. Siento que no puedo volver de esto, porque la lucidez ahora me enceguece y saberme menos sola me causa una necesidad abrumadora de volverte a leer.

Estaré esperando, con poca ilusión, leerte otra vez. Puedes venir o hacer llegar tus letras a El Cielo, se me hace que deberías saber de qué lugar te hablo.

Markolino Dimond

Yo me voy a morir; caramba, me voy a matar.

Ese no es mi nombre, es la identidad de una identidad que ya fue usada en otro libro, en otra vida, en una canción. ¿De dónde soy? "Yo soy del barrio, mi socio", eso decía el dueño del nombre. Debo comenzar por las clases de piano de la señora Galal. Mi mamá fue muchos años cirujana para Médicos sin Fronteras. En Guinea Ecuatorial conoció a mi papá cuando le sacó del pulmón izquierdo un proyectil diseminado en güisqui. Ella no recuerda muchos detalles sobre quién es o era mi padre; dice siempre que sus besos alcoholizados la hacían considerar relojes que pasaban por el doce y, luego, por el once y, de último, el uno, abrazos mandingos que calmaban el terror del hambre y la miseria. Ella no recuerda a mi padre, o si mi padre es mi padre, o siquiera si soy hijo de alguien en Guinea Ecuatorial. Ella desconoce mi identidad, yo la desconozco y, como no sé de dónde soy, seré el pianista. Su trabajo en el hospital municipal de Malabo no le dejaba mucho tiempo para cuidar de mí. Con este motivo me matriculó a clases de piano con la señora Mahoutmoau Galal.

De mi madre puedo decir muchas cosas. Es muy inteligente, habla varios idiomas, es una gran médica, le gusta mucho la música clásica, especialmente Schubert, Wagner, Stravinsky, Shostakovich, Tchaikovsky v en los intervalos escucha la Orquesta Harlow porque siempre quiso un novio con los dedos de Larry Harlow. Ella lee a Dostoyevsky, Camus y a un tal Efe Gómez; de todas maneras, siempre la escucho hablando como un vendedor de frutas o un despachador de camiones. Su falta de tiempo y su ímpetu brioso lleno de la libido joven y ganas de explorar el mundo que no ofrecen las bibliotecas, los claustros o las monjas, la llevó a pensar en algo que hacer con su encargo africano. Con este motivo me matriculó a clases de piano con la señora Mahoutmoau Galal. Divertido, eso no rima.

A mi madre le gusta mucho la salsa. No en el arroz, no en el sándwich, En las baldosas. No le gustaba cuidar a un pequeño niño llorón. A mí me gustaba verla bailar Odiaba los intervalos de Stravinsky Schubert Tchaikovsky.

Todas las tardes después de la escuela Mumford (para blancos), el chofer me llevaba donde la señora Galal. Tenía un peinado siempre diferente, pero cada

estilo era la reinterpretación de un hongo. Tenía las manos peludas y los ojos salidos y su respuesta para todo era: "Ya lo sabía". Usaba palabras que yo no conocía, tenía una disciplina corporal que contemplaba la velocidad con la que el viento movía sus cabellos. Su término favorito era "pragmática" y solo tenía partituras de Mozart. Mi mamá estaba orgullosa de la posibilidad de poder interpretarle algún réquiem del niño genio. Siempre que bajaba del coche y entraba a casa de la señora Galal mi corazón se volvía atónito. la canción que me mantenía vivo se convertía dentro de esa casa en un electrocardiograma aburrido. Bip, bip, bip ... Nada que oír. Los dedos carentes de flexibilidad se ponían tan duros que podían cascar nueces. La señora Galal siempre me recibió con galletas de ajenjo que sabían a formol. Claro, ella odiaba toda posibilidad de color en la música "sacra" configurada por los compositores canónicos eternos, pero me daba galletas con ¡AJENJO!

Siempre intenté concentrarme, pero era inevitable pensar en Larry Harlow, Markolino Dimond, Ricardo Ray... Los verdaderos pianistas.

Mi mamá un día volvió muy triste del hospital. Un pequeño niño había llegado con paludismo y hacer algo por él era imposible. Demasiado tarde. Cuando descargó su bolso le quitó el corcho al vino y sin copa empezó a beber de la botella. Al tiempo empezaba a

sonar un viejo disco que había traído desde América y decía más o menos como "Sonero soy... y no te miento".

Ella se quedó dormida El disco sonó infinidad de veces. Yo la veía babearse y la botella finalmente rodó. ¿Qué es un sonero?

Como la señora Galal todo lo sabía, le pregunté qué era un sonero. No lo sabía. No lo sabía. NO LO SABÍA. Ella podía decir qué era un adagio, *allegretto non troppo, avanti, disavanti, mamanti, visajanti,* y todas esas cosas que para mí son vagas. ¿Qué es un sonero? Hay palabras parecidas: sonaja, soneto, sonido, suave, sinuoso, símil. ¿Qué es un sonero?

¿No te miento?

Siempre, después de las clases con la señora Galal, fingí adaptación hasta que mamá accedió a comprarme un piano. Naturalmente no uno de cola, me compró uno de esos Casio que usan en las iglesias protestantes para tener toda la orquesta en un solo instrumento y no gastar demasiado en instrumentos o instrumentistas. Dibujé en un papel la secuencia básica de notas, sin ninguna octava específica, porque eso no era lo importante, lo importante era poner los dedos en tantas posiciones como fuese posible, en acordes o arpegios, melodías o ritmos, así como Richie Ray en los videos con Bobby Cruz, tantán, tamtam, tamtán. Al diablo con Mozart. Yo quería ser como Ray, Dimond y Harlow. Al diablo con el frac, yo quería camisas con palmeras abotonadas a media caña con una cadena de la virgencita en oro, zapatos lustrados y pantalones de pana, blancos. Corderoy y fieltro para los sacos y los sombreros. Paño para limpiar el sudor en el piano, una gran melena peinada por muchachas de un harén prestado, cigarrillos de tabaco brasileño, aguardiente, aguardiente.

La señora Galal solía presentar a sus estudiantes en una gala íntima donde reunía a todos sus estudiantes del periodo en curso con sus padres. Sí, mucho Mozart, Beethoven, Chopin y Liszt. Cuando me llegó el turno, yo no había memorizado nada, ya lo dije, al diablo con los cara dura. Gasté mi tiempo aprendiendo la letra de una canción que cantaba todo el tiempo mi mamá: Lluvia con nieve, de Mon Rivera. Cerré los ojos y comencé a golpear las dos teclas que llevan la canción de pe a pa. Y comencé con la voz a traer los timbales y todo el son cubano. La señora Galal se quería morir. Yo no me detuve, al diablo con ella también. "Lluvia / Nieve / Lluvia / Con nieve / Lluvia / Nieve / Lluvia / Con nieve". ¡Ja, ja! En Guinea Ecuatorial no había ni lluvia ni nieve por esos días. "Lluvia / Con nieve". Mi mamá sonreía.

PARTE I

```
¿De dónde soy yo?

Mamá, no sé cómo me llamo, pero me llamo Markolino Dimond.
¿Cómo ella llegó allá y yo como llegué aquí?
¿Cuál te toco?
¿Cuál te bailas?
¿De dónde son ustedes?

No te miento,
o
¿sí?
```





Las calles han ordenado a toda la ciudad, han alineado sus casas, han puesto un rumbo a toda la vida que se desplaza, le fijan una dirección y trazan los rigurosos caminos del trabajo, del gozo y del dolor. (Salas, 1955)

Por lo general, cuando un experimento funciona es sinónimo de buenas noticias y de éxito, pero para mí ha sido todo lo contrario, ya que mi sensación ha sido meramente de pavor. Por medio de sus respuestas confirmé lo que más temía: algo no termina de ajustar en esta ciudad y el olvido nos está dominando.

A pesar del miedo, la curiosidad por este misterio me dio el valor para comunicarme nuevamente con ustedes, los receptores de mi descaminado mensaje. Sí, así es, mi mensaje no era para ti únicamente, ya que durante tres meses estuve deambulando las calles con el fin de dejar una huella de incomodidad ante esta realidad carrillera. En un principio intenté comunicarme a través del voseo, pero no servía de nada, era como si fuese invisible. Por esto, finalmente dejé, sin rumbo alguno, un escrito en varios formatos: envié cartas, tiré volantes, pegué carteles y repartí panfletos por las calles; incluso creé una de esas cadenas de WhatsApp y de correo electrónico.

Espero que esto no signifique un problema para aquellos que me escribieron pensando que fueron los únicos y que por algún motivo son especiales para el cumplimiento de algo así como una *misión divina*. Yo espero que esto no haya sucedido, porque, si bien algunos me expresaron en su comunicado cómo fue su encuentro con el mensaje, otros no lo dejaron del todo claro. Ya esclarecido este asunto, me tomo el atrevimiento de comunicarles que fueron once luces las que encendieron el interruptor de esta correspondencia.

En un principio, cuando todo este golpe de lleno existencial me invadió, me planteé la escritura como un método para recuperar y atesorar la esencia de mi memoria. Sentí que todos esos llenos aniquilaron la capacidad de analizar críticamente mi entorno. Ahora veo que a ustedes también les funcionó y que, al leerme, recordaron o vieron un poco más allá de su rutina cotidiana. Sin embargo, considero que algunos solo lograron encontrar en su memoria una identidad obsoleta y que su comportamiento es el resultado de un pasado muy lejano. No quiero sonar agresivo ni invasivo, pero esto es para ti, mi querido escritor francés, y también para ti, mi querido pianista rebelde. Espero que entiendan que mi opinión no tiene firma de juzgado.

En sus escritos, algunos dieron indicios de ciudades o pueblos que habitaron en el pasado; creo que los recuerdos vívidos los hacen creer ser de allí. Otros tienen un afán por conocer el origen espacial propio y de los demás; pero ninguno supo decir o mencionar con exactitud la ciudad donde se encuentra hoy. Hablando de esto, la mañana del 4 de enero escuché a un señor vendiendo aguacates que decía: "La mejor pepa de todo *Cygnus*". ¿*Cygnus*? ¿Alguien más había escuchado este nombre?

Conrado me planteó una imagen que me dejó dando vueltas a todo el apartamento. Te aseguro que no dejo de mirar aquellos libros que tienen hojas casi por despegarse y de pensar en una persona que pende de un hilo entre la vida y la muerte. Desearía que en un futuro nos llegásemos a conocer todos para que él nos pudiese contar más de esta... ¿metáfora? Ese día a Markolino le diría: "Toca Sonido bestial que seguro me lo bailo", y, quién sabe, hasta le concedería una pieza a la dama Vulpina.

Me sorprende que muchos de ustedes tengan ganas de conocerme. Yo, por el contrario, me siento como Najevat, hundido en un mar de desconfianza. Aun así, como les vengo diciendo, la curiosidad le está ganando a todos mis demás sentidos, incluso al racional que nunca cedía. Este nuevo mensaje tiene claramente un objetivo –una tarea, una misión o

como quieran llamarlo— de construcción y recolección de memoria. Ahora les pediré un poco de *exploración*, *observación*, *investigación* y *mesura*, para que el primer paso sea completar el rompecabezas colectivo que define nuestros patrones y rasgos sociales; allí, en los pedacitos de espacio que ustedes habitan, espero que esté la respuesta a este misterio de olvido colectivo o individual que padece la ciudad.

Les recomiendo que vayan al lugar que más les llame la atención, lugares como plazas o parques, prostíbulos, cárceles, iglesias, bares, o cualquier otro que ustedes prefieran. Pienso que, incluso, las calles mismas, sus esquinas, cuadras, intersecciones o aceras funcionan como lugares más humanos y concretos si son bautizadas con nombres como *El Palo con los Huesos* o *Palacé con La Playa*. Las calles finalmente se entrecruzan y se mezclan presidiendo la vida de la ciudad, a diferencia de lo que dice Alberto Salas: "Nomenclatura fría, distante, con apariencia cabalística, de mensaje cifrado o fórmula nemotécnica", que dice poco o nada como una avenida 47A.

Algunos de estos lugares ya son habitados por ustedes, de hecho, hay más de una chica trabajando en los asuntos del placer. ¿Acaso trabajan todas en el mismo lugar? Por el momento no revelaré ninguna información que las comprometa con los demás. No quiero tomar la potestad de compartir las intimida-

des que ciegamente me han brindado en sus escritos. Eso será decisión de ustedes. Por último, les quiero pedir, sea cual sea el lugar que visiten, que se dediquen como mínimo unos días para el entendimiento de este escenario. Habiten las historias y acontecimientos que van a narrar, lean las identidades colectivas, hagan una descripción de las mejores imágenes de esos lugares y grafiquen mapas, rostros, fachadas o paisajes para resaltar la esencia que constituye nuestra memoria añorada.

Por mi parte, yo también cumpliré con esta tarea. De pronto me verán por ahí deambulando con mi figura un poco encorvada y de ritmo certero, tal vez algunos corran con la suerte de toparse conmigo en alguna pausa de esquina, y así podamos cruzar alguna interacción.

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.

53.22

Su brillo camaleónico

Daniela Sáenz nació en La Manga. En La Manga del monte; en La Manga de la única pendiente en dirección al oriente que hay en esta ciudad rota; en La Manga donde está el Lago de la India. Por lo menos eso es lo que ella dice, en lo que cree, en la película que vive, porque yo por aquí no he visto montañas ni lagos de Indias.

Siempre supo que era distinta, siempre se sintió ausente de la existencia, como desubicada en esa Manga. Cuando cumplió 12 años, exploró con un vecino su pequeño hoyo llevando al límite sus sentidos por vez primera. Sin importar el dolor nuevo, ese que nunca más la abandonó, comenzó a sentirse presente en este mundo. Después de ese día se entregó en pleno a la danza de su sangre. Ella dice que el movimiento en vaivén de las calles le invade los parajes recónditos de su cuerpo. Cuando se entrega a un hombre, siente aventarse al abismo de la Calle de las Carretas.

El extremo cuidado del aspecto, sobre todo del rostro, es como una religión para una persona como Daniela. "Armarse" el fin último de su existencia. Y para "armarse" es preciso "mantenerse". Aunque era

obvio, dinero no había en su familia para patrocinarle hormonas, cremas depilatorias, ropa de última moda ceñida a su piel trigueña, pestañas tiesas, uñas de acrílico y lentes de contacto azul marino. Treparse en sus tacones de quince centímetros era lo único que la hacía sentir, en últimas, como una diosa, como todo un "mujerón".

El mundo de la prostitución la recibió y nunca más la soltó. Aprovechó sus beneficios y nunca lo tomó como un castigo de la vida. Fue feliz siendo una putita callejera al acecho de varones con gustos exóticos. Frecuentaba las aceras de la Calle de las Damas, calle de paso obligado para que, después de dos cruces a la izquierda, se llegara a la Calle de la Bomba donde se ubica el cabaret. La conocí un día de trabajo malo. Cuando me vio pasar a eso de las 12 a. m., me ofreció sus servicios. Le guiñé un ojo y seguí mi camino. A los pocos días la encontré deshidratada, con sus bolsillos vacíos y el maquillaje corrido. Me la llevé conmigo.

En el Cabaret Voltaire se presencia la vida y la muerte durante días y noches. El cabaret nunca duerme, es un lugar camaleónico para cada momento del día, para cada mujer particular, para la muerte de los momentos inmorales de algunos cobardes con las más improbables fantasías. Esta es la casa de todas las que quieran dignificar su oficio.

Daniela tiene derecho a utilizar, a cambio de una baja comisión, una habitación que ocupa casi permanentemente. Los días que amanece con las hormonas alborotadas usa plataformas color fucsia y una minifalda dorada de lentejuelas. Esos días la comisión es un poco más elevada, pero ella sabe que lo vale. A veces reclama su espacio en el escenario de luces rojas y hace sus *shows* de baile. Otros días se muestra en las vitrinas neón con vistas a la calle para lidiar con los toros transeúntes. También hay días que amanece obstinada y siente cualquier pared como encierro. Sale a dar un paseo por su vieja ruta de acecho y se pone a merced de lo que el viento le acarrea.

Tarde que temprano vuelve deshidratada. "La marica no aprende", pensamos todas. Se acuesta a delirar en mi sillón favorito. Yo le ofrezco un *whisky* y a las dos horas se levanta, gruñe, se da un baño profundo y se sienta durante cinco horas a definir la caída de sus bucles dorados. Ese día escandaliza el candor colectivo con sus propuestas indecentes y los deja a todos incautos en sus nocturnas complacencias.

Vulpina Sadir.



Otro acertijo para un viajero atrevido

¡Pero vamos a ver, vamos a ver! Así como esas filas que se enlistan y alargan en las calles. Esas que la gente hace para recibir alguna nimiedad en formato gratuito. Asimismo defino la atracción ridícula que siento por su invitación.

No se confunda, Sr. Deneb, aún mantengo trazas de desconfianza; o tramos, moquetas, parches, incluso retazos; si desea llamarlo de esa manera. Sin embargo, un impulso magnífico me lleva a seguir atendiendo a sus misivas. Supongo que todo se reduce a dos cosas. Por un lado, esta dinámica epistolar me permite medir la exposición, hasta un punto preciso y cómodo. Por otro lado, que usted convoque acertadamente a once invitados adicionales a unirse, en una apuesta sin beneficios, es sorprendente. Logra ser, usted, esa voz guía, esa luz a la cual mirar. No lo conozco, pero se gana mi respeto, Sr. Deneb. Y si supiera usted lo magistral que es el #10 para los acérrimos navegantes.

Ahora bien, conforme a lo requerido, le compartiré la ruta desde mi casa, en casa, hasta mi casa, fuera de casa. El destino es un lugar que no es más que un restaurante... ¿o era un bar?... –si tan solo pudiera

preguntarle a ella – creo que es un restaurante... o tal vez, un café.

Estuve a punto de escribir las direcciones exactas para alcanzar mi hogar, pero no logro recordarlas. Ni tampoco tengo el afán de compartirlas; sería muy arriesgado de mi parte. Partiré entonces desde un punto de encuentro, y en vez de decirle cómo llegar, acataré el formato de un acertijo. Si caminaste este *Cygnus* del que hablas, debes conocer el lugar. Si yo recorrí *Cygnus* lo olvidé. Si pasa todo como creo, podremos volver juntos allí.

- —Lo primero, estás ubicado en... espera, su nombre es... específicamente algo como...
 - —¿Qué sucede? No puedo recordarlo.
- —Disculpa. Solo diré que el lugar no destaca por abundantes riquezas; eso es una verdad de todo el sector. Además, la cita es en una estructura gigantesca; a efectos de este acertijo llamémoslo "antiguo calabozo para hipermentales". Se caracteriza por un adoquinado suelo color marrón rojizo, más o menos de tonalidad naranja, este luce como un castillo si se observa desde fuera. ¿Ya estás dentro?

Camina paso a paso por el *boulevard* húmedo que se presenta lateral a ti. Sobrepasa el salón de los abarrotes que cubren en cartón el prisionero de las sílabas. Y, en todo caso, sigue caminando, posiciónate frente al consejero preferido de la bruja de Blancanieves. Una vez ahí mira al norte y sigue tu camino hasta la salida.

Sabrás que vas bien porque te esperará inmóvil el maestro doble apellido. Con eso en mente, mira a su derecha, camina a la esquina y voltea como un niño menor, que chilla en busca de las hermanas.

In li isquini ti ispiri il sinti. Continúa el camino en busca del enloquecido amor, y una vez en el triángulo de las Bermudas, toma rumbo por la vía principal, buscando el punto más alto.

Confirma tu posición mirando la fe en comunidad que se alza a tu derecha. Y así te esperará en la siguiente esquina, el palacio de los tubérculos fritos.

De ahora en adelante deberás estar muy atento, tendrás que subir, con tu mirada fija a la izquierda, empieza a contar, una tras otra, atento y calculador: el que ponga atención en todo lo que coma ese será el ganador.

Gira en el país vecino, alejándote de la esquina del hermano Bros. Toma dirección norte y allí te esperaré, en el Amargo Centauro que me alberga. Siete movimientos precisos que deberás efectuar. Si eres preciso con tu ortografía, comprenderás la importancia de los símbolos de puntuación. Felicidades, si te aventuras a entender la consigna que he dejado, tal vez nos podamos encontrar.

Ahora bien, Sr. Deneb, si entiendo bien, todos los llamados pueden ser aludidos. En su *Cygnus*, como la entiendo, se han agotado los manicomios y andan sueltos esos locos que se detienen a mirar. Si llegase a encontrar carne de calidad, reenvíe esta misiva. Y recuerde, quien se haya perdido no debe preocuparse; el maestro siempre da pistas al buen estudiante.

Presento esto porque el punto de encuentro y todas las pistas aquí consignadas se hallan en esas plataformas virtuales de ubicación. Yo no creo mucho en estas direcciones. A pesar de ello, si traducimos ese paralelo falso a nuestra propia realidad, quizá esto pueda funcionar.

En fin, le hablaré un poco más –aunque de manera concreta– sobre el Amargo Centauro. Es un lugar bello, idóneo para la escritura. Posee un tono alegre y narciso, pero a la vez lúgubre y dócil. Se divide en múltiples recámaras donde ocurre... la ma... donde... –donde concurría con ella–, perdón, que me enredo, donde ocurre la magia. En él se sirven toda clase de productos, alimentos, brebajes e incluso en-

tretenimiento para estos homo ludens. Es un lugar bello, porque solo aquí lo amargo se puede servir frío o caliente, líquido o sólido, cremoso o aguado.

Con esperanza en el malestar del viaje, espero encontrar otro viajero atrevido, R. Najevat.



Esta es la tercera casa en la que habito durante el último año. Mis antiguos compañeros de apartamento me preguntaban antes de partir: ¿Por qué allá? ¿Aleatoriedad? Creo que acá estaré bien, o al menos mejor, o por lo menos estaré. Palabras como "hogar", "casa", "familia", ¡qué difusas se convirtieron con este ritmo de vida!... Si es que puedo elegir la palabra "ritmo" para denominar la manera en la que estoy viviendo. Aunque la siguiente sí la elegí y me empecé a autodenominar como un nómada. A través del intercambio de conversaciones con otros, y especialmente conmigo mismo, empecé a sentirme cómodo con esa forma de nombrarme. Es como sentirse dueño de nada, pero parte de un todo, perdido, en un lugar que se conoce bien y solitario, pero viviendo entre millones...

Bueno, retomando la historia inicial, llevaba varios días con un hastío que me pesaba más que veintiocho años. Cuando esto me pasa, ya sé que es hora de un nuevo inicio, así que busqué ideas en internet, tomé un bus y llegué al barrio Nuevos Aires. Quizá, pensándolo bien, su nombre fue una razón, tal vez la principal que me impulsó hasta acá. Quizá es supersticioso; sin embargo, augura un inicio prometedor. No podría asegurar que lo fue ni tampoco negarlo.

Me pasé los primeros días deambulando entre calles, hostales y cafés. En la mañana iba a tomar el desayuno a una pequeña cafetería llamada Hurak, la cual era atendida por una señora de edad, de unos 55 o 60 años. Ella tenía ya algunas canas y arrugas de la risa. A veces, en silencio, me detenía a mirar cómo se le formaban esos pliegues a los lados de sus ojos cuando sonreía. Pensaba en esas marcas como formas orgullosas del tiempo alegre que cargaba sobre su rostro. Clementina, se llamaba Clementina, y al verme un par de veces en su café me preguntó de dónde venía, si estaba casado o no, qué estaba haciendo en su barrio, entre otras cosas que me llevaron a consultarle si sabía de alguien que rentara apartamentos. A través de ella fue que conseguí mi habitación. Clementina hacía que las personas del Hurak giraran en su órbita. Era de una calidez humana comparable a la de los panes recién salidos del horno. Ella llenaba el café, su presencia lo llenaba...

Los primeros días preferí quedarme en mi habitación, preparar un café y sentarme a fumar un cigarrillo, o varios, al frente de la ventana, mientras se veían las luces allá afuera y mientras el viento se llevaba el calor y los pensamientos. Pero estar en el café de Clementina me traía cierta sensación que empezaba a volverse "familiar" y a formar parte de mi rutina. El lugar tenía una especie de olor a madera húmeda; era bastante fresco precisamente por las paredes forradas

en ella y una ligera oscuridad que lo hacía un poco lúgubre. Llevaba un libro o simplemente me sentaba a *mirar*; los últimos meses ha sido esta la actividad en la que me había vuelto un profesional: mirar. Mirar el mundo, los colores, los ojos, los gestos que nadie más nota, mirar mi propia mirada. Y, por qué no, mirar con nuevos ojos.

Gonzalo Romero.



La ciudad de mármol

H. D.:

Nuevamente esa extraña sensación de que algo no está bien me sigue rondando. Pero esta vez en el espejo no había ninguna señal en lápiz labial rojo. Sin embargo, debajo de la puerta encontré una carta al lado de la máquina de escribir. La ojeé buscando la firma, sigo sin saber quién es. Otra vez la confusión se apoderó de mí. ;Habré escrito yo la carta? ;Lo habré hecho sonámbula? ¿Me estaré convirtiendo en el Simomini de Umberto Eco? Sin importar quien sea el remitente, la leí antes de prepararme para salir del apartamento luego de casi un mes de encierro. En la carta me hacían muchas preguntas: ¿Quién eres? ¿Por qué estás ahí? ¿Cómo es el lugar donde vives? Así que decidí responderle a un emisor que desconozco y que, por lo que a mí concierne, podría ser yo misma. Me preguntó, de muchas maneras, cómo es la ciudad donde vivo. Una pregunta que parece muy sencilla. Bastaría con decir el nombre de la ciudad y hacer una que otra referencia a lo más importante. Sin embargo, yo poco salgo de este apartamento.

La ciudad de los espejos que sueña José Arcadio Buendía en *Cien años de soledad* se parece mucho a esta ciudad. He estado pensando mucho por estos días en ella: ¿qué tiene que no he logrado salir de aquí? Es extraño, porque acá el tiempo no fluye, está petrificado. Esta ciudad parece estar detenida, su flujo no es constante, y solo unos pocos logran moverse.

La soledad, lejos del mar, lejos del olor a sal, es más difícil de llevar. Eso me pasa a mí. Sí, a mí, a CONCHA PADILLA, hija del mar, esclava del cemento. Salgo muy pocas veces de este apartamento, porque el olor a hollín se me hace insoportable. Vivo en el centro de la ciudad porque me queda más cerca de los lugares que suelo frecuentar. Cuando me canso de trabajar en el apartamento, busco refugio en dos lugares: el cementerio y la biblioteca; la elección no es aleatoria, depende del ánimo. A ambos lugares podría ir caminando o en metro. Sin embargo, me gusta más caminar, es más tranquilo, menos invasivo. Hoy iré al cementerio; los viernes –creo que es viernes—la biblioteca municipal tiene muchas actividades con niños, y la verdad no soporto a los niños.

El edificio donde vivo queda en la esquina de El Palo con Maracaibo, justo al lado del Centro Colombo Americano. Para ir al cementerio, el lugar más tranquilo de la ciudad, debo coger El Palo y bajar por Maracaibo hasta la Oriental, la GRAN AVENIDA, y caminar unos 25 minutos en sentido sur-norte hasta Bolívar, la calle sobre la cual navega una de las

líneas del Metro. Caminar por el centro es interesante, nunca se sabe qué vas a encontrar cuando sales. Esta ciudad se parece un poco a un zoológico viejo y descuidado: hay especies de todo tipo recorriendo la ciudad en un laberinto de edificios, postes y cables llenos de hollín y moho. Diagonal a la estación Hospital está la entrada al cementerio de los ricos. En algún lugar leí que también lo llamaban "la ciudad de mármol"; eso solo lo entendí la primera vez que entré y lo recorrí completo.

Al entrar, un corredor ancho de adoquines naranja se abre paso entre los primeros pabellones y llega hasta el patio central de los mausoleos, donde sobresalen Las Tres Marías y La Madre que Llora. Y al fondo, la capilla, que se sostiene tímida rodeada de grandes muros viejos y desgastados que apenas se mantienen erguidos. Caminar por los callejones silenciosos del lugar es maravilloso: solo se escucha el viento rozando los muros. Antes de ubicarme en un lugar para trabajar, me gusta divagar por ahí e imaginarme cómo podría haber sido la vida de esos personajes cuyos nombres están grabados sobre las lápidas frías, amarillentas y agrietadas.

Me gusta sentarme en el pabellón de los recién nacidos, nunca nadie los visita, es silencioso y muy iluminado. Las lápidas están decoradas con dibujos animados, canciones de cuna: "Subía y subía / Para ver el sol / De pronto escapó / No se qué sucedió / Mi lindo globito / ¡Pum! Reventó"; y corazones. Pocas flores y mucho silencio. Es el lugar perfecto para leer y traducir los textos más complejos. Es casi macabro que me guste estar especialmente en este lugar. Las primeras veces que vine recordé a mi hijo, recién nacido, muerto. Luego, la memoria se me fue borrando y dejé de recordarlo. Lo olvidé como a su padre, con el olvido de la muerte.

Acá, H. D., todo es más sencillo y por alguna razón los recuerdos no me agobian. Reconozco que el sonido del viento rozando las paredes se parece un poco al que produce el viento sobre las rocas en el malecón.

Desde el pabellón de los recién nacidos,

Con asombro lo saluda,

Concha Padilla.



Querido Hélix:

La Hoguera, en definitiva, es un lugar para calentarse. Justo en este Callejón del Diablo, siempre oscuro, entre dos edificios viejos y escuetos, queda la entrada al infierno. "¡Bienvenidas sean todas las almas en pena! Que pasen todos los que necesiten ahogar(se), liberar(se), perder(se) o encontrar(se) (con algo)", porque de algo sí estoy segura: todos vienen con un propósito.

Mi pasatiempo preferido es pararme en la entrada del callejón a fumarme unos cuantos cigarrillos y ver a las personas pasar. Me gusta cuando me topo con las señoras conservadoras y me ven de arriba abajo, me encanta que abran sus ojos sorprendidas, luego alcen sus cejas y en cuestión de segundos actúen como si no me hubiesen visto, fijando su mirada hacia otro lado; a veces, pasan las que hacen el mismo gesto, pero, en vez de disimular, me miran, se persignan, dicen: "¡Dios mío!", y caminan más rápido. Con las segundas me llevo mejor, tenemos más cosas en común porque una de mis frases más usadas también es "¡Dios mío!"; pero usualmente va seguida de una coma y un nombre.

Mis transeúntes predilectos son los hombres, más aún aquellos que se dirigen a La Hoguera. Absolutamente todos parecen con delirios de persecución; llegan a la entrada del callejón y antes de ir al fondo miran con premura hacia ambos lados, como criminales que se aseguran de que no esté cerca la policía, como adolescentes que fuman marihuana en la esquina de su casa y temen que cerca esté su madre, o la vecina chismosa; como el infiel que acaba de salir de un motel con su amante.

Al entrar, La Hoguera parece un bar de jazz, una luz roja y tenue alumbra el lugar, y siempre hay hombres con trago en sus manos. Entre música a todo volumen y voces masculinas sonando al unísono, se pronuncia la voz dulce y coqueta de muchísimas mujeres hermosas, pero diferentes. Está la alta de cabello largo con ropa ajustada de cuero, la de cabello rubio con minifalda, la pelirroja en brasier brillante color púrpura, la castaña bajita con tacones de punta de aguja; hay tantas mujeres distintas. Lo único que tienen en común es el mismo tono de labial escarlata. Al lado izquierdo de la entrada hay una fila de sillas ajustables de cuero negro que siempre están ocupadas, seguidas de una barra de madera larga que encierra la barra de exhibición, con un sinfín de botellas, vasos y copas, cada una sostenida por personajes de todo tipo que contaron un sinfín de historias. A

la derecha hay una pared llena de pósters; la foto de Liza Minnelli es mi favorita. Después de pasar por las mesas distribuidas entre el medio y los costados, justo al fondo está el escenario, con un tubo de Pole en el medio y, claro, una mujer performando.

El baile transversaliza La Hoguera. No hay placer más puro aquí que ver mujeres hermosas hipnotizadas por la música; es evidente que todas llevan el baile en las venas. Dalida, mi bailarina favorita, es la mejor en pop rock, y mientras te escribía sobre este lugar, donde todo pasa rápido y las imágenes nunca son claras, la pude ver a ella en una escena diáfana, subjendo el tubo lentamente mientras los músculos de su abdomen y piernas se contraían y marcaban -Bang bang, he shot me down- se sostuvo tan solo con sus piernas y mano derecha, miró al público y mostró su brazo izquierdo, luego su mano; primero sacó su pulgar, luego el dedo índice, por último, el dedo del medio y se llevó lentamente el arma que acaba de crear a la cabeza Bang bang-. ¡Disparó! Y se deslizó por el tubo hasta casi golpear el suelo -I hit the ground-. juntó sus piernas y, lentamente, empezó a subir de nuevo -Bang bang, that awful sound-. Cuando estaba casi al tope del tubo, volvió a soltar el brazo, de nuevo se armó y esta vez llevó sus dedos a la boca -Bang bang-. Puso ambos brazos en el tubo y empezó a bajar con las piernas abiertas, hasta quedar completamente en el piso -My Baby Shot Me Down-.

La mujer consagrada
Sin condiciones
Al Eros
Ingrávida,
Cual manzana alegórica
Se labra un destino
Ante los vertiginosos ojos de la muerte
Aun sabiendo que
El arma cargada
No está siempre
En sus manos.

Así como lo lees, Hélix, La Hoguera es arma, disparo o herida. Cada persona que viene aquí es libre de lanzar los dados, de decidir qué quiere hacer. En el peor de los casos, o en el mejor, siempre hay alcohol para desinfectar las lesiones y un beso color escarlata para sanarlas.

Bienvenido a mi infierno,

Alina del Azar (pero no creo en las coincidencias).



No acostumbro a conocer personas por medio de comunicados. Prefiero socializar en los escenarios de encontrarme en una reunión importante y esperar a que los invitados se acerquen a mí con ansias de conocerme. Esta vez hago la excepción de responder a tu llamado porque, por un momento, pensé que era el único a quien esperabas que respondiera y la verdad no le negaría a nadie el placer de hablar conmigo. Asumo que debes estar muy desorientado y con un gran vacío en la cabeza para tener la necesidad de contactar con más individuos aparte de mí, pero créeme que te daré la mejor orientación, así que toma nota. Mi primer consejo es que no te preocupes ni sientas miedo por no recordar tu pasado, ahora tienes la oportunidad de probar todo a tu alrededor como si fuera la primera vez. Como dijo una vez el filósofo francés Voltaire (1694/1778): "La vie est un naufrage, mais nous ne devons pas oublier de chanter dans les canots de sauvetage". Unas sabias palabras, ;verdad? Oh, mis disculpas, se me olvida que tu conocimiento no llega hasta el punto de entender mi idioma. Déjame ponerlo en palabras más fáciles, dice algo como: "La vida es un naufragio, pero no debemos olvidar cantar en los botes salvavidas". Así que no te agobies y saca el mayor provecho de tu posición.

Mi siguiente sugerencia es que, como veo que no conoces a *Cygnus*, me permitas ayudarte con eso. Te doy una invitación exclusiva a un lugar llamado *Un Lieu*. Lo cierto es que ese no es el primer lugar que se me vino a la cabeza. En *Cygnus* hay muchos palacios preciosos por visitar, pero sé que no tienes con qué pagarlo; no te alarmes, tengo compasión de ti y por eso vamos a un sitio que se acomode a tu situación económica. Como te decía, Hélix, acompáñame a ir a *Un Lieu*, lo bueno es que el nombre es sencillo de explicar, quiere decir "un lugar". Le puse ese nombre porque no es exactamente una locación como un teatro o un museo, es una simple y tranquila esquina ubicada en un barrio menesteroso.

Cada domingo, un violinista se posa en esa esquina y empieza a interpretar las melodías más prodigiosas en la música clásica. Impacta a todos a su alrededor con su brillante ingenio. Para que te hagas una idea, piensa en Markolino, pero más apuesto y talentoso; bueno, no con más talento, pero sí con más porte... y talento. Además, siempre pasa un grupo de seis niños jugando con una pelota, que creo que está hecha de unos desagradables trapos harapientos. Tal vez alguna vez jugaste con algo parecido y cuando la veas te traiga recuerdos. Lo que más me molesta es que al pasar por mi lado tropiezan con el estuche del violín, son irritables. Aunque hay una señora que vende manillas de hilo, no son muy bonitas, pero me

agrada porque siempre le regala una moneda al músico y le expresa lo bien que toca su instrumento.

Algo de lo que debo advertirte es sobre la comida. Te aseguro que la peor parte del día para el violinista es cruzar la calle para comer la *omelette* de queso más grasienta y mal presentada que he visto en mi vida. Cada vez que prueba un bocado, por su cara, es evidente que preferiría comer un *boeuf bourguignon* en ese momento. Por cierto, es un plato francés muy potente y delicioso, siento lástima por ti porque no puedes probarlo.

Luego de terminar esa atrocidad de merienda, a las seis de la tarde, el atractivo músico cuenta el dinero que recogió en el día. Se lo da a la primera persona que pasa por aquella esquina, empaca sus cosas y abandona el lugar. El intérprete me parece alguien para admirar, no necesita el dinero, solo toca su música en esa esquina por el gusto de recibir los elogios de quienes se encuentran allí. En *Un Lieu* hay personas que no tienen la oportunidad de escuchar a un violinista con ese talento en vivo y para él, cuanta más audiencia reconozca su destreza, mejor se siente. Por eso espero que puedas ir, Hélix. Es mejor que te dé un adelanto para que no te asustes al ver que ese violinista soy yo.

À la prochaine,

Jules Leblanc.

P. D. Esa es una despedida menos formal, para que puedas comprenderla, quiere decir hasta la próxima.



Un buen café y poca azúcar...

Le he dicho repetidas veces que no creo su historia. (Bischel, 1991)

Allí donde la calle huele mal y el café nos dejó ignorar ese malestar, nos dedicamos a conocernos, quisimos saberlo todo, queríamos saber de dónde veníamos y hacia dónde iríamos luego; pregunté tu nombre, aunque ya lo sabía, fue una iluminación más que divina, esa calle con esa carrera no marcarían un destino que duró 2557 días, poco más poco menos, nada valía saber el futuro de eso que se estaba cocinando entre la carrera 76 y la calle 35, nos sentimos bendecidos por haber estado cerca de Santa Teresita del Niño Jesús. Seguro sentimos el Edén, o todas aquellas bellas descripciones de Adán y Eva allí. La maravilla de sus bestias, la grandeza de su frutos y plantas, encontramos una rosa e imaginamos la descrita por aquel pequeño príncipe que todos disminuían en palabras diminutas. No caminamos, solo nos sentamos en La Esquina de Gladys a que nos sirviera el café, esa bella señora que entre sonrisa y sonrisa nos guardaba en su recuerdo para darnos el tiempo perfecto y no interrumpir lo que ella ya sabía. Alegrías y tristezas que su experiencia le decían durarían un poco más que unos metros,

que saldríamos de allí con una promesa de un beso robado y un abrazo cálido que nos haría volver.

Los lugares que visitamos se quedan con nuestra alma, así como los suspiros nos dejan poca vida, pues ellos son un poco de vida que se nos escapa. Los lugares se quedan con un nosotros que no vuelven ni volverán a ser nunca más. Ese día te convertiste en *Cygnus* sin duda, caminábamos en círculos ignorando lo que nos hacía la ciudad; recorrimos cada centímetro, de esta que llamábamos de una manera extraña Metellenium, gracias al magno Quintus Caecilius Metellus Pius, creo que fueron tantos kilómetros que empezamos a contar en años luz.

Cada día fue una oportunidad para visitar y visitar, el restaurante mexicano, ¡ay de mí!, un lugar menos especial que tu sur, pero que nos consintió de calor y sudor; una calle nueva, un lugar en el centro, caminamos transversales, circulares, carreras y calles y una que otra contravía que nunca olvidamos. Nos habitamos en cada momento, pero ignoramos lo que esos lugares nos daban, una oportunidad para vivir, un lugar para estar, un lugar para construirnos, sobre todo para pensarnos.

Por todo esto y mucho más, la ciudad que creamos no será más esa, por eso hoy habitamos una nueva, esa más real que hemos empezado a descu-

brir, así como aquel aguacatero nos ofreció la mejor pepa de ella, y aquellos que venden el mejor tamal, hemos dejado nuestras vendas en los ojos para poder adelantar la circunstancia y la circularidad de lo vivido. Adelantamos sobre nuestros pasos y estos lugares se abrieron a nuevas esquinas, nuevos límites, o se cerraron tal vez, pues todo lo visitado entre dos hoy son lugares prohibidos, la mirada de Gladys cuando llegamos uno sin el otro es diferente, el gran hombre de las flores ahora vende chocolates, la señora del restaurante de pescados La Buena Espina vive ahora con su hijo y en el portón una leyenda "Cerrado por aquellos que habitaron cada asiento", las dos gardenias como aquella bella canción murieron como muestra de nuestro amor, y también la nostalgia volvió, se quedó en el corazón obtuso de uno y en el ego del otro.

Sueño interpretado

Los seres humanos tenían dos cosas que, siendo fundamentales o no, nos caracterizaban desde siempre, querido Hélix. Memoria y olvido. Para personas como usted la memoria era importante y se concretaba en acontecimientos, lugares e identidades que formaban líneas, que proporcionaban experiencias y que nos ayudaría a encontrar un diálogo entre lector y escritor. Sin embargo, yo preferí el olvido, y escribí cada palabra dejando pedacitos de una realidad atrapada en el estrecho mundo de un presidiario. Eso me ayudaba a desahogarme.

Escapar mediante los sueños era la opción perfecta que hacía valer la pena cada milésima de segundo. ¿Acaso no te habías preguntado qué pasaría si te arrebataran tu familia por una tragedia? Eso pensaba cuando veía a Mundo que yacía en posición fetal durmiendo profundamente como un bebé, como si nada pudiera acabar con la paz, como si el castigo de quedarse aquí fuera suficiente como Cronos en el Tártaro.

Quizá su áspero ronquido era signo de la obstrucción causada por las noches frías y la influencia del tabaquismo. Parecía graciosa la idea del contrabando en las cárceles, de que había un intercambio de drogas, navajas, encendedores, aguardiente, revistas pornográficas y, evidentemente, cigarrillos. Querido Hélix, debía confesarte que yo era el mayor proveedor de cartas de amor para madres, esposas, hijos, amantes, y no me daba pena decir que hacía trueque para adquirir todas estas cosas nombradas.

Esta cárcel que no quería recordar estaba en un rincón de la ciudad de Tenerife, España, hincada en lo alto de una montaña. Como cada mañana, la canícula se asomaba por la rendija que estaba a un lado de la pared de las eyaculaciones. El primero en levantarse tenía el chance de abrir el grifo del lavamanos y encontrar agua fresca, puesto que más tarde el agua hervía como lava volcánica. Me gustaba levantarme temprano para lavarme el rostro, y luego esperar el periódico. El periódico servía para limpiarse las nalgas.

Desde entonces me había acostumbrado a dormir algunas horas al día, de manera que parecía un búho de noche. Eran siestas de una hora porque no confiaba en nadie, y porque la primera semana había sido un caos por las constantes peleas. Era una constante lucha por el uso del baño y la vista de rendija. Pensaba que los bichos eran mejor civilizados y que comían maravillas. A veces nos tocaba comer mierda y beber orín porque no había vituallas cocidas. Tampoco hubo quien hiciera las labores de rutina. El aseo a la letrina era primordial cuando se compartía con

otras personas. En este caso tocaba defecar parado porque el moho y los orines acumulados eran caldo de cultivo para infecciones.

Mundo se arrodilló otra vez para comenzar a rezar como en cada mañana y, desde luego, pensaba que a este tipo se le había corrido una teja, y que estaba más arrepentido que el resto. ¿Pero qué habría hecho? ¿Será que yo iba a terminar así? ¿Por qué los religiosos eran personas raras? Preguntas en mi cabeza. Justamente dirigió su mirada hacia mí:

- —El Señor me mostró tu nombre en un sueño —dijo—. Eres un hombre inteligente, pero te falta algo muy esencial.
- —¿Sí? Seguro alguien te contó toda mi vida –dije–. Es más, no será necesario confirmar eso que sabes. Eres el sabelotodo de aquí.

Mi cara de extrañeza fue evidente. Supuestamente conocía mi nombre; al fin y al cabo, algún reo pudo aventarlo con un par de datos. Además, quiso decirme que, en este último mes, no habíamos cruzado una sola palabra porque aún me veía alterado. Era verdad, lo estaba. No obstante, deseaba saber cuál era la cosa esencial que yo no tenía, y Mundo, con esa mirada de borrego, solo me observaba esperando una respuesta amable. Tanto el sarcasmo como la incredulidad en mi comentario reflejaba un choque

entre un hombre entregado a Dios, y yo, que afirmaba la existencia de miles de dioses. Yo tenía razón, y desde siempre la había tenido; todas las religiones son iguales: sirven para controlar el ser humano.

Cuando el periódico llegó a manos de Mundo, las manchas rojizas de sus ojos y su iris café parecían seguir las líneas de los titulares llenos de malas noticias. "Inminentes incendios consumen miles de hectáreas de bosque virgen"; "Ataques terroristas dejan un saldo de 700 personas fallecidas en un país de Medio Oriente"; "Un tsunami chocó con la costa centroamericana; "Se estrelló un avión contra una base militar". Todos ignoraron su acción, menos yo.

—Llegaron los tiempos finales –dijo Mundo–. Todos seremos juzgados sin importar raza o nacionalidad. Los animales volverán a ser cimarrones, y el resto de los seres vivos serán restaurados. Las ciudades arderán por el calor incesante, y el poder caerá como corona en cabeza de un solo hombre.

Al finalizar su comentario, el silencio se apoderó de mí, permanecí estupefacto; luego rememoré la imagen de mi madre quien había sido creyente desde muy joven, y me influyó algunas ideas parecidas a las de este hombre. El resultado fue una jaqueca en la mitad de mi cabeza y, honestamente, no había remedio que ir a desahogarme en la pared de las eyaculaciones para despejar mi mente. Tan pronto como comencé a manosearme, cuatro dedos cayeron sobre mi hombro. Era la palma de una mano gigante, y sonaron estas palabras:

- —Si quisieras, podrías ser libre.
- -¿Cómo así? -respondí.
- —Podrías volver a *Cygnus* de la eterna lozanía.
- —Solo hablas sandeces –afirmé, y quité su mano bruscamente.
- —Debiste haber tomado el camino difícil. ¿Acaso no es la vida un regalo sagrado?
- —Vea señor –repliqué–, yo no me meto en su vida, ni ando cuestionando sus cosas. Por favor, llevemos la fiesta en paz.
- —¿Alcanzarías a imaginar lo que Dios me ha revelado de ti?

Cuando giré ciento ochenta grados, aquel hombre, de rodillas frente a mí, yacía con la Biblia en la mano. Tenía los ojos cerrados. Era muy raro, porque rezaba en un idioma desconocido. Me sentía acorralado como una vaca al borde de un precipicio.

- —¡Qué Belcebú y sus demonios me protejan! —exclamé en burla—. ¿Por qué no me dejas hacer esto tranquilo?
- —Cómo quisiera que abrieras los ojos, hijo de Aníbal.

En ese instante, mis ojos se hundieron en lágrimas, era imposible. Ese nombre retumbaba en mi cabeza como campanas marcando las doce del mediodía. No solo me ahogaba en un sentimiento profundo de melancolía, sino que mi corazón se desgarraba como madera podrida de comejenes, que corrompen hasta una ceiba gigantesca.

- —Déjame en paz –dije.
- -¿Sabes algo? -preguntó Mundo.
- -¿Qué -respondí.
- —Fui un simple cuidador de cosas valiosas. Recuerdo a un profesor que me leyó algo sobre un niño que viajaba por planetas. Repetía esta frase: "Lo esencial es invisible a los ojos".
- —Eso lo escribió un francés, Antoine de Saint-Exupéry –dije–. Bueno, ¿qué pasa con eso?
- —Parece insignificante, pero, si tuvieras estas tres cosas invisibles que tengo en mente, podrías entenderlo—respondió Mundo, con esa voz parsimoniosa.
 - —¿Cuáles cosas invisibles? –cuestioné.
- —Las flores que vendía el viejo Aníbal son como la juventud. Se marchita por el pasar de los días. No siempre existió esa fiesta que conmemora la primavera, que adorna anualmente las principales calles y avenidas de *Cygnus*. A todo eso le espera el mismo destino: la muerte. Si tuvieras tres cosas esenciales no estarías aquí –afirmó Mundo.

- —¡Pero dime cuáles son las malditas cosas, de una vez! –renegué, golpeando la pared de una palmada.
- —Bueno, ya cálmate –replicó Mundo–. Si hubieses tenido paciencia y a Dios en tu vida, no hubieses degollado a tu novia. Ya van dos cosas.
 - —¿Y la tercera? −interrogué.
- —Sé que ahora a tus veintisiete años no lo vas a entender, pero si quisiera podrías irte de aquí con esta cosa —dijo él—. Te la dejo ahí. Hasta mañana.
- —Entonces vete a la mierda –contesté—. Por cierto, tu sueño me importa un carajo.

Entró cólera y rabia en mí, puesto que no sabía cómo pudo conocer el nombre de mi padre quien había fallecido hace veinte años.

Bertono Olapa.

5%Z

El renacer del caminar

¿Sabés? Estaba esperando con ansias el nuevo mensaje. Todavía no entiendo del todo cómo me terminé enganchando a esta movida. Más aún con la nueva información que esbozás en el segundo comunicado y la aventura que incitás a realizar. Pude ver que, en tu texto, Hélix, hablás de unas personas que dieron respuesta a tu *casting*, y tengo que admitirlo, me sorprendí con los interesantes nombres de aquellos que resultaron, al igual que yo, encaminados en este viaje de letras.

Empezó en mí un sentimiento que no recordaba, y no porque lo olvidara, sino porque hace tanto que no lo sentía que es como si ya no existiese. Me siento curioso. Me da intriga el nudo existencialista que todos transpiran con el simple ritmo de sus nombres: directo, desordenado y sensual como el de Vulpina; mañoso, desconfiado y un poco perdido como el de Najevat. Disculpáme, Hélix, si de alguna manera caracterizo de forma errónea tu gente, pero de verdad me intriga todo este asunto y acuñarles singularidades a cada uno me sirve para imaginármelos, me hace sentir que los conozco, que son reales. Además, imagináte la curiosidad que me da saber que fuimos once los que contestamos y de momento en su texto solo sé de tres.

Fueron dos asuntos por resolver que se tatuaron en mi lista del *quehacer*: primero el nombre ¿*Cygnus*? Y segundo el destino que tenía que explorar.

Intenté descifrar los signos de este nombre que alguna vez creí escuchar. Cygnus retumbó en mi memoria, aunque tengo la sensación de que solo lo recuerdo porque así quiero que sea. ¿Será esto un efecto Mandela? Una breve y apresurada búsqueda en el computador de mi vecina me confirmó que nada de lo que dice en internet cuadra con precisión a tu mensaje, Hélix. Solo encontré referencias a una constelación y al nombre en latín del cisne. Por esto salí de la habitación de mi vecina antes de que volviese de la tienda. Yo no tengo computador y mucho menos internet, espero me perdonés el acto de usurpación, pero a la Sabi, mi vecina, le tengo la rutina bien detallada. Sé cuando puedo entrar a su casa sin que se dé cuenta. Hélix, esto lo hago por necesidad. no por hacerle ningún mal.

Salí a caminar. Sí. Caminé. ¿Quién lo diría? Yo, caminando con un motivo más allá que la acción del desplazamiento. Sin dirección fija, pero con destino más que claro: un lugar que me desconectara de la rutina. Vos pensarás que salí a dar una vuelta al barrio, pero la realidad se aleja de esa simpleza; salí de la ciudad. Con mochila; botella de agua y posibilidad de *refill*; dos mudas de ropa; el pegao del Kolino; cepillo

de dientes, y la mitad de pan tajado de la bella Sabi que cogí cuando entré a usar su computador. Ella de seguro fue a comprar más en la tienda, o tal vez falta no le hará, la nevera la tenía llena y la repisa donde guarda la parva también. Además, Hélix, siempre que cojo algo de su comida, respeto los empaques que están sin destapar. Solo tomo lo que dejó empezado. Ella muchas veces bota sobras de comida en perfecto estado. Lo que estoy haciendo es un favor.

Salí a la exploración. Solo con esas cosas y con el impulso de un arrebato, viajé hasta donde la calle empezó a subir de temperatura y el aire mudó de aroma. Te juro, Hélix, que si hubiese tenido un huevo, con el simple hecho de coexistir en la carretera conmigo, se cocinaba a la perfección e incluso se sazonaba al punto. Un extraño olor acompañó la tarde. ¡Sal! Eso tuvo que ser sal. ¿Habrá sido el cansancio? ¿El hambre? ¿La traba? Eso sí, no soy una persona que de manera asidua consuma, pero una que otra pata sí prendo. Además, tuve la fortuna de encontrar por un parquecito un moño que alguien dejó tirado. Eso fue una señal. Decíme, Hélix, vos, en mi situación, ¿lo prenderías?

No creas, pues, que aguanté las tres semanas con el pan tajado. La gente fuera de la ciudad es muy amable, Hélix. Algo me daban en mis paradas por las vías. Pasé por pueblos donde busqué rellenar mi botella de agua y terminé en una caseta tomando Colombiana y comiendo empanada de cuenta de alguien más. Yo la verdad aparento una pinta muy sana, porque a lo bien que a cualquiera no le dan posada, ¿o sí? Te cuento que hasta un polvete me saqué un día que amanecí en la vereda La Sequía. La pelada, lo más querida, me atendió todo un domingo.

Así me fui, hasta que el mar me paró: playa El volador. Por allá me detuve a revisar mi zapato roto. Descansé en la playa todos los pasos que di. La suave arena acarició mis pies. La brisa salada le dio un gran respiro a mi ser. Me quité la ropa y en calzoncillos me tiré al mar. El agua estaba tibia, pero aun así refrescaba como un glacial. Desde la olas levanté la mirada y la vi. ¿Podés creer que la Sabi estaba pasando por la playa? "No jodás", me dije. Salí pitado del agua y emparamado me vestí. Hélix, yo la verdad estaba exhausto. Todo este viaje fue increíble, pero cuando salí de la ciudad sin rumbo fijo no pensé en el regreso. Fue la oportunidad perfecta para encontrar un retorno.

Corrí por la playa para alcanzarla. Fue fácil, ella se mueve en cámara lenta, o así la veo yo siempre, como si fuese de la vieja serie que veía mi padre: *Guardianes de la bahía*. Disfruté de las vistas que su figura de espalda me proporcionó. Ella es transparente de piel, Hélix, y así me encanta, pero ya había atisbos rojizos en sus hombros, producto del ardiente sol que hizo ese día. Su pelo corto giró cuando jadeante llegué por detrás.

- —¡Sabi! –Fue lo primero que le dije.
- -¿Akeru? Vos qué hacés por acá -preguntó ella.
- —Sabi, me estaba buscando. Me perdí y creo que ya me encontré —le contesté con una amena sonrisa. Estoy seguro de que si tuviese la oportunidad de ver mi rostro en ese momento, estaría con una cara de emoji pendeja mirando a mi vecina.
- Vos siempre tan enigmático, Akeru. ¿Y dónde te estás quedando? ¿Hasta cuándo estarás por acá?
 Confundida me miró de pies a cabeza.
- —Nada Sabi, no tengo ni idea. Me vine de mochilero. ¿Vos qué? ¿Estás trabajando? ¿Cuándo volvés a la casa? —La Sabi fue en el carro. Estaba haciendo unos pedidos de unas velas raras que ella vende.

¿Podés imaginar que me dio el aventón de vuelta a casa? ¡Me regresó a *Cygnus*! Luego de explicarle el recorrido a pie que hice, me invitó a ir con ella.

Volví a viajar, pero mis pasos ahora iban en llantas. La hermosa vista del mar se alejó. De nuevo volvía a las montañas. Fue un viaje diferente al que hice a pie. Ahora disfrutaba del delicado paisaje de los valles acompañado de la soltura, amabilidad, belleza e ingenuidad de ella: la Sabi. Fallé en mis dos *quehaceres*, no supe con certeza qué es *Cygnus* y no visité

un lugar, visité muchos, pero lo que realmente experimenté fueron los caminos. Quizá, luego, te cuente qué más pasó en esta travesía.

¿Será que *Cygnus* es mi habitación? ¿*Cygnus* será mi vecina? *Cygnus* sos vos, Hélix, ¿*Cygnus* soy yo?

Volviendo a existir desde la noche eterna y la penumbra que asoma en la calle, Tamashi.



Hélix, querido, he estado triste

Después de ti, mi Hélix, he tenido sueños vívidos. Sueños contigo en los que me has guiado, sueños en los que te he visto en El Cielo, lo digo porque acá solo venían hombres cultos, como tú, que tomaban güisqui, nos leían poemas como si necesitaran sentir que sus palabras complicadas nos ponían húmedas y, después, se follaban al mundo. El mundo noctámbulo, querido mío, para hacerse más habitable, menos amenazador, se limita a un espacio rodeado de cuatro paredes lleno de humo que nada entre el olor a semen y a licor adulterado. Aunque, desde que montaron en la Calle de la Bomba el Cabaret Voltaire, parece que viene cualquiera con una cantidad suficiente de dinero en el bolsillo para susurrarme en el oído que si me dejo tocar, que cuánto cobro, que deditos y nada más, y yo me dispongo en la mesa del fondo, detrás de la pila de cajas de cerveza barata, con mi cabello azul colgando de la mesa mientras organizo los nuevos billetes en mi brasier. Hélix, por favor, escudriña en tu memoria. ¡Has venido a este burdel? ;Te has acostado con alguna puta arriba de El Cielo?; Conmigo, tal vez?; O más bien en el Hotel Metropolitano? No te juzgaría, querido, solo que con esas mujeres no estaría yo, porque no tienen lo que tú y yo sí tenemos. No me gustan las mujeres porque no

huelen a nada, excepto Alma y yo que olemos a sexo y a sudor todo el tiempo; pero Alma no me gusta, a ella le falta lo que tú sí tienes, Hélix mío.

Hice la tarea, Hélix mío, estoy en un constante descubrimiento del lugar donde vivo y al que ahora te dejo entrar. Mi pieza queda en el tercer y último piso de la pensión donde vivo. "Pensión" digo, porque el único aviso que hay a la entrada es el letrero de El Cielo en el burdel de abajo. En las escaleras para subir a él hay un *graffiti* que se lee a medida que vas subiendo: "¡Oh, los que entráis, dejad toda esperanza!", y que está ahí por lo menos desde que soy consciente de mi habitar. Otras particularidades que encontré en este tiempo te las contaré a medida que me vayas leyendo.

El pasillo por el que uno entra a cada pieza no es un pasillo, sino que es un balconcito interno que deja ver los pisos de abajo. En mi pieza hay dos ventanas. La predilecta, Hélix querido, que me deja ver los trenes pasar casi frente a mí, es la ventana más excitante del mundo. A veces, cuando me encuentro triste o aburrida, me siento por horas a mirar hacia la calle y a esperar a que un tren se pare frente a mi ventana. Cuando por fin lo hace, aprovecho la habitual desnudez de mi privacidad y abro mis piernas al mundo, al público, y siempre, querido, alguien mira. Una mirada basta para hacerme venir como una cascada.

No me importa la reacción, a mí me gusta es que me miren, Hélix, me hace estallar en placer ver sus ojos perplejos frente a mis labios hinchados lanzándoles besos tras una goteante experiencia transitoria.

La otra ventana, Hélix mío, me obliga a ver, en el primer piso, la pieza del señor Nicanor, el dueño de la casa, y en el segundo piso, se encuentran habitaciones de paso. Ese último suele ser un lugar transitorio, imagina el purgatorio. Allá está el cuarto de Alma, la única que nunca abandona ese piso. Es una mujer delgada y amarilla. Sus gemidos y el ruido de sus tetas flácidas y alargadas hacen eco en el edificio. Es la señal para presenciar desde las ventanas el espectáculo del pago de la renta a don Nicanor. Ella a veces me sonríe y gime más fuerte, y yo le sonrío también.

Confío en que sabrás disculparme por no guiarte a mí, pero estos tres pisos han sido mi escondite del desconocimiento abrumador que me invade afuera. He tenido sueños muy vívidos sugiriendo que no hay un pasado más allá de *Cygnus*. ¿He nacido en el olvido? ¿Existe la esperanza en la muerte cuando mi existencia parece pasar desapercibida incluso para mí?

Tuya, Índigo.



La estúpida levedad de los títulos

El estilo anglosajón me gusta, se parece al estilo germano. Aprovechemos de antemano la presunción vaga del amplio estilo germánico del señor Hélix Deneb. ;He usado correctamente la tilde? Todo nombre latino puede ser germánico y todo nombre germánico puede ser indoasiático. Esto tiene sentido en la medida en que una vez conocí a un hombre en Filipinas llamado Elmer Castizo y el otro día un hombre en Tailandia llamado Wilmar Aburrégui (con tilde bien puesta) que lo escribía correcto en tailandés. ¿De dónde son ustedes? Digo lo de germánico porque es obvio, evidente, una verdadera no sorpresa, lo directo y preciso que me insta a ser el señor, la señora, los señores, el ser, ente, opaca presencia, eminencia, etc. Hélix Deneb. Puede que se pueda debatir lo que afirmo. En cualquier parte del mundo se puede ser directo, por ejemplo, en la Costa Caribe colombiana. Pero yo no soy de allá. ¿De dónde son ustedes? Han notado también que una forma muy particular de ser directos es usar el punto seguido como en el inglés. Siendo preciso el punto a parte como rompimiento, quiebre, estigma, silencio imprevisto.

Ahora bien, en la medida en que la búsqueda por dirección –palabra que me parece hermosa, además,

derivada de "directo" – nos atañe, vamos al grano. Mi madre me enseñó que en Medellín las calles aumentan de sur a norte. Y las carreras de oriente a occidente. Si se es taxista, este pequeño verso "sur norte oriente occidente" lo puede llevar a uno adonde sea. Creo que es impreciso poder decir de dónde soy, pero ¿podrían decir dónde estoy? ¿Es todo una mentira?

¿De dónde son ustedes?

El asunto es que todos ustedes, Conrado, Concha, Bertono, Najevat, Índigo, Alina y compañía, particularmente Hélix Deneb: me hacen pensar que es importante más que saber quién se es saber dónde se está. Llamemos Medellín al territorio idílico de las pasiones de todos los drogadictos que me he topado en la carpeta de Drive. Digo drogadictos porque parece que muchos toman demasiado en serio sus recetas psiquiátricas. Eso es bueno, ser drogadicto está bien. A mí me gustan otras cosas. En los últimos días he intentado hacer una buena canción. Y siempre fumo, eso es importante, fumar es bueno para el miocardio, para la rodilla, para el orín de perro y para la vista. Al principio, en Guinea, fumé algunos cigarrillos que compraba en una tienda con la excusa de que mi tía me enviaba, recuerdo intentar encender esos primeros soplando y no calando. Luego, conocí el tabaco rubio y así, aquí fumo cigarrillos chinos que compro en la Veracruz, justo en la calle Boyacá. Intentando

componer algo. Algún visaje de tema. ¿Han oído el Grupo Niche? ¿De dónde son ustedes?

A diferencia del emérito señor Jules el Blanco, como el Mont Blanc, la montaña del oso, el monte donde la nieve se delezna, yo soy un músico desordenado. Me gusta, muy personalmente, pensar que Deneb suena a Danubio y que *An der schönen blauen Donau* del aún más emérito señor Johann Strauss II es una melodía precisa, hermosa, impávida, ordenada. Yo nunca quise ser así. Yo no soy así, no estoy en lugares así.

Cuando la señora Galal intentó convertirme en un Jules el Blanco, yo abandoné mi nombre como el señor y convine en sociedad con un cigarrillo y una copa de vino rancio, que me iba a llamar como el pianista brujo Mark "Markolino" Dimond, porque, como ya reza la leyenda, Markolino tocaba como Beethoven, papi. Y como él ya contó su historia, yo solo procedo a la hermosa labor poética de robar. Por favor, nunca me pregunten cómo me llamo, Markolino suena suave, chévere y borracho, así soy. Mi mamá sabe cómo me llamo...

No sabe dónde estoy.

¿Es todo una mentira?

En Medellín me quedo, como digo yo, porque el Joe dice que se queda en otra parte, y él para mí era un guevón. En esta ciudad muchos somos apátridas y todos somos refugiados. Cada diez minutos en el mundo nace alguien que no tiene nacionalidad, como si tuviese su propia burbuja de aire, agua, espacio aéreo, himno y hasta equipo de fútbol. Federación Nacional de Fútbol de Markolino. Cada rato me encuentro un montón de venezolanos haciéndoles caritas a los paisas cara dura, con su maldita amabilidad buscando facilitar su labor de autocomplacencia. Pobres venezolanos, no saben que los paisas inventaron el mito del vallenatero que venció al diablo, solo para grabar y vender los discos de vallenato que después les meterían bien caros a los propios costeños. Los paisas son ese diablo al que venció Francisco el Hombre. Los marinillos llevaron una nueva estirpe de gonorrea a China, los de santuario introdujeron la expresión "qué hijueputa cosa tan cara" en el mandarín y los paisas en general venden huecos y obligan al cliente a cavarlo. Es bueno ser apátrida entre paisas e ir a observarlos en su entorno natural: el San Andresito.

No odio en absoluto a los paisas, recuerden que estoy siendo directo. Esta ciudad es el idilio. ¿De dónde son ustedes?

Entre la estación del metro Alpujarra y la estación Prado, uno no necesita ser de ninguna parte. Basta comer de lo que sea, dormir en cualquier catre y encomendarse a la Virgen para que nos llene las partituras de canciones pegadas.

A mí no me gustaba tener chofer, prefiero una moto caída y manejarla yo mismo. Yo solo soy dueño de mi Casio de iglesia protestante. Así dice la canción: "Yo me levanto por la mañana, me doy un trago pero no me perfumo, tampoco como desayuno y no hago más na que tocar piano". La música es la única calle a la que respondo, el único horario que tengo, yo no toco el piano por amor ni por plata y menos por nombre, porque nombre ya lo tengo y a nadie se le olvida, yo toco el piano para que, como decía Gabriel García Márquez, nunca se me pare el ángel de la silla del lado. El piano es el rumor de las olas, el avemaría y los primeros 1500 versos del Corán. Yo lo llevo adonde sea que pueda entre la avenida del Ferrocarril y El Palo. En casi todos los teatros, bares, parqueaderos, universidades de garaje y panaderías saben quién es Markolino, un muchacho con acento raro, con olor foráneo, con mirada antigua, con respuestas profanas y manos sacras, el niño de la salsa, el oasis de los enfermos de oído, la antítesis de todos sus ancestros, el hombre que se abandonó a sí mismo dentro de una enfermedad que no tiene médico; la música absoluta, sediciosa, sacrílega, salvadora. El sonido de las arpas celestiales jamás habrá de oírse en los conservatorios, el foso de orquesta, los teatros

griegos o el nuevo salón de conciertos de Hamburgo, eso solo se puede escuchar en la calle.

De mí, Hélix, te restan saber un par de cosas. Esto lleva sus lágrimas. Perdí la cuenta cuando tenía 33 años. Esta es la lección incompleta. Lo que voy a confesar lo enseñan en la academia, pero en lenguas vernáculas, esto no es la verdad ni una mentira, es mi versión. ¿Cómo llegué aquí? ¿Cómo sé tanto de la ciudad? Te preguntas. Los birmanos con los ojos aprenden a oler las corrientes marítimas, los senegaleses saben la diferencia entre un plátano y un banano, los somalíes navegan tanto como Erik el Rojo, en el Urabá antioqueño ahora enseñan en las escuelas las lenguas perdidas del Sahara, ya sabes que en Guinea Ecuatorial hablan español, Celia Cruz dio un concierto en el Congo. Cada cuero que hace eco, cada cuerda de piano desafinada que desechan, cada trompeta que escuchó el último escupitajo de aire, en cada timbal está la explicación de mi viaje. Tu ciudad la nombré como quise y tu me llamaste ausente; qué frágiles somos los refugiados ante los ojos esquivos. Apenas cae la noche, colgamos juntos el telón oscuro y el horizonte parece una pintura impresionista que solo entienden los borrachos. A Dios lo del césar y al césar los secretos que tú y yo nos contamos antes de este día, y como la sombra de Pablo Pueblo nunca me alcanzaste y me deslicé de tus dedos, obtuso, como si fueses el mar y yo la arena. Las preguntas mejor las

dejamos así, obsoletas. El afán impera y en mis cartas lo notaste con las primeras palabras. Solo te queda la música que te escribí y las canciones que te recomiendo para que me leas en silencio, una vez más sin esperar respuesta. Pierde tu respeto por mí, y seamos salvajes, como tu ciudad y sus habitantes, seduce mi adiós como yo tu curiosidad, canta mi canción y en ella encuentra la respuesta a todos los misterios, búscame en el Darién entre los ciudadanos kurdos o los patrulleros panameños, soy el que cuida la frontera y el que la atraviesa para ser llamado inmigrante. Te hablé de mi madre en Guinea Ecuatorial, y de mis andanzas al otro lado del Atlántico, en América; pero nunca te dije qué hubo en medio. Mi gente quiere oír mi voz sonora, pero todos ustedes siempre estuvieron equivocados. El día que alguien en vez de darme una moneda o un billete tiró al estuche de mi Casio un papel. Fue tu carta la que alguien me dio como propina. Ese día nací otra vez. Ese día me inventé un nombre para ti y pronto entendiste mis palabras.

Danubio el Hélix, en la próxima, te voy a mandar una salsa, porque, si es uno, la lee como poesía, y si son dos, el segundo tararea.

"¡Rayos, Mark Dimond acaba de superar a Eddie!".

Markolino el Hombre.



53.22

Un espectador perdido

A eso de las seis de la tarde pasadas, cuando la fiesta estaba a punto de empezar, la gente ya se disponía a entregar los regalos y los novios en el centro de la sala esperaban que sonara el vals para empezar a bailar. (Aricapa, 2015)

¿Saben algo? Así como Alina afirmó, yo tampoco creo en las coincidencias. Soy más una persona que ciegamente cree en los eventos causales, negativos o positivos. Cada semana que pasa, cada palabra que me escriben y cada memoria que me regalan, me incita a seguir en esta investigación, interpretación de lo real con grandes pincelazos de conspiración. Cada uno de ustedes, involuntariamente, me aportó y sugirió lo que, sin saber, estaba buscando. Esto, mis queridos, no puede ser producto de mero azar.

La primera sensación que tuve al leerlos fue de asombro. Los muchos lugares que narraron y no conozco, o nunca había escuchado mencionar, me transportaron al mundo de los libros que tanto me apasiona. El simple hecho de pensar que los olvidé me hace tener un ataque de ansiedad porque siento otra vez que los vacíos de mi memoria me absorben. Para no sucumbir ante tal desgracia, me gusta pensar que todos esos lugares

son mundos nuevos, lejanos, que nunca estarían a mi alcance, como esos que leemos en la literatura. Debo confesar que soy un cobarde, no suelo ir a sitios desconocidos porque tengo un profundo miedo a perderme por esta fragilidad en la que andan mis recuerdos y las claridades sobre mí mismo. Esto incluye el lugar que menciona Gala que creo nunca visité. Como en mi "hoja de vida" no dice por ningún lado aventurero, caminante, detective o amante de la ciudad o de las calles, prefiero no retar a la suerte o al destino.

Durante todo el mes se cuelan en mi correspondencia sus cartas. Así que, para conectarme con esta investigación, guardé una esquina de mi escritorio para acumularlas; en el momento en el que todas lleguen, aparto el espacio de una tarde para prender el cigarrillo del mes, tomarme un café como excusa para la concentración y leerlos con tranquilidad. Me siento con los pies descalzos colgando del ventanal, expuestos al vacío. No los leo en el orden que escribieron, los leo según cómo se acomoda el título de cada carta con el color y el juego de tonos que adopta el momento específico de esa tarde.

La última carta que leí fue la de Najevat, el viajero ausente, pero viajero al fin y al cabo, no como yo. Ahí fue cuando pensé: ¿"Y yo por qué no? ¿Porque lo dice mi vida en hoja?". Tuve entonces un momento de coraje, que me retó a salir de las pocas cuadras

que veo desde mi ventanal. Me sentí poseído por una fuerza desconocida y me levanté de mi silla giratoria. Intenté seguir las direcciones que la carta, la única compañera de la noche, me daba. Al principio, creí haber logrado encontrar uno que otro punto de referencia; pero, al final, resulté inevitablemente perdido. Tu texto, querido Najevat, sobrepasó mi inteligencia.

Antes de que me juzguen por mi ineptitud para descifrar el acertijo, les compartiré mi experiencia: no salí de mi apartamento sin antes mirar por la ventana. Con un panorama privilegiado de la ciudad, fijé mi mirada en el caótico centro que se impone, desde la distancia, ante la urbe. Una corazonada me decía que mi destino, el Amargo Centauro, se ubicaba en el centro. Me puse mis tenis de color gris ido, esos que parecen que el color hubiese andado mucho más que yo, guardé las llaves en mi chaqueta mientras bajaba las escaleras y me aventé a la calle sin importar si era de noche. La prisa, mientras salía del edificio, se acabó una vez toqué el exterior.

Tomé con delicadeza las imágenes que las cuadras me iban arrojando. Agradecí cada árbol de mango, guayabo, laurel, almendro y urapán que oxigenaba la noche. Reconocí las calles, las viviendas color ladrillo; sorteé los caminos pavimentados sobreponiéndose a la maleza y las raíces que se niegan a dejar de convivir con el núcleo urbano. También me encontré

con una cantidad de locales de todo tipo; me percaté de la suerte que tenemos en los barrios populares al resolver, en menos de dos esquinas, cualquier producto de uso cotidiano. El paseo iba de maravilla; el acertijo no tanto, aunque creía que sí.

Tengo que admitir que, a pesar del miedo ante lo desconocido, por un momento sentí tranquilidad. Cada escenario encontrado al caminar y cada fotografía registrada en mi mente, rebobinaron el *cassette* que almacena los episodios de mi memoria perdida. No podía arriesgarme a perder esto, por suerte tenía un lapicero en mi bolsillo, así que me llené los brazos con palabras claves que anclaran en la realidad todo lo que estaba pasando. De alguna manera, al ver tantas letras tatuadas en mi pie aparecieron destellos de claridad. Todo comenzaba a cobrar sentido.

Era un mundo nuevo re-descubrir la intersección de la carrera 76 con la calle 35, vestigios de una posible vida pasada que me gritaban que yo podría ser aquel niño jugando o aquel joven invitando a su novia a cerveza de tienda. Había algo que me hacía sentir entre mis dominios. No había una pizca de desconfianza, era como si tuviera una fuerte noción de cercanía con las calles de ese barrio. Pero una vez me percaté de la lejanía todo cambió. El ritmo explorador no duraría mucho y pronto la inseguridad me superó con el paso de los minutos. De repente, me vi

parado en un tal Palo con las Carretas; vi iglesias que no conocía; pasé por un tal San Andresito...

Me perdí. No sé en qué momento, pero me perdí; no sé cuánto estuve caminando, pero me perdí. Debo confesar que mi habilidad para recordar mejora con el intercambio de nuestras palabras. ;Será que la lectura y la escritura están influyendo definitivamente en la cura de mi olvido? Comencé a hiperventilar porque me acordé del nombre con el que se referían a Cygnus, que alguna vez escuché mencionar en la fila del supermercado La Rumalla. Metrallo vuelve a grabarse en mi memoria y ahora estoy inseguro cuando camino por las calles; hay una metralleta que me persigue, me imagino con un blanco sobre mi espalda. Esa noche me sentí en el corazón de Metrallo, se me pusieron los pelos de punta. Para acabar de ajustar, me acordé del texto que había leído más temprano de Concepción donde habló de "La ciudad de mármol": lo relacioné inmediatamente con la ciudad de los muertos que menciona Ricardo Aricapa y Ciudades invisibles de Ítalo Calvino.

No supe qué hacer. Las calles estaban oscuras. Fingí no estar perdido, pero me fue muy difícil mantener la compostura. Llegué a una esquina iluminada, Estadero Los Tranquilos, y desaceleré el paso al compás de la canción de tango "Si crucé por los caminos / Como un paria que el destino se empeñó en deshacer". Dudé si entrar, pero esto ya no era una

cuestión de querer o no. A punto de seguir mi camino, sentí otra vez la metralla persiguiéndome y, para huir de ella, entré. Me acerqué al mostrador y vi una señora de más o menos 50 años sonriendo.

Sus ojos se enteraron de cada movimiento desde el instante en que crucé el umbral. No me bajó la mirada. Mientras me acercaba con temor, traté de desviar mi vista hacia otros lados. Quise parecer tranquilo y descomplicado, pero sus ojos fueron un imán sin tregua que destaparon mi alma al ritmo de la canción "Si arrastré por este mundo / La vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser". Cuando estuve a medio metro de ella y tuve que iniciar el diálogo, la velocidad de mi ansiedad me hizo ir directo al grano, necesitaba volver a casa y no había tiempo para formalidades.

- —Buenas noches, señora. Estoy perdido, ¿me podría ayudar?
 - —¿Acaso no lo estamos todos en esta ciudad?

Con una cachetada existencial me contestó desde la barra. A pesar de que no me tomé su respuesta como algo agresivo, y que además su sonrisa no se despegaba del cielo, me quedé en perpetuo silencio debido a su comentario.

—Bua... ja, ja, ja. Quitá esa cara de pollo despescuezado —me dijo mientras le daba un golpecito a la barra para luego posar su brazo sobre ella—. Contáme qué te pasa.

Ya iba a comenzar la historia de dónde salí, de mi rayón con Metrallo y de la razón por la que al fin entré por una indicación que me ayudara a salir de mi problema. De repente, escuché desde una mesa, ubicada en la entrada, a uno de los cinco hombres sentados decir: "¿Me vas a matar entonces por tres tristes pesos?". Quise alarmar a Mmoeira de la situación al verla atareada con unos vasos sucios:

—Tranquilo, mijo, que yo ya vengo pisteando a estos desde hace rato como para saber en qué va a terminar todo.

¿Cómo alguien puede darse cuenta de todo lo que pasa si aparenta no estar mirando? ¿Cómo alguien podía prever posibles complicaciones en sus clientes siendo la única empleada del lugar? Fue bárbaro ver la audacia, lucidez y agilidad de esa mujer en su entorno. Era demasiado por comprender para la simpleza que me define. Unos ruidos bruscos me despertaron de mis cavilaciones y quise preguntarle a Mmoeira por el posible desenlace. Pero, sin notarlo, ella ya iba camino a la mesa y me quedé con media palabra en la boca hablándoles a las copas relucientes colgadas encima del lavaplatos.

Un sonido inquietante resaltó en el momento. Un tiestazo de esos que me confunden desde muy pequeño. La pólvora festiva de una papeleta y la pólvora fulminante de una bala sortean la sinfonía de las calles de esta ciudad. "Me jodí", pensé. Me escondí entre mis brazos y cerré los ojos haciendo mucha presión en mis párpados como buscando salvación en una oscuridad espesa. Me olió a sangre y recordé al maestro Guillén (1984): "La calle es un gran río de aire, / Un río de sangre, / De esqueletos y sueños". Me quedé paralizado e invadido por un miedo imaginario. Luego caí en la cuenta del silencio sepulcral. La música ya no sonaba. No había gritos. Nadie respiraba. No existía el tráfico. La ciudad era un fantasma. ¿Estaba muerto? Saqué lentamente la cabeza de mis brazos mientras abría los ojos temiendo encontrarme a San Pedro en lugar de Mmoeira.

Volteé mi cabeza y la vi recogiendo las copas vacías de la mesa de la entrada y pasando un trapo blanco para secar las marcas de agua que habían dejado los rones en las rocas. Ella en tres segundos apaciguó los borrachos y regañó a los niños que en la calle lanzaron un petardo. En medio de una jocosidad natural, les recordó a Chalupa y a Pistolo que, si iban a apostar en sus juegos de dominó, fuese con la quincena en mano y no con el trago gastado.

No sé cuánto tiempo pasó. Me perdí en la maravillosa conversación con Mmoeira. Supe que le gusta trasnochar con los tomadores de café, bailar tango con los viejitos bebedores de aguardiente y que es una excelente dadora de indicaciones geográficas que les dieron otro rumbo a mis acertijos nocturnos. Quedé encantado con el mundo nuevo que me estaba relatando y pienso que combatí mi miedo a lo desconocido; quiero creer que lo logré.

Llegada la hora de emprender mi camino, con mi cuerpo y mente colmados del impulso de determinación que tomé prestado de Mmoeira, no agarré transporte público y preferí caminar hacia mi casa con las indicaciones obtenidas. No me importó tardar tres horas en volver o perderme una o dos veces más. Cada vez que me extraviaba, hablaba con alguien. Busqué en otros a Mmoeira para seguir mi camino por otra calle, otro mundo, otro espacio increíble que poco a poco acortó la distancia, pero estiró los significados.

Noté la grandeza de *Cygnus* y me sentí enamorado de la ciudad. Quisiera conocer más de lo que ella significa a partir de la construcción que logremos en nuestras cartas. No recuerdo de dónde soy, de dónde salí, pero quiero creer que soy de aquí, de esta ciudad; quiero ser de *Cygnus*. Me pregunté por su nacimiento y por la manera en que otros la nombran. ¿Acaso me inventé este nombre de *Cygnus*?

Así pues, mis queridos, los invito a que esta vez escarben de manera espontánea en la memoria de otros. Les confieso que me siento un hombre distinto desde que descubrí que cada día es una oportunidad para visitar lugares anónimos, para descubrir nuevos mundos, para adentrarse en el universo de las palabras de esos no protagonistas. Es bello descubrir que a través de la memoria de otros podemos identificar nuestros recuerdos, así como ese día con Mmoeira que recordé que amo el tango. Salgan nuevamente. Salgan por esas calles que ya me relataron, regálense veinte minutos de sus atareadas vidas, escuchen y bailen con las confesiones de otros y escriban un texto. Plasmen allí un trozo de esta ciudad que suena, siente, huele y sabe; que guarda dramas estremecedores y que va más allá de un simple dato: "Donde escucha una voz, evidencia un carácter; donde siente un olor, presenta un gusto; donde ve una cifra expone un modo de pensar o la convierte en carne y hueso" (Almazán, 2008). Conviertan todos estos datos en conocimiento y dedíquense, mientras respetan el diálogo y el mensaje del otro, a interpretar, reflexionar y adherirse a esa otredad.

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.

53.22

Te reservé mis senos

No sé si sabes que las profesionales del sexo también descansamos, aunque esto no significa que pasemos un día sin follarnos a algún cristiano. Eso de la cachondería no lo podemos obviar. Siempre digo que el semen femenino lo compone una mezcla de ira, euforia y tristeza; lo paradójico es que en el interior intoxica y en el exterior esparce felicidad a la ciudad que me visita.

Yo no saco mucho tiempo para descansar porque todo el día me llaman: "Doña Pina, ¿dónde le pongo las botellitas? "Pina, anoche vine y fue espectacular, la propina te la mereces tú también". "Vulpi, querida, se enfermó la Daniela". "Pina, llamó el del sonido y dice que anoche hubo un cortocircuito porque se vino encima de los cables por culpa de la Zayra". "Vulpi, querida, Daniela se fue otra vez a andar la calle". "Pina, amor, vino a cobrar el de los licores caros, ¿qué le digo?". Vulpi, querida, Daniela está deshidratada y está haciendo escándalo, ven a controlar a la marica". "Pina, mamasota, juntemos estas dos arepitas que estoy muy mojadita". "Vulpi, van tres semanas y Daniela nada que aparece, ¿no la has visto? La necesitan".

Mi descanso es cambiar de actividad en el cabaret. A veces me aburre dormir, encerrarme a fumar, ser presentadora de los espectáculos o sentarme en los sillones de piel porque me pican, los siento muy húmedos. "¡Machi! Llama al de la tapicería que ya me arruinaron este maldito mueble y ya sé a quién se lo voy a cobrar". Por eso me gusta atender el bar de estanterías transparentes. Allí tomo lo que se me da la gana, pongo la música que me gusta y fumo con los empresarios que me piden briquet. También mezclo cocteles y practico los trucos de mi viejo amante coctelero. A veces siento deseos de gritar y hacer shows entretenidos para los solitarios de la barra. Me encanta hacer parte de la primera experiencia de placer de la noche, por eso sirvo tragos y destapo botellas con los senos. Lo rico es que a todos les gusta el bambolear de mis pezones y aprovechan para refrescarlos con cebada o con lamidas que me ponen cachonda. Esas noches terminan con saltos encima de algún falo.

Hélix, querido, sé que no te gustan estos lugares, pero aquí te ofrezco algo interesante. ¿Sabías que en un cabaret se conoce a una ciudad entera? Se la saborea, se la huele, se le habla, se la escucha y se la siente, justo lo que nos propones en tu texto. ¿No te parece perfecto? Creo que, además de encontrarte a mujeres maravillosas, tu curiosidad se deleitaría escuchando las historias de los intelectuales, políticos y mafiosos. Sacarías mucho material para liberar tu

escroto, perdón, para crear un escrito; te darías gusto conociendo nuevos mundos, nuevos lugares, nuevas vaginas, perdón, nuevas páginas.

Hélix, te estoy tomando el pelo, no te intimides, no me odies. Si vienes, te prometo que nadie te molestará con tus investigaciones, Hélix de mis sueños; te prometo una excelente taza de café, por ahí dicen que tengo la mejor pepa de *Cygnus*, perdón, que hago el mejor café de grano de *Cygnus*. Si quieres me siento a tu lado, si no, te acordono una esquina completa, la más cómoda, sin muebles arruinados y con la mejor vista. Si lo necesitas, tendrás guardaespaldas con plumas y tacones. Ven, querido Hélix, muero por conocerte y por ver esa figura encorvada llenándose del neón que reflejan las bolas de espejos del techo. En mis sueños te veo buscándome detrás de unos enigmáticos lentes de montura negra.

Hoy me levanté con ganas de escribirte, de molestarte, de reírme un poco contigo. Así no te escuche, tu voz me enloquece. Te voy a contar la historia de una mujer especial que conocí la semana pasada en la barra y me contó de su vida. Mira, yo no sé por qué, pero en la barra a la gente se le suelta la lengua.

Te hablaré de una hombruna de sesenta años que impacta. En el bajo mundo la conocen como la Cachi Mendocha o como el Compae. La conocí una noche

de twerking. Estaba tomando whisky y metiendo perico con su pañuelo de satín blanco. Tenía su larga cabellera negra agarrada con un caucho. Sus alucinantes ojos verdes resaltaban entre las sombras. Su sonrisa picarona relucía por el diente de plata. Vigorosa, delgada y de baja estatura, vestía gabán, sombrero de ala ancha, mocasines y camisa fondo entero color guayaba. No le gustaban los accesorios para no aparentar y para no lastimar las pieles de sus compañías nocturnas. Hay hombres que conocen nuestro mundo y nunca lo abandonan. La Cachi no tiene pene, pero su compañía favorita son las mujeres como yo.

- —Yo viajé por el mundo conociendo prostíbulos. Los más sofisticados, los más arrabaleros, los más exquisitos... –me dijo con una cadencia sexual, con una sabrosa sensualidad hechizante.
 - —¿Entonces qué opinas de mi cabaret?
- —Vulpi, amor, este lugarcito es una joya. Tus zorritas son de otro mundo. Para quedarse durante horas con una chica que cumple con mis caprichos y disfruta sin mesura, los precios nunca son exagerados. Estas mujeres sí gimen por gusto.
- —La peor inversión es que una mujer finja por hacerte sentir bien, ¿no crees?
- —¡Claro! Si yo les pago es porque se lo merecen. Yo me comería la que sea, pero a mí me gustan las que se ponen brillantes y tacones hasta el techo. Amo

estas maravillas que no se les mueve ni una carne por tanto bailar en el tubo.

- —Pero supongo que te irás muy pronto. Te esperará Ibiza o Ámsterdam...
- —¡¿Y para qué Ámsterdam si aquí tienes las mejores vitrinas!? No, Vulpi, yo ya no soy el mismo pelao. Además, de *Cygnus* no me puedo mover. Marcos hizo una cagada con la última carga que llegó al puerto. Aquí donde me ves, estoy volao. Si Marcos me ve aquí me mata. ¡Sírveme otro whisky! Puede ser el último de mi vida.
 - —¿Cómo sabes que es el último?
- —Siempre vivo a su espera. El día que cojan a Marcos me joden a mí.
 - —; Qué harías si te cogen mañana?
- —Dejarme llevar, amor, yo no me voy a poner pesao. Solo sé que me dolerá dejar estos colores. En la cana no me visitarán tus zorritas o tú.
- —Mira, cariño, tomate este que lo hice con una dosis especial. Cuéntame más de los asuntos del puerto.
- —¿Qué necesitas traer? ¿Una carga de joyitas de la China? Yo creo que eso es lo que te falta, uno que otro tipo exótico.
- —No, Cachi, nada de eso. Es que no sabía que teníamos puerto aquí.
 - —;;Pero cóóómo!?
- —Ja, ja. Como soy un animal nocturno, no veo mucho a la luz del día. Menos mal me dijiste, no vaya

a ser que un día de estos llegue al muelle sin darme cuenta y caiga al agua por pensar que la carretera sigue. Además, me gusta escucharte, me siento derretir. ¡Mira! Ya siento el arroyo en mi entrepierna.

Me contó cómo ser y vivir como contrabandista. Yo domino el arte de la satisfacción y del sexo tántrico, pero ignoro lo demás. Quedé impresionada. Vivir en la fuga y en la incertidumbre. No poder follar cuando se quiere, sino cuando se puede. No. Esa vida no es para mí. ¿Sabes, Hélix? No tenía idea de que en *Cygnus* había puerto. ¿Me acompañarías? Amo bañarme en charcos, ríos o mares. Creo que por eso amo tanto acostarme con la gente, porque me huelen a sal, a arena, a viento. El Compae olía a eso y a aguante, a condón recién abierto con lubricante a base de aceite.

- —Tú tienes algo que nunca vi en hombres o en mujeres. Ni en Vega o Lúcida.
 - —Siempre me dicen lo mismo.
 - —Además, eres un caballero...; Te espero mañana?
- —Vulpi, maravillosa, ven, chúpamela otra vez, que yo te la chupo devuelta como te gusta. De nadie me dejo, Vulpi, pero de ti, lo que sea.
- —Siempre será un placer para mí, Cachi. Tú sí sabes cómo tratar a una mujer.
- —Mañana te traeré un Pacharán navarro que se salvó de la última carga. ¡No hablemos más de eso. Fóllame como si mañana fuera el fin del mundo!

- —Creo que me pondría celosa si escoges a otra de mis zorritas.
- —Muchacha, preciosa, aquí hay suficiente Compae para todas.

Vulpina Sadir.

53.22

Cordialidad con las visitas

Así es, cordialidad con las visitas, eso me enseñó mi madre alguna vez.

—¡Ay, Madre Santísima! –Alcanzó a decir Espe... en tu carta. ¡Quién es?.

Prestar siempre auxilio al caminante, dar servicios básicos al *viajero*, ayudar al errante y hablar al que calla para dar tiempo a escuchar.

Así es como las palabras en su última carta, Sr. Deneb, me colman de alegría.

—¡Qué júbilo! ¡Cuánto gozo! —Esperaba alguna respuesta intermedia que buscase indicaciones más precisas o algún llamado a nuevas pistas antes de embarcarse al viaje. Sin embargo, airoso y valiente, usted, buen hombre, se dio a la tarea de seguir mis entreverados mensajes. Admito, se ganó mi confianza, por eso responderé abiertamente a todas sus dudas a partir de ahora. Comenzaré por recordarle mi apellido: Rouniusee. Cacofónico y desastroso para los hispanohablantes, pues claramente tiene ese carrasposito árabe en su pronunciación. Son esas nueve letras en su orden misterioso que me llenan de or-

gullo, excepto que no parecen ser de gran valor aquí en *Cygnus*, al menos no como lo eran para...

- -; Para quién?
- —Para... para nadie. Olvídelo.

Además, le daré algunas indicaciones adicionales. El "antiguo calabozo para hipermentales" es una alegoría al nombre pasado que tuvo, lo que ahora es un punto de encuentro familiar y cultural. Se encuentra en algún lugar no tan elevado entre la zona norte y la zona oriental de *Cygnus*.

Hago explícito que cada párrafo en mi respuesta anterior indicaba una acción en específico. Un movimiento a ejecutar. Una cantidad de operaciones cortas a realizar para seguir entre pista y pista.

Como última ayuda, le aseguro que antes de ir al lugar se puede servir de estas versiones digitalizadas de mapas. Para resolver cada punto, encuentre en el moderno sistema de geolocalización la réplica exacta que enuncia cada acertijo.

Si se siente seguro, escríbame con sus hallazgos y, según la calidad de su historia, le daré más información.

Pero estos datos ya no son solo para usted. Escarbé entre las letras que me hizo llegar, y una vez allí encontré lo inesperado, lo inexplicable, lo satisfactorio. Ya sabía que no era el único caminante solitario encantado por sus invitaciones. Mas escapaba a mi comprensión la posibilidad de que otra cantidad, aunque limitada, de gentes, pudiese emocionar mi tan letárgico humor por la lectura.

No obstante, el contenido es aún muy restringido en cada caso, y me tomé el tiempo de ojearlos a todos. Algunos me llamaron la atención más que otros, pero algo me pareció muy interesante. La mayoría, sin rezago alguno, definió su edad, y somos casi en la totalidad almas jóvenes que no alcanzan los 30 años. Me gustaría saber, Sr. Deneb, si esto sucedió adrede, o es una mera coincidencia del destino. También será fortuita entonces la presencia de algunos que se aparecen como citas sin fechas, sin noción de su edad. Incluso personas como la dama Concha, que aceptan su vejez, aun muy temprano.

De todos modos, aunque inicialmente hice un esfuerzo por interesarme en todos. Como ya he comentado, la lectura no es mi fuerte. Por tanto, empecé a escoger, a filtrar. Sorteé el destino de posar mis ojos entre algunos de los citados a este "juego de cartas". Sobre aquellos que aparté, me tomé el atrevimiento de leer y releer, todo en un intento salvaje e inocente de entendimiento.

Verás:

La fijación del caballero Conrado por el tiempo me recordó mi afición a la escritura. Por lo que tomé una de las 57 libretas. La #2. La del corredizo intermedio en el cajonero, que carga el reloj más grande de mi casa. Esa es para la luna del incordio del tiempo en este hombre; quedan tan solo 56.

Casi le otorgo otra al caballero Jules, pero siento que no soy quién para fascinarlo, así que dejé que su humor huyese de mí. Por igual me ocurrió con Markolino, aun así, me parece que él todavía debe resolver ciertas cuestiones con su madre, antes de poder acercarme a su mundillo.

Hay tres mujeres especiales, quizá sea el morbo, o esa tranquilidad en el habla con la que se describen. No dudé en apartar las tres libretas en mi vestidor: la #7, #14 y #21 a las damas Vulpina, Gala y Alina, respectivamente; 53 libretas remanentes.

Entre otras cosas, al caballero Gonzalo no lo veo tan atraído, pareciera ser un pasajero conveniente. A él y al caballero Berto-no lo comprendo, exactamente, no los logro entender. En tanto sigan así mis pensamientos, no les he guardado ningún recuerdo.

Finalmente, de las tres libretas de la factura perfecta, que guardo en la mesita de noche, cerca a la cama donde procedo a la muerte nocturna, he tomado dos; una la he dedicado a usted, Sr. Deneb, la #1. Por aventurarse a hacer este llamado y más aún por salir victorioso en su empresa, logrando captar mi desorientada atención. Gracias por ello. La última, la #10 –51 restantes—, la cedí al caballero Tamashi. Poco sé de él, pero identifiqué mis dudas de *Cygnus* en sus cartas. Me sentí como hablando por mí mismo en las letras de otro. Por primera vez en esta vida acepté sentirme encantado al leer. Un humilde aplauso a su talento.

Eso dicho, me despido con una cordial invitación. Cualquiera está en la facilidad de seguir mis instrucciones; pero, cruzando los dedos y lanzando una moneda, apuesto a favor de cuatro de ustedes. Esperaré con paciencia a los más atrevidos o quizá más atractivos. Cuando el caballero Tamashi se decida a caminar por aquí. En el momento que la dama Vulpina me convenza de visitar sus aposentos. Si se da que la dama Alina describa la música que suena en el Amargo Centauro. O incluso usted, Hélix, si es que me permite llamarlo por su nombre de pila, logre dar con estos parajes. Lo primero que suceda, yo invitaré a la copa, y me retiraré a otro lugar de *Cygnus*. No sé qué piense de esto, pero posiblemente ayude a resol-

ver este entramado rompecabezas descabellado que es *Cygnus* para...

- —¿Para ella? espe... ¿Espera? ¿De quién son estos cabellos?
 - —Para nosotros.

Con la mirada y el bolígrafo altivo, espero que nos encontremos,

R. Najevat.



Fue de esta manera como ir al café de Clementina empezó a darle cierto rumbo a habitar este nuevo espacio. No me sentía en casa, no sentía que encajaba del todo en ese lugar, no me sentía una parte. Sin embargo, tampoco sentía lo contrario.

En las primeras mañanas de los días de la mudanza, como mencioné antes, me levantaba muy temprano, preparaba un café, prendía un cigarrillo y abría la ventana de la habitación. Instauré estas acciones como ritualitos para vivir y, aunque sabía bien la diferencia entre tiempo y lugar, me parecía que el frío, el olor del café, su humo, la neblina tumbada por el sol y el tabaco en mi pecho podían ser definidos como mi lugar, mi estado, esos nuevos aires que estaba buscando. Al menos así no me sentía excluido. Era como una libertad contextualizada, encapsulada perfectamente para mí.

Esperaba ver el sol salir estando allí, hasta que un día cambié eso por las ganas de salir con él y sentir el olor a café que se guardaba en el Hurak y mezclar mis rituales con las sensaciones del café de Clementina. Al llegar, me introducía en una dimensión diferente y, aunque fuera de día y la temperatura

estuviera a treinta y cinco grados en el exterior, allí dentro se conservaba siempre una sensación de frescura. La madera lúgubre, el olor a café, a antiguo y el pan caliente me invitaron a preferirlo más de lo que normalmente preferiría estar encerrado en mi habitación. A veces creo que la cuestión era que mi habitación todavía no olía, las sábanas tenían restos del aroma de su última lavada y no la había habitado lo suficiente para impregnarla de un olor más cercano a mi propio cuerpo. ;Será que esto pasa cuando uno ya no pertenece a nada? ¿Cuando... todos los lugares te reciben pero eres ajeno a ellos? ¿Será que uno pierde el olor? Y no sé si eso era una de las cosas que buscaba yendo al Hurak, allá olía bien, y quizá buscaba llevar este olor o esta identidad conmigo, al menos un tiempo.

Entonces una mañana cualquiera, la verdad no recuerdo la fecha porque descubrí lo angustiador que se había vuelto marcar los días en el calendario y opté por tirarlo en un basurero de la calle, me dirigía al café con la confianza que me había generado esa acción. Creo que si alguien me hubiera preguntado en esos momentos cuál es tu meta, tu propósito, tu motivación, hubiera respondido algo así como caminar diario en esa dirección y llegar a ese lugar. Pero con el tiempo también entendí que, más que el trayecto y lo que significaba este movimiento, yo quería llegar al lugar, y a lo que este guardaba.

- —Buenos días, Romerito, lo estaba esperando, ya le tengo listo su café— decía Clementina, curvando sus labios y pronunciando los pliegues de las arrugas al lado de los ojos. Desde la primera vez que escuchó mi apellido me contó que antes, en su trabajo anterior, cocinaba con romero y le gustaba ponérselo a la carne aún en el asador.
- —¡Qué más perfecto que sentir la mezcla del animal con las ramas! –decía cerrando los ojos e imaginando aquella escena.
- —Qué alegría oír eso, Doña Clementina. ¿Cuál es la sorpresa de hoy? —respondí curioso. Con la sorpresa, me refería, por supuesto, al tipo de café que ella preparaba especialmente para mí y a una de miles de historias que empezaría a relatar al ponerme el café en la barra. Clementina solo les daba la espalda a sus clientes para enfrentarse a la prensa, mientras movía sus manos arrugaditas con sorprendente agilidad para hacernos preferir su café por encima de las posibilidades de que hubiera uno mejor.

Gonzalo Romero.

53.22

Escarbando memoria ajena

Me pasaron tantas cosas Y no me acuerdo de nada (Brancciari, 2010)

Querido H. D.:

Tengo que confesarte que tu carta me generó un poco de confusión e incomodidad. ¿A qué te refieres con "esculquen o escarben de manera espontánea la memoria de otros"? La memoria, querido, la memoria es delicada, es frágil, es engañosa.

Con miedo, incómoda, alterada, paré las traducciones que tenía pendientes, me duché y salí a caminar por el centro; esta selva de cemento los domingos es menos ruidosa y, algunas veces, logra calmarme.

El problema, querido H. D., fue tu invitación. Al contrario de ti, yo no creo que sea "bello descubrir a través de la memoria de otros". Es confuso, ¿sabes? Aún no sé realmente quién eres y te contesto cartas y sigo tus sugerencias. En serio, algo está pasando y no logro descifrarlo.

En todo caso, decidí ir a tomarme un par de rones en la tienda del parque del Periodista. En esa esquina conocí una vez a un joven, no recuerdo bien si se llamaba Juan -lo llamaré así, para darle nombre-. Lo conocí una tarde que salí a dar una vuelta porque la memoria -esa que quieres que escarbe- estaba jugando conmigo. En la tienda compré un cuarto de ron y un paquete de Piel Roja. Juan estaba sentado en el muro frente a la tienda solo, dibujando o haciendo algo sobre una libreta amarilla. Yo me senté a su lado y me tomé un sorbo de ron que me quemó la garganta y me calentó todo el cuerpo, eran un poco menos de las nueve de la mañana. Debí haber hecho una malacara tan fuerte que Juan soltó una carcajada. Al principio, me molestó un poco, pero luego hablamos mientras yo me tomaba el resto del cuarto de ron. Juan era muy particular, me preguntaba varias veces lo mismo, pensé que no me estaba prestando atención porque estaba concentrado en su libreta, pero no, de verdad parecía no recordar los detalles de lo que le estaba contando. Lo pillé anotando en las esquinas de sus dibujos nombres y números. Junto al dibujo que estaba terminando ese día escribió: "Se llama Concha y dibujó un cuartico de ron junto a mi nombre. Después de eso lo vi varias veces en la misma esquina. Como ya te he dicho, salgo poco, pero las pocas veces que salía me encontraba con él en la misma esquina. Seguro estás pensando que nos enredamos o algo así, pero no, Juan era muy joven y estaba más perdido que yo.

¿Por qué estoy hablando de Juan? ¡Ah, sí! Estoy en el parque del Periodista, hace algo más de un mes no vengo, así que no sé nada de él. Me compré un cuarto de ron y me senté en el muro. Los domingos viene poca gente, solo unos cuantos vagos y locos que recorren el centro. Pensé otra vez en tu invitación, querido H. D. Resonaba en mi cabeza: ESCARBAR LA MEMORIA DE LOS DEMÁS. Saqué la libretica que mantengo en el pantalón y comencé a escribir sin pensar en los recuerdos que Juan alguna vez me contó:

"¿Sabes? Me la paso dibujando para no olvidar".

Me mostró la libreta y todo lo que había en ella eran dibujos a lápiz de las calles del centro; la ojeé lentamente y reconocí muchos de los lugares por los que yo caminaba, incluso estaba el edificio donde yo vivía. Recuerdo haberle preguntado qué era lo que tenía miedo de olvidar; él solo me miró y sonrió.

Días después, cuando nos volvimos a encontrar, tenía una libreta nueva llena de dibujos, eran las mismas calles y edificios: el Colombo Americano, el Guanábano, el Banco Popular, todo estaba ahí, pero en color.

Eso es lo que temo olvidar. El camino a casame dijo ese día.

Sin embargo, nunca le pregunté dónde era su casa, intenté descifrar en sus dibujos, su libreta era como un mapa en 3D del centro a colores.

Ya no recuerdo por qué estoy contándote esto, no me gusta escarbar en la memoria, ni en la mía, ni en la de nadie. La memoria, querido, es engañosa, es un camino tortuoso, lleno de muros; es un laberinto que te muestra cosas bellas, pero también cosas que no quieres volver a ver. Deberías saberlo, querido H. D., entrar ahí, en ese mundo indescifrable, no necesariamente traerá cosas buenas.

Así que, querido, tendrás que disculparme, pero no, no escarbaré la memoria ajena, ni la mía.

Con algo de desconsuelo me despido,

Concha.



Querido Hélix:

Hoy estoy nostálgica, así que te contaré una historia que aflige mi corazón e interpela mi juicio ante los hombres, la justicia y la vida misma; rencor es, tal vez, el sentimiento que atañe esta carta.

Hoy recuerdo con fervor a un viejo que solía venir a La Hoguera todos los martes a las seis de la tarde, justo cuando la oscuridad abrazaba el día y el prostíbulo se llenaba de almas en búsqueda de compañía. Él entraba, se sentaba en la última silla de la barra y pedía una cerveza, solo una. La terminaba y se iba. Tenía unos 60 años, usaba medias largas, mocasines y pantalones por encima de los tobillos, camisas por dentro y una correa. De toda su forma de vestir típica de abuelo, lo que más me gustaba era una boina plana azul; siempre que venía usaba la misma. Después de las primeras seis semanas viéndolo merodear por aquí, decidí acercarme. Y vaya sorpresa.

Nunca me dijo su nombre, a pesar de que fue lo primero que le pregunté. Solo me pidió que me sentara, y así fue. Me observó un rato sin proferir palabra alguna mientras yo hacía un mapeo de su rostro, casi que intentando descifrar el secreto detrás de sus ojos color gris tristeza; pasaron los minutos, sonaron dos canciones, y no hubo silencio incómodo. Interrumpió la cartografía de mi rostro, hizo un gesto sublime, como si hubiese sido iluminado por la divinidad, *ipso facto*, limpió la barra con su regazo, sacó de su bolsillo un lápiz roído, pidió una servilleta y sobre ella empezó a dibujarme. Entre trazos rápidos, sin mirarme ni una sola vez, acabó su boceto de mi rostro en menos de diez minutos; desconcertada, lo miré y le pregunté si podía conservarlo, a lo que él se negó de inmediato, sacudió su cabeza hacia los lados, miró al piso y levantó su rostro acomodando su boina:

- —Nunca entregaría una obra sin terminar –dijo, lanzando una mirada coqueta.
- —¿Así que eres artista? –pregunté, a lo que él respondió en tono sarcástico:
 - —Al parecer, lo soy –Y sonrió.

Me sorprendió que pudiera dibujar tan bien a su edad, aún más en un lugar como La Hoguera, donde la ausencia de luz es indispensable. Me interesé por ese misterioso viejo como nunca lo había hecho por otro hombre, no de forma tan genuina. Entonces lo abordé con muchas preguntas, pero sus respuestas eran cortas y precisas, nada que pudiese revelar un mínimo indicio de su indescifrable identidad. Dadas las siete y cuarto de la noche, decidió marcharse.

Después de ese día, al siguiente martes lo esperé sentada en la penúltima silla de la barra con dos cervezas. Llegó a las seis, como de costumbre; se sentó, me miró, tomó un sorbo de su cerveza, dijo "gracias" y, de inmediato, sacó de su bolsillo la servilleta y el lápiz para seguir dibujándome.

- —¿Qué haces aquí? –pregunté.
- —Me gusta la cerveza –respondió.

Me quedé callada todo ese rato, solo observé atónita cómo cada vez detallaba más el dibujo sin necesidad de verme, era como si supiese cada detalle de mi rostro de memoria. Después de tomar el último sorbo de su cerveza, tomó la servilleta con delicadeza, siguió con cuidado los mismos patrones del doblez y, al quedar un pequeño rectángulo, guardó el dibujo en el bolsillo izquierdo de su camisa, el lápiz lo metió forzosamente en el bolsillo de su pantalón, se paró con dificultad de la silla, tocó sus bolsillos asegurándose de no dejar nada y se despidió con un "hasta el próximo martes, querida".

Llegó el otro martes y lo esperé de la misma forma, ya sin preguntas, solo quería verlo dibujar. Pero, al llegar y sentarse, no sacó el papel y el lápiz. Me miró, suspiró y abriendo su corazón y memorias ante esta desconocida, resolvió, por fin, quién era él y qué hacía en La Hoguera, duda que tanto me intrigaba en

un principio. En el momento que pronunció la primera palabra de su relato, supe que la historia detrás de esos ojos tristes solo develaría recovecos del doloroso pasado.

Él se había enamorado aquí cuando era joven. En una salida con sus amigos, llegaron al prostíbulo y conoció a Cecilia, ella era una bailarina de danza árabe, como yo. Nunca le importó que ese fuera su trabajo. Ese día, él solo la observó a ella, prodigiosa, mientras quebraba sus caderas al son del Oriente; después de observar su rostro fíjamente durante unos cinco minutos, se acercó a la barra y pidió un lapicero y una servilleta. La dibujó. Cuando el espectáculo terminó se acercó a ella, le mostró su dibujo y la invitó a tomar una cerveza. Con el tiempo, venía más seguido a verla y, claro, a terminar su obra de arte magna. Luego, empezaron a salir y, pronto, se enamoraron. Ella siguió bailando, la danza era su pasión, en ella halló el amor y la libertad y él siguió dibujando, Cecilia se convirtió entonces en su musa. Nunca vivieron juntos, nunca fueron novios, no había un título que definiera su relación, pero algo era indudable: se amaban con la intensidad del sol al mediodía.

La Hoguera dejó de ser los límites de su romance, se encontraban en otros lugares de la ciudad, iban al parque, salían a comer a restaurantes, visitaban museos, tenían sexo en el auto. Cecilia tenía *shows* todos los martes a las seis de la tarde y él, por supuesto, venía a verla. Luego tomaban una cerveza y se iban juntos a caminar y a fumar cigarrillos.

Un martes frío y oscuro, él, su más fiel admirador, vino deleitar sus ojos con el *show* de Cecilia, pero no la encontró. La habían asesinado. Un hombre, a quien prefiero llamar cobarde asesino, le arrebató la vida cuando en la noche anterior ella se negó a tener sexo con él.

La encontraron a unas pocas cuadras del Callejón del Diablo, su cuerpo ya sin vida, vestido solo con morados y sangre, yacía en el suelo; Cecilia había sido violada, brutalmente golpeada hasta su último aliento. Los medios nunca hablaron de ella, a nadie le interesó que una prostituta fuera violada y asesinada; al fin y al cabo, como todos decían, "Ella se lo había buscado". Cecilia nunca tuvo justicia, todos en La Hoguera, incluso el pobre viejo, sabían quién era el asesino que acabó con su vida y no pudieron hacer nada para vengar la pérdida de semejante mujer. Su asesino había muerto de un infarto muchos años después, una muerte natural que no merecía. El viejo nunca lo olvidó, estaba pendiente de él y de lo que hacía todo el tiempo, y cuando se enteró que por fin murió, en un acto de liberación, volvió a La Hoguera todos los martes a las seis a tomar una cerveza.

Por Cecilia ese día, en su memoria, brindamos.

Después de contarme la historia de su amada Cecilia y brindar en su nombre, él sacó de su bolsillo dos servilletas perfectamente dobladas, una tenía en sus adentros el dibujo de mi rostro terminado; la otra, el dibujo del rostro de Cecilia, el cual era tan similar al mío que si no fuera por el inclemente tiempo reflejado en esa servilleta no podría diferenciarlos. Él solo dijo:

—Muchas gracias, me recordaste a ella, creo que me has permitido despedirme de mi amada.

Yo, sin palabras justas que decir, con la voz temblorosa a punto de quebrarse al llanto, solo le agradecí.

Estuvimos en silencio mientras la música invadía la fuerte energía que nos movía. Entre la ira y la tristeza, nos tomamos otra cerveza. La terminó y, como siempre, se fue.

Al siguiente martes a las seis, no volvió. Yo estaba en la penúltima silla esperándolo. A esa hora de ese día se estaba suicidando.

Luego, por las noticias, me enteré de que su nombre era Maximiliano ,y al parecer, era artista. Con lágrimas en mis ojos, y funesta cólera,

Alina del Azar.

Y Hélix, estoy segura de que esto no fue coincidencia.



Me alegra volver a saber de ti, Hélix. Parece que no estás despreciando la oportunidad de compartir palabras conmigo, eso es bueno. Me es placentero saber que has tenido nuevos hallazgos en *Cygnus* y que has enfrentado tus miedos. Tengo que aceptar que me siento profundamente conmovido al leer que te enamoraste de *Cygnus* y que ahora, gracias a mí, lo conoces más. Seguiste mi consejo de no visitar aquellos lugares que no tienes manera de pagar, y te felicito por ello. Con tu enajenación y temor, lo más conveniente es que vayas a lugares de bajo perfil, como los que me describes, aquellos que huelen a tragedia y soledad; son perfectos para ti.

Mi carrera como músico me permite socializar con muchas personas importantes, se puede afirmar que tengo contactos e influencias en varias partes. No es difícil buscar en mi celular un número poderoso y ponerme en contacto con quien me responda para "escarbar" su memoria; pero pienso que eso no te ayudará con tu problema. Sus historias son por lo general sobre lugares espléndidos como castillos, barcos y más. Cuentan sobre sus deleites de manjares exquisitos como la Zillion Dollar Frittata o una Pizza Royale 007. Recuerdo que una vez estaba en un pala-

cio (no te digo su nombre porque no sabrías cuál es) en un evento importante y uno de los invitados prácticamente me obligó a ir a un restaurante que decía tener la Kobe Beef más deliciosa de todo *Cygnus*, y tenía razón, no dejé de pensar en esa carne por días.

En serio, tengo demasiadas historias como esa, pero entiendo que para este experimento lo mejor es que me junte con gente del común, así como tú y escuchar sus historias. Debo mencionar que fue increíblemente aburrido, a veces se me olvida que las personas corrientes tienen límites y vaya que lo hacen notar. Caminé por una calle cualquiera de Cygnus, la más inapetente que encontré. Había dibujos en las paredes bastante coloridos para mi gusto, sin mencionar las bolsas de basura que inundaban el paso e incluso una tropezó con mis zapatos Aubercy, ¿puedes creerlo? Después de pasar unos eternos minutos acostumbrándome a la mezcla del olor a pintura y alcantarilla, una señora de unos 45 años, de baja estatura, usaba lentes y el cabello recogido, se me acercó a pedirme dinero. No recuerdo su nombre, era un nombre demasiado común para que mi cabeza lo memorice, así que mejor la llamaré Yvonne Cortese. Su aroma era de dulzura y bondad, me recordó a mi madre, Marie Antoinette Leblanc, por lo que decidí entablar una conversación con ella. Le conté sobre mis aspiraciones como músico, a lo que me dijo que nunca ha visto un concierto de música clásica ni sabe mucho del tema, a

lo que perdí el interés por completo. Decidí darle una segunda oportunidad. Le pregunté sobre literatura, arte y moda, pero no encontraba algo para seguir una charla amistosa, hasta mencioné el clima, pero me respondió en palabras tan coloquiales que no entendí lo que afirmó en absoluto.

Nos encontramos atrapados en un silencio incómodo, por un momento creí que iba a fallar tu experimento, Hélix, no sabía qué más hacer. Entonces tuve una idea, pensé en aquello que amo más que a la música, un bon vin. Nada me llena como tomar una copa cuando llego a casa de ensayar; en caso de que no me entiendas, hablo de un buen vino, de nada. Imaginé que estaba en una cata de vinos e Yvonne Cortese me estaba preguntando con cuál empezar. Le conté que el primer vino que probé fue el Sylvain Cathiard Romanee-Saint-Vivant Grand Cru, un vino tinto excelente con olor a frambuesa, ligero y, sorprendentemente, sabía a mora. Al parecer, funcionó, Yvonne Cortese estaba maravillada con mi historia, así que proseguí y le dije, muy claramente, que no debía perderse de probar el Domaine Henri Jayer Cros Parantoux 1994, perfecto vino tinto de denominación Vosne-Romanée, su color rojo es muy intenso, típico del Domaine Henri Jayer Cros Parantoux, y tenía un exquisito sabor a ciruela. Tal vez me excedí un poco, la señora Yvonne Cortese me pidió que la llevara a probar esos vinos de verdad, y como soy una buena persona, le di dinero para que se comprara un buen 2017 Delas Saint-Esprit. ¿Qué? A juzgar por su atuendo, nunca podría entrar a comprar uno de los que mencioné antes, lo mejor para ella es que vaya a una tienda de estas apestosas calles donde encontrará un barato pero buen vino. Lo menciono porque, al parecer, se molestó conmigo y me llamó egocéntrico. ¿Yo? Por favor, antes debería agradecer que le di el dinero para que mi experimento no fuera un aburrimiento total –y para demostrarte la persona tan generosa que soy–, y se sintió bien. Gracias por tu tarea, Hélix.

À bientôt,

Jules Leblanc.

P. D. Encontré una manera de despedirme de manera más casual que la anterior, así no te será complicado de entender. Hasta pronto.



El viejo como punto de llegada

Es que no se envejece solamente por degeneración biológica, sino también y sobre todo por razones culturales, y precisamente porque la idea que nuestra cultura se ha hecho de la vejez es la de un tiempo inútil.

(Galimberti, 2009)

Ayer escuchaba a mi abuelo, me contó historias que nunca había recibido con tanto amor o con tanto temor, mencionó una tal *Cygnus* y su atemporalidad, que, como su sabiduría, haría todo por instaurarse en mí.

Empezó por contarme sus recorridos por el pueblo, uno que quizá nadie conoce pero que con orgullo recuerda, pues los verdaderos antioqueños no son esos que aparecen en la carátulas de música popular moderna. Él dice que los propios son esos que tienen callo en la mano y que dejan ver con orgullo sus cambios de color de negro a blanco entre el antebrazo y el hombro que provoca el trabajo por el calor de la jornada y su constante exposición al gran Inti. Prosiguió dándome los detalles de su vida cotidiana y de las muchas veces que se enamoró, de las mujeres a quienes compró su ajuar completo para después darse cuenta de que no era la indicada.

Sentía que estaba en un lugar al que no pertenecía y partió en busca del amor, empezó por visitar diferentes cafetales, donde el trabajo abundaba y podía interactuar con otros, quienes, como él, no se hallaban en plenitud. Entre esas conversaciones, escuchó a alguien hablar de una ciudad donde los sueños se cumplían y que, aunque necesitabas dinero para acceder a ella, lo más importante era que pudieras acercarte y decir la palabra clave. En su memoria permaneció el nombre de esa utopía, nunca nadie le escuchó esta historia, hasta hoy.

Mi abuelo conoció a María, una mujer que, según él, podría ser una diosa que se convirtió en demonio. Todo empezó en el atrio de la iglesia de su pueblo. Su familia y la familia de su familia acostumbraban a ir el domingo a misa de seis de la mañana. La rutina era simple: salir de casa a las 4:30 a. m.; atravesar las fincas de los vecinos sin recibir un tiro, pues ¿quién se levanta tan temprano un domingo?; llegar a la carretera que quedaba en la parte alta de su casa de infancia y que solo podía recorrer por trochas y linderos; allí dar con la suerte de haber llegado justos para la chiva de las 5:00 a. m., lo que podía verse interrumpido por el escándalo de los perros o los amanecidos de los vecinos.

Ese día que la conoció andaba todo de maravilla. Al llegar a la carretera, incluso el señor del transporte los estaba esperando y les dijo que los había esperado, pues había salido más temprano de lo habitual. Su sudor de montaña atravesada no era tan fuerte como siempre, tenía ya 15 años, hacía dos años que no vestía los pantalones cortos que lo identificaban como un niño y ya se le veía los domingos con los pantalones largos de hombre, día en que todos estaban en el pueblo. Llegaron en esa chiva al centro de la plaza y, después de catorce kilómetros recorridos, lo natural era el cansancio y la mala postura tempranera. Pero ese día era diferente, el aire límpido de su tierra lo recibía como si fuera el dueño del pueblo. Se sentía como si se bajara de su propio caballo para ir a misa. Soñaba con sentarse en las bancas de adelante en las que se sentaban el alcalde y su familia, los terratenientes con todos los suyos y las familias que vivían en el primer cordón de urbano del pueblo. Parecía que la gente allí se sentaba en el orden en que sus casas fueron construidas. No había oportunidad para mi abuelo y su familia; sin embargo, ese día lograron una banca en la mitad de una iglesia para más de mil personas y cerca al pasillo central, por donde todos pasaban para ubicarse en sus puestos asignados.

Por suerte o por jerarquía, allí mi abuelo, un joven alto, de piel quemada por el sol, vio la mujer que lo hizo pensar mal en un lugar sagrado. Luego tendría que confesarse, pero no le importó. Venía de la mano de su madre y caminaba hacia él, como si se tratara

de un matrimonio arreglado. Pasó por su lado y le dejó en la nariz un dulce olor a vainilla que se mezclaba un poco con el pachulí de su madre y el musgo de su padre. Se sentaron a unas bancas de ellos y desde allí no le quitaba la mirada de encima. Al finalizar la ceremonia, la familia de mi abuelo iba siempre a la cafetería de don Medardo que quedaba en la esquina contraria de la iglesia y que en ese pueblo parecía que fuera solo para aquellos que los jornales les permitía una que otra vianda; los precios según mi abuelo eran similares a dos o tres días de su trabajo, teniendo en cuenta que eran un gran número en su casa. Allí encontraban buñuelos calientes y café con leche de greca; mi abuelo no probó bocado, su único pensamiento era poder acercarse a esa bella niña que había conocido. Él permaneció inmóvil al ver que la niña y su familia se acercaban por la acera y que su padre, en un acto desesperado, se levantó e invitó a don Jesús a sentarse en su mesa. Le ofreció un café negro y una hogaza de pan con mantequilla de las que habían pedido. Doña Benilda, un poco más tranquila, pidió un buñuelo y un café con leche. Isabel se sentó en el lado que correspondía a los niños, todavía no se podía sentar en la mesa de los grandes, sin embargo, estaba cerca de él. Todo estaba dado para conocerse. La madre le ofreció algo que tomar y comer, pero ella en un acto de rebeldía les respondió que quería llegar rápido a su casa, pues allí sí había comida. Mi abuelo, que valoraba tanto el respeto por

los padres y las maravillas de la cafetería de Medardo, la miró diferente, la vio como una niña grosera y su desamor, como el hambre, llegó.

Luego me contó de una mujer que conoció y que tuvo la oportunidad de cortejar en la sala de su casa. Allí un día estuvo a las 6:00 p. m., el padre y la madre lo recibieron para darle la bienvenida, como era habitual. Le pidieron comportarse, pues estarían solos mientras preparaban la cena para ellos. Mientras tanto esta niña, que no veía la hora de estar a solas con mi abuelo, se le acercó un poco más de lo permitido y le dijo que la besara. Mi abuelo le dijo que no era lo permitido y que, por favor, tomara la distancia que sus padres les habían recomendado. Ella se acercó más y le dio un beso en la mejilla. Mi abuelo se puso de pie, se dirigió hacia sus padres y les explicó la situación, aludiendo que, si esta joven a la que él creía amar no era capaz de hacer caso a sus padres, que le dieron la vida, no habría oportunidad de que le hiciera caso a un simple hombre. También partió.

Hubo una ocasión en la cerca de sus 20 años cuando conoció a una mujer hacendosa, y con muy buenos modales, que lo invitó a su casa para que tomaran algo. De nuevo en la sala de sus padres tuvieron la oportunidad de estar solos por un momento en el cual mi abuelo, contando sus historias de infancia y de los planes que tenía para irse con ella después del matrimonio, hizo una broma que ella no disfrutó y se quedó en silencio absoluto. Él le pidió disculpas y le dijo que no era motivo para que no le hablara, pero ella no accedió a decirle algo. Este hombre, convencido de lo que hacía, se dirigió hacia sus padres, les dijo que una mujer que se callaba enojada por un minuto no tendría problema con callar una hora, un año o una vida. Dejó todo allí y partió.

Cuando conoció a mi abuela, él estaba a punto de cumplir 22 años. Ella solo tendría escasos 16, una joven mujer. Algunas de sus hermanas habían esposado ya a hombres de la familia de mi abuelo y que él, en sus ires y venires, entre fiestas de matrimonio y cortejos, recibió un pañuelo blanco con un dulce de blanquiado, su favorito y con el que le gustaba acompañar la fría mazamorra que le ofrecían en esa casa, no sabía cómo o por qué le llegaba este manjar; ella esperó mientras comía con gusto, él no había notado que mi abuela había bordado su pañuelo con Carmen Isabel.

—El amor surgió por la barriga— decía él; ella siempre decía que saber lo que la pareja desea de verdad es lo que hace que el amor dure.

Partieron juntos de ese lugar para habitar Cristo Rey, un bello lugar cerca al sur, pero nada ostentoso. Al llegar lo primero que hicieron después de horas de viaje fue entrar a la iglesia que está ubicada en la calle 1 Sur y la carrera 52, y agradecer por estar allí. Luego, continuaron caminando hasta la casa de Doña Ana y don Joaquín, situada en la calle 1 Sur, que era el destino y lo sería por unos meses, mientras mi abuelo conseguía esa tierrita donde fundar sus bases y tener su gran familia al norte de la ciudad. Al comprometerse con Carmen Isabel, le fue otorgado una dote de hectárea de tierra y dos vacas, la misma que fue vendida para comprar el terruño de su futura casta.

"Es esta mentalidad la que, al vincular la vejez a la improductividad, a la marginación social y la insignificancia, hace que en Occidente la vejez sea terrible, no solo para el individuo sino también para la sociedad que, al igual que el individuo, se afana por reducir las causas del envejecimiento o al menos por retrasar su llegada" (Galimberti, 2009).

No es posible que mi abuelo me haya contado tanto de su vida mientras los demás lo veían decaído y moribundo, como el mueble al que no saben dónde mover. Yo siempre he pensado en él como repositorio de la memoria y el conocimiento de nuestra familia. Algunas historias que nunca sabrán, pues se han metido en la cabeza que las locuras de su nombrada *Cygnus* no lo dejan vivir. Que es solo su vejez la que lo hace nombrar una ciudad que nadie sabe nada al respecto. Esto será siempre algo con lo que no pu-

dieron soñar y menos encontrar, pero que mi abuelo tuvo la suerte de haber nombrado y vivido. Quizá hemos llegado ya, pero nada hay en la perspectiva obtusa de la gente. Los ha consumido un velo más fuerte que el de la contaminación y queremos ignorar lo que más nos duele: la verdad.

Con mucho respeto, Conrado Luna.



Sin muerte no hay resurrección

Cuando había escrito estas palabras en medio de rostros desconocidos que me veían sin vergüenza alguna, recordaba esta frase que deseaba olvidar más que cualquier cosa en el mundo, querido Hélix. "Vete a la mierda ¡Quédate quieto o te mato!". Palabras que desgarraron mi corazón, que marcaron mi existencia para siempre. Sin embargo, cuando leí tu carta me alegró mucho porque pensabas en mí, consolabas mi dolor en el alma y me diste aliento para seguir respondiendo con la historia de mi vida.

Era un atardecer de domingo, el último del mes, cuando el guardia de turno salió en busca de refuerzos, y yo, quien escribe estas palabras, conocía del gran peligro. Entonces una murga entre pandillas comenzó: desquites para matar culebras, disputa del control del tráfico y, lo peor, purga de violadores y asesinos. Quizá lo importante desafortunadamente era clavar el puñal al primer adversario, como se lo hice a Carla. Era fácil. Y aunque no aseguraba mi vida en esta insurrección, podía mantener lejos al primero que quisiera amedrentar mi integridad física.

La fragilidad del ser humano era como el cascarón de un huevo, a la primera puñalada en el cuello ya no había regreso. Eso pensé aquel día en que me trajeron esposado en un camión con otros siete, resignado a cruzar un pasillo infestado de caras largas, pero también de aquellos que se creían superhombres. Insurgentes y terroristas y, por último, inocentes que debieron acomodarse a un claustro.

Cuando los cañones resonaban era el aviso de que alguien había fallado el intento de escape. Parecía que la muerte iba tan segura de ganar que solo una vida de ventaja no era suficiente para afrontar altibajos, instantes de locura. Hablo del reflejo que damos a los otros, un espectro que muestra la verdad a través de los frutos de nuestro árbol, frutos de odio y rencor; de eso mismo recibimos dolorosamente.

Primero había un portón abierto de casi del grueso de una viga y al otro lado unos barrotes. En medio había una ventana de vidrio transparente y detrás dos guardias; eso sí, viéndome como una lacra a contados centímetros de mi cara. Era la primera puerta de las tres que daban paso al peor lugar del mundo. Claro, la cárcel no solo era aquel sitio que me separaba de mi madre, amigos y hermanos, sino el abismo que carcomía mi alma.

En fin..., en realidad, cuando comencé a huir de la murga en dirección a los baños, no quería ver a los hombres que estaban siguiendo rápidamente con cuchillos. Uno de ellos era conocido por alías "el Italiano", el líder. No alcanzarías a imaginar la sensación, Hélix. Solo bastaba tratar de ocultarme y estar listo con esto. A pesar de ser casi como un cortauñas en comparación con el que empuñaba el Italiano, le iba a sacar un ojo en la primera oportunidad, y escaparía como un gavilán después de matar a un titiribí. Tal vez de aquí en adelante ganaría respeto, como también hundiría mi vida en un pozo de alquitrán y mancharía mis manos de sangre otra vez.

Era verdad que ya no importaba la mención honorífica, tampoco los elogios de maestros y cenas costosas para montarme en un pedestal. Los noticieros retumbaron en la vida de ellos para siempre: mi familia. Tal vez estas eran sus preguntas: ¿por qué lo hizo si era un muchacho intachable?, ¿cómo pudo matar a su novia cuando era tan detallista con todas?,¿ dónde quedó ese muchacho humilde e inteligente que vislumbraba hasta el profesor exigente? No podría mentir; me llené de celos, de obsesión, me enloquecí, me cegué y la maté. Ahora me encuentro aquí, escondido y capaz, convertido en una bestia para todos.

—Sono arrivato tardi –dijo el Italiano–, aquí te quería agarrar.

El Italiano golpeaba puerta tras puerta abruptamente y sus dos secuaces reían diciendo: "¿Dónde

está el machito con las mujeres indefensas?". No solo sus provocaciones me enfriaban la sangre, sino que también me entraba una ira.

—¿Cuál es la joda? –respondí–. Ya te pedí perdón.
—¿Me crees estúpido, puttana? De aquí no vas a salir.

Quizá te estabas preguntando sobre lo que había ocurrido para que yo fuera perseguido, amigo Hélix. Aquí estaba la respuesta. Era una semana antes de lo que sucedió en los baños. Durante los primeros doce días del año se sabe cómo van a pintar el resto de los meses siguientes. Posteriormente desde el día doce se iban contando los meses para atrás hasta el veinticuatro. Yo, queriendo olvidar, tenía marcado esta noción desde la herencia de mi madre, y por eso entendía tan bien que había días en enero tan áridos como el desierto; otros muy lluviosos.

En el claustro principal estaba el panóptico y alrededor tres compuertas amarillas. Todo estaba pintado de blanco y cada una albergaba un corredor de celdas de acuerdo con el tipo de crimen. A mi derecha estaba la puerta de los novicios o los que entraban por primera vez; la segunda para reincidentes o aquellos que ya habían estado múltiples veces tras las rejas, y la tercera para los condenados a cadena perpetua. Un jueves me encontraba frente a la pequeña fortaleza panóptica, sentado y con la espalda contra la pared. Era la hora libre o, mejor dicho, de "recreo". Nos daban libros, revistas, crucigramas y plumones plásticos. No me sentía conforme con las revistas de farándula, y tampoco llenando sudokus; siempre me habían parecido cosas inútiles. Cuando levanté mi rostro, pude divisar a un reo que sostenía un libro. Así que me puse de pie y fui caminando hasta el otro costado del patio.

Sí, era una enciclopedia, eso había imaginado. El hombre tenía un bigote como una brocha, unas patillas muy pronunciadas y la cabeza rapada. Una esvástica grabada en el cuello habla más que mil palabras. Aunque no parecía querer leer aquel libro, lo mecía de un lado a otro sin dificultad. Mientras lo hacía, hablaba con otro hombre; este era alto y obeso como un barril, y usaba gafas. Cuando llegué, giraron para apuntarme con sus miradas de 38 largo. Yo, amablemente, me presenté:

- —Amigos, no quiero venir a molestar. Solo noté que en su mano sostiene una enciclopedia. Me gustaría que me la preste un rato, mi nombre es...
- —A quién le importa tu nombre, *figlio di puttana* –interrumpió el bigotón—. ¿Acaso no sabes con quién estás hablando?

—Sí, hijo de puta. ¿Cuál es tu asunto aquí, chaval? –dijo el gordo–. Te habla el Italiano. Di algo o se te metió la lengua en el ojete.

No podía ser menos estúpido en la vida. Moría de miedo. Mi voz estaba casi entrecortada y las manos tan mojadas que perdía el control al tocarme mi frente empapada de sudor. Me sentí reducido como una cucaracha, procuraba no decir una palabra que fuese a ofender. No quería sufrir algo peor. Entonces el gordo se hizo frente a mí.

- —A ver, chupapollas, ¿te haces el bruto o no entiendes? –dijo–. Tu cara me dice que eres un sacaleche, o ¿me equivoco?— Y agregó:
- —¿Acaso no eres el tío que vino de un país de mierda para enganchar un cuchillo a una tía bien guapa? Todos hablan de ti, gilipollas.
- —Mire, señor –contesté muy pálido–. Todos cometen errores. No le voy a mentir, se me pasó la mano con ella.

El Italiano se acercó a pocos centímetros de mí y dijo:

- —¿Vieni ancora a rompermi? Fíjate alrededor. Por si no lo has notado, la mayoría de los presos son novicios como tú. Nosotros no somos de este pabellón.
- —Señores –les dije dando un paso para atrás–, he sufrido tribulaciones que me enseñaron a valorar la

vida. Aquí, todos somos iguales. No me interesa la razón por la que ustedes están aquí.

Toda mi vida había luchado por alcanzar metas como un campesino que siembra, y luego espera la cosecha. Huir de los días de verano era imposible, y una semana más adelante de esa conversación me encontraba evitando el calor del infierno. Pronto me veía acorralado en un baño pensando: "¿Cuándo llegará el fin de este calvario?". Mis entrañas estaban a punto de explotar, sobre todo por las incontables penetraciones. Mientras el Italiano me violaba, también gritaba:

—Vete a la mierda. ¡Quédate quieto o te mato! Sabía que tenías ese ojete bien apretadito! Ahora no sirves para nada, *figlio di puttana*.

En efecto, mi tiempo se acortaba. Me golpearon y también me apuñalaron a un costado de la espalda, exactamente dónde estaba mi riñón izquierdo. Por desgracia lo perdí. Después de todo, abrir los ojos en la camilla de un hospital, estar rodeado de monitores y bolsas de sangre y suero a chorros me hizo pensar que había vuelto a nacer y que mi vida apenas era una espiración.

Bertono Olapa.

53.22

También me enamoré

Hélix, creo fielmente en lo que narrás de *Cygnus*. Desde que salí a pie de la ciudad me di cuenta de la grandeza que tanto transmitís, y aún más cuando en mi viaje de retorno, en ese pequeño auto de la Sabi, atisbé en las luces de la ciudad un manto que cobija el hueco de *Cygnus*. Estuve en la cima de la ciudad. Entre montañas vislumbré el complejo sistema urbano que me esperaba.

Antes de bajar por Las Palmas, le dije a Sabi que hiciéramos un pequeño parón. Te confieso a vos, Hélix, que lo hice porque estaba en una enorme dualidad: no podía apartar la vista de mi querida vecina, pero tampoco quería perderme las grandes vistas de la ciudad. Ella, al parecer, no quería, me dijo que se estaba haciendo muy tarde para llegar al barrio, eran tipo 10:45 p. m., y eso no le daba tranquilidad. En ese momento, no comprendí su afán, yo estaba anonadado por la experiencia, sin embargo, al recordar el miedo que vos tenés de la ciudad, respeté su ansia por llegar. Quizá ella también siente a Metrallo en su nuca. Por suerte la convencí, le conté que el barrio era muy tranquilo. Si bien es verdad que hay unos pelados visajosos en algunas esquinas, ellos no le hacen nada a la gente que es del barrio. Le dije que yo

llevo en el barrio veinte años, si nos paraban a decirnos algo, es muy probable que al bajar las ventanillas me reconocieran.

- —Sabi, relajáte. Te prometo que te llevo hasta la puerta de tu casa— le dije con tono sarcástico.
- —No, pues, tan caballero. Eso es obvio, Akeru. Vivís al frente. Eso lo hacés sí o también— me contestó sonriendo. Al parecer, soné convincente porque aceptó.

Paramos en un mirador. Varios minutos nos quedamos petrificados ante las luces, parecía un mar de brillo; incandescencia pura. Si por mí fuera me quedaba toda la noche ahí parado. Existiendo, y ya está. La tranquilidad que sentí fue nueva. Por unos segundos olvidé que tenía a la traga de mi vecina al lado, pero escuché un profundo suspiro, uno de esos que evocan plenitud. Me giré en busca de sus oscuros ojos y ella estaba igual. Su afán, sus miedos, su delicadeza, se arrodillaron ante la inmensidad de Metrallo. No, Metrallo no fue la ciudad que contemplamos. Sus grandes deseos se hincaron ante *Cygnus* con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos brillaron al compás de la ciudad y al ritmo de un vals soltó una lágrima. ¿Estaba feliz? Eso espero.

Luego de esa conexión que hicimos con la ciudad, el frío empezó a hacer de las suyas. En mi cabeza retumbó un instinto: "Ofrécele un buzo, una chaqueta, ¡algo!", pero de inmediato reaccionó la razón. En mi mochila solo llevé dos mudas para mi viaje a pie, y si bien tuve la oportunidad de que me lavaran una que otra vez la ropa, pasó una semana entera desde mi descanso en La Sequía, lugar en el cual descansé por última vez. Marinela se encargó de lavar todas mis prendas, pero desde aquel domingo pasé por otros lugares menos saludables para la ropa. La parte final de mi trayecto fue en una zona muy calurosa; ya te podés imaginar el sudor.

Imaginé que la Sabi estaba a punto de decir que volviéramos al carro y termináramos de llegar a la casa. El frío de esa noche nos iba a coaccionar, sin embargo, la salvación, ¡el antídoto!, llegó: una chocolatada caliente. Una señora de unos 60 años se aproximó a nosotros. Al otro lado de la carretera había un pequeño local y de allí trajo un termo con vasos de plástico. La Sabi es muy fina para esas cosas, nunca la veo comer en la calle y el mercado de la casa es de pura marca; puro pan Bimbo. Pero sin dudarlo me invitó a una tasa, ella se tomó dos. La señora lo más de buena gente nos ganó con su forma de vender.

En ese momento pensé que era mi oportunidad para quebrar esa frontera de simples vecinos. Era la escena perfecta para parchar y parlar. El impulso final fue tuyo, Hélix. Tres horas antes, cuando veníamos por carretera, recibí el correo de tu última carta en mi celular y en ese momento recordé tus últimas palabras. Era la excusa perfecta para escarbar en la memoria que tanto buscas en los demás y el tema de conversación perfecto para tomar confianza con ella.

Hablamos hasta las dos de la madrugada. En un primer momento los nervios me dejaron en blanco y lo único que pude contarle fue de vos, Hélix. Te juro que no soy tímido, no tengo problemas con las viejas, pero la Sabi es otra cosa, ella supera lo que soy como persona. Hablé de vos como si fueras un parcero mío, hablé de lo loco que estás y la película que narras en tus cartas. Ella encantada me siguió la corriente, nos siguió la cinta, Hélix.

Finalmente, terminé por olvidar tu propuesta. No escarbé en la memoria ajena. Desnude mis pensamientos ante ella. Parecía que la que hizo la tarea fue ella. Incluso le conté que solía entrar en su apartamento, que le robé el pan tajado que tenía en la cocina, que muchas veces usaba su computador para enviar correos... en fin. Confesé de todo, menos que sus pestañas me quitan el sueño, que sus labios me hablan cuando no está y que su cintura baila en mi espejo.

Existiendo en las cinturas de Cygnus, Tamashi.

5%Z

Hipótesis, querido Hélix

Habría podido
no estar allá esta mañana
para escudriñar la noche
en la claridad del día
para confundir
mi pequeña tragedia
con aquella, inconmensurable
del mundo
arañar, arañar el papel
en lugar de soplar, soplar
en la gigantesca trompeta de la cólera
hasta que estallen mis pulmones.
(Laâbi, 2017)

No quiero nunca que tú ni nadie se lamente por mí, aun así te deletreo mis lamentos. Desperté después de varios días inconsciente en el suelo de mi habitación. Vomité todas las letras que te escribí, todos los sonidos que proferí un día, y todos los gestos intimidantes y amantes con los que construí y destruí puentes. Déjame explicarte por qué no volví a ti en tanto tiempo. Me obligué, y Alma me ayudó, a volver a las palabras, pues las ahogué todas en ron barato. Después de días en este suelo que ya estaba tibio de mí, de mis fluidos y de mis lágrimas, no encontraba ya mis palabras, ni siquiera mis letras.

Alma, que no sé en qué momento llegó, me tomó la mano, me recostó en cama y me leyó todos los libros de poemas de mi repisa. No sé cuántos días estuvo sentada a mi lado, sin abandonarme ni un segundo al parecer, pues siempre que despertaba estaba ahí, besándome los cachetes o lamiéndome, como una gata dando higiene a su cría. No dije nada por tantos días, hasta que pude contar el tiempo de nuevo. Alma me ponía un lápiz en la mano y me apretaba los dedos, dibujando líneas temblorosas sin sentido en hojas y hojas de papel que llenaba con mi sudor. Luego, me pidió nombrar lo conocido y entonces escribí, de cosas: vaso, semen, cielo...; de lugares: Cielo, Carabobo, tren, y de personas: solo pensé en Alma y en ti, Hélix, querido.

No estoy segura de si desperté de un intento de suicidio o de una siesta cualquiera, pero ahora, que duele más vivir, lo intento con menos lágrimas. La piel me arde en la mañana, y lo único que la calma es leer para recordar y dejar de huir. Entonces he decidido hacer eso, leer y abrirme de piernas una que otra vez en los tiempos intermedios. El cielo que, para ser irónico está debajo mío, me requiere y yo necesito comer, fumar, beber, leer... todos son lujos que no regalan. En fin, leo por mí y para ti, mi Hélix.

Hay una palabra que no dejo de pensar mientras te escribo, que la dijo un hombre después de beberme sin pausa hasta ponerse morado, fue un espectáculo. El hombre hablaba y hablaba, y yo, como sabes, permanecí en silencio, sin palabras, ni letras, ni alaridos, ni sonrisas. El hombre en cuestión inundó la alcoba de llanto ajeno esa noche. Siento que todos los hombres que se aferran a mí son así, tal vez tú también; siempre lloran después de haberse venido. En fin, joven y desairado, no dejaba de contarme cómo sería su vida si aún trabajara en el San Andresito, si no hubiera vendido la moto, si se hubiera defendido esa vez que dos travestis lo atracaron en la avenida San Juan, si por lo menos hubiera gritado, si nunca hubiera venido a mí llorando, o no hubiera aceptado dormir a mi lado esa noche.

Yo la verdad me irrité, sus lamentos me aturdían, sus lágrimas me empegotaban las tetas, y se aferraba a mí con tanta fuerza que me dolían las costillas. Entonces estiré mi brazo contra su cara, mi palma estrujó su nariz llena de mocos y lo obligó a levantar su cara, mientras, con los ojos cerrados con fuerza, gritaba que perdón, que no le parara bolas, que era solo una hipótesis. Hipótesis, querido Hélix.

Hipótesis, como si pudiera haber una dimensión, un mundo, una habitación alternativa, utópica, distópica o ucrónica, en la que tu carta no hubiera llegado a mis manos húmedas de sexo ajeno; como si fuera niña y no anciana en mi tristeza, como si no hubiera nacido puta ni fuera a morir como una, como si fuera un cuerpo que solo habita las letras, como si los hombres como tú aún vinieran a verme, como si el tiempo no hubiera deformado mi cuerpo y mis ganas, como si fuera tu esposa o el sicario que te asesinó anoche.

Tuya, Índigo.



Markolino, al otro lado del espejo

Hélix Danubio, hazme un arroz con habichuela.

Hélix Danubio, dónde estás.

Hélix, tenemos algo pendiente.

Hélix, hoy renuncio a mi nombre.

La palabra "adiós" basta para muchas canciones.

Abdico a este nombre, Hélix,

y te lo entrego con sus historias.

Eran las siete de la tarde, las 7:00 p. m., pasado meridiano. ¿Saben en dónde está ese meridiano? Al mediodía, ya está atrás, no más adelante. Yo les prometí una canción de salsa y, entonces, mi recuerdo es una canción de salsa.

Aquí entra el piano, si ponen la canción de Richie Ray y Bobby Cruz *Agúzate*, al principio hay un piano que suena como si fueran dos. Entonces vamos rápido. En el oído izquierdo, imaginen que suena un soneto de Chopin en do menor; para que sea triste, siéntanse tristes. Imagínenlo un segundo (si nunca han escuchado a Chopin, entonces imaginen un viejo en la calle intentando tocar el acorde de do menor en un piano que no suena. Si tampoco conocen do menor, recurran a Jules el Blanco, que tanto sabe).

En el oído derecho imaginen unos dedos jugando a la rayuela en el acorde de si mayor, para que sea feliz, ambiental, tropical y dulce para el oído. Una paradoja. Imagínenlo un segundo (Si no saben la diferencia entre un acorde mayor y un acorde menor, no hay de qué preocuparse, piensen en algo triste y algo feliz, y es todo).

Ese piano comienza lento, y no acelera su ritmo en los primeros ocho compases. Ambas notas se mezclan despacio y juegan entre sí como el agua de río y mar; no se mezclan de inmediato. Imaginen dos pianos que son uno y parecen dos y se escuchan como dos. Lento, por favor, desde aquí lean despacio. Como si un chocolate fino padeciera ante el sol que lo delezna, como bebiendo vino en el espacio, entregando como sacrificio el oxígeno que queda en la sangre. Sorbito por sorbito.

Aquí aparecen los cueros, hay dos timbales tocando la clave y una campana marcando el paso del piano. Imaginen una campana, aguda, impávida. Imaginen una campana de salsa, como las que cuelgan de las vacas peludas en los pueblos lecheros y fríos. La campana es calurosa, adictiva. Tin, tin, tin.

Ahora piensen en Rubén Blades, en Héctor Lavoe y Raphy Leavitt. Piensen en ellos porque ahora, si efectivamente se han imaginado alguna melodía, no vamos a cantar nada en vano.

El piano quiere ir más rápido, pero no vamos a dejar aún que trote, el piano por ahora camina. Camina, izquierdo, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo... Sigamos así, por ahora.

Entra una trompeta, como la de Maite Hontelé en *Déjame así*. Y detrás entra el trombón en bajos. Viene el bajo y acompaña al piano a caminar, todos los instrumentos caminan. Izquierdo, derecho, izquierdo, derecho. Vamos lento. La palabra "adiós" basta para una salsa.

Y dice, desde El Cielo y La Hoguera:

Era una noche oscura
En San Juan con Carabobo
El tren ya no pasaba
Los locos a nadie miraban
De blanco iba caminando
El hombre que al presidente tenía orando
Dime tú quién es
Dime tú quién es
Yo no lo sé, Markolino, yo no lo sé
Todos los vagabundos sin levantar la cabeza
Saludaban
Las monjas a esa hora dormían.

Yo desde el café observaba Como su pitillera sacaba Un Lucky Strike sin filtro al aire echó Un besito a San Benito le mandó.

Dime tú quién es

Yo no lo sé

Markolino

¡Si tú eres brujo, ve tú a saber!

Dime tú quién es

Si tú lo sabes, Markolino

Dilo de una vez.

El humo de su abrigo salió

Como el primer tren de vapor

Que avisaba a las cinco y salía a las dos.

El hombre encachacado atravesó la avenida

Como Pedro Navaja venía

Ningún carro con sirena

Ninguna puta con media moneda

Dime tú quién es

Es el hombre del abrigo

Qué voy yo a saber

El de los ojos divinos

Habla Markolino

Es el brujo taíno

Dime tú quién es

Qué voy yo a saber

Dime tú quién es

Pongan a correr ese piano, Markolino, pongan a correr ese piano, Mark Marky Dimond. ¡Qué corra! Desde Guinea hasta Hélix. Desde Guinea hasta Hélix.

Y viene corriendo el de la chaqueta No es Pachanga, no es Alimaña Es Aleta.

Ahí viene corriendo Markolino de su propia sombra

Se ha dejado en San Juan la chaqueta Ha dejado el pantalón El sombrero ¡Miren qué vergón! Es Markolino haciendo otro show En la 45 con la 23 Va Markolino cantando al revés Dime tú quién es Ya todos saben Es Markolino otra vez. La policía lo siguió Nadie lo aprensó Todo el mundo grita Markolino Te dejaste el pantalón. Iba ya por la Oriental con la Playa Y la murga lo sacó Dijeron Markolino Págame el vueltón.

Llegó a los puentes y a nadie veía

Markolino de sí mismo reía

En el puente del Mico iban a robarlo

Corre rápido muchacho,

Ya iba por el Guayaco.

Dime tú quién es

Ya yo no lo vi

Y si me voy de aquí

Es pa irme a dormir.

Iba engalochado, como Leidy, muy ensimismado

En el café de San Juan con Carabobo

Markolino preguntó

Dime tú quién es

Markolino

No yo, él

Markolino,

Dime tú quién es

El sobrino

Del piano y la ruleta

El del Casio cometa

Markolino, el hombre

Sin nombre

Sin piedad

Sin corte.

Dime tú quién es

Markolino...

Dime tú quién es

Markolino

Dime tú...

Con este motivo decido matricularme en el club de los ausentes. ¡Caramba! Marky Mark Mark volvió a salir corriendo sin pagar.





Dudar, vacilar, fluctuar... confiar

La realidad es como una dama esquiva que se resiste a entregarse en los primeros encuentros. (Salcedo, citado en Jaramillo, 2012)

Leerlos definitivamente se me volvió una de las actividades centrales del mes, como si dependiera de sus trazos, para que la soga que me ata a este mundo resista las tempestades de mi olvido. Ustedes ya no son una simple correspondencia. Cuando termino de leer sus cartas pienso que seguiré con el curso de mi vida como siempre, pero, con el pasar de los días y los meses, ustedes quedan retumbando en mi mente cada vez más. Los veo en el café, en la sopa, cuando abro la nevera, cuando compro cilantro a la tienda, cuando estoy estancado en los trancones de la ciudad, cuando estoy tumbado en la cama y antes de irme a dormir. Cuando me siento en mi ventanal y miro hacia el centro pienso en Concepción, Markolino y Jules. Cuando veo una muchacha atractiva en la calle pienso en Índigo, Vulpina y Alina. Cuando veo una noticia de lo que pasa en alguna cárcel pienso en Bertono y siento a Metrallo en mi espalda. Con todo lo que me pasa, tengo a uno de ustedes para ubicarlo en la escena.

La rutina de mis días gira en torno a tomar notas, hago dibujos de mapas y otras cosas que me van llegando a la mente y que me ayudan a no olvidar ningún detalle para luego retomarlos en la escritura. Me gusta tomar pausas de café y reflexión para escribir mis apuntes y dedicarme a mis trazos. Lo que hago es traducir a palabras lo ocurrido de la mejor manera posible para así no olvidar ningún detalle. Hay muchos pensamientos que me tienen cavilando desde hace días. Najevat -que, por cierto, sí, puedes llamarme por mi nombre de pila- nos deja otra nueva inquietud y esta vez incluye a algunos de ustedes. Aunque lo considero un reto difícil de asumir: ya vieron cómo terminó mi travesía con sus locas ideas. Por último, nos plantea un asunto con la similitud de nuestras edades. Esto puede parecer muy nimio, pero comenzó a rayar mi cabeza. Será que todos coincidimos en esta edad maldita cuando al abundar las preguntas se precisa de la escritura? Pienso el tema que tocó Conrado con su abuelo y me pregunto si por el contrario será que nos convencimos de que somos así de jóvenes por avergonzarnos de nuestra vejez inútil. No sé, cuanto más pienso más me confundo. Concepción también me hizo ponderar mi propuesta pasada de escarbar en la memoria ajena con su posición. Mientras la leía me sentí un poco culpable. Mi intención era inocente, querida Concha. Tal vez la palabra "escarbar" no era la indicada. Procuraré cuidar más mi lenguaje para que

nadie sienta que le propongo hacer algo que atente contra sus principios. Señores, dedicarles estas palabras me deja bastante trastocado. ¿Saben? Me aterra pensar que ya no soy un invisible en la calle como siempre fui. Ya hay gente que me conoce, que puede identificarme entre la multitud y tal vez saludarme.

Sus últimas cartas me llegaron, pero hubo una en particular que me interpeló definitivamente. Retadora y atrevida como siempre, su carta me hacía una invitación irresistible; tal vez esta vez fue muy directa. Un déjà vu. Se repitió la historia. Una vez más llega una carta incitándome a hacer algo. Otro momento de coraje que me obliga a levantarme de mi silla giratoria. Con todo este asunto de Mmoeira, reconsideré en todos los escenarios posibles lo que una situación comprometedora puede evocar. Asimismo, la afirmación de Vulpina de que en un prostíbulo se puede conocer a una ciudad entera me hizo terminar saliendo una vez más hacia el mundo desconocido al que me invitaba. Parecía viable ir en busca del Cabaret Voltaire porque era un lugar de cuatro paredes que tal vez no sería tan intimidante, siempre y cuando Vulpina cumpliera con su promesa: nadie te molestará con tus investigaciones.

Comencé a caminar entre los guayabos que tomaron un color grisáceo con la caída de la tarde. Serían alrededor de las cinco y media. Bajé derecho por la carrera 76 siguiendo la diversa cromía de las casas color ladrillo de esas cuadras. Volví a caer en el Palo con las Carretas, pero esta vez sintiéndome seguro y ubicado: "Si la noche que llegué adonde Mmoeira volteé a la derecha, el cabaret deberá estar en dirección izquierda", pensé. Según la nomenclatura estaba en la Calle de las Damas, o sea, que estaba a dos cruces más a la izquierda de mi destino. La Calle de la Bomba me recibió con colores y brillos que no esperaba. "Estoy cerca, señorita Vulpina".

Estaba a media cuadra del Cabaret Voltaire; pero, cuando juré verte en la entrada, me detuve. Las vitrinas iluminadas por el neón acompañaban tu atuendo, un cigarro te daba y te quitaba el oxígeno al mismo tiempo y un existir sereno te cubría de las auras diversas que nutrían el lugar. Te distinguí entre el bullicio porque desde el saboreo de tus lecturas no necesité más indicaciones para saber quién era mi anfitriona. Empero, mi determinación de explorar se esfumaba. ¿Dónde estaba Mmoeira para impulsarme? Desaparecieron su coraje y determinación prestados. Una última mirada decoró el instante. En ese momento decidí dar marcha atrás; con las patas culo arriba, abandoné la zona.

Sé que ahora que lees esto sabrás que aquel hombre extraño de gafas de montura negra, con el que cruzaste un segundo de mirada, era yo. Sabrás que no fue producto de una autoconvencimiento, como esos que propone Tamashi con su efecto Mandela, y espero sepas disculpar mi cobardía. Ese día algo te decía que era yo y puede que ahora sepas con más claridad quién soy; que esa suposición del color de mis lentes no era producto de tu imaginación, sino que tu subconsciente te lo gritaba, mi postura se narraba en tus lecturas. Aclaro que mi miedo no se debía al lugar al que perteneces, ni mucho menos a ti, Vulpina. Mi horizonte se nubló cuando terminé de entender que alguien en específico podría llegar a conocerme; entrar a Voltaire ya haría de esto una realidad.

Tenía todas las intenciones, lo juro, pero no pude. Fui demasiado cobarde para entrar a cumplir con mi propósito ya esfumado en la noche. Tuve que volver a mi casa porque un ataque de ansiedad, de esos que ni el cigarro más amargo quita, me estaba coaccionando los sentidos. Comencé a cuestionarme sobre la utilidad de convocarlos a la escritura, sobre si lo que yo mismo creé era un error. Ahora me estaba convirtiendo en la víctima de mi propio invento. Creo que si quiero algún día lograr entrar a ese cabaret tendré que acudir a dos personas que podrían ser perfectas para apaciguar mis temores. Uno podría ser Markolino porque parece ser un ávido de estos lugares, tal vez con él me sentiría más seguro, más cómodo. El otro podría ser Najevat porque es el único que dice que me regala su confianza, y sin importar si esta es,

o no, mi intención inicial, lo indicado sería devolverle la mía a él.

Quise ir en busca de una historia extraordinaria. Me quedo debiendo este reto. Como no quiero agendarlo para un futuro lejano, la propuesta para este nuevo ciclo será cumplir mi fallo. Lo primero que les propongo es que descubran qué quieren contar y desde qué perspectiva. "Lo que no está escrito no existe" se volvió mi emblema desde que vi los resultados positivos para mi memoria. Miren en la calle, miren en el barrio, miren en el cielo, miren en la tienda, "mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor, y de aprender" (Almazán, 2008). Salgan a mirar con todas sus fuerzas donde aparentemente no pasa nada. Pónganle sentido a eso que siempre pasa, pero que, por la costumbre, lo ignoramos. Aprendan a mirar de nuevo aquello que creemos saber cómo es. Miren, busquen, encuentren, habiten la historia y escríbanme otra vez.

Vagando en medio de barrios cósmicos de *Cyg-nus*, H. D.

37.6

Fantasías en exceso

Para la gente común el día significa calle, trabajo, productividad y la noche significa descanso, oscuridad, hogar. Para mí funciona al revés por imposición del cabaret y por mi incompatibilidad con la luz del sol. Me acuesto a las siete de la mañana y me levanto a las tres de la tarde. No como mucho, pero desayunar es la única regla para comenzar el día. Con lentes oscuros y sombrero blanco de ala ancha paseo por las calles de *Cygnus* buscando satisfacer mi apetito. Mi lugar favorito está a cinco calles debajo de la Calle de la Bomba: panadería El Buen Pan, donde siempre me espera una avena casera y un pastel de pollo hojaldrado recién salido del horno.

La tarde del 23 salí, aunque me sentía inquieta. No le presté atención, seguí mi camino y llegué a la panadería. Cuando comencé a comer, sentí unas miradas desesperantes encima. Volteé, no había nadie. Le di un mordisco a mi pastel. Volví a sentir una presencia –"Ahora sí te enloqueciste, Vulpi"—; traté de ignorar la mirada acechante. Analicé la situación. ¿De dónde viene la mirada? ¿Derecha o izquierda? ¿Es una mirada masculina o femenina? Derecha. Al fondo. Masculina.

¿Quién había detrás del mostrador aparte de la cajera que me atendió?

Doña Pina, ¿cómo está? ¿Lo mismo de siempre? ¡Henry! ¿Ya salieron los pasteles de pollo?

Él era. Tal vez me conoce y le llama la atención que me guste su buen pan. Miré con disimulo para confirmar mi teoría. Henry estaba al fondo limpiando unas latas. Sentí la mirada a mis espaldas. Izquierda. Arriba. Femenina. ¿Qué hay allí? Edificios, balcones y las asomaderas de viejas chismosas. Miré de reojo. Balcones cerrados. Cortinas sin movimiento. No había nadie. Me enloquecí.

De camino al cabaret unas sombras me perseguían. ¿Era mi sombra? Imposible, yo tenía cartera y la sombra no. Cambié de aceras sin mirar hacia atrás, la sombra no me abandonó. Asustada, entré a una tienda a comprar un *briquet* rosado. Giré la mirada y no había nadie. "Estás pálida, Pina. ¿Te pasa algo?", me preguntó Lucho cuando le pagué. "Nada, creo que es el trasnocho".

Al llegar al cabaret el candado estaba abierto:

—Se me metieron, ¡hijueputa!

Tiré la cartera al piso y me armé con el primer palo que encontré. Empujé la puerta con una patada:

—Hola, Vulpi.

Maldita sea, era la Daniela limpiando unas mesas.

- —¿Tú desde cuando limpias mesas?— Se rio. Me dio un beso y me ofreció un cigarrillo.
- —¿Qué fue lo que te pasó?— Se rio. Me dio la espalda y siguió en su labor.

Toda la noche estuve inquieta. No me hallaba. Intenté dar un *show* de baile. Di dos vueltas y me esfumé detrás del telón brillante. Escapé a la barra, pero quebré dos botellas. Me senté en las piernas de un rubio precioso y lo llevé a mi habitación. Entra. Cinco minutos. Sale. *Thank you, sweetie*. Me di la quinta ducha del día. Volví a sentir las miradas. Salí corriendo despavorida hacia la puerta de la calle.

La calle estaba llena esa noche. ¿Es viernes? Prendí un cigarrillo y me perdí en los destellos de los avisos neón de La Hoguera, el prostíbulo del callejón de enfrente. Sentí deseos de entrar a ver el baile de su estrella Alina del Azar, pero no me atreví a salir de los límites de mis dominios. Nunca me molestó que me mirasen, esa noche perdió su gracia. Sentía que algo pasaría, que algo vendría. Esperé inquieta. Nunca pasó nada. Nunca vino nada.

Nunca viniste, Hélix Deneb: a pesar de que digas en tu carta que estuviste cerca y que me viste. Hubieses cambiado mi estado de ánimo de la noche; te hubiera saludado con la mano, guiñado un ojo y enviado un beso flotante. Si me hubieses saludado, esa sensación enloquecedora hubiera desaparecido. Ahora entiendo que todo fue tu culpa. Si no hubieras pensado tanto en mí esa tarde, mis nervios no se hubieran afectado. Existir con tanta fuerza en la mente de alguien afecta.

Todo es tu culpa. Desde que tu primer mensaje llegó a mis manos, aquí la vaina se puso color de hormiga. Me siento vigilada, pensada, cuestionada. Todos los días me tomo una botella de ron confinada en el cabaret. Aquí es el único lugar donde me siento segura. ¡Hélix, ya no lo soporto! El encierro es una vaina muy jodida.

¿Me pides una historia extraordinaria? No la tengo porque no puedo mirar con todas mis fuerzas. Los ojos clavados en mi espalda no me dejan pensar. ¿Me invitas a buscar las pistas de un desconfiado? ¡¿Y cómo voy a salir, si siento la metralla encima!? No acepto la invitación, Najevat, me siento más cómoda dentro del cabaret esperando que la ciudad venga a mí. Solo soy arriesgada si estoy envuelta en mis sábanas. Si te gustan los retos, ven. Búscame. Sedúceme.

Acompaña a Hélix al Voltaire. No sé qué le ven al Amargo Centauro. Aquí no hay vaginas de centauros amargas. ¡Vengan de una vez por todas!

Vulpina Sadir.



Tablero de tiza difuminada

¿Qué está pasando, Hélix? He leído su contenido, aún evito reconocer las letras de todos los participantes de su "juego de parqués". Nos movemos por azar brindando información a su persona y esperamos que los dados nos beneficien con una respuesta acertada de su parte. ¿Quién llegará más lejos con sus fichas? ¿Quién conoce el verdadero premio de unir todas las piezas al final del camino en *Cygnus*? Con más dudas que nunca, esta se la dedico; muy personal. Dijo que volteáramos a mirar de nuevo y, por mi aptitud de *viajero*, ando observando hacia fuera. Siempre pendiente de lo que pasa en otros lugares. Mas hace unos meses ya que ando *ausente*, encerrado en casa, ojeando todo en mi dormitorio, sin analizar nada en realidad.

Por ello hoy esta se la dedico, va solo para usted. Hoy decidí tomar el espejo: "Espe..., ¿este, soy yo?, romperlo y describir cada reflejo de mi cuarto, el espacio que siempre visito, pero pareciera nunca habito.

Tomé, pues, la libretica de oro, la #8, de la mesita de noche, en la que menos escribo, la que es para mí, para entenderme a mí mismo. Empecé a dibujar con letras todo lo narrado por el cortopunzante vidrio resquebrajado en el suelo.

El techo es blanco y está moteado ya por los zancudos que he matado allí; esas manchas negras son mi sangre acaso o posiblemente solo el cadáver del insecto flotante.

Sobre la cama, hay una pila de libretas. Hay dos nuevas, otras cuatro están rayadas, pero tienen espacios en blanco. Creo que tres parecen quemadas, otras que no logré contar están llenas de pantano. Incluso hay una que en su momento se mojó. "Una... una mujer. ¿Qué más se mojó? ¿Quién más se mojó? No lo recuerdo, y así es que duermo, con pilas de libretas sobre la cama. No sé si me dan abrigo o tranquilidad, pero nunca las muevo. Llevan tanto ahí ya que había dejado de notarlas... será eso cosa mía o es otro de esos hechizos hipnóticos de *Cygnus*.

Me quedan tan solo dos sillitas en mi cuarto: en una me siento, en la otra arrumo más libretas: tres en total. Todas esas están llenas hasta la saciedad. Tienen información clave de los lugares que más me gusta visitar, para llegar siempre a ellos.

¡Eso es! Tú lo dijiste. Ese lugar, Aranjuez, me llegó a la mente como un disparo cuando lo leí por última

vez en tu carta. Ese lugar. Algo pasa allí. Yo mismo me sucedo en vano por sus calles algunas veces por semana. No sé de qué me sirve contártelo, pero tenía que decirlo.

Perdón por tan indelicada digresión. Volviendo a mi tema, en otro trozo, se refleja un parlante, allí siempre suena algo de *rhythm and blues* a un volumen muy bajito. Nunca le presto atención, es más, no fue sino hasta ayer mientras escribía esto que noté que lleva sonando años, y yo pensando que así era el ruido de mi existencia.

Debajo de mi escritorio, donde la luz no llega, hay un montón de cables enredados que cubren unos mapas, o lo que queda de ellos, pareciera que alguien se encargó de borrar lo que en ellos decía. Solo quedan algunos garabatos de las guías terrestres que eran anteriormente, te prometo que no fui yo quien les hizo tal atrocidad; eso creo al menos.

Asimismo, bajo la luz del escritorio, hay un pequeño tablero de color entre verde y ocre. Sobre él hay una ruta bosquejada, algo borrosa ya, como de una tiza blanca difuminada, no sé quién la borró, no puedo coordinar mi mente a pensarlo. ¿Por qué Hélix? ¿Quién me robó toda la concentración? ¿Por qué todos mis recuerdos lucen igual de borrosos?

Lo siento en serio, esta vez solo le he escrito un montón de incordios que me aquejan. Ando enfermo, es eso, toso y el esputo a veces es claro, a veces un marrón rojizo. Pero estoy bien, no estoy sollozando, ni nada por el estilo, las gotas en el papel de mi libreta son solo agua para diluir las manchas rojas en algunas páginas.

Enfermo, trastornado, algo ansioso y para nada lloroso, R. Najevat.

SR

Rituales cotidianos

A pesar de que dije que no estaba buscando una respuesta, no puedo negar que me agrada esta simbiosis. No lo tomes a mal: sé bien que pareces no estar particularmente interesado en mí, lo cual no me preocupa, porque hasta ahora ni yo mismo lo estoy. Aunque noto que este vínculo se está estrechando con el paso del tiempo y las letras, y encuentro cierta correspondencia de tu parte que me anima a seguir. Pero qué digo, ¿seguir con qué? No sé si lo notaste, estaba desviando todo mi hastío existencial con ir a Hurak, el café. Y como se puede suponer... bueno, en realidad no tiene que ser la suposición de nadie, más que la mía, este bienestar encontrado allí sería superficial y pasajero.

Seguí cumpliendo el ritual de ir todas las mañanas allí, ya reconocía bien a las personas que me iba a encontrar en el camino: de lunes a viernes empresarios con maletas ostentosas, mujeres con labios rojos, ojos pintados y hostigantes perfumes de flores. Uno que otro viejito sentado pasando el tiempo –o la vida– como yo. Los miércoles y viernes eran días más interesantes: tenía la fortuna de cruzarme a un club de deportistas jóvenes, justo en la hora del calentamiento. No quiero ser imprudente, pero de vez en cuando hace falta alegrar la mirada.

También empecé a reconocer a las personas que iban al café: Aurora que hacía el aseo con Clementina tres veces a la semana, don Federico que se sentaba en la mesa de la esquina derecha, tomaba el periódico y hacía el crucigrama (y si alguien estaba sentado en la que él consideraba su mesa, se quedaba de pie, llenando de letricas el periódico hasta que la persona se dignara a pararse), a Lucía y su hermana que se reunían allí para compartir los nuevos chismes o repasar y reafirmar opiniones sobre los viejos.

En fin, este café me dio paz por un tiempo, en primer lugar, por Clementina... ella compartía conmigo cierta dulzura que siempre creí que la vida me había negado. Y, en segundo lugar, por el olor. ¡Lo logré! Aproximadamente quince días después la habitación por fin olía a mí! Y a una versión mejorada de mí, porque este olor incluía restos de café. Ese tiempo sirvió para sensibilizar mi mirada, ser un espectador silencioso de la cotidianidad, respirar hondo y sentir la diferencia en la temperatura del aire cuando entra y cuando sale de la nariz. Para desprenderme de la carga pesada del pasado, para concentrarme en estas calles y en caminar. Pero la realidad es que, aunque parezco un alma vieja y anticuada en un cuerpo de joven, creo que la vida tan plana me aburre. Ser un simple observador no es suficiente para mí, necesito que las cosas me toquen de cerca, llenarme de preocupaciones, llorar, cometer errores, mandar todo a la

mierda y reconstruirlo, quejándome de lo estúpido que fui. Pero creo que lo he hecho tantas veces que esta vez no sé cómo abordarlo, no encuentro el límite que separa lo ordinario de lo extraordinario.

¿Cómo notarlo? Ya salté en paracaídas, visité palacios marroquíes, desde los 20 cambié de casa cuando me aburrí donde estaba, fui budista, me drogué en todas las fiestas que pude, caminé despacio, me casé, me separé, pertenecí a ecoaldeas, lo empecé todo y lo terminé todo también. Pero quizá ahora necesite ayuda, su ayuda Hélix, ya que fue usted el que me incluyó en todo esto, sin yo habérselo pedido. Necesito su ayuda para redescubrir lo que significa habitar a *Cygnus*, esos nuevos aires y lo que se oculta a las miradas ordinarias.

Gonzalo Romero.

Un callejón, dos siluetas

Otra vez yo, Concha:

Había decidido no volver a responderte. Había decidido olvidar que esto, lo que sea que esto sea, se había acabado. Por eso me demoré. Pero sabes, soñé contigo. Soñé que te escribía una carta con pedazos de otras que tenía por ahí sin enviar a nadie. Y cuando me desperté, vi sobre el espejo del baño, en lápiz labial rojo, un letrero que decía: "No dejes de escribirle". Así que aquí estoy, otra vez yo, Concha. Disculpa si fui algo grosera en la carta pasada, pero tocaste mi punto débil: la memoria.

Leí tu carta y, como hacías referencia a otros, decidí leerlos también a todos. Esto me parece muy extraño. Quería que le dijeras a LeBlanc que lo entiendo, a mí también los recuerdos que he guardado en el corazón me han dejado sin ganas de amar, sin ganas de nada.

Creo que debí haberme cruzado en algún momento con Wallace, solo salgo al parque del Periodista y ahí hay pocas bancas. Dile que no está tan equivocado, la policía nos observa siempre y desde muchos puntos y tiene muchos informantes, esa es otra de las razones por las que poco salgo, no me gusta que me

vigilen, ni que me controlen. Y, en el fondo, es otra de las razones por las que esto de responderte cartas me parece muy extraño, muy caótico. Pero le haré caso a quien me escribe mensajes en el espejo, seguiré respondiendo.

Me puse en la tarea de observar, de mirar, sin salir, por supuesto. Arrimé una silla hasta la ventana que da al Colombo Americano, desde ahí, esa calle parece un callejón muerto, sobre todo de noche. Eran algo así como las doce de la noche, no podía dormir. Me serví una copa de vino, busqué la libreta y un lápiz, y me senté a esperar qué pasaba.

Vi llegar muy despacio a un hombre y empezó a caminar alrededor de una mujer que se encontraba en la esquina, sola. Parecía que quería acercarse, pero actuaba como si tuviera miedo. Desde mi ventana parecía que el hombre estuviera mirando todo detalladamente, como buscando alguna señal de peligro. No encontró nada y se le acercó a la mujer muy sutilmente. Ya era de madrugada y la calle era un callejón oscuro y abandonado, estaban las dos siluetas. El hombre se acercó y la mujer no hizo ningún movimiento, al menos no se podía ver desde arriba, desde mi ventana. De pronto, él se aferró fuertemente a su cuerpo. Abrazados en un nudo que parecía imposible de desenredar. Ella no intentó soltarse, al contra-

rio, parecía aferrarse más fuerte. ¿Se estarían buscando? Pasaron unos minutos así, abrazados. Empezó a llover y ellos seguían ahí, no pasaba nada más, ni un carro, no pasaba nada.

De repente, ella lo besó y se soltó. Deshizo el nudo y salió corriendo hacia la Oriental. Él se quedó ahí en medio de la oscuridad de aquel callejón, abandonado. Se recostó sobre las paredes húmedas. Comenzó a tronar y a bajar la bruma de la madrugada sobre todo el lugar, esta hacía más tenue la poca luz que se percibía.

El hombre se deslizó por la pared, sentado en el piso, abrazó sus piernas mientras lloraba sin consuelo, al menos eso parecía. La lluvia caía cada vez más fuerte. En el callejón no había nadie, ninguna puerta estaba abierta, solo las luces del alumbrado público que funcionaban estaban encendidas titilando. Solo agua y niebla. Él seguía sentado, imagino que lloraba, no podía saber qué hacía ahí, bajo el agua.

Desde mi ventana, la imagen del hombre solo sentado en el piso fue desgarradora. Recordé a Juan. ¿Qué sería de él? ¿Qué calles estaría dibujando ahora? Me tomé el último trago de vino que quedaba, cerré las cortinas y comencé a escribirte, querido Hélix, una pequeña historia sin mucho sentido, sobre un callejón y dos siluetas.

Disculpa la tardanza, querido, no volverá a pasar.

Desde mi ventana,

Concha.



Hélix:

Qué podría decirte yo acerca de esta ciudad que me ha dado placeres y decepciones en igual medida. Mi carta sobre Maximiliano la escribí con el corazón en la mano, con el alma rota; pero el día de hoy me dirijo a ti con no otro sentimiento que furor.

Ya que preguntas por detalles, hablemos de pequeños detalles, Hélix. Detalles que me joden porque hoy es de esos días cuando la decepción y la furia me invaden, y son ellas la que juntan letras con mi lápiz.

Es de noche.

¿Ves las luces que alumbran las calles? ¿Te has preguntado por las sombras que dejan? Siempre hay ausencia de luz, en algún punto. ¿Te has preguntado qué pasa? ¿Sabes quiénes los habitan?

Los rincones.

¿Qué con los rincones?

El rincón es mi lugar favorito para bailar.

El lado de mi cama que da al rincón de la pared me rehabilita el sueño.

El rincón cerca a la ventana me conforta cuando lloro.

Hay rincones de rincones Un rincón en la calle Un rincón ubicado justo en la sombra, Me hace huir a la luz Tiemblo. No está tan lejos ¿Lo voy a lograr? Los kilómetros a casa son más lejanos de noche Sin luz Un rincón. Amanece Al parecer el mejor lugar para morir Era un rincón en la sombra En la calle Desnuda Sin vida Sin fe

Y me pregunto

¿Cuántos rincones y sombras debo esquivar para llegar al cielo?

Sin más que agregar, feliz noche y sálvese la que pueda.

Emputadísima y sin cariño,

Alina del Azar y no, hijueputa, esas cosas no son una coincidencia.

En haute mer

Hola de nuevo, señor Hélix. En tu nuevo comunicado leí que alguien te distinguió en la calle, es curioso porque creí que a estas alturas sería yo quien te conocería primero en persona. También pensé que me considerarías como ayuda para calmar tus miedos, pero no vi que mencionaras mi nombre, sino a Markolino. ¿En serio? ¿Ya se te olvidó cuando te dije que soy mejor que él? Vaya... así no vas a salir de este lío pronto. En cada texto que te escribo demuestro que cumplo con tus experimentos, te demuestro mi humildad y, además, te doy consejos para ayudarte. No sé qué más pruebas necesitas para que te des cuenta de que soy yo en quien debes contar.

Me recuerdas una frase que mi madre me repetía constantemente cuando era niño, dice algo como Rester, c'est exister, mais voyager, c'est vivre. Estás estancado, Hélix, sé que estás asustado; pero, como te dije, tienes la oportunidad de empezar tu vida de nuevo. ¿Y la aprovechas pasando tu tiempo haciendo cosas aburridas? Eso es inaceptable. Dices que quieres una historia extraordinaria, ven a tenerla conmigo en este nuevo experimento. Por cierto, la frase la dije en un francés más coloquial, pero no estoy seguro de que también puedas comprenderlo, así que

mejor te lo explico. Si solo te quedas sentado, solo estás existiendo; pero, si viajas, vivirás.

Para que te hagas una idea de lo que quiero contar esta vez, te invito a que me acompañes en un viaje extraordinario. ¿Te gustan los barcos? ¿Alguna vez te has montado en uno? Creo ya saber la respuesta, así que te llevaré a que navegues por primera vez en haute mer. En serio espero que entiendas que me refiero a navegar en alta mar, no creo que seas tan ignorante. Verás mi grandioso barco, un Bavaria Yachts precioso, te aseguro que, una vez al subirte, puedes escuchar el mar llamarte. La primera vez que me monté en un barco, me sentí como un astronauta que pisaba el mar en vez de la luna, y así será contigo. Aunque debo decirte que, para que quede claro, no vas a estar en mi barco, sino en un bote salvavidas navegando al lado; no puedo permitir que ensucies mi tesoro. Hace tiempo que no me subía a mi barco, hasta que llegó tu experimento, que fue algo increíble de hacer.

Navegué cuando el mar estaba furioso antes del atardecer, me escondí detrás de la pequeña vela para escuchar las olas traer un viento amplio, hasta que no me resistí más, tenía que sentirlo. Al salir, mis ojos se volvieron azules y verdes al ver el color del mar y de los peces que pasaban por allí. Escuché un sonido hermoso y fue entonces cuando sentí el olor a rocas mojadas besar mi nariz, volé por un rato gracias a la suave brisa mientras el atardecer se pintaba de vene-

ciano rojo. Sentí que era parte del mar por un día, como si estuviera en un sueño. Una vez el cielo cayó, me detuve a observar varias palomas, fue el momento perfecto para sumergirme en el poema *Tristesse en mer* de Théophile Gautie (1852).

Las gaviotas vuelan y juegan; Y los corceles blancos del mar. Levantándose sobre las olas, temblando Sus cabellos despeinados en el aire. $[\ldots]$ Mi codicioso deseo se ahoga En el abismo amargo y blanqueador; El barco está bailando, el agua gira, El viento se está volviendo cada vez más frío. $[\ldots]$ Azulado, hinchado, irreconocible, Acunado por el ruido que fluye, Sobre la almohada húmeda de arena ¡Dormiré bien esta noche! $[\ldots]$ Las gaviotas ven y juegan; Y los corceles blancos del mar, Levantándose sobre las olas, temblando Sus cabellos despeinados en el aire.

El cielo estrellado estaba arriba, quise bajarlo, embotellarlo y guardarlo para cuando las noches de verano terminaran. Me puse de pie frente al mar y me pregunté por las olas que golpeaban mi barco fuertemente. ¿Qué las hace estar tan vivas? Pero tuve que refugiarme porque el agua fría del mar me tomó por sorpresa. Fue una experiencia fascinante, incluso quisiera escribir una canción sobre lo que sentí. Cuando leas esta carta, nada puede ser más interesante que lo que acabo de contar, es un placer traerle algo de aventura a tu vida. Como te dije antes, fue tu día de suerte en el que respondí a tu primer comunicado.

À plus,

Jules Leblanc.

P. D. Esa fue otra nueva manera de despedirme casualmente, adiós.



Aquellos tiempos pasaron para no volver –respondió Bilsby–, procurando estirar los brazos que le faltaban. (Verne, 2018)

Nos miramos a las caras. Cada uno va contando sus historias, algunos escuchan y las lágrimas van saliendo, nada que hacer. La reunión ha sido tan emocionante que nos miramos con los deseos más profundos; en el centro, si tal cosa existe en un círculo, está ella, guiando lo que parece tan normal, una conversación. Amigos y otros nuevos que se han unido, parece que ya hay una unidad de estas en cada barrio, en cada comuna hay muchas más; de hecho las reuniones siempre empiezan con la buena nueva de que se ha abierto una comunidad más, que cada día la gente se reúne en cada esquina para hablar de estas, que parecen clandestinas, pero que ya se les conoce, incluso se ha sabido que ya han empezado las familias a hacerlo.

Mientras pienso en el café oscuro de sus ojos, divago sobre la idea de que se convierta en algo global. Ella me mira con cara de reproche, ella sabe que la sueño. Entonces vuelvo a esta realidad y la señora del lado está contando que cuando ella estaba más joven lo hacía sin medida, que a ella no le importaba estar

en cualquier lugar y hacerlo, darse una que otra felicidad, de esas cálidas que le llenaban de satisfacción y que en ese entonces eran tan "normales", y enfatiza: "Pues la gente siempre te tiene como un loco, como una loca, ¿por qué lo hace? ¿Qué necesidad tiene?". Y termina con un sollozo, una lágrima se ve venir, y ella la mira con compasión, quiere acercarse a ella y decirle que todo está bien, siempre ha tenido esa bella manera, pero se contiene, sus ojos se enrojecen, esta vez no es por rabia, esta vez es porque se siente en la misma situación que ella; todos aplauden a manera de acompañamiento y le decimos lo orgullosos que nos sentimos de su valentía al contar su historia, la que todos tienen derecho a contar, menos yo. Siempre que levanto la mano, ella me evade, y pasa con el señor de al lado. Tiene una maravillosa memoria para los nombres, a mí me da el nombre de pila, incluso una vez casi se le escapa uno de los nombres con los que solía llamarme, pero su lengua fue más fuerte y pudo escoger las palabras correctas. Avanzamos y comencé a contar:

—Mi historia, como muchas de las suyas, empezó en esa fecha fatídica, nadie estaba preparado para tanto, era muy difícil entender todo este asunto de una manera sana; incluso recuerdo cómo empezó a escasear en países al otro lado del mar, hasta que llegó al país en que vivimos, nadie estaba preparado y nosotros seguimos con nuestros gustos y con

nuestras costumbres; yo estoy aquí porque perdí a mi hijo, mi bendito hijo, 21 años, estaba ya en la mitad de su carrera, y aunque no era el más dedicado y peleábamos tanto, llevaba siempre a buen término sus semestres. Nadie le creía, pero cada vez que hablaba, se apropiaba de los términos y contaba cosas fascinantes que hoy extraño tanto. Incluso a manera de broma le pedíamos que hiciera su magia en la familia, que nos dijera acerca de nosotros y de las cosas que él veía. Taciturno como siempre, huía a su cuarto y pretendía que no era con él, pero sabía lo mucho que lo admirábamos, ¿ o será que nunca se lo dije? A veces vienen recuerdos a mi cabeza y los imagino de una manera y, luego, mi esposa me recuerda que nunca lo fueron, es como si hubiera querido hacerlo, pero que en realidad dejé pasar el momento y me llenaba de ideas para compensarlo. Lo extraño mucho.

Al terminar, de nuevo los aplausos, las lágrimas esta vez son mías, trato de aguantarlas, pero se escapa un suspiro que llama la atención de mi vecino. Estamos a una distancia prudente para no infringir las normas de la A. A.; no teníamos permitido acercarnos, todo por cuestiones que no comprendíamos, pero que empleábamos para no ser sacados de este bello lugar, donde nos sentíamos cercanos, a pesar de la prudencia. Las normas estaban escritas en un cartel grande después de la puerta, la primera era esta: "Tome una silla y ubíquela en la distancia correspon-

diente a su compañero, la cinta roja en el piso le dará el lugar preciso para ello". Aunque las sillas ya tenían ubicación antes de llegar, ella siempre ponía puestos de más, así no tenía que soportar tenerme tan cerca y podía moverse hacia el lugar más remoto que pudiera si mi intención era otra. Incluso un día dirigió la reunión de pie, pues yo me movía a su ritmo como en los viejos tiempos. Yo pretendía estar pendiente del café que ella preparaba con tanta experticia en la Bunn VP17-2 de dos hornillas; la había donado un señor de Valparaíso que tenía una finca llamada La Elisa y hizo con la condición de que el café se lo compraran a él; entonces recordé otra de las reglas en el cartel de la pared: "El café lo hace y lo sirve la anfitriona, se puede interrumpir cualquier historia o intervención. PÍDALO, NO TOQUE LA CAFETERA".

Seguíamos hablando en el círculo de confianza que habíamos adoptado. Bueno, seguían hablando, yo solo era el más asiduo escucha; a veces pensaba que lo hacía por eso, porque sabía que lo menos que me representaba era la escucha. Siempre estuve en un trabajo que me pagaba por hablar, por decir lo que leía y por decirle al mundo qué debía hacer, contarles de mis experiencias en la vida y no dejar hablar a nadie, incluso en temas que no compartía; me hacía la autoridad y ponía los puntos finales. Nunca lo compartió y su manera de hacérmelo saber era esta, además, temía que en el permiso para hablar contara

lo mucho que había perdido, no solo por motivos de la A. A., sino por otros que nos unían en algún momento. Los aplausos de la historia de Conrado me hicieron volver a la reunión, así como el tango aquel "Volver / Con la frente marchita / Las nieves del tiempo / Platearon mi sien"; entonces vi las lágrimas de aquel hombre, como las de los verdaderos hombres, de esas grandes que caen y emparaman el suelo y el corazón de las mujeres: gruesas, espesas, como si fueran hechas de hiel, como si estuvieran retenidas hace tanto tiempo que incluso duelen al salir, de esas que al abrir el chorro no paran nunca más; vino a mi mente otra regla: "Traiga sus pañuelos desechables". Cada silla está provista de una bolsa color rojo para que use en caso de necesitarla. Si no trae sus pañuelos desechables, los puede comprar con la anfitriona.

Siguió con el turno la mujer en frente mío, al lado de ella. Como era nueva tenía que seguir la otra regla del cartel: "Al ingresar a la sesión por primera vez, debe presentarse y contar qué lo trae a este lugar, condición sine qua non. Usted debe participar". Había pasado ya en algunas ocasiones que la muchedumbre iba solo para poder darse cuenta de qué era lo que hacía tanta gente ahí reunida, de pronto es uno de esos cultos emergentes en que después de un tiempo no se aguanta nadie la bulla, puro metiche. Entonces se había escrito para que la gente supiera que no podía solo estar y ya; es más, había una inscripción riguro-

sa a la entrada del local que la anfitriona verificaba al empezar la reunión. Que así como las mejores profesoras de escuela, controlaba. Su nombre era Lucía y empezó relatando una historia sobre los malos usos de este recurso que nos convocaba, que ella no era una persona que acostumbraba caer en esos juegos del cuerpo. Desde que pasó lo que pasó, ella había reflexionado sobre la necesidad de ello. Nos contó que en su trabajo había una persona que sí sabía de eso, que lo usaba mucho y que una vez se le acercó con el objeto que nos convocaba y la dejó adicta, que ella lo había recibido porque no era nada malo. Mano a mano se volvían comunes en sus encuentros. sentía que los necesitaba más, y ahora, que ya es algo prohibido y mal visto por su riesgo de uso, no sabía cómo hacer para seguir adelante. También nos contó que había visto a ese sujeto en los corredores de su empresa y que ya no era el mismo, que se veía con la cara larga y con todos los pesares de su vida encima, como los que había mencionado un tal Baudelaire en el poema Cada cual con su quimera, un hombre con una obligación en sus espaldas que ya no tenía el peso que la había prendado a él. Terminó preguntando si era posible y pertinente llevarlo a este lugar. Todos, al unísono, respondieron que sí, aunque la anfitriona se quedó callada; le dijo que primero le explicara el compromiso de este lugar y le preguntó que si estaba dispuesto a seguir al pie de la letra las reglas que ella ya conocía, pues, advirtió, muchos no quieren salir de esa adicción, sobre todo la regla número seis: "Dar

cuenta en cada intervención sobre el último consumo y los días de abstinencia". A muchas personas les gustaba mentir sobre eso, y si no podían ser sinceros en el círculo de confianza, era mejor que no lo hiciera, podía jugarle una mala pasada y envolverlo más en la necesidad de esos actos en contra de sí.

Otra regla que vino a mi mente fue la de no venir acompañado, a menos que fuera necesario para la movilidad o la salud. El señor Juan, un hombre de 70 o más años, habitaba una silla de ruedas y siempre detrás de ella estaba Camila, una joven a quien se le notaba la dependencia de ese trabajo, al igual que Juan de ella. Todo, sin excepción, era consultado en doble vía:

- -¿Aquí está bien?
- —No, allá, junto a la puerta.
- —Allá estorba mucho, ¿no ve que esta silla que le dio su familia es más grande que el carro en el que vinimos?
- —Entonces ¿pa qué pregunta? Déjeme aquí. Viejito hijueputa.

Siempre era lo mismo, trataba a Camila como si fuera su esclava, y aunque ella se desquitaba de sutiles maneras, esa dependencia y comodidad le podían y la hacían bajar la cabeza. La historia de Juan siempre apelaba a su sentimiento hacia los nietos, decía que era lo único que lo hacía querer vivir y que ahora que no podía recibir eso que le daba su adicción no sabía

cómo seguir adelante. Ahí todo cambiaba, ya no lo veía malo, ¡lo veía como un hombre que había tenido quizá qué vida, y hoy esto era su único sustento!

Empecé a aplaudir sin dejar que terminara, y de una empezó Carlos. Me acogí a la otra de las reglas que decía: "El aplauso significa que usted ya ha terminado, si queda algo por decir, será bienvenido en la sesión siguiente. Recuerde que todos vienen para ser escuchados". Entonces ella me miró, alzó un poco sus labios, como quien aprueba con una sonrisa maliciosa lo que acababa de pasar y que el viejito se lo merecía por ser así con Camila; seguro fue toda una imagen mía, pero su sonrisa me enloquecía, no era completa, no se veían ni sus diminutos dientes; solo una comisura, la derecha, se alzaba un poco y yo era el único que lo sabía; entonces, en medio de tanta tristeza reunida, se alzaba una luz como cuando en el horizonte el sol empieza a hacer de las suyas.

Ella empezó con su historia, todos ansiábamos escucharla, pues cada día era un pasaje diferente de la historia que antes del gran día le había sucedido. Algunos suspiraban al pensar en ello. Otros, aunque los cuentos no siempre eran buenos, la apoyaban y afirmaban como en los conciertos de rap, arriba y abajo, como si se cayeran sus cabezas y las tuvieran que rescatar del abismo, entonces citaba el cartel y señalaba: "No interferir en las historias de los par-

ticipantes. Quizá veía mis ojos deseosos de contrariarla o apoyarla sobre esas realidades que hoy eran solo recuerdos y que ya no estaba dispuesta a seguir viviendo. Aplaudieron todos y me puse de pie, le di una palmada al cartel que nos regía y señalé esa regla que me permitía en cada sesión apelar al comportamiento de la anfitriona, siempre era la misma historia; entonces asintió con su cabeza, como desafiándome, como dándome permiso:

Lo querían matar los iguales, porque era distinto. Si veis un pájaro distinto, tiradlo: si veis un monte distinto. caedlo: si veis un camino distinto. cortadlo: si veis una rosa distinta. deshojadla; si veis un río distinto. cegadlo... si veis un hombre distinto. matadlo. —;Y el sol y la luna dando en lo distinto? Altura, olor, largor, frescura, cantar, vivir distinto

de lo distinto; lo que seas, que eres distinto (monte, camino, rosa, río, pájaro, hombre): si te descubren los iguales, huye a mí, ven a mi ser, mi frente, mi corazón distinto. (Jiménez, 2018)

Desde ese día hubo otra regla que sumar al cartel: "La poesía no se contará como una intervención".

Creo que las reglas de nuestros Abrazadores Anónimos se habían ido creando a medida que colmaba la paciencia de nuestra anfitriona. En cada reunión surgía algo nuevo que debía añadir, la única que hacía falta y que hubiera evitado las demás era la de prohibir mi asistencia; sin embargo, su alma bella la hacía dejar esas ideas a un lado, prefería el bienestar general de esta comunidad, que lo único que buscaba era integrar a la sociedad, a desadaptados que, como yo, lo único que buscaban era la posibilidad de volver a abrazar después de aquella fatídica enfermedad que cobijó al mundo y lo hizo difidente frente a las muestras de amor. Hasta mirar se había convertido en un desaire. Quizá el mal de ojo venía detrás.

Con mucho respeto, Conrado Luna.

25.5

Confesiones sin consuelo

Sobre una charca olorosa y junto a hombres semidesnudos, yo, encadenado, me encontraba sentado en lo que parecía una cueva iluminada por antorchas, con la angustia que se siente estar enterrado en vida. Observé cuatro paredes, arañadas, corroídas, todas manchadas de amarillo. Era mierda. Entonces un señor colocó sus manos alrededor de mi cuello y fui estremecido como si fuera un perro. No pude ver su aspecto, porque estaba a mi espalda, balbuceaba palabras desconocidas. Luego, el techo descendía hasta el punto de que, mirando hacia arriba, un mensaje de letras rojas comenzaba a surgir. Estaba escrito: "Cuando me busques, me habré ido" (Job, 7, 8). Una voz gritó: "¡No se detiene, vamos a morir!". Tronaron coyunturas, como también los pulmones reventaron de excremento.

Llevaba tres días con ese sueño, querido Hélix. Sí, una pesadilla que, en teoría, parecía lo que estaba viviendo. Cuando bebí tu café, pude saber que compartía mi dolor no solo contigo, sino también con otros seres llenos de nostalgia. Dormir por una semana era la forma de olvidar el martirio. El efecto de la morfina anestesiaba el dolor, mas nunca las heridas de mi alma. Días sin aliento para existir, me iba deslizando al más allá, a los brazos de ella, la muerte.

Pensando así, mis ojos anunciaban una cristalina deslizándose por mi mejilla, deseaba volver a mi hogar y abrazar a mi madre como si nunca lo hubiese hecho. Verla tan siquiera por última vez llenaría de júbilo esta insulsa habitación. Pero ahora ¿cómo podría ser eso posible si yo estaba tan lejos de ella? ¿A quién podría suplicarle unos minutos con ella? No le conté mis problemas, ni tampoco seguí su recomendación de regresar a *Cygnus* unos días antes del fatal 25 de noviembre de 1987.

Con mi corazón destrozado no sabía si estabas comprendiendo mi historia, querido Hélix. No sabía si estabas riendo, llorando, maldiciendo o burlándote de mí. No sabía si apreciabas a tu madre, yo sí lo hacía con la mía. Su sonrisa, en verdad, me daba aliento para amarla. Lo último que pude recordar de la cárcel eran las luces de los pasillos, y un motor de carro acelerando.

Me encontraba en el hospital La Misericordia. Una mujer joven vestida de falda, blusa y chaleco, todo de blanco, volvió para colgar otra bolsa de suero y tomar una muestra de sangre de mi brazo. No se atrevía a verme directamente a los ojos, sino que, justamente cuando yo apuntaba los míos sobre su rostro, los apartaba hacia otra dirección.

Supuse que le daba mala espina verme por el guardia custodiando la entrada de la habitación. Era obvio. El resto de las enfermeras no se atrevían a expresar palabra alguna, reduciéndose a moverme de lugar para cambiar la sábana, inyectar medicamentos y, en algunas ocasiones, encender el televisor que estaba colgado en la pared del frente. Solo había un canal. Me rehusé a mirar telenovelas por su alto contenido de estupidez y falta de creatividad como mis cartas. Quizá nadie las leería, solo usted, querido Hélix. Eso me bastaba.

Solo una enfermera fue especial conmigo. Es más, tenía algo parecido a mi madre. Con suerte, sus canas y arrugas anunciaban la llegada de su jubilación. Tenía un rostro diamantado y sus ojos azules denotaban una mujer entregada al cuidado de pacientes. Tenía una sonrisa de dientes amarillos. Tal vez sus años de experiencia le daban la empatía para tratarme como su hijo, puesto que en las horas de su turno era la única que se agachaba para ponerme las chanclas. Hubo una mañana en que colgó mi brazo sobre su hombro y me llevó hasta el baño.

Prendió el bombillo y me dejó solo. Yo estaba anonadado con el tamaño de la gasa tapando un costado de mi espalda hasta el ombligo. El espejo no mentía con el tamaño de la herida; sombras teñidas sobre el borde inferior de mis párpados; huesos pegados al pellejo palidecido por falta de vitamina D; mi cuerpo infundía tristeza. Luego, arrastrando los pies en dirección a la cama, noté que el desayuno ya estaba servido en la bandeja. Cuando yo ignoré la comida, ella me dirijo la palabra con su voz arrulladora:

—¡Come sopa! Te alimentará.

En ese momento, yo levanté la mirada y dije:

- —A la única persona que le acepté una sopa era a mi mamá. Me hacía una con ajo, cilantro, papa y costilla de res muy deliciosa, pero me gusta más la de gallina criolla.
- —Permítame preguntar algo —contestó con cortesía—. ¿Criollas porque son descendientes de Europa?
- —Sí y no –respondí, mientras ella me ayudaba a montarme en la cama—. Criollas por herencia europea. Criollas también por ser alimentadas con maíz.
- —Señor Bertono, sé que puede tomar la sopa. No querrá volver a su cárcel débil.
- —Por favor, prefiero que me llame por mi nombre. Y no, ojalá me muera antes de volver a ese lugar.
- —No diga eso, señor Jaime —dijo—. Agradezca a Dios. Ahora puede contar lo que pasó, y no que otro lo cuente por ti.
- —A ver –contesté insolentemente—. Si Dios ha hecho algo por usted, tiene suerte. Yo no recuerdo algo que haya hecho por mí.

- —¿Qué podría decir? —me respondió con benignidad—. Si estás aquí con vida, es por alguna razón. No lo ves de esa forma porque estás pasando por problemas. He visto gente en la peor condición, casi muriendo, y no se quejan.
 - —¡No me compare, señora Gladys! No me conoce.
- —Sí, lo comparo porque es cierto. Los cobardes lloran por todo, mientras los guerreros salen adelante.
- —No, pues, que pendejada ahora. No quiero ser basto con usted.
- —Ya lo es —dijo—. Estoy dispuesta a escuchar las razones que lo trajeron aquí.
- —Le voy a contar a usted, señora Gladys, porque en lo poco que llevo aquí ya la estimo. Pero créame que el resto de sus compañeras me caen mal.
- —Tranquilo. Algunas tienen miedo y otras piensan que eres guapo.
- —¿En serio? –Repliqué y abrí los ojos—. Me imaginé todo menos eso.
- —Ya –dijo moviendo la cabeza–. De hecho, si no sabías, Charles Manson tenía seguidoras.
- —Sí, claro –dije malencarado–. A veces lo quieren tomar a uno por tonto.

Viendo los platos de comida y el jugo servido, había decidido comer un poco para recobrar energías. Le pedí a Gladys que me acercara la comida. Desenvolví el plato pequeño con fresas y el principal con un huevo revuelto y tostadas; la sopa verde era una crema de verduras que me causó náuseas. Tampoco me gustaban las fresas. Así que tomé la cuchara y la clavé en el huevo frío para sacar una porción. La enfermera miraba cómo me metía porción tras porción y sabía que el estómago lo tenía pegado al espinazo.

- —¿Le gusta? –preguntó Gladys–. Si quiere puedo traer más.
- —Está regular –dije masticando–. La sal del huevo es de corredor atleta.
- —¿Cómo que de corredor atleta? —dijo muy impaciente—. ¿Sabe amargo?
- —No. Es que la sal pasó tan rápido que el huevo está desabrido.
 - —Ah. No entendí –Ella confundida–. ¿Qué significa?
- —Olvídelo. Oiga, ¿no debería regresar al trabajo, señora Gladys? Lo digo porque usted lleva rato aquí. Seguramente está pensando que quiero que se largue, pero el guarda va a sospechar algo.

Pero ella contestó:

- —Sin apuros, Jaime. El guarda es mi vecino.
- —¡Qué casualidad! –exclamé—. Uno no entiende el destino.

A pesar de querer evadir el tema que Gladys había esperado, su paciencia era fuerte. Así que le dije:

- —Si le cuento lo que pasó con Carla, entonces tendré que matarla.
- —No tengo nada que perder. Solamente Pelusa me espera en casa.
 - -; Un gato? -seguí cuestionando-.; Vive sola?
- —De hecho, es una tarántula que va a cumplir siete años.
- ¿Está separada de su esposo? —Insistí— ¿Es viuda? ;No?
 - —Me quedé sola. No hubo hombre para mí.
- —Hay una diferencia entre el hombre y la mujer. El hombre puede escoger cualquier mujer para casarse. En cambio, la mujer tiene que esperar a ver qué hombre la elige para quedarse con ella.
 - —Eres cruel conmigo, Jaime. Mejor me voy.

Esa noche, la cena fue un caldo de pollo y puré de papa. Mientras comía sin ganas, un poco de remordimiento se acumulaba en mi pecho porque, sin duda, había sido duro con Gladys. Y aunque no imaginaba cuál era su motivo para comportarse amablemente conmigo, quizá sería a propósito para establecer una amistad o algo sexual. No volvió a la habitación durante una semana; algo completamente extraño. Un día antes de que me sacaran otra muestra de sangre, de repente Gladys llegó con un portacomidas y un termo.

—Hola, Jaimito. ¿Te molestaría que te llame así? Traje esto rico que preparé. Es paella –dijo sonriendo de oreja a oreja—. Y zumo de uva.

El apetito me obligó a probar la paella, porque, con tan solo retirar la tapa del portacomidas, el aroma a camarón iluminó mi olfato. Le hice esta pregunta:

- —Sé que quieres ser amable conmigo, Gladys, pero ¿a son de qué? ¿Cuál es el motivo?
- —Me echo esta responsabilidad al hombro, porque me conmueve tu situación. Además, si no soy yo, quién estará contigo. Me hubiese gustado tener un hijo, ya pronto voy a jubilarme y no tendré quien me cuide.
- —Hace mucho tiempo pensé que la gente justa se había acabado —dije sorprendido—. Pero no creo que seas consciente de la condena que voy a recibir.
- —No importa, Jaime, deja que te ayude antes de que vuelvas a la cárcel. Hoy lo hago por ti, quizá mañana alguien me ayude.
- —Todo bien, señora Gladys. Si tanto insiste, entonces ¿me podría pasar la comida?

En estos últimos meses no había sentido afecto o gesto de preocupación por las personas que vieron mi presencia convertida en un ser despreciable. De manera que sentía desconfianza como un perro callejero que le ofrecen un poco de agua o comida y la rechaza. Pero ese día iba a degustar esa paella olorosa que esa mujer extraña había cocinado para mí.

—Comprendo tu temperamento, Jaimito. Has creado una muralla a tu alrededor para que no te lastimen.

- —¡Qué delicia! –dije con la boca llena–. Exquisito. Se parece a la paella de mi exsuegra.
- —¿Quién es ella? –respondió Gladys–. Cuéntame, ¿qué pasó?
- —Mire, a esa señora la recuerdo con mucho dolor. Ella me traicionó como Brutus a Julio César o como Juan Manuel Santos a Álvaro Uribe. Se aprovechó de mí. Antes de llegar a ese punto álgido de mi vida por cosas del destino, debo decirle que todo fluyó en las aguas de la ciudad que parió la descendencia de mi madre: *Cygnus*. Sus lluvias refrescaron el amor de ella por mi padre, un hombre nacido de estas tierras antiguamente llamadas Hispania.
- —O sea que tu papá era español –interrumpió Gladys–. ¿Y cómo conoció esa ciudad?
- —Era judío. Comerciaba en todas partes. Al poco tiempo de conocer a mi mamá, y yo haber nacido, compró una floristería ubicada en la esquina de la carrera 70, donde ahora queda un restaurante muy famoso de segundo piso. Exportó flores a Holanda y a otros lugares. Era un hombre de negocios. En cambio, mi madre nació en una familia humilde que vive en el barrio Aranjuez. Un barrio donde la guerra entre combos no atenuaba la fiesta entre vecinos compartiendo aguardiente; los niños jugando chucha cogida o golosa; las ollas de sopa o sancocho lista para los borrachos amanecidos; la venta de chuzos de rata en las esquinas. Mientras que yo crecí en cuna de oro, también estuve en los mejores colegios y aprendí a hablar inglés a los 7 años. Cierto día mi papá salió de

viaje a España para contactar un nuevo cliente, pero no volvió. Fuimos a la casa de mi abuela en Aragón, pero nos dijo con lágrimas vivas que mi papá estuvo unos días con ella. Una mañana salió a ver el nuevo cliente y desapareció. Ni las autoridades dieron razón de él. Comprendí que, sin dar aviso, la vida nos quita seres amados. Entonces regresamos a *Cygnus* con la esperanza de verlo detrás del mostrador de la floristería, sin embargo, solo había rosas marchitas y claveles ahogados en agua podrida.

- —Lo siento, Jaime. No pensé que habías perdido a tu papá de esa manera –dijo mirándome tristemente–. ¿Cómo se llamaba?
- —Se llamaba Aníbal. Entonces mi mamá vendió el local y el carro, para solo quedarnos con la casa. Ella no sabía negociar, así que mejor ahorró el dinero para mi universidad. Por mi parte, trabajé alfabetizando comunidades vulnerables. Me di cuenta de la pobreza que carcome a *Cygnus*, entregué lo poco que ganaba a la gente de bajos recursos. Sentí que debía dar más, por eso ingresé al seminario de formación de sacerdotes por un año. Me llevé muchas decepciones allí que hicieron apostatar mi fe. Fui admitido en la universidad pública de *Cygnus*, estudié ingeniería eléctrica, me cambié a farmacología y terminé estudiando licenciatura en lenguas extranjeras en una universidad privada.

Siempre tenía algo muy claro a pesar de compartir con muchas personas: no creía en la amistad. Me

gustaba recitar poesía bajo la sombra de un bar, bebía sangría y clamaba inspiración de los cántaros de Dionisio. No sé si todavía Mmoeira sigue trabajando allí, ella era una musa encargada de servir copas de veneno que mataba el estrés de la voluntad de conseguir un título. Mmoeira consolaba mi corazón con sus ojos profundos, limpiaba la flaqueza de mi espíritu con su trapito rojo y escuchaba mis poemas mediocres. Llenó de vino mis arterias.

Un año antes de ese fatídico 25 de noviembre, pensaba que mi graduación era el instante esperado por mi madre. Haber ganado un grado honorífico hizo que mi ego subiera más alto que el birrete, y no podía contener las ansias de comenzar a trabajar. A comienzos de 1987, recibí una carta inesperada. Ver el nombre del remitente firmado me emocionó mucho. Decía exactamente así:

"Para Jaime Bertono Olapa.

Tal vez no me recuerdes, pero hoy me levanté pensando en ti. Han pasado casi dieciocho años desde que viniste adonde tu abuela. Sé que te graduaste hace poco y solo te quería felicitar. No olvides que nuestra historia está guardada, intacta.

Con cariño, Carla Rubiano García".

Me sentía despechado porque mi exnovia Raquel también se graduó en la misma promoción, y no habíamos compartido el triunfo. Cuando vi la oportunidad de sacar un clavo con otro clavo, no dudé en contestar su mensaje con poemas. A pesar de que un océano nos separaba, la distancia unía nuestros corazones. Una vez conseguí mi título, comencé a reemplazar profesores en colegios, con el fin de ganarme algunos rubros y ahorrar para viajar a Tenerife.

¿Qué hubieses hecho tú, querido Hélix? Por un lado, tenía la oportunidad de trabajar y cursar una maestría gratis como premio del grado honorífico y, por el otro, había sido contactado por una vieja amiga del pasado que prometía establecer una relación, un noviazgo que estaba pendiente desde la niñez. Me reté a mí mismo solo para demostrarme la capacidad de conseguir lo que quería. Fue difícil. No era suficiente el intercambio de cartas, sentía que debía ver a Carla como fuera. Me embarqué en el primer vuelo a España sin decirle a nadie, dejando sola a mi mamá. Ella trató de persuadirme para que no tomara ese avión el 17 de agosto.

En los tres primeros meses la felicidad estuvo a flor de piel. Los paseos a la orilla del mar refrescaron nuestras ilusiones. Créeme, no hay nada en la vida que evite convertirse en rutina. Todo estaba destinado a heder como muerto a los tres días. A veces mi suegra cocinaba esas comidas deliciosas, pero llegaban días en que amanecía revuelta del temperamento para no cocinar, y tampoco dejaba preparar. A medida que pasaban los días, sobresalieron estas actitudes extrañas que me fastidiaban.

En esa época Carla trabajaba en un despacho judicial todos los días, pues había estudiado Derecho. Mientras ella estaba por fuera, yo salía a pasear con mi suegra en las tardes. No encontré trabajo por ninguna parte como profesor. Para no perder el tiempo hice algunos cursos técnicos de mantenimiento de televisores. Cuando mi amada llegaba del trabajo, solía reprocharme por lo mismo: porque no conseguía trabajo para pagar los servicios, porque no era conveniente sacar a la señora a las cinco de la tarde, porque no la dejaba salir sola con sus amigas.

Un día Carla estaba tomando un baño, y yo acostado en la cama pude notar que su libreta de apuntes, que frecuentemente revisaba, estaba sobre la mesita de noche. Recordé que ella buscaba un número telefónico y moría de risa en cada llamada. Parecía que yo no era importante y no me prestaba atención. Me llené de celos. Me caracterizaba por ser un hombre reservado, no me quejaba de los problemas porque los guardaba, pienso que por eso exploté ese trágico 25 de noviembre.

Gladys interrumpió con mucha curiosidad.

- —¿Y luego qué pasó, Jaime? –preguntó–. ¿Por qué te traicionó tu suegra?
- —Eran las cuatro de la mañana. Recuerdo que Carla recibió una carta. Al percatarme de que no la abrió la noche anterior, me encerré en el baño, y traté de leerla sin abrir el sobre. Ella me pillo, me lo arrebató y comenzó a insultarme:
- —¡No me rayes, gilipolla! –gritó histérica—. Me tienes hasta la leche, hijo de puta. Desde que llegaste no has parado de preguntar sobre mi pasado: que si soy virgen, que con cuántos me acosté, que si me interesa otro; me tienes harta, maldito. Mi mamá ya no te soporta aquí, chupapollas, dice que eres un tío que no dice nada cuando la saca a caminar. Eres un desconocido para ella.
 - —Ya, amor, relájate –dije–. No ha pasado nada.
- —¡Hijo de puta! –exclamó Carla—. No me mandes a relajar, joder. Todos los días llamas en mis horas de trabajo para preguntar lo mismo: qué haces, con quién estás; ya no me puedo poner un puto escote o falda porque piensas que voy a tirar con algún tío. Eres un puto enfermo.
- —Bájale al tonito. Eres mi amor. No entiendo por qué pasas hablando por el teléfono todos los fines de semana y me dejas solo como un imbécil. No me interesa si tu mamá piensa eso de mí, contigo me voy a vivir.
- —Yo solo quería que vinieras porque pensaba que eras diferente del resto. Peor o igual de porquería eres a todos –respondía groseramente–. Y si soy infiel, no

te darías cuenta. El otro día tardaste hablando con la perra de tu mamá y no te dije nada.

- —Con mi mamá no te metas, Carla –dije seriamente y alzando la voz–. Trátame mal todo lo que quieras, pero con ella no te metas.
- —Y ahora qué vas a hacer, si tu puta madre te mandó aquí sin plata y con título que no sirve ni para limpiarse el ojete —respondió, lanzando la almohada al suelo junto con las sábanas—. Lárgate, chupapollas, no eres lo suficiente hombre para esta familia.

Ella se lanzó a golpearme con el cable de la plancha, arrinconándome en una esquina y, cuando pude levantarme para salir por la puerta de la habitación, mi suegra entró con un cuchillo, obligándome a permanecer allí.

- —Suegrita, por qué trajo eso para acá –dije–. Así no se soluciona el problema.
- —El problema aquí eres tú, maldito –respondió apuntándome con el cuchillo–. Hijo de tu puta madre, que ya apestas a muerto. Te voy a escoñar.

Por un lado, Carla me azotaba con el cable y, por el otro, mi suegra me lanzaba cuchilladas, pero estas últimas las esquivaba, hasta que pude arrebatárselo de las manos. Con el cuchillo en mi mano pensé que podría evitar la tragedia, solo que Carla dijo estás palabras:

- —Mátanos ahora, poco hombre. ¿Te acuerdas el día en que te mandé a pasear a mi madre y me quedé a esperar? Bien, mientras estabas allá afuera, el tío que te presenté como mi primo vino aquí.
 - —¿Qué pasó con él? −interrumpí–. ¿No era tu primo?
- —¿Eres adivino? –dijo Carla—. Ese galán me agarró de los brazos y piernas, me penetró con esa macana gruesa y venosa como me gusta, cabrón. Ahora vete de una vez porque ni mamá ni yo te queremos... espera no lo hagas, por favor...; NO!

Fue inevitable que la sangre hirviendo se me subiera a la cabeza, y que mi diestra empuñara el cuchillo con toda la fuerza de mi ser. Observé los ojos de Carla por última vez y, sin cruzar otra palabra, le zampé la hoja para dejarla clavada allí, en su garganta. Gladys, anonadada y palidecida, se paró y salió de allí. No sé cuándo volverá.

Bertono Olapa.

S

La escalera tiene tonos

Sé que el primer contacto que tuviste de mí fue un poco gris. Revelé las dolencias que tenía en esos momentos y que llevaba meses padeciendo. Las tonalidades de la tarde eran de color pálido. Sin embargo, imagino que notaste el cambio inminente en mi escritura. El ascenso de colores también fue notorio en mi cotidianidad. Las dos intervenciones anteriores plasman un interés por seguir explorando. De hecho, todo este asunto de las cartas es un numen para mí.

Esa vez en el mirador terminó en trasnocho. Esa madrugada disfruté del amanecer con Sabi y varias rondas de chocolate, por último, una taza de café adornó el momento. Viví en carne propia los escalones de color, Hélix. Durante la madrugada la luna llena se reflejó en el aura brillante de Sabi. En el amanecer los primeros rayos de sol saludaron su rostro, como si el protagonismo lo tuviese ella. El azul de Prusia se despedía para dar paso al de Persia y la ciudad se inundó de un resplandor lapislázuli. En un descuido el morado se adueñó de la situación, nuestros rostros eran color violeta espectral y el cielo daba los primeros trazos de naranja. Los sitios más cercanos al sol lucían el ámbar, mientras el horizonte

entero ostentaba una pradera de mandarinas. Así fue el amanecer más bello de *Cygnus*.

Nos despedimos del mirador y bajamos en su carro por Las Palmas. Ya el cielo era color ártico y permanecimos en silencio absoluto el resto del camino. No fue un silencio incómodo ni mucho menos amargo, simplemente estábamos tan satisfechos que ni la más simple sílaba era pronunciada. No era necesario. La noche hecha día merecía la última palabra; era el cielo el que hablaba.

Llegamos a nuestros recintos. Sabi se fue a estacionar el carro y yo empecé a subir a mi apartamento; ambos vivimos en el cuarto piso, el uno enfrente del otro. Me quedé esperándola para desearle un buen descanso, pero no quería que se viera muy forzado, entonces me asomé por la ventana del pasillo. Visualicé el cielo en busca de mi memoria fotográfica porque los tonos de ese amanecer no los quería olvidar jamás.

Cansada terminó de subir las escaleras. En su rostro se dibujó lo agotador que fue todo el viaje desde la costa, yo no sé manejar, pero imagino que debe ser tedioso cuando son tantas horas continuas. A pesar de ello, alzó la mirada con alegría y cero exhausta. Se acercó hacia mí y me dijo:

—Tamashi, bonita noche, tenemos que repetir esto más a menudo.

Todos los colores del amanecer fueron resaltados en sus pupilas mientras pronunciaba su agrado. La miré, le sonreí, la abracé y le agradecí por el aventón. El sonido de su puerta cerrando fue lo último que escuché cuando me rendí ante mi tranquila cama.

Ya pasaron varios días desde que disfruté el estro de esa noche. Tuve la oportunidad de leer tu última carta y surgió vívido lo recién narrado. Puesto que la invitación que expresaste fue recorrer esos espacios que pasamos desapercibidos. Regresar a ese mirador desde los recuerdos resignificó mi forma de ver la ciudad. Desde aquel día en la cima de *Cygnus* quedé con un arrebato feroz. Esa noche la relevancia se la llevaron las magníficas vistas: la ciudad, el cielo y la Sabi.

Explorando la paleta de colores de Cygnus, Tamashi.



Hélix, querido mío, solo encuentro dudas en mis certezas

No sirvo para inventar historias. De hecho, creo que no es posible para mí o para nadie. Las historias fantásticas que las personas cuentan son hechos reales contados desde los ojos de quien no quiere verlos y los disfraza para huir de ellos. Con lo anterior, querido Hélix, te aseguro que de mí no recibirás mentiras ni actos maquillados. Desde que sé que no existe la fantasía, lo maravilloso, veo el mundo con ojos atónitos, porque parece que todo lo que quisiera pensar que no puede pasar sucede frente a mis ojos.

Me gusta pensar que en tus fantasías soy una muchacha atractiva, que consideras que mis palabras son jóvenes y mis labios hinchados, porque es entonces verdad. Mío, antier vi a una mujer divina desangrándose en la acera fuera del burdel, justo debajo de mi ventana, afuera de El Cielo, donde, como Prometeo, suelo bajar a permitirles a algunos de mis mortales ver arder dentro de mis bragas. En fin, cuando salí, destilando gemidos que quisiera fueran míos, vi a la mujer, Hélix mío, ella estaba ahí, muriendo.

Bajé y le pasé por el lado, tan cerca que parecía atravesarla, y decidí sentarme en la acera frente al bar.

Sinceramente no pensé en ofrecerle nada a la mujer, ni ayuda, ni un último golpe que acabara con su dolor; solo la miré. Querido, no recuerdo el momento en que el hotel dejó de ser el lugar prestigioso para los placeres monumentales, pero pienso que pasó, seguramente, cuando lo mismo me sucedió a mí. No alcancé a prender mi cigarrillo regalado cuando salió el pequeño suspiro mortal. Arrastré sus gemidos, mi lástima y mi sudor hacia la calle.

La mujer que se ahogaba en su derrota quedó en esa acera cumpliendo su máxima como invención de alguien más, se ahogó por fin y por completo en sus letras, que eran las de alguien más. Ya no las vomitaba, Hélix mío, ahora le sangraban por los poros las palabras que ya Alma le había intentado devolver. Ella nunca me vio viéndola, querido, tal vez ni siquiera fui real, o ella no era otra más que la mujer que no logré ser más allá de las letras. Siento que soy duda que flota en una suerte de peligro. Índigo se pierde en la irrealidad de esta ciudad que encerró mi piel.

Tuya...



53.22

Las enfermedades del alma

No existe fuego ni lozanía capaz de desafiar a lo que un hombre es capaz de almacenar en su fantasmal corazón. (Fitzgerald, 2009)

Las lecturas recientes me dejaron realmente preocupado. Confieso que los sentimientos que la mayoría de ustedes pronunciaron, insinuaron o provocaron no son para nada ajenos a mi realidad habitual. Hay dolencias en sus textos, parece que profundas e incapaces de cicatrizar. A todas estas dolencias que no son traducidas en la piel, que hacen parte del ser, es decir, nuestro lado más humano, me tomo el atrevimiento de nombrarlas como las enfermedades del alma. ¿De dónde vienen? No lo sé, pero aquí están. Para los de memoria vívida, no como yo, recordarán desde un principio, desde que nuestros encuentros comenzaron, que hablé de mis intenciones de dejar una huella de incomodidad en una tal realidad carrillera. Así que fui el primero en atreverme a cuestionar esa visión, ¿carrillera? Sí, así como ese artefacto que les ponían a los caballos para que no se distraigan y solo se concentren en lo que hay hacia adelante. Todos estamos de acuerdo en algún punto de nuestros relatos que algo sí está pasando en Cygnus, que hay un nivel de automatismo alarmante, como

si estuviéramos en modo avión, que nuestra esencia humana anda un poco perdida, que sentimos constantemente que algo hemos olvidado, que el mundo y nosotros mismos andamos como ensimismados. Estamos claros que son sentimientos y realidades confusas e innombrables las que inundan nuestro alrededor. Concluí, después de mucho pensar, que el automatismo carrillero podría ser una manera de llamar a todo eso. Creo que nombrar los asuntos que nos perturban puede facilitar su entendimiento.

Este veneno que consume la sociedad de *Cygnus* no es más que un síntoma que deteriora nuestro ser, pero ¿recuerdan que en algún punto de nuestras historias hubo una especie de regocijo por recuperar la memoria gracias a la escritura? Parecía que habíamos encontrado la cura, el antídoto; ahora no estoy seguro de que algo así exista. Hoy me doy cuenta de que los síntomas se agravaron y mutaron en cada uno de ustedes hasta el punto del agobio. Recuperamos algo de la memoria, pero el olvido parece ser una constante, un deterioro imparable. Parece que nuestras enfermedades del alma confluyen en un síntoma en común: el del automatismo carrillero.

En mi caso, esta enfermedad se reflejó con esa pérdida de memoria que esbocé desde el primer escrito, de la cual, como notaron, me recupero poco a poco a medida que escribo y me comunico con ustedes. Debo

agradecer lo que cada uno aporta a mis rincones de almacenamiento de recuerdos. Muchas de sus cartas las tomo como experiencia propia. Me reconozco en el reflejo de su pasado. Quiero creer que esa lucidez progresiva la comparto con ustedes. Por otro lado, siento que, a medida que yo salgo de la oscuridad del olvido y queda a un lado el hecho de que el mundo ignora mi presencia, ustedes caen en un abismo que los destruye a cada palabra compartida.

Najevat está enfermo con serias consecuencias físicas y parece que sus libretas ya no son de mucha ayuda; a Jules le siento perdido en una crisis de ansiedad; Vulpina de alguna manera sortea una paranoia llena de miradas; Alina está emputadísima y no me quedó claro el porqué; Gala está más desorientada que nunca en la cárcel de su piel; querida, creo que Bertono es el más indicado para ayudar a alivianar todos estos sentimientos de desesperación. Desde mi propio confinamiento, Olapa, quiero destacar la valentía de sus palabras. Aunque no quiero que me malinterpreten los sensibles, a pesar de que su pecado no es algo que se pueda sustentar, creo que todos tenemos nuestros yerros en mayor o en menor medida.

Durante estos últimos días, les confieso que he llorado más de lo normal. Le cogí el gusto a la pizca lagrimal que recorre mis mejillas. Celebro cuando una gota que sigue el camino de la anterior se desvía

en busca de su propio trayecto. Sin embargo, luego de tanto hipar se desborda un río caudaloso que busca en mis colinas nasales una corriente fija a la cual seguir. Saboreo la sal interna que se mezcla con mi saliva y, finalmente, respiro hondo cuando el sollozo abandona la habitación.

Hubo una carta que acompañó mi última sesión. Antes de deshacerme en lágrimas y mientras tomaba mi café, logré fantasear que el sorbo amargo de mi taza pertenecía al relato de Gonzalo. Borré mi lluvia interior para llegar a la conclusión de que la respuesta, que no sabía que estaba buscando, era visitar tu lugar, el Hurak. Espero que esto no sea ningún inconveniente, Romero. Apuesto que el bienestar encontrado allí no será ni pasajero ni superficial. Más de uno entre nosotros necesita un lugar como ese. ¿Podremos patentar el aroma a café y pan caliente como terapia para las enfermedades del alma?

Por esto los invito a sanar nuestra esencia visitando un lugar en común. Tal vez coincidamos o encontremos preguntas que puedan molestar, pero que más adelante podrían ayudar. Creo que la cura no tiene que ser una solución latente, pienso más en un mapeo de esta dolencia. Por ejemplo, si tomo como punto de partida el *Atlas de las emociones* de Ekman y el dalái lama, puedo explicarles cómo mi *tristeza* de estos días camina hacia la *decepción*, sorteando

la consternación, el desánimo y la resignación. Luego, escala la impotencia con aires de desesperanza, y ya casi en la cima de la colina, el desaliento abunda para perderse en la angustia.

Esta será nuestra tarea en aquel lugar. Reconocer nuestra dolencia y sentirla para luego transmitirla en cada palabra. Así narraremos nuestra desnudez sentimental para que vivamos con fervor la tormenta de afección. Aunque sé que es algo lleno de tabúes para muchos, vale la pena intentarlo, ya sea *in situ* o en nuestra soledad hogareña con la tinta. Sanaremos las amarguras con otras amarguras. El café nos dará el soplo a la línea existencial. El Hurak será la excusa para conocernos en dimensiones terrenales. Nosotros seremos el sustento de lo que es real en *Cygnus*. Quizá una nueva creación de abrazadores anónimos surja allí.

Nos vemos el domingo cuando el sol abrigue el horizonte; le haré llegar a Bertono uno de los cafés más amargos de la tarde, ya sea con la enfermera que tanto lo quiere o con alguien más.

Vagando en constelaciones vecinas, Cygnus, H. D.

Gemidos cruzados

Estuve en el Hurak cumpliendo con tu invitación a pesar de estos incontrolables nervios amenazantes. Visitar un lugar nuevo no fue fácil, pero aparecí. En tu carta decías "cuando el sol abrigue el horizonte". ¿A qué horas se abriga horizonte? Le di muchas vueltas a este enigma. Al final, significó una sola cosa: primera hora de la mañana, después de cerrar el cabaret, cuando el sol abriga el pavimento después de varias horas de penumbra y frío.

El sol inclemente de la mañana me hizo elegir ropa ligera: falda de seda a la altura de la cicatriz del muslo, sandalias planas y blusa de tiritas sin muchos brillantes. Solo faltaban unos cuantos detalles para no perder el estilo: labial violeta, cola de caballo, gafas oscuras y sombrero blanco de ala ancha.

El olor a pan caliente se sentía a cuadras de lejanía, a pesar de que ya no diferencio muy bien las distancias; mis pasos lentos murieron el día que comenzó mi fuga de miradas desesperantes. Encontré un modesto letrero pintado en la pared. La palabra "Hurak" estaba tan desteñida que la hache parecía dos LL mayúsculas. Me gusta pensar que "LLurak" es como el lugar se nombró después de los años, el sol,

la lluvia, la neblina, la humedad, el popó de pájaro y los amaneceres.

Empujé la puerta de vidrio y sentí una frescura agradable. El sol de la calle no penetraba por los grandes ventanales. La oscuridad interna sedujo mi visión al natural. El olor a madera antigua opacaba el aroma de pandebono recién horneado. Supuse que la humedad de las paredes de madera se debía a las tantas lágrimas de sal que absorben a diario. Comprendo, Hélix, por qué recomendaste ese lugar para sanar amarguras.

Al pasar la puerta rechinante vi a la que debía ser Clementina: esos pliegues orgullosos y alegres los conocí en las cartas de Gonzalo. Me acerqué al mostrador y me entretuve con la lista de precios. Un saludo eufórico me sacó de mi abstracción:

- —A ti no te conozco. ¿Te ofrezco algo, bella dama?—Pedí un café negro y sentí mi voz menos preocupada.
- —Doble, por favor. Cuanto más negro y amargo, más rico.— Clementina soltó una carcajada.
- —Eres una traviesa, ¿eh? El negro les da color a las canas íntimas.— Me uní a sus risas mientras me servía un café azabache. Los ojos de Clementina hicieron aflojar las profundidades de mi alma.

Imaginé que los otros invitados estaban por ahí. Sé que la cita era un encuentro colectivo, pero fuera del cabaret evito el contacto físico o visual con extraños. Últimamente mis espejismos me muestran en todos una amenaza inminente. Te preguntarás ¿por qué aparecí? Porque tenía ilusión de verte, de reclamarte el desplante de la última vez, de saber más de la patente del aroma de café y pan caliente, y de comprobar el fin de mis delirios con tu presencia.

No obstante, le eché un vistazo rápido a las personas del lugar al sentirme inquieta con sus miradas inquisitivas. Solo encontré mujeres y hombres de mediana y avanzada edad tomando café con leche con tres cucharadas de azúcar, comiendo corazones de hojaldre y haciendo crucigramas. Nadie con lentes de montura negra. No. No estabas allí. "Cuando el sol abrigue el horizonte...", consideré encontrarme a la hora equivocada, ¿y si te referías al abrigo del último momento del día? Hélix, esos mensajes tan ambiguos me confunden.

Me senté en la mesa más alejada. Me percaté de la armonía del ambiente, del gusto a paz de mi café humeante. Después de la algarabía de la noche es raro escuchar susurros, tintineos de pocillos y cucharitas chocando con el fondo de las azucareras. Noté el paso del tiempo porque ordené varios cafés. Creo que los pedí con la excusa de ver a Clementina bamboleándose hacia mi mesa. Su presencia me hacía olvidar los graves peligros. Esperé pánico, desesperación, horror o una huida matutina, pero algo me hacía sentir que todo estaría bien.

Mis manos comenzaron a temblar después del cuarto café. Llegaron destellos de lo ocurrido en la panadería y en la tienda; la cabeza hizo presión. Miré hacia los lados y encontré seguridad en la humedad de las paredes; ausencia de miradas. Un sorbo más de café entró por mi garganta. Cada mordisco de pastel de pollo arrastró mis miedos y titubeos. Solté un grito inconsciente que duró un microsegundo. Me llevé las manos a la boca y encontré varios pares de ojos posados en mí. Clementina ya estaba sentada a mi lado. No pronuncié palabra, mis ojos parecían dos canicas. Posó su mano contra la mía.

—Necesitas algo diferente a café.— Sin darme cuenta, estaba devuelta con una taza humeante. Tal vez soplé y tomé un sorbo mientras sus palabras y sus bellas arrugas se movían al unísono.

No sé qué dijo, cómo me paré, cómo salí. No recuerdo si pagué, si dije algo, si la abracé, si la miré, si me despedí o si hubo una remota posibilidad de estar en ese café. Desperté en el cabaret con la cabeza contra la barra desolada, sin miradas o miedos encima y con vómito salpicado en mis botas de cuero. Me levanté

curada, con un sabor de té de manzanilla en el paladar, sin más ansiedades por esperarte, Hélix de mis olvidos, y deseando volver a ver las arrugas de Clementina contrastando con el sol abrigando el horizonte.

Vulpina Sadir.



Cosas que recuerdo haber perdido

He perdido la... ... capacidad, quizá.

He perdido doce de mis preciadas libretas, cayeron en una... en una llamarada que se sucedía en la terraza de mi hogar. La hum... en una llamarada. La humareda me recordó el sentir de la humanidad, ese gris que se... en una llamarada. Ese gris que se alzaba en el aire era como el humano. Ocupaba todo el espacio que le di e incluso más, se sentía... en una llamarada. Se sentía cálido y me daba algo de paz, pero una... en una llamarada. Pero una vez que ingresa, te ahoga, su calidez se vuelve sofoco, y solo queda el... en una llamarada. Solo queda el daño, eso es... en una llamarada. Eso es el humano.

He perdido la... ... capacidad, tal vez.

He perdido el hilo de la historia. Le he dado permiso al caballero Gonzalo para llevarme al Hurak con sus letras, y allí he pensando en los vicios que tenemos. Algunas son adicciones sin sentido, sin beneficio real, otras son... en los vicios. Otras son una vía de escape fortuita. Creo que somos conscientes

del daño que hacen, y aun así... en los vicios. Y aun así, nos consentimos la destrucción, para construir a partir de ella, cargar la situación de... en los vicios. La situación de dolor, todo para cargar ese dolor de... en los vicios. Ese dolor de significado.

He perdido la... ... capacidad, de pronto.

He perdido la necesidad de entender tus letras, Hélix. Ya sangré por los lagrimales, tosí esta enfermedad fuera de mí, tomé la... ya sangré. Tomé la posibilidad de llorar por las heridas, no estoy... ya sangré. No estoy bien, en efecto, todo se está yendo a la... ya sangré. Se está yendo a la mismísima... m... ya sangré. La mismísima m... ya sangré.

He perdido la... ... capacidad, a lo mejor.

He perdido el mensaje de Vulpina, entre las lecturas de las hojas en blanco. Como si observará el folio de su correo sin poder abrirlo, sin leer, me he dispuesto a responder como si... sin leer. Como si fuera esa la solución a mis problemas, sin embargo, no lo he... sin leer. No lo he logrado zanjar, no me refiero... sin leer. No me refiero a que no vaya a responder, solo no he podido hacerlo aún.

He perdido la... ... capacidad, posiblemente.

He perdido la razón, pero le estoy haciendo caso, Hélix. Ahora mismo estoy jugando con... haciendo caso. Con esta silla de cuatro patas, tratando de equilibrar... haciendo caso. De equilibrar mi vida simplona entre dos de ellas. Este escrito también quedará... haciendo caso. También quedará consignado en una de las libretitas de oro, es una lástima que alguien... haciendo caso. Alguien haya quemado otras doce, no obstante, poco queda... haciendo caso. Poco queda por hacer, tengo que responder a ello con tranquilidad.

He perdido la... ... capacidad, acaso.

He perdido los motivos, pero le he hecho caso y ahora me siento mejor. O eso creo, eso parece, todo lo aquí... me siento mejor. Todo lo aquí dicho, demuestra mi inestabilidad mental, pero mi propia... me siento mejor. Mi propia conciencia de ello. Le he contado que... me siento mejor. He contado que fui herido, alguien que no conozco, pero seguramente vive conmigo... me siento mejor. Vive conmigo, aunque esta casa solo es habitada por mi persona, ese alguien... me siento mejor. Ese alguien me ha herido, y ha quemado mis libretas. Después de todo he perdido

mi capacidad de vivir solo, conmigo... me siento mejor. Conmigo, ahora me siento mejor. Gracias.

He perdido la...
... capacidad, capaz que...

He perdido, con ansia en la espera, la esperanza, es la *esperansia*, R. Najevat.

Roller-coaster

Siempre me ha parecido curioso el atajo al que recurrimos para acortar el camino de entendimiento a nuestras emociones. Como si ese mundo interior fuera oscuro, poco transitado o incluso tan desconocido que tuviéramos que compararlo con algo de este mundo físico y palpable. Por ejemplo, me he sentido como en una montaña rusa: temiéndole profundamente al vértigo de la caída, pero a la vez esperando con seguridad, y hasta esperanza, su llegada. Sin embargo, esta montaña rusa, en particular, no era igual que las demás: nunca me llevaba hasta la cima. Siempre me mantenía entre rectas poco emocionantes e insípidas, uno que otro impulso mentiroso para subir, que en realidad era una forma de coger velocidad y potencia para caer, y por supuesto una gran bajada, con un vacío del que creo que aún no he salido.

Bueno, pero lo que quería contar no era precisamente eso. Resulta que estuve varios días sintiendo, y no pensando, el porqué quería dejar de ir al Hurak. He intentado suprimir la expresión "yo pienso que...", o "he pensado que", porque más de una vez me dijeron que mi problema era que intentaba entenderlo todo, sacar las explicaciones, causas, razones de cada cosa que pasaba y que no pasaba en mi

vida. Y que si seguía pensando y pensando, mi insatisfacción por esta se haría cada vez más grande. La primera vez que lo oí, siendo más joven, me pareció absurdo. Creo que los que se quieren privar de pensar, en realidad, se quieren privar de sufrir, lo que sería, básicamente, surfear solo la superficie de esta misteriosa existencia.

Entonces descubrí que quería hibernar unos días, encerrar mi cuerpo y todo lo que él contiene en las cuatro paredes que hacen a mi cuarto. Cinco días fueron suficientes. Hice algo como un "ayuno", que llaman algunas comunidades esotéricas, aunque creo que en la vida real la gente allá afuera en la calle hace ayuno sin proponérselo y con fines más de supervivencia que de trascendencia, lo que después me hizo entender que los que no tenemos ninguna dolencia que nos haga el camino pesado... ¡pues nos la inventamos! El ayuno me resultó interesante, me permitió sentir con atención las cosas que pasaban en mi cuerpo: los rugidos del estómago, las costillas reclamándole más espacio a la piel, las alucinaciones entre el sueño, el desvelo y el hambre. Pero en medio de todo eso había algo que me seguía sosteniendo. ¿Pero qué?

Fumé la reserva de cigarros entre los primeros dos días y noté que mi dependencia a ellos no se compara con la dependencia a las personas o a las emociones que estas nos generan, pero este mismo cuestionamiento es el que me ha hecho lo que soy. Todo el tiempo pensaba en el olor del café, uno oscuro, bien amargo, recién salido de la prensa para quitarme este desasosiego. Y descubrí que quería regresar, que en el Hurak había algo más que me llamaba, y aunque soy en general escéptico, hay ciertas ideas que se me meten a la cabeza, como esta: como que el Hurak sería el lugar, o el medio, o la excusa, para que algo en mi vida cambiara. ¿En qué parte de la montaña rusa se daría este cambio? ;De subida o de bajada? No lo sé, pero sí sé que prefiero ser tocado por el más triste de los sentimientos que andar fingiendo el control ante una vida que me resulta completamente incomprensible y, por ende, incontrolable. Aunque esto ya demuestra la tendencia al pesimismo que siempre me acompaña. Y si acaso ¿ocurriera algo bueno?; Alegría?; Alguien nuevo?

Entonces al quinto día dejé el ayuno, el encierro y mi autocapacidad de volverme mierda. Salí de casa y, en vez de tomar el camino habitual hacia el Hurak, trasegué otra ruta y vi algunas cosas de la ciudad que no había percibido antes, como las semillas de los árboles que caen al suelo, las casas antiguas, las personas que van a prisa y las que no tienen más prisa que disfrutar el caminar. Y llegué a la entrada del café, ya tenía memorizadas las sensaciones que me despertaba este lugar: el olor a café mezclado con madera, a pan caliente, la risa de las personas, Don Federico en la misma mesa de siempre con el mismo crucigrama de siem-

pre. ¡Qué bueno es regresar! "Como un nuevo hogar", pensé. Pero Clementina estaba allí y me miraba con el recelo de una madre que merece una disculpa, la cual no necesitó más de un abrazo y de una mirada dulce para demostrar la alegría de verme de nuevo.

- —Te estuve esperando, Romerito— lo dijo con tono alegre, aunque de reclamo.
- —Fueron días bastante ocupados— respondí, mientras me imaginaba aplastado en mi cama aguantando hambre.
 - -Pero bueno, ¿cuál es la sorpresa de hoy?

Mientras ella se giraba para servirme un café, vi que miró de reojo a una de las que quedaba enfrente de la barra y sonrió. Como es de suponerse, este gesto de ella me causó curiosidad y miré en dirección a la seña de Clementina. En una de las mesitas, había alguien observando nuestra conversación. Era una mujer joven de mi edad o un poco mayor, de piel blanca, cabello castaño, ojos color miel, que tomaba un *espresso* muy caliente, basado en el humo que le pasaba por el rostro y el tamaño de su vaso. Ella me miró con timidez, pero con una delicada sonrisa en su rostro. Parecía como si estuviera esperándome, y la montaña rusa detenida ahí, ni subidas, ni bajadas, ni rectas insípidas. Quietud absoluta.

Gonzalo Romero.

53.22

Mi enfermedad es una casa que se desvanece

Querido Hélix:

Creo que me he ido desnudando lentamente frente a ti. Aunque no lo hayas notado, he ido dejando pedacitos de mí, de mi alma, de mi tristeza, de mi melancolía, en cada palabra que te he entregado. Y mientras leía tu carta, tu última carta, en mi cabeza empezó a sonar una canción que hace algún tiempo no escucho:

Oh, can't anybody see We've got a war to fightNever found our way Regardless of what they say. (Roads, 1994)

Creo que la recordé porque, cuando pides que vivamos, sintamos y transmitamos esa dolencia, esa "enfermedad del alma" que nos acompaña y que, además, te cito: "narremos nuestra desnudez sentimental", yo me pregunto si nos damos cuenta de la guerra que llevamos dentro y si los demás se dan cuenta de ella. Sí. Como bien lo dices en tu carta, se nota que nos duele algo que se mezcla entre un dolor físico y otro emocional. Y parece, al menos en mi caso, que no nos deja encontrar el camino. El camino a qué, te

preguntarás, me pregunto yo siempre... quizá a ese lugar seguro, donde nada nos agobiaba, donde nada nos lastimaba.

Y recuerdo que alguna vez, en un curso optativo en la universidad, yo escogí Escritura Creativa. Tenía sentido haberlo escogido porque estaba estudiando lenguas y traducción, y podría tocarme, en algún momento, traducir un cuento o una novela; y pensé, en ese entonces, que sería bueno saber qué era eso de la escritura creativa. El caso es que, cuando me senté a escribirte, recordé ese curso porque el profe nos pidió escribir sobre lo que más añoramos. Busqué entre los papeles viejos de la universidad y lo encontré, así que decidí hablarte de esa enfermedad mía, esa que me mantiene encerrada en este edificio del centro de la ciudad. Desde lo que estaba escrito en ese pedazo de papel que habla de mí, sin nombrarme; que habla de mi enfermedad, sin nombrarla...

Hubo un tiempo en que el mar solo olía a infancia, sonaba a carcajadas y sabía a pargo rojo asado en leña.
Hubo un tiempo en que la arena acariciaba las plantas de los pies, rozaba los cuerpos y olía a sol.
Hubo un tiempo en que la brisa movía las olas, secaba los cuerpos y apagaba las llamas.

No sé si ya te diste cuenta, pero mi enfermedad del alma, como tú la llamas, es la nostalgia. Si buscas la definición, encontrarás que proviene del griego *nóstos*, que significa regreso, y de *álgos*, que significa dolor. Podríamos decir entonces que es un regreso doloroso, quizá. O que es un sentimiento de anhelo por el pasado, de un momento o de una situación en específico.

Mi nostalgia es simple como suena, pero dolorosa como ninguna. Es un constante sufrimiento de vivir pensando en la casita frente al mar, en las cocoteras, en el negro, en el niño que nació muerto... cuando lo pienso mucho, mi nostalgia a ratos se va muy lejos, se va hasta mis años de niña en el mar. Pero siempre me devuelve a la casita que, con las ventanas abiertas de par en par, mira al mar y deja que la brisa la recorra llenándolo todo de pequeñas goticas de aguasal.

Mi enfermedad está ligada a la casa, a una "casita escurridiza", como la llamaba Lenito en sus cuentos, que vivía rodeada de gente, de negros sin camisa y niños corriendo por la playa. En donde vivía feliz sin pasados, sin recuerdos, sin memoria, sin remordimientos, viendo los reflejos del cielo en el agua del mar.

Esto que siento, que me consume por dentro, que no me deja concentrar casi nunca, es consecuencia de ese tiempo en el que he estado acá, distanciada de esa casita y sin ninguna certeza de un viaje de regreso, conociendo claramente el destino.

Sabes, querido desconocido, esta tarde estaba recordando precisamente esos días felices, esos en que mi abuela me contaba la historia de la muchacha que caminaba por la playa, que solía nadar mar adentro en las noches de luna llena y que nunca regresó de uno de sus viajes buscando la luna. Y estaba intentando recordar cuándo y cómo fue que mi memoria se me empezó a llenar de agujeros por donde se me cuela la tristeza y la nostalgia.

¿Y sabes qué? Volvió a aparecer esa imagen, al principio borrosa, como un espejismo distante; volvió a aparecer la imagen de la casita frente al mar donde estábamos el negro y yo, con la panza a punto de explotar.

Esa, querido habitante de *Cygnus*, recolector de recuerdos, escarbador de memorias, desconocido lector, amante del café, cuestionador inquietante; esa es mi enfermedad: una casita que se desvanece en el recuerdo de un mar que he olvidado a qué huele y cómo suena.

Concha.



En el fondo, usted lo que quiso fue atarme. ¿A qué se ató Cristo? Lo ataron a una cruz, que es distinto. Pero usted, aunque tiene brazos, no es una cruz. Y si fuera una cruz, yo no me sentiría crucificado, sino estrangulado. Y ahora sí, adiós. ¡Me bajo del patíbulo! (Arango, 1974)

Querido Hélix:

El sol abrigó el horizonte y no me vio llegar. No hay café que cure la amargura que embarga esta alma doliente, en llamas, y no de pasión, como desearía, sino por la furia vehemente.

Por supuesto que no entendiste mi ira, por supuesto que no sabes lo que un callejón a media luz significa, lo que cada paso camino a casa en la oscuridad representa, y nunca lo harás porque eres hombre y por más que quieras ponerte en los zapatos de una dama, nunca, Hélix, nunca sabrás la cruel sentencia que es tener una vagina, que es proclamarse mujer. Sin embargo, espero, con la poca esperanza que me queda, que con lo que te voy a decir, esta vez, sí entiendas la magnitud de mi cólera.

No solo me duele el alma –así crean que no tengo–, me duele el cuerpo, me duele la vida, me duele *Cygnus*, me duelen las personas. He llegado al límite.

Empiezo a creer que ese automatismo carillero es en realidad un eufemismo a los desgraciados que somos los seres humanos, deberíamos llamarle hijueputismo. El señor Maximiliano en nuestros pocos intercambios de palabras me dijo: "No mires la paja en el ojo ajeno, si no la viga en el tuyo propio", y hoy sus palabras resuenan en mis oídos como si fuese su espíritu quien me lo susurrara. Y es cierto, somos fanáticos de olvidar las injusticias a los tres días, de hacernos "los de las gafas".

Elizabeth, Fernanda, Ana, Lucía, Michelle. Son nombres al azar, pero estoy completamente segura de que, si te fijas en una lista de feminicidios, en una lista de mujeres violadas en los últimos tres años, en una lista de mujeres maltratadas, abusadas, violentadas, ahí estarán esos nombres, cientos de veces repetidos. Cada uno con una historia de injusticia, con una cruel condena desmesurada. Una historia que revela la falta de humanidad que poseemos, todos, sin excepción alguna.

No hablo de asuntos aislados, Hélix, y lo sabes. En este intercambio de letras entre desconocidos, ya nos enteramos de tres pérdidas injustas, que me duelen

como si fueran propias. Cecilia no murió, fue asesinada y violada a manos de un hombre que se creyó con el derecho de decidir sobre su vida, sobre su cuerpo, ese mismo cerdo quedó impune y esa injusticia se llevó consigo al viejo Maximiliano.

¿Podría este mundo de mierda ser más bárbaro? La respuesta siempre será sí.

O que lo diga Vulpina, a quien no conozco, pero creo que compartimos el mismo dolor. Lúcida, su amiga, asesinada a sangre fría con un cuchillo al cuello, otra muerte impune lanzada a las garras del olvido. Y tal vez a Vega, quien solo encontró refugio a su dolor y pérdida en el alcohol; hoy la entiendo más que nunca y, tal vez, esté siguiendo sus pasos. No hay momento en el día que una copa de vino tinto me falte.

No puedo dejar de preguntarme cuántas más siguen y cuándo yo volveré a ser la siguiente. Porque hace días, en un rincón, entre las sombras de la fría y tirana noche, casi muero a manos de un hombre con rostro de humo. Su cara la veo reflejada en cada hombre que me mira, que me habla, que me toca. ¡Qué mala suerte es ser prostituta!

No he vuelto a salir, dejé de trabajar. He decidido bajarme del patíbulo que habitar esta ciudad representa. No quiero volver a oír la palabra "injusticia". La retiro desde su raíz de mi vocabulario.

Estoy sentenciada. Pero mi vagina nunca, nunca, será la firma de mi muerte.

Con ganas de incendiarlo todo,

Alina del Azar, pero no creo en las coincidencias.



¿Sabes qué admiro de ti, Hélix? Cada vez que escribes un nuevo comunicado, se nota que tus textos están colmados de dolor y profundidad. Aunque sean aburridos de leer y lo más probable es que nadie lo haga por completo, tú sigues haciendo tu trabajo, bien por ti. Ahora dices que percibes en nosotros un problema, o bueno... ¿una enfermedad? Quizá no estás del todo equivocado. Las personas promedio de *Cygnus* tienen historias del pasado agobiantes para contar todo el tiempo, es molesto, en mi opinión, sin mencionar increíblemente aburrido; pero, oye, soy una persona humilde que también tiene algo por decir.

En la carta dices que estoy en una crisis de ansiedad y, pues, lo cierto es que me escondo en lo profundo de mis pensamientos mientras me pregunto ¿cuándo el cielo se tornó negro?, ¿cuándo volverá la luz? Las últimas semanas he escuchado a *Cygnus* como un espectáculo triste y gris en el que estamos todos atrapados. Hace que los huesos de mi espalda tiemblen de arriba abajo; tengo voces en mi cabeza que gritan "sí" y "no", y no estoy seguro de a cuál obedecer. Tengo miedo a contagiarme de otra enfermedad del alma, una mucho peor, la demencia. Conservo la esperanza de que hay una luz afuera de mi ventana, en algún lugar, que me

cantará la cura para este sentimiento atorado en mi corazón, pero mi tiempo se está acabando. Está ocurriendo, se acerca el final, incluso escucho un reloj invisible entre los murmullos de la noche, Hélix. ¿Dónde están *mes rêves*? No los encuentro, no encuentro mis sueños. Esta es mi tormenta de emociones, que comienza con mi miedo a no hallar mis más grandes anhelos. Cada vez el tiempo pasa más rápido y no me deja hallarlos, es como dice la canción *Time* de la banda inglesa Pink Floyd.

Cada año se hace más corto,
Parece que nunca se encontrará tiempo
Planes que fracasan
O media página de líneas garabateadas
Esperando en silenciosa desesperación
Es la manera inglesa
El tiempo se fue, la canción terminó
Pensaba que tal vez diría algo más. (Floyd, 1973)

¿En serio creíste todo lo que acabo de decir, Hélix? ¿Lo mejor que se te ocurrió para este experimento fue "sanar" y encontrarnos en un lugar en común? ¿Crees que tengo algo por curar? Soy asombroso. Si te la pasaste este tiempo llorando por tu decepción y desesperanza, no quiere decir que yo deba hacerlo. Es verdad que a veces lloro, pero son lágrimas de felicidad, tengo todo lo que quiero, soy guapo, talentoso y exitoso. No me hace falta tu café con pan caliente

cuando tengo un vino Domaine Georges & Christophe Roumier Musigny Grand Cru y un Quiché Lorraine. No estoy para hablar de sentimientos, como los que escribí, suena patético para alguien de mi talla, aunque entiendo que suena muy convincente porque soy un magnífico escritor y te conmoví con mis palabras. También sé que no se te pasó por la mente que esas no eran mis verdaderas palabras, no te preocupes, estoy seguro de que es la primera vez que hablas con alguien como yo. Así que no dejes de pasar tu oportunidad y acompáñame, tienes suerte de que te siga invitando; pero, como dije, soy humilde y asombroso. Piénsalo, Hélix, y, por favor, invítame a algo menos aburrido para la próxima, me gusta inspirarme al hablar sobre mí.

À plus,

Jules Leblanc.

P. D. Esta es hasta ahora mi despedida favorita. Adiós.



Lo que es preciso subrayar es el aspecto frívolo de la población y de la vida. (Camus, 2018)

Es difícil ver cómo llevamos la vida de la peor manera; seguimos pensando en lo que podemos hacer y decidimos ir a por ello, creemos que todo se nos está dado por el solo hecho de existir. En algunos momentos perdemos lo que aspiramos un día, rehacemos nuestras ambiciones y seguimos. Desechamos nuestros sueños por otros nuevos, como si los que tuviéramos en algún momento no fueran tan valiosos como para pelear por ellos. Nos hemos convertido en animales que prefieren la soledad, no como los perros que se alejan para no dañar a sus seres queridos, animales verdaderos que no damos valor al otro y a su capacidad de hacernos crecer, tanto así que le corremos a nuestra sombra, pero mencionamos los momentos, el tiempo y la necesidad de cederles las decisiones. Nos decimos que es importante hallar esos momentos en los que nos sentimos especiales y atravesados por las mejores diosas inspiradoras, no podía ser una hora en la mañana, que no es tu mejor tiempo, o en la tarde, las obligaciones son muchas, sociales, familiares, laborales.

Recuerdo entonces una canción muy vieja, pero hermosa, "sombras nada más entre tu vida y mi vida" (Contursi, 1932), me hace pensar que cada cosa que hacemos viene con la sombra atada al pantalón para no perderse, todos hemos tenido esa sombra de la que hemos querido correr sin detenernos hasta el momento en que desaparezca, sin embargo, siempre está ahí, incluso, cuando el sol está en su punto más alto y la disminuye a su mínimo, está. Sin dejarnos, se convierte en la compañía más constante y bella. Junichiro entonces nos muestra una manera de hacer notar la sombra, aclara que es la perspectiva oriental, y en ello nos dice que esta es una construcción y combinación de posibles escenarios, que nos denotan una u otra cosa; si el énfasis son los paneles de papel, entonces la luces tenues no son la respuesta, pues para ellos es necesario más luz, una que reduzca al máximo la sombra; pero, si la intención es enaltecer la mística de sus dioses, usan láminas de oro y plata para dirigir la luz y de esa manera engrandecer sus héroes, dioses y difuntos.

La canción de Residente dice: "Hablan del universo, pero nadie la nombra / Entre el huevo y la gallina primero fue la sombra (Pérez Joglar, 2017). ¿Qué tan importante será para nosotros la sombra que nos cubre? Siento que hemos menospreciado durante tanto tiempo lo que ellas nos aportan, e ignorado que son ellas las que nos tienen de pie al lado del camino. Las

hemos visto durante tanto tiempo como algo negativo, de hecho, la palabra "sombrío" nace en ella, pero nada que ver con la iluminación que la resaltamos en cada cosa que hacemos; la realidad es que es la sombra la que nos hace amar la luz encontrada, las experiencias vividas y el amor perdido.

Hoy vivimos los afanes que nunca pensamos tener. En nuestra infancia queríamos seguir adelante y que cada paso nos llevara a una adultez firme; sin embargo, a lo que llegamos fue a una soledad diferente de la que nos describe Darío Jaramillo; esta es una de esas amargas soledades, de esas que incluso acompañados nos derrota, una de aquellas que no satisface y que no nos permite siquiera conocernos; es fría como el invierno en Austria; es reseca como las calles de Medellín sin su gente, y una incógnita, como la misma *Cygnus*.

Hemos construido las imágenes absurdas de nuestras vidas para poder seguir adelante, sin sentirnos tan mal como la realidad nos hace creer. Nos hemos refugiado en amores de una noche o de dos madrugadas para darnos cuenta de que siempre tuvimos lo que necesitábamos, que todas las periferias son solo bellas de observar, pero no de conocer; cuando llegamos nuevos a una ciudad, alzamos la mirada para reconocer en ella las curvas y formas de la que alguna vez habitamos, entonces no observamos eso que

necesitamos y empezamos a añorar el haber estado, el tiempo que perdimos, la lucha de cada calle y cada esquina que nos quiere matar. Vamos abriendo los ojos esperando volver adonde fuimos felices para darnos cuenta de que nunca más volverá. Nos hemos enfermado de añoranza y destiempo.

Se ha llegado el día de no seguir así. Nos hemos vuelto indiferentes, no nos importa lo que el vecino de la puerta de enfrente tiene o necesita, no nos toca lo que la persona que pasa por la calle y va llorando siente. Nos excusamos en los afanes y los humos de la vida, y mientras queremos una mejor, no tenemos tiempo para hacerla; sin embargo, sacamos el tiempo para banalidades que lo único que construyen es una soledad demasiado ruidosa; respondemos a los ataques de ella con eufemismos que no valen tanto la pena. Estoy solo para poder vivir en una soledad poblada de pensamientos (Hrabal, 2018). Nos hemos alejado tanto el uno del otro que ya no sabemos por qué. Todo empezó como un ejercicio para hallar la iluminación y, mano a mano, se ha convertido en la realidad de todos los días y ya ni siquiera ella nos acompaña.

No reconocemos ni siquiera la belleza de un mundo utópico. Preferimos vivir la constante distopía que algún libro nos ofreció. Nos dieron la crítica, pero la asumimos como destino y verdad, entonces, "las enfermeras obedecieron; pero ante la proximidad de las rosas, a la sola vista de las alegres y coloreadas imágenes de los gatitos, los gallos y las ovejas, los niños se apartaron con horror, y el volumen de su llanto aumentó súbitamente" (Huxley, 2019). No queremos que nada nos sorprenda, lo asumimos como la peor de las pesadillas y todo lo que obtenemos es la tranquilidad de la monotonía, así podemos llegar con las caras largas a cualquier lugar y responder que todo va comme ci comme ça. Nunca estamos bien, se nos olvidó la sonrisa y su gran poder.

Sabemos de los alcances de nuestra soledad, pero no los aprovechamos por miedo a darnos cuenta de quiénes somos en realidad, nos da miedo saber que somos solo una fantasía de las que vemos en el cielo, nos da miedo ser humanos. Como "lo que hacía a Helmholtz tan incómodamente consciente de su propio yo y de su soledad era su desmedida capacidad. Lo que los dos hombres tenían en común era el conocimiento de que eran individuos" (Huxley, 2019). Hoy estamos tan poco atentos de nosotros que preferimos vivir la vida de historia en historia, de mal en mal, de café en café; no ha surgido la levedad acerca de todo y le damos la responsabilidad a lo otro, antes que a nosotros; si sufro es por ella, si me duele la cabeza es por el trabajo, si no tengo dinero es por los demás, nunca yo, nunca por mí.

Nos enfermamos de soledad y miedo; nos alejamos y nos recluimos en lo que alguna vez nos aterraba. La idea de morir y de ser más útiles allí nos cautiva. ¡Tanto que denigramos de una vida más allá de la muerte y hoy la consideramos como una escapatoria salvadora! Un enfermo necesita soledad. "Imagínese entonces al que está en trance de morir como cogido en trampa, rodeado por cientos de paredes crepitantes de calor, en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos" (Camus, 2018). Y nosotros seguimos inmunes a los cambios. Han pasado dentro de nuestra historia cosas peores, pero no hemos hecho nada al respecto. Nos fortalecemos para seguirnos soñando como los únicos y los más capaces, levantamos la mirada con altivez y olvidamos que nada de esto nos lleva a otro futuro. De hecho, preferimos olvidar todo lo sucedido y verlo en especiales de televisión, rememorar a familiares y amigos las condiciones que ellos no recuerdan, hacemos una pausa y citamos, como en aquel tiempo, como en aquella ciudad, como en aquel país. Nada nos cambia.

Esta tierra malsana, este asunto sin medidas, estas personas que nos hacen mirar adelante para ignorar lo vivido, constituye una sociedad que nos enseña a olvidar con fuerza los malos momentos y no hacerlos parte de nuestras memorias lejanas; incluso cuando

esos instantes de la memoria pasan, nos llenan de escrituras, de noticias de gran importancia, de estadísticas, de miedos, de actividades para nuestra soledad, de los instrumentos más fáciles de aprender y de los más difíciles para expertos, de las lenguas que debemos aprender y cuáles olvidar; "su dolor se descompuso en una cólera ciega contra el mundo, y aun contra ella misma, y eso le infundió el dominio y el valor para enfrentarse sola a su soledad" (García Márquez, 1985); pero nadie sabe qué hacer con la soledad, ni con el tiempo que tanto pedimos y que ahora que es una realidad solo sabemos añorar y olvidar.

Sin voz para clamar

Para Jaime Bertono Olapa

"Hola, mi vida, ¿cómo has pasado? Dios te bendiga. Me siento muy triste. Todas las mañanas me levanto a orar por ti, porque me duele saber que no puedo comunicarme contigo, mi niño. Te cuento que la situación no ha sido la mejor, muchos vinieron a preguntar por ti, pero solo pude dar la cara a tu amiga Mmoeira. No pude contener las lágrimas y me siento tan impotente en no poder responder tantas preguntas que me hacen acerca de ti. Quisiera estar a tu lado, abrazarte y decirte que te amo. Solo miro al cielo y me digo, sa qué hora pasó todo esto? si él se fue muy feliz. Un periodista me entrevistó por radio y ahogada en lágrimas le conté que eres un muchacho muy inteligente e intachable, y que todo fue planeado por Carla para dañar tu imagen. Yo no creo que seas culpable, hijo mío. Les he pedido a todos que, por favor, no manchen tu nombre, yo sé que eres bueno. Algunos de tus tíos se conmovieron y me están ayudando a recoger platica para los pasajes; si Dios lo permite, nos veremos pronto. Jesucristo te acompaña. Te amo".

Me quedé viendo estas palabras en silencio, mientras la voz de mi madre estaba susurrando cada línea a

mi oído. Hélix, me levanté recibiendo esta carta, quizá mañana no pueda volver a leerla; este viaje en el arca de Caronte era peligroso. Escribir era peligro, ¿no ves que si no existiera la Biblia o la Torá no hubiese habido judíos para los hornos? No sabía si me ibas a perdonar estas palabras, pero ¿para qué carajos querías memoria? Quizá las únicas personas que merecían ser recordadas siempre eran Mmoeira, y mi madre.

Ella había enviado aquella carta tratando de consolarme sin saber las condiciones por las que estaba pasando. Mi cuerpo trabajaba solo con un riñón, pero no era suficiente con el castigo mayor, ya que recordaba con vergüenza que mi ano no había cicatrizado, revistiendo mi mente de malos pensamientos. Esa mañana de cielo gris, las copas de los árboles desnudos, el invierno era inclemente y empañó los vidrios de gotitas de agua. El olor a alcohol era permanente en este ambiente. Yo, taciturno, estaba parado frente a la ventana viendo los raudos ciudadanos abrigados.

Mi imaginación volaba entre trágicas escenas de tortura y mutilaciones. Quería tener a ese italiano atado a una silla, ponerle un abreboca dental para sacarle diente por diente. Asimismo, al gordo amarrado de pies y manos a una cama, y bajarle los pantalones para introducir un tizón por el fundillo. Dejando correr la sangre irreal, calmaba mi ira demoniaca.

Entonces, inesperadamente alguien entró a la habitación y volteé a ver. Era el médico de turno que dijo:

—Buen día, usted es Bertono, ¿cierto? ¿Le pasa algo?

Había notado lo humedecidos y rojos que estaban mis ojos, mientras sostenía la carta en una mano. Intenté secarme y disponerme a escuchar a este hombre. Sostenía un estetoscopio detrás del cuello. Al igual que todos los días, venían a preguntarme sobre mi estado de salud, un chequeo de rutina. Esta fue mi respuesta:

- —Nada, recibí una carta esperada. Aunque amanecí fatigado.
- —Bien. Mi nombre es Alcides. Voy a hacerle algunas preguntas —dijo, revisando un documento sobre una tablilla con un lapicero—. ¿Le produce alergia algún medicamento? ¿Qué otra medicina le han aplicado antes de venir aquí?
 - —No soy alérgico a nada –respondí.
- —De acuerdo –dijo el médico–. Lo que pasa es que, en el último hemograma realizado, en el conteo de linfocitos, usted está muy por debajo de lo normal que es entre el 20 y 45 %. O sea el 7 %, lo cual es alarmante.
- —¿Por qué es alarmante, doctor? –pregunté con extrañeza–. ¿Qué son los linfocitos?

- —Son anticuerpos –dijo el médico pasando hoja tras hoja—. Su historial muestra que tuvo dos transfusiones de sangre y cinco dosis de antibióticos, lo cual puede reducir sus defensas. No obstante, se le adhirieron dos bolsas de plasma la semana pasada.
 - —¿Y qué provoca eso, doctor?
- —Hay varias causas por las que existe una reducción significativa de anticuerpos. Así como los antibióticos pueden ser los causantes, también un virus o bacteria. No se preocupe, realizaremos otros exámenes para hallar la razón.
- —Me deja un poco cabezón, doctor –respondí rascándome en efecto la cabeza—. ¿Qué puede ser? ¿Será que estoy infectado con algo grave? ¿Será eso que me hace toser toda la noche?
- —Tranquilo, señor Bertono. No se ponga a pensar así —dijo—. En algunos casos se presenta una infección o algo leve que puede ser tratado. A través de los exámenes vamos a descartar patologías. Le daremos un tratamiento adecuado.
 - -¿Virus o bacteria? -cuestioné-. ¿Qué podría ser?
- —Pronto vendrá la psicóloga para hablar con usted sobre un examen que le realizaremos. No se complique. Voy a formularle un somnífero para esta noche. Ahora bien, debo atender otros pacientes. ¡Que tenga un buen día, señor Bertono!

Pero cuando el médico iba a salir di tres pasos yendo tras él y, acto seguido, le toqué el hombro y le dije:

- —Doctor, una pregunta: ¿qué ha sabido de la enfermera Gladys?
- —Eh... –Él volteó y trató de gaguear—. Eh... eh... creo que ella pidió traslado para pediatría.
 - —Si la ve, dígale gracias de mi parte, por favor.

Recordé que había olvidado agradecerle la paella que preparó con mucho amor. Era difícil comprender el comportamiento de Gladys porque la conversación fluía con tranquilidad. Y aunque haciéndole saber que en realidad yo tenía un espíritu noble, pensé que había sido una pérdida de tiempo hablar de mi pasado. Parecía estúpido extrañar a una persona desconocida, alguien que no se acuerda de ti y quizá no era banal admitir el hecho de que ya no le interesaba lo suficiente a ella.

Conservé la calma y releí la carta de mi madre. No tenía idea de cómo había llegado a mí, ni tampoco quién la había traído, solo sabía que las únicas personas que podían entrar eran los médicos, las enfermeras y, obviamente, las señoras del aseo. No había visto a nadie. Luego, alguien entró y trajo, como de costumbre, la comida envuelta. Esta vez aproveché y le pregunté:

- —Señorita, ¿usted sabe quién dejó esta carta aquí?
- —Sí. Desde la semana pasada la había visto en la recepción. Yo la dejé encima de los pieceros de tu cama.

- —¿Y por qué llegó a mí tan tarde? –contesté apretando la hoja—. ¿Cuál es la maricada que tienen ustedes conmigo?
- —Le exijo que hable con respeto, señor. Hacemos todo lo posible para que se recupere pronto, pero no es mi culpa que no le haya llegado antes.
- —Sí, una sola maricada –respondí alzando la voz–. ;Ahora es malo que me envíen una carta, o qué?

En ese momento, la puerta se abrió dejando ver a una mujer que entró diciendo "buenos días". Sus tacones la hacían notar alta y esa chaqueta roja daba la sensación de ser muy astuta, con pantalón de drill negro bien pegado a las piernas. Inmediatamente la otra salió disparada del lugar. Tal vez era mi condición de enfermo que les hacía pensar que no era necesario un grillete y, por tanto, podía moverme libremente en la habitación. No tuve intención de escapar, no era conveniente. Cuando se acercó la mujer, tomó asiento en el sofá y, sin preámbulos, dijo:

- —Soy Eva, psicóloga clínica. ¿Por qué está aquí, señor Bertono? ¿Cuál es el rollo?
- —El problema son ustedes –respondí–. ¡Me acabé de enterar de que tenía una carta desde la semana pasada, y nadie se dignó a traérmela!
- —Estoy de acuerdo con usted —contestó—. Esos chupapollas hijos de puta me deben tres meses de sueldo y no sé cómo voy a pagar la puta renta. Ahora quiero que respire y me comente su situación.

- —¡¿Qué?! –exclamé sorprendido–. La verdad, no me esperaba esto.
- —A darle duro por detrás, que no tengo todo el día. Le vuelvo a preguntar. ¿Cuál es el rollo?
 - —Si usted no sabe, menos voy a saber yo, señora.
- —Primero, no soy señora; señorita para usted. Segundo, el médico me mandó para hablar con usted sobre VIH. Puede ser un posible caso.
- —¡Ay, hijueputa vida! —dije llevándome ambas manos a la cara—. No me diga que estoy pringado de esa mierda.

Entonces me levanté del sillón y fui al baño para encerrarme. Preferí no encender el foco. Había un abismo enorme en la boca de mi estómago; un nudo cortaba el oxígeno a mis pulmones; mi corazón cabalgaba a todo galope y me temblaban las piernas. En definitiva, no sabía si era peor ser juzgado a pasar diez a veinte años encerrado o sufrir una enfermedad incurable. Aún podía oír las risas y el alboroto de mis victimarios, turnándose detrás de mí como si fuera una prostituta. Al notar que no salía, Eva tocó dos veces la puerta y dijo:

—Disculpe, señor Bertono. Créame que he tenido un mal día. Salga y aclaramos el asunto.

Luego tocó dos veces e insistió.

- —Señor Bertono, por favor, escúcheme. Si está infectado, aquí estoy para ayudarlo. Si me escucha, le voy a proponer algo. Salga y le ayudo a escapar de aquí.
- —No caeré en ese engaño barato –dije–. No me crea tan imbécil.

No había varón sobre la tierra que pudiese despreciar el encanto de una bella mujer cuando ofrece probar la dulce libertad. Advertía ser una vil trampa, no obstante, no había nada que perder ante tal propuesta tentativa. Así que abrí la puerta y lo único que recibí fue un ósculo. Sus ojos eran dos estrellas radiantes, iluminarían hasta las oscuras profundidades del océano, y su cabello era más abundante que las lianas de mil árboles del Amazonas. Me mintió, pero recompensó con algo que a mi parecer reanimaba.

- —¿Por qué no llamaste al guardia o los médicos? —pregunté—. ¿Eres así de fácil?
- —No, y tampoco es para que piense mal de mí, señor. Creo que es sencillo doblegar un ansioso con algunas mentirillas y una muestra de afecto. Ahora venga y me cuenta un poco del miedo que siente.
- —Me da vergüenza admitir esto: me violaron en la cárcel.
- —No imaginaba eso de usted, por favor, discúlpeme otra vez. Lo primero es que no debe sentir culpa, ni mortificación; tampoco se alarme, tendremos varias sesiones de terapia, le ayudaré, lo prometo. Aho-

ra debo hablarte sobre el VIH con sus implicaciones. El virus de inmunodeficiencia adquirida es...

- —Ahórrese las definiciones, Eva –interrumpí bruscamente—. No necesito que hable de algo que me enseñaron en el colegio. Además, conozco muy bien lo que pasa con la gente pringada. Tuve un primo de 37 años que confesó haberse tirado al menos 300 mujeres. Era de los que mandaba pinta todos los días y manejaba un taxi. Se metió con la que no era y salió positivo. Mi tía intentó esconder la verdad, pero al final no hay nada oculto. Lo vi postrado, muy flaco y amarillo, y me dejó estas palabras: "Mijo, vea, las mujeres son malas, ninguna es buena. Solo mi mamá y la suya. Le voy a dar un consejo, métalo y nunca se enamore".
- —Típico de los hombres, la mayoría dicen que se han acostado con centenares de mujeres y no llegan ni a diez. Señor Bertono, no todas las mujeres son malas.
- —Lo sé. Tres mujeres pasaron por mi vida. Debo admitir que maté a la última.

De repente, sin aviso, entró una enfermera sosteniendo una bandeja plateada y sobre esta había una jeringa, un tubito, algodón y alcohol. Se dirigió a Eva.

—¿Ya está listo el paciente?

Desde luego había considerado a Eva como la peor psicóloga de todos los tiempos; insensata, vanidosa, malhumorada. Sin embargo, por alguna razón el destino la había puesto en mi vida, su beso me devolvió el aliento y la confianza cuando todo parecía esfumarse. Eva volteó a verme y dijo:

—Acabo de hablar con él y se siente nervioso con la prueba.

Entonces la enfermera dejó la bandeja sobre la mesita de cama para decirme:

- —Esta prueba es de anticuerpo. El doctor Alcides la ordenó. Así como te explicó la psicóloga, en caso de que salga positivo o negativo, se debe realizar otra en un periodo de dos a tres semanas.
- —No sé qué pensar –dije soltando un suspiro y mirando a Eva–. Hágale pues.

Me localizó el pulso de la arteria para amarrar el caucho y dar el pinchazo de la aguja sobre el cuero moreteado del brazo. Volvía esa misma sensación extraña por la extracción. Tal vez había sido una jornada extenuante para todos, o pasaba demasiado rápido a diferencia del resto en que no sucedía nada en lo absoluto. En el transcurso de los días siguientes, mientras podía estar parado frente a la ventana, mirando a través del vidrio, esperaba que fueran las nueve para iniciar la sesión de terapias con Eva. Parecía que ella comprendió mi tragedia, y habíamos alcanzado cierto

nivel de confianza. Me molestaba que se hiciera la difícil en aceptar mi petición por la que insistí durante dos semanas. Un día cualquiera, recurrí otra vez:

- —No te hagas la rogada, mujer; solo es un ratico.Nadie se va a dar cuenta, lo juro.
- —Ya dije que no. Me despiden por hacerlo. En estos tiempos de crisis hay que valorar el trabajo.
- —Sí, claro, se te nota demasiado que aprecias tu trabajo, eres la mejor haciéndolo –dije–. No tengas miedo, ya sé cómo vamos a hacer.
 - —No trates de persuadirme.

Luego, el médico Alcides entró a la habitación, quedamos en un silencio incómodo, saludó y comenzó a leer el resultado de la prueba.

—Señor, Bertono, no me gusta ser portador de este tipo de noticias, pero me temo informarle que su sistema inmunitario no lo protegería ante cualquier eventual infección o bacteria. De hecho, con una gripe usted tendría severas consecuencias. También debo hacerle saber que el resultado de la prueba es de reactivo para VIH. Esperemos que con un buen tratamiento no trascienda a sida. Le recomiendo guardar la calma, es probable que debamos realizar otra prueba para confirmar esta patología.

Se despidió dándome un apretón de mano muy fuerte con esta frase:

 Recuerde, la mejor medicina es la actitud de uno mismo.

Para empeorar las cosas, Eva dijo:

- —Siéntete tranquilo. Si quieres, te voy a llamar a personas que conozco que les gustaría contagiarse para que, ya sabes, lo transmitas.
- —Mejor cállate –contesté–. Hazme el favor, no me hagas insistir más.
- —OK. Te lo voy a dejar en el lavamanos, pero no te tardes. Voy a la recepción.

Se me cortaba la voz. Era casi imposible sostener el teléfono pesado que casi innumerables veces le rogué a Eva para hacer solo una llamada a la única persona con quien desearía hablar en una situación así. El sonido del tono de marcado era un tormento, y en cualquier momento volvería Eva, o me descubrirían.

- —Aló, ¿con quién hablo? –contestó–. A la orden.
- —Hablas con Jaime, mamá –respondí, me faltaba el aire–. ¿Cómo estás?
- —¡Ay, papi! –dijo con voz quebrantada–. No sabes cuánto te extraño, mi amor.

- —Mamá, no puedo estar mucho tiempo en esta llamada. Solo quiero decirte que eres mi vida, ya no puedo más.
 - —Papi, ¿cómo así? No me digas eso, mi niño.
- —Me da dolor en la vida tener que decirte algo que se veía venir. Soy VIH positivo. No te alteres, todo va a estar bien. Te amo. Adiós.
- —¡No cuelgues! ¡No cuelgues! Mi amor, necesito hablar contigo. Yo te amo más...

Era triste dejar hablando sola a mi mamá. Solo bastaba volver a la ventana para ver cómo mis ganas de vivir se iban yendo lejos como las palomas agarrando la mejor corriente de viento. Sumergido en este mundo, del que todos siempre quieren escapar, no había otro remedio que ahogarme en la desazón de mi pecho. Cuando Eva volvió, traía un vaso y dijo:

—Alégrate, la enfermera Gladys te lo mandó.

Era un café amargo, uno que no había probado en mi vida.

Bertono Olapa.



Chronos y Ananké, ;tanto para qué?

Así que yo debía comprender que, si quería llevar una vida ordinaria y "normal" como la de todo el mundo, entonces debía hacer justo lo contrario que Edipo, es decir, actuar como si no hubiera pasado nada.

(Pamuk, 2018)

Espero que ustedes, habitantes de Cygnus, estén teniendo un buen... lo que sea que estén teniendo. Con el pasar de los meses y de los tantos sucesos que me narran, veo que responden a mi provocación de escritura con más dedicación y experticia. Si pienso en todas las cartas que recibí, no puedo pasar por alto el hecho de que cada vez encuentro una calidad literaria excepcional, aunque las últimas dos provocaciones fueron las que más me impactaron. Allí, cada palabra, cada sensación y cada emoción, elementos tan pocos tangibles, se reflejaron en su integridad física. Notar su desnudez interpeló mi alma hasta el punto de una afectación profunda; llegué a un punto de no retorno.

Sé que los guío por un camino confuso, uno que solo responde a mis intereses personales, por esto creo que es tiempo de confesarles que no fui del todo

sincero con ustedes. El tiempo fluctuó y yo juré que podía sostener todas las mentiras que acarreaban mis letras. Inevitablemente sus textos, sus declaraciones, sus pedacitos de ser, apuñalaron mi egoísta proyecto. Conrado me hizo entender que domar las tinieblas que me persiguen no es posible. Quise que mis sombras, las mismas que hoy me avergüenzan, disiparan mi verdadero yo. Mi escritura parsimoniosa, su falsa coherencia, la displicencia con la que los trataba, mi aparente insensibilidad, no fue más que un tapujo. No fui sincero y no sé si podré serlo en su totalidad.

Noté que todos manifestaron varios sentimientos hacia mí. Unos me admiran y parece que me tienen en un buen criterio, otros me odian después de alguna que otra desilusión provocada, algunos enuncian su incapacidad por soltarme y hay quienes decidieron sumirse en un denso silencio sin razones. Me abruma percibir que suscité tanto en ustedes. Ya les conté de mi tendencia a ser una persona apartada y con grandes miedos por salir o hablar con la gente. ¿Por qué será? Todos los días pienso lo mismo. ¿Fue bueno crear esta red de comunicación? ¿Qué tan seguro es unir un grupo de desconocidos? Mi intención no era ganarme su confianza, mis intenciones eran otras, de un tipo bastante pancista.

Sé que tengo vacíos mentales, pero de alguna manera sigue presente el sentimiento de que soy un ser ignorado por todos y que esto, al final, me obligó a ignorarme a mí mismo. Luego de pensar mucho, al fin descubrí por qué perdí la memoria. Después de tanta autoignorancia, sé que mi mente decidió experimentar con mis recuerdos. Por accidente o a propósito, no sé. ¿Me estaba protegiendo? Este detalle no lo tengo muy claro. En lo que no hay duda es que el síntoma del automatismo carrillero comenzó a absorberme: ignoré mi realidad, oculté mis actos y reanudé la rutina como si nada.

Hoy sé que durante este proceso un poco de mi esencia se extravió; fui obligado por el destino a repensarme. Por eso me aferré a las pequeñas presencias y certezas que hay en mi revolcado apartamento para tener una identidad más o menos definida: mi silla giratoria. Tener veintisiete años. Mi computador. Llamarme Hélix Deneb. Mis libros. Ser lector. Mi ventanal. Ser escritor. Sí, sí, de lo poco que me agarro para seguir existiendo. Escritor. Creo que este es un título demasiado grande. Se supone que los escritores recuerdan, escriben con un propósito, narran con sentido. Siento que no cumplo con esto a cabalidad. Tal vez mi escritura sufra de una enfermedad. Me gustaría llamarla "la enfermedad del mal escritor". Sí, soy escritor, pero uno muy enfermo. Aunque siento que con ustedes esto mejoró.

Cuando mis recuerdos se perdieron, me obsesioné en buscar maneras de no perder la cordura. Necesitaba encontrar los medios necesarios para curarme. Fui un descarado ególatra. Lo único que importaba era recuperar mi memoria, el resto del mundo que se pudriera. Una de las medidas más desesperadas fue entregar panfletos en la calle para buscar no sé qué y, al final, los encontré a ustedes. Comencé a experimentar. Por eso les pedí que hicieran cosas incómodas como escarbar memorias, nombrar calles, narrar sus alrededores y observar lo que no tenían que estar observando para incitarlos a escribirme de vuelta. Y ustedes, dejándose guiar por este don nadie, respondieron a todo, algunos con cariño, otros con resistencia, aunque no dejo de preguntarme por la permanencia de algunos y otros no. A excepción de esto, todo fue según lo planeado: ustedes me iban curando el olvido, me enseñaron dónde carajos estaba parado, pero empezaron a ocurrir cosas. ¿Coincidencias? ¿Causalidades? Una fue que nuestras edades son parecidas; luego noté, así como Jules, el desasosiego de cada uno al tejer una fuerte y espontánea conexión, y, luego, pasó lo que pasó después...

¡Sentir en carne propia todas sus dolencias! ¡Eso! ¡Carajo! ¡Que comencé a conocerlos! Yo que por estos días me defino como solitario, apático, insensible, y, aun así, señores, me afectaron sus emociones. Darme cuenta de ello no fue fácil. Por eso les dedi-

qué un texto sobre las enfermedades del alma, esas que advertí en todos; en mí. En parte me sentía el responsable de causarles estas dolencias. El destino me estaba cobrando mi egoísmo. Buscaba respuestas en el exterior para resolver mi interior, pero no sabía que dentro de cada uno encontraría otros mundos por resolver. Ustedes me respondieron con unos textos viscerales, preciosos, y eso cambió mi opinión. Ahora lo entiendo: cada sujeto tiene algo que contar y hoy siento que acompañarlos a resolver esos mundos es mi responsabilidad por sugerirles, en primer lugar, que se cuestionaran.

Toda esta experiencia simula un robo de recuerdos en que, a través de sus vivencias, intenté con desesperación retomar los míos. O, más que retomar, lo llamaría suplantar. Hoy sé que en los vacíos de mi memoria hay migajas de graves decisiones. ¿Qué debo hacer, Jules? Yo tampoco logro encontrar eso que me haga sentir completo. Definitivamente, Mmoeira fue la única quien logró desnudar cada capa de ocultamiento de este rol que pretendo jugar.

Esa noche, luego del malentendido con aquellos hombres, de esa bochornosa interpretación fuera de lugar y del batacazo del exterior, puse a prueba sus dotes de inferencia. Fue un error, ella estaba más que preparada para un pobre vagabundo de realidades como yo. Poco a poco, palabra tras palabra, copa por copa y

después de unas cuantas caladas de humo, desentrañó todos mis problemas, incluso aquellos perdidos en mis olvidos. Pero el establecimiento Los Tranquilos no solo fue testigo de mis rayones, también me tomé el atrevimiento de hablar de los de ustedes. Fue increíble presenciar a Mmoeira, con experticia, dibujar con su oralidad cada carácter. Por ejemplo, sin mencionar el nombre de Bertono, completó detalles que no conocía del señor Olapa; solo con una breve descripción que hice de sus cartas. Menosprecié a la astuta dama de ojos de olor yerbabuena.

Queridos, fue borrascoso nuestro inicio. Les debía esta dosis de sinceridad, esta pieza tallada en mármol macizo sin cera alguna que tape mis remiendos y errores de escultor. Ya que revelé ciertas razones de todo este origen literario, ¿cómo van a proceder hacia mí? ¿Tengo salvación? *Cygnus* somos todos... ahora, solo espero que no abandonen el propósito conjunto que creamos, sin darnos cuenta, a través del perfeccionamiento de las digresiones en que nos sumergimos durante meses. Esta misión también nos hizo llegar a un destino hecho texto y cumplido "fatalmente, irrevocablemente a pesar de todos los esfuerzos que pueda hacer el que está incluido en este ciclo" (Cortázar, 2003, p. 72). Mi destino fue escribir este texto; el de ustedes leerlo.

Aquí llego al tema que quiero tocar. El Ananké, el destino humano, la fatalidad, la ineludibilidad, la inevitabilidad, lo que los dioses griegos daban a los "hombres libres" y que, a pesar de sus esfuerzos por evadirlo, se cumpliría, positivo o negativo, para la complacencia de los dioses. Chronos y Ananké, fuerzas del tiempo y del destino entrelazadas desde el inicio de los tiempos; más que ordenar el caos, como lo hizo Demiurgo, le dieron al universo la estabilidad necesaria que nos trajo a este texto.

Así que, con todo esto que nos acontece, que nos acongoja y nos hace sangrar demonios innombrables, ¿conoceremos claramente nuestro destino?, ¿estaremos destinados a permanecer en este tire y afloje de palabras?, ¿alguien estará de acuerdo con Conrado cuando cuestiona el hecho de que "creemos que todo se nos está dado por el solo hecho de existir"?, ¿habrá que hacer algún tipo de esfuerzo para que se nos dé algo?, ¿estaremos destinados a sufrir, añorar y olvidar, a andar de historia en historia, de mal en mal, de café en café?, ¿a dejarnos llevar por el automatismo carrillero y olvidarnos de nuestras dolencias?, ¿tanto para qué, Chronos y Ananké? Y, entonces, queridos habitantes de Cygnus, escríbanme... ¿a dónde iremos a llegar?

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.

Nace la marea alta

Hola, Hélix De(misdesilucio)neb(s):

Te escribo tardía y no mereces disculpas. Uno de mis amantes me regaló un labial lavanda la semana pasada. Al lucirlo, recordé estar demorada contigo y tu desplante del Hurak. ¿Quién te crees? Es suficiente soportar tu rechazo, pero citarme a un lugar donde no aparecerás es abusar de los límites. No sé qué clase de desocupada me crees; las filósofas del placer merecemos respeto. Estoy enfadada, aunque confío que, con el pasar de los días, esta desazón se desvanecerá. Ya no vale la pena extenderte mi amabilidad. A pesar de todo, cumpliré con mi promesa de escribirte. Noté que la lectura de mi prosa alucina en la intimidad. Eres una excusa para aprender a deslizar mi erotismo en el papel.

Los últimos dos meses saqué mi lado más sensible. En las últimas dos cartas te conté cosas que jamás pronuncio. No me gusta estar triste porque me deja sin fuerzas para levantarme de la cama. Al estar taciturna me obligo a atender a los que vienen a buscarme. Cuando la obligación intercede, todo pierde sentido. Eso va en contra de mis principios.

Cuando me preguntan sobre el destino, me da dolor de cabeza. Mi mente se altera al intentar atar cabos con esa palabra problemática como protagonista. Supongo que para opinar sobre asuntos existenciales hay que contar con toques de imaginación. Las grandes expectativas que forjamos sobre nuestro sino provienen de nuestras profundas esperanzas. De las pocas nociones que tengo de mi infancia es que nunca me enseñaron a fantasear. Cuando en casa se planeaba o se mencionaban deseos de cosas imposibles, había pelea. Admiro y deseo la capacidad de las personas para pensar en el mañana o para visualizar idilios.

Nací en Vulpécula, un pueblo iluminado por bombillitos con aroma a cítrico que brotan de camas aéreas. Vulpécula me sabía al jugo de esos bombillitos. Siempre preferí las sombras porque al caminar bajo el sol me chocaba con muros y postes. En la noche todo lo veía más claro y mis movimientos eran más precisos. Jugaba con mis amigas Vega y Lúcida cuando todos dormían. Me escapaba por mi ventanita y corríamos por las plantaciones de maracuyá. Teníamos ocho años.

Antonio era el novio de mi hermana y vivía en nuestra casa. Cuando peleaba con mi hermana, se acostaba furioso en el sofá y una noche lluviosa lo invité a dormir en mi cuarto. Si no estaba con las chicas, pasaba horas mirando a su lado el cielo nocturno

desde mi patio, sin brillo ni calor que me molestase. Contábamos estrellas acostados sobre el pasto seco. Nos reíamos de las formas de animales inventadas en las constelaciones. No sé a partir de qué noche pasamos de contar estrellas a dibujar con la yema de los dedos objetos invisibles sobre la piel del otro. Sin saberlo, añoré las caricias húmedas de Antonio. Todavía siento sus dedos deslizándose por mis pequeños labios para jugar con mi botoncito inexplorado.

Mi relación con Antonio duró lo que aguantó la quebrantada relación con mi hermana. Cuando él se fue, a mi cuerpo lo invadieron escalofríos inconmensurables. Cada poro de mi piel extrañando sus susurros. Mi torso deseando su abrazo moreno. Nunca más supe de él y en mí nada volvió a ser igual. La manera de pensar y ver a las personas fue unos de los cambios definitivos. Me preguntaba si gemirían o no, si disfrutarían que me les insinuase, cómo besarían esos labios gruesos, cómo se moverían esas caderas a contraluz, cómo luciría ese pene o aquella vagina rozando con mi intimidad, cómo esparciría ese hombre sus líquidos internos.

Los vacíos de mi primer hombre los llené con Vega y Lúcida, mis ávidas compinches sexuales. Cambiamos nuestros juguetes de plástico por juguetes de carne y hueso. Ya nuestros cuerpos no eran los santuarios incólumes que nombraban en la escuela de señoritas. Vestíamos ropa llamativa, nos maquillábamos con colores fuertes y practicábamos tácticas de seducción que surgían por instinto. Nos exploramos, nos conocimos y nos descubrimos como mujeres sensuales. Desarrollamos un gusto especial por nuestros nuevos juegos y descubrimos lo que significaba el placer de follarse con paciencia, locura y furor. Entendimos muy pronto lo que nos ofrecía el mundo del placer y escapamos de Vulpécula. Así llegamos a *Cygnus*, una ciudad fantasma que nos aseguró el goce permanente.

Hélix de mis desplantes, creo que el destino es una espiral. Tenemos un centro, un origen, y todo lo que pasa en cada curva nos permite avanzar, pero nunca nos desvía de nuestro centro. Para mí todo esto es muy simple: mi centro fue permitir que Antonio me tocara. Yo nací para perfeccionar el arte del placer efímero, para ser maestra danzarina e intercambiar caricias sin mesura. La vida me creó para complementar mi electricidad sexual con un baretico o unas cuantas copitas en la cabeza -los mejores potencializadores de placer- y contagiarles la felicidad a otros. Las vueltas de la vida me hacen más vieja, pero por más arrugada o resabiada que me pongan jamás me desviarán de mi cabaret, de mis sábanas de seda, de mis ropas brillantes, de todos mis amantes o de mis orgasmos espectaculares.

Vulpina Sadir.



Vivir la muerte que nos queda

Admito que no es justo, pensé encontrar un camino en tus palabras. Ahora me doy cuenta de que todo era una farsa. ¡Patrañas! Aun así, no pasa nada... mantenerme calmado, eso haré, este fuego curará las heridas. ;Sabes algo, Hélix? En un principio te tenía miedo. La esperansia -; ella?- que se ha generado en mi vida consume y dictamina cada una de mis acciones. Me he dedicado a la soledad fortuita del prepotente y tus letras me habían indicado, a cambio de ciertos sacrificios, que podía escapar de ese estado. ¡Jah! ¿Podés creer? Menudo imbécil. Esta actitud, que tildé de obtusa y rebelde, es más bien compasiva y amorosa. ¿Cabe acaso tanta sangre en un cuerpo tan escuálido? Tú me has ayudado con algo, por eso tengo rabia en la mirada, porque todo viajero inocente odia a los mentirosos y egoístas, pero todo viajero ausente sabe cuándo bajar la cabeza y atender. Te diré una cosa: Tú no me has curado, estoy enfermo, fuera de ello, tú me has salvado de esta imposibilidad para leer, más que solo a ella.

Verá, ayer tomé la posición de responderle. Los días se me hacen cada vez más largos, y he perdido –perder la esperanza, perderla– la noción del día en que vamos. Supongo que esto ocurre entre abril

y junio, y ya ni sé cuándo responder a sus recados. Sin embargo, me mantengo y mantendré en contacto, mientras la sangre que rescato dentro de mí me lo permita. Así pues que, a falta de servilletas y paños, empecé a tomar las libretas para secar y limpiar las manchas de sangre. Me he gastado al menos diez en esa tarea —quedan como treinta o menos por ahí—, total que ese blanco cubierto de tinta y sangre hace un humo que te maravilla; un sahumerio casero del escritor que viaja.

Fue entre la limpieza y la quema que me dirigí al kit de primeros auxilios que guardo cerca a la alacena en búsqueda de gasas y curas para las heridas. Después de todo, no podía vivir para siempre de suponer que el papel tiene dotes médicos. Aunque admito que escribir siempre ha sido la cura a la mayoría de mis dolores. El dolor de la espera... el dolor del ansia. La mancha perpetua que hace la tinta en el papel permite que el *viajero* nunca llore. Un compromiso con el folio, el juramento de que cada lágrima que pueda existir será reemplazada por una anotación precisa.

Pasó algo interesante. Allí encontré una libreta de bella manufactura, con un símbolo clínico en la contraportada. Normalmente no hurgo entre mis pensamientos, a menos que esté buscando algo en específico. No obstante, un joven mentiroso me ha enseñado a resonar en la lectura. Dada la llamada, comencé a leer mi libreta con suma curiosidad y menudo aprecio. He descubierto la razón de mis dolencias: porto una enfermedad, extraña y mortal. Mis días están contados, Hélix. ¡Ay, si tan solo esta humareda de libretas pudiera salvarme! Si no salgo y me recluyo, es por miedo al contagio, al menos de eso datan mis primeras anotaciones. ¡Qué trágico e irónico el final del *viajero*, que se encierra por temor a compartirles su destino a otros!

No por nada te cuento todo esto. He comprendido que mi tiempo, aunque no corto, es limitado. La enfermedad que padezco, según precisiones en las diez páginas ulteriores a mi primera lectura, no parece ser contagiosa. De cualquier manera, afecta mi cerebro y, con ello, directamente mis recuerdos. Le pido que visitemos a Vulpina, si se pregunta a dónde. Le respondo. Llegaremos al Voltaire. Llevaré una de mis preciadas libretas, viviremos el placer y lo consignaremos en papel. Luego, volveré a mi reclusión a esperar que pasen los días. Mantendré el contacto, pues, si de algo sirve un *viajero* recluso, al menos que sea para imaginar sus caminos y que alguien menos *ausente* los recorra por él.

Esta última petición ha nacido de la Srta. Sadir. Al fin pude leerla y, más que curiosidad, me generó un recuerdo borroso de una mujer preciosa que alguna vez amé, y que espero –tengo la esperanza– en su ca-

baret pueda terminar de recordar. Si quieres llegar a algo, Hélix, llegar a ser un mejor hombre, comienza por reivindicarte, una acción que te legará mi respeto y seguramente el cariño de la Srta. Sadir.

Cada vez menos vivo,

R. Najevat.

522

¿Cuál es el fin de la carrera?

Terminé con un silencio y una quietud muy profunda la última vez que te escribí. Tenía una especie de miedo a tener que enfrentar las letras y el papel de nuevo, me refiero a enfrentarte a ti y exponerme a mí. No sé si ese miedo me hacía resistente a mirar el calendario y ver que se acercaba y alejaba la fecha de respuesta. Me da cierta pena o angustia tener que reconocer el hombre en el que me he convertido.

Te estaba contando que la última vez que fui al café buscaba llegar y encontrarme con algo que cambiara mi vida, que pusiera mi montaña rusa a ir en subida o que al menos le diera un poquito de emoción a este presente que lentamente se hace pesado. Y llegué al Hurak, como supiste, y tenía frente a mí a una mujer que me dejó paralizado, como si me estuviera buscando desde hace mucho o estuviera esperando a que yo llegara sencillamente a sentarme junto a ella. No sé por qué digo esto si solo me miraba con una delicada sonrisa. Ella estaba ahí esperando alguna reacción mía, y yo como una estatua, sin poder responder ni con una palabra.

Nuevamente la vida pasándome por delante o por dentro y yo sin poder reaccionar. No sabía si usted, Hélix, de haber estado ahí, me habría dado una mano en ese momento. Y aunque lo dudo, tampoco sé si estemos preparados para vernos frente a frente. A quitar tantas posibles máscaras que he escondido con las palabras y develar realmente el caos que soy o si por mi lado estoy preparado para conocerlo realmente y tumbar la imagen que he creado en mi mente de usted. Volviendo al momento, la parálisis de la que te hablo ocurrió en mi cuerpo y en mi interior, y cuando esto me pasa, solo me quedan ganas y fuerzas de hacer una sola cosa: huir.

No solo le hui a la mujer, ni al café sorpresa que Clementina justo me estaba sirviendo. Le hui nuevamente a ese misterioso accionar de la vida, a ese tejido que se crea entre el destino y los destinatarios, ese que va atravesando sus hilos en nosotros con nuestro consentimiento o sin él. Venía pensando todas estas cosas, dándole vuelta a esas ideas en mi cabeza, hasta que leí tu texto, Hélix. Se me removieron las entrañas con tus preguntas, ¿cómo podré yo conocer el destino si cada vez que intento actuar salgo corriendo y me encierro en mi propio caparazón? Esto lo digo ahora, porque ya han pasado días enteros pensando en este asunto, y pude concluir que le tengo miedo a una parte de la vida, quizá a esa que no puedo controlar. ¿Pero qué de lo que ha sido mi vida hasta ahora ha sido creado por mí y no por la vida actuando sobre mí?

He preferido la soledad porque no quiero arriesgar este placer de sentirme como a mí mismo se me venga en gana. Porque lo sé, estoy seguro de eso... cuando empezamos a compartir con alguien, todo empieza a orbitar en ese eje. El pensamiento, el deseo, las emociones, los planes; uno se entrega, lo da todo para construir algo, cualquier cosa, sin nombre ni forma, solo algo. Y después... el tiempo tan buen amigo de la construcción como de la destrucción nos arrebata lo nuestro, nuestra preciosa creación. Dejándonos vacíos, llevándose hasta las lágrimas, hasta las ganas de imaginar otra posible vida. Como si alguna emoción fuera definitiva. Entonces, Hélix, no sé si el destino y vo nos podamos tomar un café juntos, conciliar en alguna de estas disputas que hemos tenido durante tanto tiempo. No sé si sea posible que nos miremos frente a frente y no nos gritemos ni reclamemos sobre lo que hemos hecho o dejado de hacer. Hasta ahora, me ha parecido que el destino y yo estamos en una carrera constante en la que lo veo ir siempre adelante, me hace muecas, me grita cosas que no quiero oír, o me da algunas opciones para elegir. Y lastimosamente siempre renuncio antes que la carrera termine. Pero ¿cuál será el final de esta carrera?

Gonzalo Romero.



Cuando la sangre de tus venas retorne al mar, y el polvo en tus huesos vuelva al suelo, quizá recuerdes que esta tierra no te pertenece a ti, sino que tú perteneces a esta tierra. Proverbio sioux

Querido Hélix:

Después de la última carta quedé a la deriva, quizá por eso me demoré en escribirte. Dejé las libretas y el computador a un lado y me aislé. Recordé el momento en que dejé el mar y las promesas que hice de no mirar atrás, me sentí más sola que nunca; casi como en el medio del mar, dentro de una lancha buscando señas para ubicarme, observando en silencio y en el horizonte una pequeña línea amarilla.

Querido desconocido, desde que leí esa última carta y las de los demás, los recuerdos del mar siguen llegando y he decidido hablarte de él, porque es mi gran amor, mi mayor deseo, el que todo me lo ha dado, pero también todo se lo ha llevado...

Recuerdo las mañanas en las que el mar amanecía invisible, no quería dejarse ver, hundido en una bruma espesa de la madrugada: una bruma que no se puede penetrar, solo deja pasar el tiempo, nada más. Recuerdo salir con el negro en la lancha en esas madrugadas, él conducía a ciegas sobre esa bruma espesa, que parecía sostenerlos sin moverse. Las sombras que la lancha hacía sobre la bruma espesa nos hacían saber que ahí estaba el mar porque escuchábamos su sonido, pero nada más. Ese recuerdo, querido habitante de ese lugar llamado *Cygnus*, lo veo pasar día y noche por mi mente: escucho las olas, siento su aroma, estoy ahí.

Me he ido lejos del mar, hace años que salí de ahí. Lejos de la cocotera, de las botellas de ron, de los juegos de dominó en las esquinas, de los negritos, y hoy las ansias de estar ahí me mantienen en un estado casi catatónico porque sé que no puedo regresar, al menos no al mismo mar, ni a la misma casita. Saldré a buscar a Juan en la esquina del Periodista, a tomarme un par de rones a ver si la cabeza deja de darme vueltas a la deriva en el mar.

Sin más, esperando que algún día podamos compartir esta nostalgia del mar frente a frente,

Concha.



Nunca sucumbí a esa ni a ninguna de sus muchas tentaciones obscenas, pero ella no creía en la pureza de mis principios. También la moral es un asunto de tiempo, decía, con una sonrisa maligna, ya lo verás. (García Márquez, 2004)

Querido Hélix:

Nunca somos quienes decimos ser, no existe un libro de verdades, ni un ser humano transparente. Narcisos, ególatras. Eso somos, no te culpo, ni te juzgo. Comparto tu gesto de honestidad y hoy me desnudo ante las letras.

Me vanaglorio con la bandera del feminismo, la misma que me metí por el culo cada vez que me burlé de una mujer, cada vez que decidí callar, cada vez que no creí, cada vez que no grité por las que les robaron la voz. Les até la soga al cuello y me la até a mí. La misma que deshonré cada vez que hice algo que no quería por complacer a un hombre, cada vez que irrespeté mi cuerpo e integridad por satisfacer la oscura necesidad de otro.

Si hay algo que me ha enseñado dedicarme a la vida del albedrío, es que la moral es un asunto que se desvanece, o se transforma, con el tiempo. A todas estas, ¿qué es lo que está bien? Uno siempre termina siendo lo que tanto critica.

Confieso que mis manos se mancharon de sangre, literalmente. He asesinado a un hombre. Me repudia llamarlo así, entonces reafirmaré mi delito: he asesinado a un cobarde que merecía morir mirando a los inflamables ojos de una mujer poderosa. Lo he disfrutado.

¡Sevicia y alevosía! Soy culpable.

No abundaré en detalles, aunque espero que no me delaten. Se lo ha merecido y en mi ser no hay una gota de angustia ni remordimiento. Tal vez esto fue lo que las moiras tenían preparado para mí. O tal vez yo ya no quiera llamarme Alina, sino "Ananké", para, junto con Chronos, decidir sobre la inevitable muerte de los hombres sucios.

No sé a dónde llegaremos, Hélix, pero siempre podemos saber por dónde empezar. Con esta confesión, he acabado con toda posibilidad de que conozcas mi verdadero nombre, mi ser, mi cuerpo. Seré a partir de hoy un fantasma de letras. Una mujer sin rostro. Y tal vez no quieras comunicarte conmigo de nuevo, y lo entiendo. Soy incoherente, me duele que hayan asesinado a tantas mujeres, me duele que las prostitutas seamos sus objetos y que muchos se crean con el derecho de acabar con nuestras vidas, como si fuera tan fácil como soplar la llama de un fósforo que usaron para dar luz por unos cuantos segundos y una vez terminado su cometido, lo apagaron sin dejar que se consuma. Aun así, me he convertido en una asesina, pero no me confundas, mis principios son claros y no le arrebaté el último aliento a un inocente. Espero que esté ardiendo en el infierno. Y que me espere ahí para el siguiente *round*.

Renuncié al miedo y hoy abrazo mi deseo latente de libertad. Que se cuide quien tenga el infortunio de cruzarse conmigo.

Salí mal librada de las incipientes garras de su deseo

La fúlgida luna
Única testigo del crimen
Entre las sombras, el frío y el humo del cigarro
Dios, el omnipresente
Presenció el natalicio de una impostora.
Mi sangre hervida de ira
Su sangre goteando en el polvoriento asfalto
¡Sucio! ¡Mugre!
"Perra", dijo, en su último aliento

Y tomó la mano de la incertidumbre muerte Muerte, espero que seas mujer. Y si así es, sométele Miré la luna Yo, loba gemidora Ante esa nueva sensación de placer De justicia Prendí otro cigarrillo.

Alina del Azar, y claramente, querido, no creo en las coincidencias.

Pourquoi, Hélix?

Vaya, vaya, al parecer te estuve subestimando todo este tiempo, Hélix. ¿Nos utilizaste a todos como tus marionetas para tu beneficio? Bastante impresionante, no pensé que tuvieras las agallas para ser una persona ambiciosa, pero me equivoqué. Si te sientes mal por mí, no pasa nada, querías cumplir una meta, recuperar tu memoria, hiciste lo que tenías que hacer, ¿cierto? Eso no te hace egoísta, te hace insaciable, calculador y, lo más importante, alguien triunfante. Al parecer tenemos más en común de lo que pensé, además, tuviste coraje para sincerarte en la carta, lo que, en mi opinión, no debiste hacerlo. Tu mentira era una historia creíble que funcionaba bien. Pourquoi, Hélix? ¿Por qué decidiste destruirla con la verdad? Las personas mienten para conseguir lo que quieren, también juegan sucio todo el tiempo, es parte de la vida, piénsalo mejor antes de hacerlo de nuevo. Está bien, entiendo que el sufrimiento de los demás te llegó al corazón y te lo ablandó, es normal. No voy a dejar de escribirte por eso, necesitas práctica para no dejar que lo ajeno te distraiga de lo que quieres lograr y, ya que lo mencionas en tu carta, de tu destino. Presiento que sí tienes salvación, Cygnus no está perdido ni tú tampoco lo estás, harás el esfuerzo necesario para recuperar tu memoria, comenzaste un fuego y la pregunta es ¿dejarlo morir o arder con él? Hacemos un gran equipo, ¿no crees? Tienes mucha suerte de tener a alguien como yo de tu lado, a quien puedes admirar y te saca de tus líos con su brillante intelecto. Quizá no fue solo suerte lo que te ayudó a encontrarme, sino también el destino. ¡Sabía que esta vez no me enviarías una carta con tareas aburridas!

Se me hace curioso que menciones la mitología griega, sabes que soy una persona culta y por supuesto que sé del tema, así que deja a un experto hablar. El concepto de destino lo percibo como un poder sobrenatural, ese que trata de guiar la vida humana hacia un fin desconocido, sin olvidar que siempre tiene un objetivo y es, a toda costa, inevitable. Lo que supone que nada ocurre por casualidad y todo lo que pasa a nuestro alrededor tiene una razón predestinada detrás. Respecto de la mitología griega, existe lo que es el oráculo de Delfos, un recinto sagrado donde cualquiera les puede consultar a los dioses sobre inquietudes acerca de su destino. La desventaja es que la respuesta puede ser gloriosa o perturbadora para quien la escuche y todos saben que el oráculo nunca se equivoca. Si fuera posible para mí visitar el oráculo de Delfos y si este me dijera un trágico destino, haría lo que fuera para escapar de él, supongo que es lo que cualquier persona haría, pero no es tan simple. Verás, iluminaré tu mente con la historia de

Odiseo, el regreso. Este antiguo relato describe la historia de Odiseo quien, después de la guerra de Troya, regresa a su tierra. En su retorno, le preguntó a Tiresias sobre cuál es su destino y este le cuenta el peligro que afrontará por el resto de su viaje a casa. Aun así, con el conocimiento de su atroz rumbo, Odiseo decidió continuar con su viaje y todo lo que predijo Tiresias se cumplió. Honestamente, creí que Odiseo intentaría evitar su destino, pero él era inteligente y sabía que era una batalla perdida.

No todos actúan como Odiseo, es lo que cuenta la historia de Las aventuras de Perseo. Esta narra las decisiones que toma el rey de Argos al enterarse de que, según la profecía, su propio nieto lo matará. Lo que hace al respecto es bastante exagerado, destierra a su hija y nieto Perseo. Es una buena escapatoria, ;verdad? Pero si tu intelecto comprende lo que te he contado hasta ahora, ya sabes lo que pasará. Años después, Perseo decide visitar a su abuelo, pero Argos, al enterarse de que su nieto vendrá a verlo, se esfuma hacia otra isla, en la que es asesinado por Perseo de todos modos. Obviamente, no escapó de su destino, este es un rumbo desconocido, no importa cómo reaccionemos si llegamos a conocerlo, siempre vendrá a nosotros. No te frustres pensando en cuál es nuestro destino porque no podemos cambiarlo. Así que, si quieres lograr algo, debes hacer lo que sea necesario.

À plus,

Jules Leblanc

P. D. Sigue mandando cartas no aburridas, Hélix. Aunque me gusta darte el placer de que leas mi escritura, mi tiempo es demasiado valioso.



Un café, dos cafés, aquí estoy para siempre...

No se respiraba todo lo que se tenía que respirar, no se vivía de una sola vez, el tiempo era lento, extraño al cuerpo, se vivía del tiempo. (Lispector, 2014)

Una vez alguien me pidió tiempo, sin embargo, este pasó y nunca más volvió, pero sigo esperando, pues nunca el límite fue sentado o propuesto "y habían transcurrido desde entonces cincuenta y un años, nueve meses y cuatro días" (García Márquez, 1985). El tiempo es una cosa irracional, muy racional, creemos que esos palitos en nuestro reloj mantienen nuestra vida en orden. Nos dicen la hora de dormir, de despertar, de amar y, sin embargo, decimos que vuela como el viento, que, además, nunca lo he visto volar. El tiempo rige cada momento de nuestras vidas, es más, a partir de la hora es nuestro nacimiento, nos explican las determinaciones de nuestras vidas, nos dicen el pasado, el presente y el futuro. Todavía los oráculos nos determinan, entonces creemos que estamos destinados a cosas establecidas ya. Pero entonces qué sentido tendría el albedrío si ya está todo determinado por el tiempo.

Pensamos en el trayecto de los segundos como si se constatara en ese ritmo la cadencia de las caderas de una bella mujer o el paso fuerte de un hombre. Damos todo el poder a este palillo que recorre en forma circular atado a su eje, que acciona un mecanismo que da paso a una medida mayor y este a su vez el engranaje para la hora; sin embargo, ¿en qué lugar se guardan esas horas? Entonces pasan y vemos en ellos las respuestas a todas nuestras preguntas.

Las arrugas se vuelven los canalizadores del tiempo en nuestro cuerpo, más tenemos, más pensamos que estamos cerca de las respuestas y, a veces, tenemos tantas e ignoramos que la verdad estaba en otras preguntas. Unas menos efímeras. Como la de saber con quién logramos esas marcas en nuestra piel o quién estuvo ahí para verlas hacerse. Las canas son solo el artilugio de la mente para hacernos sentir llenos de experiencia y sabiduría. Nos hicieron creer desde el inicio que solo quien tiene gris o blanco en los cabellos puede crear al mundo o entregar a su hijo para salvarnos. El dolor en el cuerpo, otro síntoma del tiempo que va pasando, un malestar aquí, otro más allá, sin darnos cuenta de que son los mismos que siempre hemos tenido, solo que ahora se intensifican por la razón o la memoria. Y decidimos olvidar, que las cosas buenas que tuvimos nos hicieron, que las personas a nuestro lado nos dieron horma, que los lugares construidos con nuestras manos nos formaron, que el amor no se mide en aniversarios sino en lágrimas, orgasmos, besos, pieles reaccionando, olores en nuestras narices y uñas en la espalda. Que la amistad se toma en copas de vino, tazas de café, libros leídos y regalos que no son regalos.

El tiempo se convirtió en el límite, mientras que antes eran solo posibilidades. Mirábamos el mañana con ilusión, el ayer con tanta pasión y el hoy nos preocupaba menos. Todo cambió. No dedicamos tiempo a recordar, pues pensamos que solo nos hace daño. El mañana lo laboramos hoy, pero no llegamos nunca y el día a día se nos volvió parte de un paisaje lejano, un horizonte que ya ni anhelamos.

Entonces pienso que no debería existir algo tan racionalmente efímero como el tiempo. Deberíamos medir nuestras vidas en personas que importan, encuentros que nos alegran, corazones rotos, amores para siempre, canciones dedicadas, flores que no marchitan, dos gardenias, libros no leídos, vasos de Ron Zacapa, viajes que permanecen y cafés hechos en un sifón Hario de tres tazas.



El 9 de mayo nació un ser de carácter humilde, de corazón apasionado, heredado de su madre. Hablar de Mmoeira, querido Hélix, era para recordar su pureza, pero también sus pecados. Era una mujer calidosa que atendía una barra, y tenía buen oído para escuchar historias de calamidades. Poco hombre, quizá eso pensaste de mí por la forma en que me referí a ella. Aquí va esto que pasó.

Era viernes en la universidad de *Cygnus*, y por ese entonces yo participaba en un grupo de investigación en literatura allí. Ya finalizadas las clases, me gustaba invitar a Mmoeira a tomar pola con los pocos pesos que tenía. Ella estaba estudiando ciencia política, y su inteligencia le hacía lucir deseable ante los ojos de cualquier hombre.

De manera que no era mala idea pensar que podría tener una oportunidad con ella, pues, sin duda, éramos buenos amigos. Entonces ella compró una caja de cigarrillos donde el Cerati, un señor en silla de ruedas en la entrada de la universidad, y, luego, cruzamos la avenida para llegar hasta Bantú, conocido como La Curva.

Paso a paso el olor a orina era penetrante, el bullicio del punk estallaba nuestros oídos, el jíbaro estaba vendiendo bareta orinada, los vendedores de vinacho ebrios de su propio producto y la caleña quebrando la acera, yendo con el ritmo sabroso. Almas acaparando el jolgorio de *Cygnus*, una ciudad que comenzaba a tornarse violenta a mediado de los ochenta.

Mmoeira y yo reprobamos la bareta porque muchos compañeros cayeron en la miseria de la calle y se convirtieron en pastores evangélicos. Era algo para morirnos de risa. A medida que el alcohol llegaba a nuestros cerebros, filosofamos la situación del país, sobre todo, el problema de corrupción. País de gente anómica e ignorante, de caudillismo y falta de sentido común cuando invirtieron su dinero para llenar los bolsillos del pastor en vez de alimentar un huérfano, cuando la corrupción brotó desde los hogares por los padres que aceptaron a sus hijos robar en la tienda, cuando honorables concejales y senadores vendieron los recursos del pueblo a multinacionales.

País sin orden ni Estado cuando grupos armados se pasearon como perro por su casa en camionetas 4×4 ejerciendo el control en territorios pobres, cuando concedieron beneficios excarcelarios a asesinos y violadores porque son seres humanos que merecían respeto, cuando fue más costoso un libro que una botella de ron, cuando las discotecas reventaron y

las bibliotecas vacías, cuando el pueblo votó, no por el cambio, sino por cincuenta mil y un tamal, cuando una mandarina y un jugo de mango eran el almuerzo de niños en busca de educación, cuando el producto nacional no fue el café sino la cocaína, cuando la prostitución fue más rentable que ser maestro, cuando no llegó la energía eléctrica, el acueducto y el gas natural porque se robaron el rublo para hacerlo ver imposible.

La noche era eterna, había que rematarla. Ella me había explicado la dirección de la casa de su tía, un apartamento que quedaba en Prado. Estaba siendo cuidado por ella, porque la señora se había ido para Amagá la semana pasada. La señora, una mujer de 74 años, vestía como muchacha de 20. Lucía botas negras, un jean entubado y la cara pintorreteada, con esos labios que parecían dos fresas rancias. Obviamente ella aprovechaba la soledad de la casa e invitaba a sus compañeros para hacer trabajos, y esta vez no sobraba la idea de beber algo en ese lugar. Aunque yo debía entregar un ensayo, basado en el primer capítulo de *Crimen y castigo*, de Dostoievski, pensé que era una pérdida de tiempo porque el profesor no lo leería y me evitaría con otra excusa.

Quién imaginaría la sorpresa de una mujer cuando se empeña en dar presentes. No hubiese habido hombre, incluyéndome, que pudiese aborrecer a Mmoeira, bailaba como una diosa, cantaba *We Are*

The Champions a todo pulmón, y me invitaba a enloquecer. Tal vez estabas preguntando cómo la conocí, Hélix. Fue de una forma inusual. Un año antes, un compañero me invitó al semillero de la universidad de Cygnus, así que no dudé en asistir. Cuando iba en el bus, noté que la ruta estaba tomando un camino diferente. Sí, terminé en lo alto de Aranjuez.

Hélix, ya que te importa tanto la memoria, te podría recomendar un viaje en bus. No fijes un destino, y tampoco te preocupes por el tiempo. Al fin y al cabo, viajar por *Cygnus* era como navegar por el estrecho de Magallanes, no sabías a dónde ibas a terminar. Podías ver sitios que habías visitado, pero que no recordabas. Ya de regreso a casa, decidí tomar otro bus. Una pasajera iba allí. De las cuarenta sillas vacías, elegí sentarme junto a su presencia, y de un simple "hola" resultó este encuentro con ella.

De repente me vendó los ojos y, luego, me hizo caminar, guiado por ella. Me lanzó a la cama y sin previo aviso se deslizó por encima de mí. Acariciando mi pecho, y susurrando cosas inaudibles, Mmoeira frotaba su cadera sobre mi ombligo, y parecía cabalgar una bestia sobre un camino en llamas. Entonces yo me retiré la venda y ella estaba completamente desnuda, con sus senos casi rosando mi boca, y esa mirada empeorada pidiendo a gritos desbocar el ímpetu de mi sexo.

Cuando tomé las riendas de mi potra, no parecía importuna la idea de acostarla y comenzar a derramar una lluvia de besos sobre sus labios, y suavemente estimular los pezones con mis dedos untados de saliva, moviendo en forma de círculos sobre la aureola, mientras mi otra mano se enredaba en su cabello. La respiración de Mmoeira crecía continuamente, justo al tiempo en que mi lengua descendía por el medio de sus senos de aroma peculiar, para juntar mis dos manos y agarrarla de la cintura. Besos tras besos, mis ojos eran la canícula sobre su piel.

Yo continuaba tocando sus nalgas que ahora apretaba ligeramente, e introducía mi lengua en su ombligo como el preámbulo para comer su fruta jugosa. Noche bendita de viernes. Ella acercó mi cara a su monte de venus, acolchonado como almohada donde podría descansar hasta el último día de mi existencia. Ya no podía parar.

Comencé a bajar, a besar el principio de la hendidura ardiendo en calor, palpitando más fuerte que su corazón; al rozar el centro de su alma, aquella mujer soltó una espiración profunda y no pudo aguantar las ganas de gemir, con esa dulce voz que cautivaba a fornicar sin fin. Claro, disfrutaba escuchar a Mmoeira sollozar y estaba convencido de que debía saciar su apetito que a mí mismo. Al introducir el índice, sus piernas temblaron y el clítoris estaba creciendo mien-

tras lo tenía entre mis dientes. De manera que doblaba y estiraba el dedo, mojado de perfume, de néctar que absorbía de sus labios; pude sentir cómo se contraía, apretando, mojando mi espíritu de su placer.

El lecho era amplio para dos cuerpos al ritmo de una pasión desenfrenada. El colchón rebotaba demasiado fuerte, oprimiendo las tablas al suelo que crujían por la fuerza del vaivén del *tsunami* sobre ella. Dejaba caer sus nalgas sobre mí como ascensor sin frenos. Encajamos perfectamente. Eso sí, los constantes chasquidos de nuestras pieles no dejaban dormir a media ciudad, y nos mandaron la policía doce veces.

Mientras Mmoeira había quedado languidecida, me levanté para fumar un cigarrillo en el balcón; encendí la yesquera, y viendo el mar de luciérnagas titilar sobre montañas y alrededor, mi humo se iba para el cielo. En medio de la inmensidad de la noche que revestía a *Cygnus*, buscaba una razón para no volver al mundo real, a las calles agresivas, al laberinto horroroso que cobra vidas inocentes.

[—]A veces pienso que la vida no vale tanto para contemplar este espectáculo —dijo Mmoeira para aniquilar el silencio, y me abrazó la espalda con sus manos frías—. Hay algo que haré y que no te va a gustar.

^{—¿}Y qué vas a hacer?

- —Es que yo no quiero llegar a vieja, y si alcanzo la vejez pienso hacer algo. Matarme, quizá. A veces quisiera abandonar la universidad, siento que eso no sirve.
- —Si te digo esto, te voy a hacer sentir que ya no vales nada. En esta vida somos miserables y por eso es mejor no tener nada. Mátate si quieres, eso no cambiaría nada.

Entonces Mmoeira comenzó a destrozar las cosas que encontraba a su paso. Mientras yo observaba la manera en que volcaba el estante de cristalería, intentaba entender que su alma estaba destrozada, tan rota como las copas de vino y platos de porcelana en el piso. No supe qué decirle. No comprendí a fondo sus dificultades porque lo único que hice, y no me importaba confesar, fue que solo me aproveché de ella.

Bertono Olapa.





Siempre habrá razones para todo, pero no todo será razonable

Hoy está haciendo un poco de ganas de morir. Una neblina tan espesa casi siempre pasa enseguida, pero esa vez no pasó: era una neblina larga, que duró toda la tarde y también toda la noche. (Bojunga,1989)

20 de octubre de 2019, 4:00 p. m.

No había visto a Albireo desde nuestra graduación. Lo conocí el primer día de clases, una tarde gris y húmeda que a más de uno lo obligó a valerse de sombrillas o chaquetas impermeables. Hoy Albireo llegó a mi apartamento empapado, con un rostro manchado por el paso del tiempo y por los soles soportados en sus incontables travesías vagabundas. Hoy yo era el encargado de recibirlo bajo mi techo, así como él me dio refugio aquella tarde de jóvenes primíparos debajo de su sombrilla. Una tormenta como esa no es muy común en *Cygnus*. Nos abrazamos, como conectando nuestros corazones.

El hermano que escogí hace tantos años, mi mejor amigo en la vida, sacó al fin un tiempo, volvió a la ciudad de sus tormentos para solo visitarme en mi humilde apartamento. *Cygnus* era la ciudad prohibida para él. Irse de *Cygnus* en busca de un mejor futuro y dejar atrás la responsabilidad de heredar un negocio, que por generaciones estuvo en manos de la familia, terminó en una ofensa imperdonable que provocó su destierro. Para mí fue difícil asimilar todas las historias que me contó esa tarde de reencuentro, pero, como siempre, hablándome y bebiéndonos dos botellas de ron, aceptó el destino de volver a *Cygnus* y descargó sus palabras con su fiel amigo Hélix.

12 de julio de 2020, 6:33 p. m.

Queridos habitantes de *Cygnus*, querido grupo patógeno que nutre el descarrilado fin de esta sociedad. Me cuesta decidir qué recuerdos narrar a continuación. Un café envenenado, más ron que café; cuatro ácidos cigarros, ahora fumo más; veinte borradores de papel. Luego de sentarme horas grises en la ventana, con la memoria borrosa como el horizonte poluto, tomé el coraje para narrar mis cobardías.

Bertono desde un principio fue un taladro para mi memoria. Con arrojo siempre escribió su condición, su crimen, su error... mi error. Cada lectura fue leer mi destino paralelo: un mundo donde yo era condenado. Yo lo ignoré, pero desde el interior algo me decía que todo era intencionado. Juraba no entender esa incomodidad que me producían sus historias de cárcel, pero algo dentro de mí hablaba. Gritaba. Coincido con Borges cuando dice que los hechos graves permanecen como fuera del tiempo, "ya porque en ellos el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir, ya porque no parecen consecutivas las partes que los forman" (Borges, 1949). En este caso, sentía que era algo grave, pero prefería no pensar mucho en ello. Les dije que perdí mi memoria, ahora creo que mi olvido sirvió como disfraz para los secretos que quise encubrir. Mientras tanto, mi yo consciente lloraba en una esquina por la culpa que acarreaba. Sin embargo, no fue hasta el gatillazo de Alina que, en su última carta con su confesión valiente, mi memoria terminó de hacer clic.

20 de octubre de 2019, 6:47 p. m.

Estábamos disfrutando de una buena *prenda* de viejitos: así, sentados, medio empezando la borrachera, tomando ron, fumando, hablando de lo efímero como del ayer. Me sentí vivo otra vez. Pude experimentar cada historia rememorada, como si estuviesen pasando de nuevo. Reí. Reí como en muchos años no lo hacía. Ambos olvidamos, en ese presente tan mísero y de cuenta del ayer, nuestro posible mañana.

- —Servíme otro, Hélix.
- —Obvio. Pasá, pues, el vaso.

Desde la cocina, mientras abría la segunda botella, escuché cómo Albireo hablaba con especial vivacidad de las locuras que solíamos hacer. En medio todo me dijo:

- —Te acordás un día cuando en la esquina de la abuela...
 - —¡Ombe! Pero ¿cuál de todos?
- —Ese día que te enseñé ese polen. —Se tiró a reír sin terminar el cuento.
- —Uff. ¡Qué traba, viejo! Esa yerba se bautizó como "la regañona".
- —¡Ja, ja, ja! Parce, hoy te traje un regalito de esos y algo nuevo. Yo sabía que con vos tenía que probar esta mierda.

Ahí estaba, un Hélix tan cambiado por el tedio del trabajo diario, olvidando cómo se habla en las oficinas frente a jefes y compañeros. Esa tarde solo bastó un amigo del pasado y un par de tragos para retomar mi vieja manera de hablar como pelao; con un pucho en la mano impregnando el aburrido apartamento con un aroma de hojas perfectamente secas. A pesar de que siempre fui un ratón de biblioteca, cuando me juntaba con Albireo, el lazo de confianza, que entablamos desde nuestras similitudes y experiencias, hacía que el barrio que llevaba en las venas surgiera. La esencia de calle, el lenguaje informal y las prácticas políticamente incorrectas se encarnan a su lado.

Con Albe no se necesitaban máscaras formales, todo era espontaneidad pura. Albireo sacó el tal regalo nuevo: unos papeles de colores que en mi vida había visto, pero con los que, y de eso sí estaba seguro, no se podía armar un bareto.

12 de julio de 2020, 7:31 p. m.

Todo crimen tiene su castigo. Cuando alguien comete un delito de cualquier tipo, es consciente, de alguna manera, de que cada acción tiene su efecto. Bertono sabe con certeza la pesadez que significa lidiar con una condena; ya vivió lo duro que viene después de una confesión inevitable ante la ley. A pesar de sus historias tan explícitas y viscerales, sigo sin comprender muy bien cómo sobrellevó la situación desde la posición del culpable. Alina está viviendo la liberación del remordimiento que el silencio le ocasionó. Si bien ambos crímenes son distintos, siento que tienen una profunda conexión y, sobre todo, me inspiran un respeto desmesurado por sus confesiones y descripciones, explícitas o no, de los hechos. Ambos tienen que ver con las pasiones, con los deseos, llevados por las emociones momentáneas. Bertono asesinó a un ser amado; Alina, en cambio, asesinó a uno al decidir hacer justicia por mano propia.

Soy un cobarde que no fue capaz de asumir las consecuencias de los actos que mi mente suprimió.

Mi olvido surgió con vigor, con una fuerza indescriptible que me atormenta los últimos días; quedaron restos fatigantes de todos mis esfuerzos por suprimir mi vergüenza. No me puedo liberar de ciertas imágenes agobiantes imposibles de tachar. Me sofoca saber que no me puedo confesar ante nadie de manera oral. Ustedes son los únicos a los que puedo acudir para contarles mis más profundos pecados. Alina y Bertono me dieron las agallas para contarles esta historia tan perfectamente pesarosa.

20 de octubre de 2019, 9:10 p. m.

La noche se tornó más oscura de lo habitual, más que la acostumbrada penumbra que pinta mi soledad. El último piso de la torre donde vivía estaba desolado por completo. Se supone que estaba acondicionado para un total de tres apartamentos; sin embargo, el mío era el único habitado desde hace cinco meses. Los pisos de abajo también habían sufrido el mismo destino: un fulminante abandono desde las últimas semanas. No eran buenos días para el condominio. Esto tenía sus ventajas, sobre todo, para parches como al que me convidó Albireo.

Los efectos psicoactivos estaban en la cúspide del viaje astral, pero las emociones iban en caída inminente. Las risas que hubo en la prenda inicial desaparecieron. Tanto Albe como yo notamos la miserable

realidad de nuestro alrededor. El aliento por esta ciudad ya se nos había agotado. Esa noche el viaje le dio más duro a él que a mí:

- —¿Aquí hay piscina?
- —No, Albe, aquí no hay de eso.
- —¡Buah! Y yo con estas ganas de saltar.
- —Sí, creo –contesté ingenuamente sin saber su verdadero propósito—. Yo me parcho muy a menudo en esa ventana con los pies para afuera.
- —¿Qué tan fresco estará ese cemento? Severo clavado olímpico, me imagino.
 - —Viejo, ¿qué mierdas estás diciendo?
- —Sí, parce, te digo que de esta *Cygnus* no me ve salir. Vení, ayúdame a subir.
- —Oigan a este, relajáte, pues, que ya me estás azarando.
- —Aghh, Hélix... yo hice severa inversión en este último viaje, dejá que termine como yo quiera. La otra semana cumplo los 28, como decía mi cucho, el taxista: "Yo por ahí no paso". Yo ya no pertenezco a este mundo. Con lo que he hecho aquí, ya es más que suficiente. Prefiero quedar eternamente joven.

No puedo negar que, en ese momento, la idea no parecía tan descabellada. Tuve un sentimiento de contagio liberador. Yo, contra el viento que siempre azotó mi ventanal, pero ahora en caída de 9,8 metros por segundo. Definitivamente, era una sensación

deseosa que me impulsaba a caer. Kundera dice que existe algo llamado "la borrachera de la debilidad", que hace querer entregarse a la caída, rendirse ante las inconsistencias internas.

- —Hélix, yo salto. Ni se te ocurra llamar a mi vieja, no le hablo hace cuatro años. ¡Que se joda! Vos me decís cómo se ve luego.
- —¿Luego de qué? Men... si vos saltás, a alguien le tengo que dar una explicación. No sabés el lío por el que pasaría.
- —Pille: yo salto y me desaparezco. Nadie tiene que darse cuenta.
- —Pfff, ojalá fuera así de fácil. La existencia no es decisión tuya, si fuese así muchos ya habríamos borrado nuestro paso por acá. Vení, yo te sirvo otro roncito y terminemos de relajarnos.
- —Hélix –me dijo Albe mientras se sentaba y me estiraba el vaso con los hielos ya derretidos—. ¿Por qué más crees que vine a *Cygnus*? Te quería volver a ver, claro, pero yo no vine solo a conversar para luego volver a mi cotidianidad sin sentido. Hermano, esta vez te necesito más que nunca. Vení, sentáte, pensemos esto como se debe. Dos cabezas piensan mejor que una.
- —¡Ay, mi hermano! Estamos es llevados... no tenés solución.
- —Hélix, ¿qué se necesita para desaparecer un cuerpo?

Hubo un enorme silencio. Para ese momento de la noche, y ya con la dosis bajando, estaba convencido de que el siguiente paso era la muerte.

- —Parce... no saltés.
- —Hélix, ya te dije que...
- —Escucháme. No saltés. Si querés desaparecer con semejante *show* no será posible; no de manera perfecta. Hagamos las cosas bien. Dejá que prenda el computador y nos informamos.
 - —¡Eso! Vos aprendés rápido, siempre lo hiciste.

12 de julio de 2020, 10:08 p. m.

La sangre nos gusta. El morbo. La muerte. El hedor. La manera en que se siente un puñal clavado en un cuerpo mientras un grito ahogado llena el recinto del faenado. (Van der Post, 2019, p. 210)

Creo que después de pensarlo un poco, estoy cada vez más convencido de que todos tenemos un asesino dentro. Matamos diferentes versiones de nosotros mismos con el pasar de los años. Cada tarde dejamos morir el día y cada noche dejamos morir nuestra alma. Matamos conversaciones. Matamos recuerdos de alguien. Por eso no es raro que yo aprovechara la oportunidad. No importa si él me lo pidió o no. Lo único que queda es que yo maté a Albireo. Yo maté a Albireo. Me acuso de matar a mi hermano, mi única familia.

20 de octubre de 2019, 10:42 p. m.

Buscamos de todo en las siguientes cuatro horas. Es increíble la cantidad de cosas que podemos encontrar cuando se hace de manera correcta. No fue necesario entrar a la famosa deep web. Desde noticias, datos de Wikipedia, documentales en Netflix y películas de Hollywood; desde Ted Bundy hasta Luka Magnotta. Con esta simple información, pudimos construir un tutorial, paso a paso, de cómo los grandes asesinos seriales hicieron para no ser atrapados. Y ahí estaba yo, empeliculado, de la mano de Albireo. Éramos un par de niños jugando con un nuevo juguete. La emoción no cabía en el apartamento. Sus ojos brillaban con pasión. Albe clamaba su muerte con gran ilusión porque sería hecha de la mejor manera: sin explicaciones, sin procedimientos fúnebres, sin últimas palabras de seres queridos que no aparecen sino hasta el día del velorio. Albe se fue sin epitafio.

- —Uy, Hélix, ¡esto está brutal! –Me señalaba y me indicaba lo que le gustaría que yo hiciera con su cuerpo—. Eso sí, no me vas a tocar la cara que te mato.
- —Ja, ja, tranquilo, yo hago lo que vos digás. Con cuidado, pues, que si se te olvida algo me toca improvisar y entro en pánico.
 - —Nada, viejo, vos sos un teso. Yo te confío lo que sea.

La hora llegó. Tuvimos nuestra última conversación. No hubo comentarios acerca del asesinato que estaba a punto de suceder. Fue un diálogo común y corriente: historias viejas, gustos pasajeros, amores olvidados. La técnica para el suceso también estaba decidida. Tenía que ser algo silencioso, que no lo hiciera sufrir. Tenía que ser algo instantáneo. Nada de ahogamiento, pues, por más voluntad que hubiese, sería un evento muy traumático. Nada de perforaciones debido al desastre que la sangre fuera de control ocasionaría. Un gesto amable, un tipo de masaje para algunos, un giro conciso para el sistema nervioso, un arte marcial.

El tiempo se detuvo para que esa fatalidad se cumpliera. Interrumpí el minuto de silencio al dirigirme a la cocina. En el trayecto, cuando pasé por su espalda, noté el impulso. Su cuello fijó mi mirada como un tiro al blanco. Era la perfecta oportunidad para evitar incómodos cruces de miradas; estaba distraído y vulnerable. Sentí una bestia interior deseosa por el acto despertando. Definitivamente no estaba en mis cabales. Era como si mi juicio se hubiese anulado de forma temporal para matar a Albe de manera tranquila y cumplir con el destino de esta visita fatídica. Una calada. Un suspiro. Una mano estirada. No alcancé a recibir el último plon.

Hoy que cuento esto por vez primera pienso en la pregunta de Gonzalo: "¿Pero qué de lo que ha sido mi vida hasta ahora ha sido creado por mí y no por la vida actuando sobre mí?". ¿No será todo una mentira, un espejismo, que ya está premeditado para nosotros? ¿Existe el libre albedrío? Solo sé que no quiero repetir los pasos que tomé con Albireo con vos, Najevat, porque así me lo imagino con cada carta que progresivamente me mandas.

Hice un certero movimiento en su cuello al unísono de una voz postrera que no alcanzó a existir. Fue un "no", un "te" o quizá un "la". Ya solo recuerdo la entrega inminente a mi arrebato de cólera absurda. Una sola sílaba quedó en el aire. La ejecución terminó. La candela cayó al ritmo de la rosca.

—Por vos, Albireo. Buen viaje.

El tiempo se ralentizó para mostrarme cada uno de mis movimientos irreversibles. Di un par de pasos. Albe ya no me veía. Su presencia ya no llenaba el espacio. Tomé el primer trago de ron después de perder una parte de mi alma. Hice silencio. Me concentré en los sonidos de mi alrededor. Un carro pasó a lo lejos. Una puerta se abrió. Un par de hombres se saludaron. Sonaron los rines de una bicicleta. El techo de madera crujió. Mi respiración comenzó a agitarse. Albe ya no respira.

Comencé a dar vueltas en mi silla giratoria. Había un disfrute extraño en la sensación que me dejó ese movimiento magistral y perfecto que hice con mis bruscas manos. La estancia estaba muy pulcra y organizada. Las cosas que juntos recolectamos y que debían tener su ADN ya estaban apartadas en unas bolsas de plástico que yo debía desaparecer. La otra mitad de este plan me abandonó. Ya Albe no estaba de visita. Ya había un cadáver sentado en mi sillón. Al llegar la hora de deshacerme de este embrollo, sentía no estar preparado para eso. El horror por las consecuencias inevitables. La incredulidad de cualquiera que escuche esta historia. La sentencia ineludible. Los vacíos y las dudas que claramente aparecieron cuando ya todo estaba hecho. Creo que no pensé esto muy bien antes de hacerlo. Comencé a alterarme y traté de controlar mi respiración, pero era imposible a sabiendas que un cuerpo ya en descomposición me acompañaba.

12 de julio de 2020, 23 horas, 59 minutos y 59 segundos

Toda esta situación me hizo pensar mucho. Debo decir que mi objetivo se cumplió: recordé; las carreteras de mi mente se abrieron paso por la despejada selva arisca y la neblina densa que me agobió tanto los últimos meses. Sin embargo, sigo sin comprender muy bien por qué me pasó eso. Mis dudas de todo este tiempo las resumo en la pregunta ¿cómo se recuer-

da? Tal vez con esta historia tengamos algunas nociones; el problema con esto es que ese gatillazo, pista o indicio no lo podemos controlar, buscar intencionadamente o pedirlo a domicilio. Creo que basta con aferrarse a lo que brota en los susurros de las paredes que nos guardan, en las calles que nos rodean o en los acontecimientos que Ananké y Chronos nos deparan. La causalidad es suficiente y el orden natural de las cosas la fórmula.

Parece ser simple, ;verdad? Pero, queridos destinatarios, ahora lo que me desvela es preguntarme por qué olvidamos?, ¿cómo se olvida? No sé si tenga que ver con el mecanismo de Cygnus sobre nosotros. No sé si entre los misterios de Cygnus encontremos esta respuesta. ;Alguno sabe algo? ;Será que así como a mí a alguno de ustedes le ocurrió lo mismo? ¿Alguna pérdida, algún error o crimen que los persiga con vergüenza? Siempre les dije que no soy nadie, que soy un hombre más, un hombre ordinario. Al matar a Albe perdí al único que me hacía ser alguien; en mi mente surgió un reflejo de don nadie, logré convencerme de lo que soy. Ser nadie es cuando no dependes de preocupaciones ajenas, cuando no eres digno de ser extrañado, cuando ningún ser te escribe. Creo que al buscarlos atenté con ese deseo y finalmente me condené a ser alguien. Tiré a la basura una mentira que yo mismo me hice al dejarlos entrar en mi correspondencia, al permitirme leerlos tardes enteras e idear mil maneras de combatir un silencio acosador. Sé que al darle clic al botón de enviar, el telón caerá y solo quedará una angustia que cesará el día que se cumpla mi libertad agendada. Que las consecuencias vengan, queridos. Pero, eso sí, que me agarren borracho.

21 de octubre de 2019, 3:13 a.m.

Por más que nos preparamos, hubo detalles que en acción se complicaron. El cuerpo inerte de Albe era una bomba de tiempo. Debido a su flaca compostura, su descomposición sería más rápida. Pronto el hedor llenaría el apartamento. Me tuve que ingeniar un sistema de succión para lidiar con el factor que más desastre hacía: la sangre. El efecto colicuativo era evidente, todo su cuerpo perdía forma. El peso de la acción realizada se hacía realidad. La rigidez de su cuerpo acentuaba la gravedad de su materia. "¡¡En qué mierdas pensamos, Albe?!". Los cuatro litros y medio de sangre que aproximó su cuerpo los escurrí en uno de los baños vecinos abandonados. El ritmo tenía que continuar, la coagulación de un cuerpo sin ritmo cardiaco fue algo que no preví. Era imposible mantener nervios de acero viendo tornarse pálida la piel de mi hermano; comenzando a sentir cómo ya no había sangre que calentara las manos de Albe. Los órganos serían lo siguiente. La putrescina y cadaverina ya abundaban en el ambiente.

Tuve que parar. Estaba agotado. Sentí náuseas al ver mi sudor helado recorrer el ambiente; vomité varias veces hasta experimentar el ardor vacío del estómago. Olvidé el sabor natural de mi lengua. El cielo comenzó a pincelar la luz de la aurora y me serví la peor taza de café que alguna vez tomé. Hierro. El café sabía a hierro. Albireo completamente abierto por todas partes me susurraba. Me apuraba. Me gritaba: ¡LA cagaste, Hélix, así no se hacía esto! ¡Mirá como me tenés! ¡Mirá! Se te olvidó un riñón. ¡Hermano, te dije que la cara no me la tocaras!

Me rendí trece veces y continué otras catorce. Parte por parte, tuve que acomodarlo en unas bolsas al vacío que compramos momentos previos y asegurarle un ambiente frío en mi nevera cargada con diez kilos de hielo picado de coctelería. Mis ojos no se despegaban del reloj de la cocina. Pasé veintisiete horas sin dormir, aunque soy consciente de algunas lagunas donde, posiblemente, tuve microsueños.

Salí en la madrugada del 22 de octubre en una bicicleta que tomé del edificio de al lado y con el morral lleno de muerte. Me alejé de la ciudad unos cuarenta y cinco minutos a un ritmo constante, el máximo que los pedales y las lomas me permitían. Llegué a un bosque apartado, me adentré hasta no escuchar más la carretera y no ver más las luces. Sorteé el camino escabroso. Por suerte la luna me acompañó con su máximo

resplandor. Llegué a una zona repleta de viejos palos secos por la falta de lluvias de la última semana. Prendí una fogata. Las bolsas de plástico ardieron. Aguanté el olor, primero el plástico y, luego, el hedor insoportable a carne chamuscada. Lloré mientras crepitaba su cuerpo, su ser. Los restos de Albe gritaban con cada explosión de chispas. Sentía que sufría. Esperé varias horas hasta que todo fuera cenizas. Solo quedaron los huesos. Con mis últimas fuerzas enterré los restos de Albe que se negaron a ser pavesa y ascender al cielo en hilos de humo. No fue fácil.

Una vez todo resuelto, llegué a casa ya casi a mediodía. Hice un último paseo por la casa cerciorándome de que todo estuviera limpio y en su lugar. Habían pasado treinta y ocho horas desde el giro de cuello. El agotamiento ya no podía combatir contra la fuerza de gravedad que me jalaba hacia el abismo. Me tumbé en el sofá y quedé como petrificado. No podía mover ni un ápice de mi cuerpo. Hubo lágrimas entre toda la operación macabra, pero no le di un espacio real al duelo que mi amigo se merecía.

Me entregué al llanto como un niño hasta que se me secaron los lagrimales por la ausencia de Albe. Mis pensamientos se comenzaron a hacer más confusos y distantes. La escena se repitió una y otra vez en mi cabeza, pero a cada reiteración una pieza distinta del crimen se esfumaba. Pronto las imágenes restantes ya no hacían sentido. Eran simples cortometrajes imaginarios y ajenos. Solo quedó mi ropa impregnada del hollín de una gran fogata. Mis párpados pesaban al ritmo de mi conciencia. El mareo por deshidratación controló el resto de la situación: oscuridad, silencio y quietud. Se acabó esta mierda. Por fin. No había más en qué pensar.

16 de noviembre de 2019, 6:11 a.m.

Esa mañana del 16 me desperté con la seguridad de que tenía que hacer algo para recuperar mi memoria. Luego de abrir los ojos, fui derecho hacia el escritorio y comencé a escribir:

"Algo me pasó y necesito saber si existe alguien en este mundo que comparta este sentimiento de vacío que me agobia. Sé que olvidé algo. Lo sé porque lo siento aquí adentro. Trato de devolverme, en vano, al lugar que me llevó adonde estoy hoy. No me acuerdo de nada, tampoco sé devolverme adonde estaba en el inicio, no lo logro, ¿alguien más tiene problemas para recordar? Este círculo vicioso me está enfermando todos los días un poco más". (Deneb, 2020)

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.

Se seca mi arroyo

Si me lo preguntan, yo diría que existen tres tipos de hombres: los lindos, los sexis y los que están buenos. A Vega le gustaban los lindos que, sin importar su contextura corporal, tienen rostro de modelo, en su mirada no hay una gota de maldad, huelen rico, visten bien y van bien afeitados. A los sexis me gusta llamarlos "los escandalosos" porque tienen el don viril exagerado. En esta categoría entran los que no necesitan ser lindos, pero seducen con su manera de hablar, con su mirada de picardía, con sus manos toscas que no conciben tanta feminidad junta o con su sonrisa perfecta que invitan a la cama más cercana.

A Lúcida le gustaban los que están buenos. Al principio Vega y yo no entendíamos por qué la acompañaban hombres feos; un día nos dijo que no es que le gustaran los feos, sino los que tenían material para tirarse un buen polvo. En esta categoría entran los que no necesitan la cara perfecta, el cuerpo escultural, la labia irresistible o el bolsillo amplio. Con tener un pene y alguna táctica infalible de seducción, están perfectos para comérselos.

Los lindos tienen algo de sexis, pero casi nunca están del todo buenos. Los sexis siempre están bue-

nos. La virtud de los buenos es follar rico. Me gustan todos los hombres y conozco varios tipos, pero prefiero los sexis. Son una cajita de sorpresas que nunca aburren y siempre satisfacen. ¡Atención género masculino! Sepan que las categorías no son eternas y que hay un peligro permanente de caer en una cuarta categoría: los nulos, expertos en marchitar todo lo rico que a las mujeres nos atrae de ustedes. Dominar el arte de ser nulo es la muerte del hombre.

Hélix de mis desilusiones, te hablé de mi vida plena, de la felicidad que calienta mis sábanas todos los días, de mis amantes y clientes variopintos, pero nunca te hablé de una vergüenza que ansío olvidar. Recordar duele, sobre todo, cuando entendemos que olvidar no es fácil y que nuestro destino es vivir con ese dolor. Ojalá hubiese una fórmula para borrar la memoria. Deberías crearla a ver si algunos pausamos el sufrimiento de nuestras remembranzas.

Durante unos años abandoné a Vega y Lúcida por atarme a un hombre. Mi vergüenza. Sí. Atada la Vulpina, la zorra come hombres que deja sus restos en la puerta trasera del Cabaret Voltaire. Sí. Atada y monogámica la Vulpina adicta a la variedad, las luces, los chiflidos, los aplausos, la poca ropa y los susurros casi inaudibles de los muchos que se babean por su dulce vagina.

Fue cuando llegamos a esta ciudad. Vagábamos por la Calle de la Bomba y sus tabernas buscando con quién pasar el rato. Conocí muchos hombres y, entre tantos, solo uno se rehusó a irse. No era muy agraciado, pero era amable, cálido, gracioso y muy sexi. Su mejor atributo eran sus ágiles dedos de músico. Tenía una espalda ancha, dos brazos totalmente tatuados y fuertes por cargar bafles y guitarras para sus conciertos y una barba gruesa que enmarcaba una irresistible sonrisa.

Como los perritos callejeros cuando encuentran un humano agradable, Pedro me encontró y su orfandad se prendó a mi pecho. Era un niño encerrado en un hombre de 39 años. Tuvo una vida difícil y acomplejada, rechazado por amigos, familia y odiado por mujeres a las que no podía dirigirles palabra. Al pensar en esos años los siento lejanos, pero largos y tenaces. Hoy sé que mi estupidez y ceguera se disfrazaron de amor. Pedro aprovechó que yo era un animal errante; me vendió una vida perfecta fuera de *Cygnus*.

Nos conocimos una noche después de un concierto acústico. Nos lanzamos un par de miradas, él me invitó un trago y terminamos en el sillón de su casa en una maratónica sesión húmeda que se ejecutó sin rodeos o expediciones largas por la piel. Mis piernas quedaron temblando, quedé encantada con sus habilidades excepcionales con la lengua.

Pero con el tiempo noté que si el libreto se alteraba el encuentro tenía fines repentinos. Creí que era normal, que seguro yo lo excitaba mucho, pero ¡qué va! Cuando un hombre no aguanta una mínima penetración, se le llama eyaculación precoz. Todo cayó en la monotonía; el hombre sexi al que me prendé se volvió "un nulo". Soporté en silencio varios años. Sacrifiqué mis pasiones y mis obsesiones por un supuesto macho urgido de compañía y aceptación. Al final solo me quedó el fastidio, la rabia hacia su incapacidad por satisfacer a una hembra y el recuerdo vergonzoso de las ataduras de mi infelicidad.

Vulpina Sadir.

SE.

Silencios necesarios

Once páginas tuyas las que me he tragado y de la Srta. Sadir, quién sabe cuántas más. Esto ya no es un favor que pido, es una declaración de intenciones. Iré al Voltaire y te contaré qué tal fue la experiencia, ya sea que ella y yo disfrutemos de tu presencia, ya sea que me toque contártelo en una siguiente carta.

¡Ay, Srta., Srta.! Poco sé de usted. Le guardo una de mis preciadas libretas. Si bien la he leído, ha sido poco. Aunque eso podría y pretendo mejorar. De momento me reservo la mayoría de las palabras, quizá se las envíe de camino al Voltaire, para que las lea cuando vaya de camino a usted. ¿O quién sabe? Quizá hasta se las leo personalmente.

Ahora bien, ya te he confesado suficientes cosas de mí, Hélix. A pesar de eso siento que podría contarte otras más, tu reciente carta ha sido un logro para mis errantes lecturas, pero es que me ha llegado a los recovecos en cada poro de la piel. Entiendo tu dolor, y tus vivencias me hacen consciente de las propias. Huyendo de mí mismo, me engañé. Creé una ruleta de personalidades, algunas quieren luchar por mi vida, otras me consumen y me desean muerto. Ninguna quiere leer. No obstante, todas gustan de hablarte.

Soy consciente de ser un escritor terminal, un jugador de tu treta con el "Game Over" tatuado desde el comienzo. Una sentencia ridículamente oculta para mis ojos, por mis propias manos, cuánta indulgencia del ser humano con sigo mismo.

Como ya debería saberlo, soy un hombre de gratitud y relaciones de confianza, por ello te pido disculpas, por las veces que te he tratado de menospreciar, por controlado que haya sido. En adelante, no pararé de agradecerle. Después de todo, hoy me siento en tal claridad que el espacio y los objetos que me rodean y puedo ver parecieran nunca haber estado ahí, aun sabiendo que mis libretas opinan lo contrario.

No quiero levantar lástima o sentimiento menospreciante alguno, que eso quede claro, y lo que le pasó a tu hermano me da calma en esa noción. Pues me hace pensar en ti como alguien capaz de sacrificarse por un ser amado. Respeto y honor a tu nombre, Hélix.

Eso dicho, permíteme confesar lo siguiente: he estado quemando mis libretas, como borrando mis recuerdos, como esperando que no terminen en manos de alguien que no deseo, como evitando que alguien pueda hurgar dentro de mí, cuando ya no esté en persona para defenderme. Así es como recorre por mi cuerpo una debilidad, que cada día se abre

más paso. Y yo a ratos dejo de interponerme en su camino. Que pase lo que deba pasar y que ocurra en el momento indicado. Lo único que espero poder evitar es que, si nos llegamos a encontrar, no suceda en su presencia, ya has tenido que vivir suficientes hechos. Espero que mis letras no lleguen a ti como un fantasma del pasado.

No lo olvides, pues, Hélix, te espero a medio camino hacia el Voltaire. Nos vemos pronto o, quizá, nunca nos podamos ver, me trae sin cuidado ya. Me reservaré la historia de una mujer para nuestro último encuentro. De momento, el silencio es necesario.

Ya no cuento los días, solo los escribo, aunque en la noche todos terminen quemados, R. Najevat.

Soy como usted, Hélix

Y es que, claro, el pecho, el cuerpo no es nunca más que uno; pero las almas que viven dentro no son dos, ni cinco, sino innumerables; el hombre es una cebolla de cien telas, un tejido compuesto de muchos hilos.

(Hesse, 1927, p. 75)

Traté de ser honesto con usted, Hélix, quité los prejuicios de mis palabras y traté de elegirlas correctamente para mostrar las ruinas que soy dentro y no ocultarme en la ficticia búsqueda de felicidad a la que intenté renunciar hace tantos años. A mí no me cuesta reconocerme en crisis, con tormentas, sin sabor y sin sentido. No me avergüenza ver que la tristeza esté en mi vida, que me habite y me inunde de vez en cuando. Pero recibir su carta, a pesar de ser desbordante e impresionante solo de imaginarlo, me hace reconocer con más claridad qué es lo que sostiene esta relación con usted, Hélix, o al menos esta correspondencia: nuestra humanidad. Pero no me refiero a una humanidad que limita o engrandece las fronteras morales, las presiones sociales o las personales, sino a una humanidad carnal y psicológica, desastrosa, inteligente, que cambia; se mueve y siente, sufre, crea y destruye, da vida y mata. Y, al parecer, eso tenemos en común usted yo.

Igual de cruda que la existencia es la necesidad de ir por ahí matando o dándole vida a las cosas. ;Será esta una condición innegable de lo que somos? Al principio juzgué como negativo lo que pasó con Albireo, pero no es tan difícil extrapolar esa misma situación a la vida de algún cualquiera como yo. Todo el tiempo ando matando las posibilidades de salir del hastío, matando las nuevas personas que llegan a mi vida. He estado matando todos estos años la imposibilidad de establecerme en un lugar, echar raíces, generar cariño, porque le doy la posibilidad de sobrevivir a los tiempos bohemios, de sumergirme en mi propia locura, en mis pensamientos que no me llevan a otra parte sino a complejizar lo sencillo, pero es que me gusta este caos y me gusta la indefinición de todas las capas que hay en mí y la incoherencia que las acompaña.

Hélix, usted mató a Albireo, porque él así lo quería. Pero yo maté a Amanda cuando me fui de casa sin avisar y nunca regresé, maté a mi papá cuando dejé de responder sus correos, maté el gato que me negué adoptar y maté a la nena que me estaba esperando aquel día en el Hurak. ¿Si lo ve? No solo matamos personas, matamos las posibilidades. ¿Esto sería matar la vida? Así que ambos hemos cometido decisiones, que no llamaré errores, similares. Y no, estas no se olvidan... estos múltiples asesinatos los tengo guardados en una misma maleta, casi nunca la abro,

a veces hasta prefiero olvidar dónde la guardé, pero vuelve de vez en vez su imagen hacia mí mientras estoy intentando conciliar el sueño, mientras fumo o me tomo el café mirando la ciudad desde la ventana. No me dejan en paz.

Yo no me consideraba a mí mismo un asesino, o no sé si haya un número de asesinatos que uno tiene que cometer para ser considerado asesino en sí. Sin embargo, desde mi punto de vista, yo ya cumplo con la cantidad para merecer el título. Puede ser que para eso llegué a esta ciudad, esta era la razón de este viaje, conocer otra de las capas que me cubre y me hace ser quien soy, y aunque no con orgullo lo digo: uno de los tuyos.

Gonzalo Romero.



Los días en la ciudad se desvanecen

Diciembre de 2019

Llevo algunos días recibiendo mensajes de alguien, pensé que podría ser Juan, pero él no sabe dónde vivo (al menos eso creo yo). La primera vez fue extraño, porque todo comenzó con un letrero de lápiz labial rojo en el vidrio de mi baño, nadie ha venido acá hace mucho. En todo caso, la casa siempre ha estado vacía y yo no uso el labial rojo. Respondí a la pregunta en el espejo y abrí la puerta a los recuerdos que llevaban escondidos: volvió la imagen de nosotros, la imagen del niño que nació muerto, la imagen de la casita y la cocotera. ¿Qué será lo que está pasando? Seguí recibiendo cartas y respondiendo, en un juego de correspondencias que, al parecer, no era solo conmigo; muchos le responden a la misma persona.

20 de septiembre de 2020

No recuerdo hace cuánto no veo al negro, ni la casita, ni la cocotera, ni el mar. No recuerdo hace cuánto que el olor del hollín me tapó las fosas nasales y se metió hasta en mis recuerdos, tanto que olvidé el olor de la brisa de la costa y el olor del agua salá. El calendario dice que es 20 de septiembre, pero bien podría ser

5 de mayo o 10 de octubre, me da igual, ni siquiera recuerdo las fechas por los pagos, porque acá en este mundo todo se puede programar y uno no tiene que recordar nada. Acá todo se mueve como el mar turbulento, mar adentro, espeso y oscuro; como ese mar de la noche que nos sacó de la isla al negro y a mí.

Ya es mediodía, lo sé porque ya huele a la carne curada y cebolla que suele prepararse el señor del piso de abajo para almorzar. Ya se me hizo tarde, no he empezado con la traducción. Iré por un café y comenzaré. Miro por la ventana y, en el callejón de siempre, las dos siluetas.

21 de octubre de 2020

¿A quién se le ocurre escarbar la memoria ajena? Cuando leí la carta de Hélix, no supe si me dio rabia, tristeza, desconsuelo o qué sensación realmente me produjo. Solo sé que le respondí molesta, le reclamé y lo cuestioné. Cuando terminé de escribirle, abrí la ventana de par en par y miré hacia abajo los nueve pisos, o algo más, que me separan del suelo. Se me hicieron infinitos y la calle parecía un hoyo negro que me arrastraba hacia él... estuve apunto de saltar, pero cuando cerré los ojos escuché el llanto de un niño, quizá el llanto del niño que nació muerto. Cerré la ventana y me tiré en la cama.

18 de noviembre de 2020

Los rayos del sol entraron con más fuerza al cuarto. Seguramente eran más de las diez, no es normal que el sol brille tan fuerte en las mañanas. Sentí la necesidad de levantarme de la cama y enfrentarme a la dura realidad de poner los pies que mantenía calientitos en la baldosa helada del cuarto.

El reflejo de los rayos del sol rebotaba sobre la pantalla negra del televisor apagado, sentía que se calentaba mi cabeza y los ojos comenzaban a arder. Salí del cuarto, consideraba que era necesario prepararme un café negro sin azúcar. El apartamento estaba en silencio, más silencioso que de costumbre. Todo parecía indicar que no había nadie en él... nunca hubo nadie. Sin embargo, todos los días he salido del cuarto, casi siempre a la misma hora, a la espera de un saludo, una señal de vida.

Cuando estuve en la cocina, me di cuenta de que no había café, no había energía eléctrica, no había nadie, no había nada.

Debajo de la puerta del apartamento observé una colección de facturas y sobres sellados que seguro contenían una citación a un juzgado cualquiera, una carta de embargo de cualquier banco y una negativa de una solicitud de préstamo, o una carta de Hélix.

Me devolví arrastrando los pies, me costaba caminar, aunque el piso ya no se sentía tan frío. Me metí nuevamente debajo de las cobijas. Aunque el sol seguía reflejándose en la pantalla negra del televisor apagado, definitivamente sería mucho mejor seguir durmiendo. Me tapé hasta la cabeza con las cobijas para evitar los rayos del sol.

Concha.



El Señor: ¿Nunca hay para ti algo bueno en la tierra? Mefistófeles: No, Señor. Encuentro lo de allá deplorable como siempre. Lástima me dan los hombres en sus días de miseria, y hasta se me quitan las ganas de atormentar a esa pobre gente. (Goethe, 1808)

¿Y si todos somos asesinos? Tal vez no haya cielo, tal vez no exista el día del juicio. O quizá *Cygnus* sea el reino de Mefistófeles y aquí estamos condenados todos los miserables. Qué dicen ustedes, Hélix y Bertono, ¿estaré yo perdiendo la cordura? O estarán los otros dispuestos a confesar sus crímenes y desmantelar así el bucle del desasosiego, el suplicio de esta existencia o de la muerte eterna.

Es evidente que he estado algo existencialista después de mi infortunado encuentro con la muerte y debo confesar que ya nada tiene sentido. Para qué vivimos, para qué morimos, el tiempo, el destino, los hombres, ¿qué propósito tienen? Se lo he preguntado a Dios, pero él no responde. Hoy se lo pregunto a ustedes, tal vez puedan ofrecerme algo más que frívolo silencio.

No estoy triste, tampoco arrepentida. Solo soy una mujer que busca respuestas sin estar segura de cuáles son las preguntas.

Contra todo pronóstico he vuelto a La Hoguera, creo que ese es mi hogar. Ahí está mi gente, mi familia. Después de todo, ellos me entienden, no juzgan, ni someten; ahí estoy, ahí soy, siempre, segura y libre. Soy más Alina que mujer atormentada por las sombras, en el exterior padezco mi verdadero nombre, mi verdadero rostro. Al cruzar el Callejón del Diablo me transformo, tal vez este sea mi cielo y el vino, el cigarro, el *jazz*, el pop/*rock* de los sesenta, las damas de compañía, las travestis, las plumas, los bailes, el escenario, el brillo, las mujeres, seguramente, sean mi Dios.

Ahora soy mesera de La Hoguera; por ahora, he renunciado al baile, no me siento cómoda en el escenario deleitando los ojos de hombres cuyo rostro me recuerdan al de aquel desgraciado; sin embargo, de algo debo vivir. La barra es mi nueva cama, soy bendecida de hacer bien todo a lo que me dedico; creo que fui una bailarina privilegiada, la capacidad de decidir qué quería o no quería hacer, trabajar por el placer, he ahí el verdadero privilegio. ¿Qué pasará? No lo sé, querido Hélix, esperar, supongo.

Contados quedan los granos de arena en el reloj

Cae uno, caen dos

El farsante tiempo

Amante del destino

Toma su mano, la besa

Insiste en ser tramposo

Le engaña.

El tiempo

No cura nada

Solo disminuye los días

Que quedan

Para derrotar la miseria

De esta vida.

Incesante, le coquetea a la muerte

Le hace el amor

Y ella, inclemente

Nos da a luz

En otra vida

¡Agonía!

Alina del Azar, ya no sé qué son las coincidencias.

Rêve en grand

¡Me estás volviendo loco, Hélix! No me decepcionas ni un poco. Antes de leer esta carta, te consideraba un soldado perdido, codicioso y valiente, ¿pero un asesino? Mec, eso es otro nivel de asombro y retorcido. Aunque dudo que ser ahora menos aburrido de cuando te conocí no te hace entender mi idioma. debo explicarte que Mec es un término que uso para referirme a un amigo más coloquial, de seguro tú tendrás tu propia expresión. Ahora que está aclarado, debo confesarte que de verdad eras bastante patético, lo que tu hermano y tú hacían para divertirse...; eso es lo que hace la gente ordinaria últimamente? ;Ir a bares, tomar ron, fumar y drogarse? Me los imagino como unos drogadictos, encerrados en el ático, hechizados y siendo muy aburridos. Al menos esa parte de tu vida ya terminó.

Lo que hiciste no es algo que debas ocultar, no digo que esté bien, pero imagina si usas ese coraje para conseguir lo que quieres sería asombroso. Es cierto que al principio tu subconsciente se sintió culpable y te hizo olvidar el pasado, todo para, passer l'éponge sur quelque chose. Es un término demasiado coloquial para mi gusto, lo uso solo para que entiendas lo que quiero decir, es algo tener un borrón

y cuenta nueva. A lo que quiero llegar es que dices que matamos nuestros recuerdos y con el tiempo no podemos recordar, pero tú decidiste olvidar, Hélix. Ahora vuelves y compartes tus recuerdos con todos, lo que me hace pensar que quieres saber si alguno de nosotros también tiene una retorcida historia para confesar, para hacerte sentir mejor respecto de lo que hiciste. Me sorprendes, dejaste a la persona aburrida y perdida que eras para despertar a una oscura y ambiciosa, así que te demostraré que no somos tan diferentes como ambos pensábamos.

Albireo, Renae... Son unas de las personas que se han atravesado en nuestro camino para atrasarnos de ser aún más asombrosos. Ahora te preguntas ¿quién es Renae? Permíteme devolverte unos años atrás, cuando todavía era estudiante de música en la mejor escuela de todo Cygnus. Desde el momento en que entré, mi meta siempre fue ser el mejor y haría lo que fuera necesario para lograrlo. Por más que me esforzara, no lograba vencer a Renae, la muy listilla me superaba en todo, tanto que sospeché que hacía trampa, pero no tenía manera de probarlo. Todos los maestros decían que estaba destinada a ser la mejor violinista de Cygnus. Con esa reputación, le sería fácil conseguir un puesto en la Royal Philharmonic Orchestra, porque por supuesto que ella también quería tocar allá, al igual que yo. Sentí que iba a explotar al enterarme de que recibió la oferta el último año de la

academia de unirse a ellos. ¡No era posible ¡Esa vacante debía ser mía! Decidí tomar cartas en el asunto.

;Sabes que puedes encontrar personas en internet para que trabajen para ti? La verdad es que lo encuentro muy útil. Le pagué a alguien para que creara un perfil falso en alguna red social y contactara a Renae. Mi astuto lacayo la hizo enamorar de un tal Gustave Gauthier, apuesto, millonario, dulce y carismático. Le hizo creer que la música no era lo que ella en verdad deseaba. En serio fue muy divertido cuando mi sirviente le escribía discursos inspirados sobre cómo ambos estaban destinados a estar juntos y que debían escapar al lugar más lejano y escondido de todo Cygnus para tener una vida feliz. ¿Y lo mejor de todo? Se lo creía. Lo supe cuando Renae desapareció de la academia sin dejar rastro el día antes de la graduación, para encontrarse con alguien que nunca llegó. Aunque considero que el amor nos hace débiles y vulnerables y que por eso estaba seguro de que mi plan funcionaría, me sorprendí un poco al ver que en serio se dejó engañar. ¡Patética! Menos mal fui yo quien tomó su lugar y recibió los honores.

No digo que lo que hice estuvo bien, pero obtuve lo que estaba buscando. Así es. ¡Tocaré con la Royal Philharmonic Orchestra! Hace poco recibí la noticia y, como soy un hombre de palabra y me resultaste agradando, te enviaré un *billet* para que vayas a verme tocar. Tú también lograste lo que querías con este experimento, Hélix: recuperaste la memoria. Ahora debes seguir adelante y no volver a aburrirme de nuevo con cartas tontas. *Rêve en grand*, son buenas palabras que alguien tan humilde como yo comparte contigo, sueña en grande y no lo pienses más. En verdad que fuiste alguien con mucha suerte para recibir consejos de alguien como yo.

À plus,

Jules Leblanc

P. D. El *billet* que te mandaré es para el último asiento del fondo, así no tendrás que preocuparte de que las personas elegantes que estarán allí te vean.



—¡Ah! ¡No haber parido todo un nudo de víboras, Antes que amamantar esta irrisión! ¡Maldita sea la noche de placeres efímeros En que mi vientre concibió mi expiación! (Baudelaire, 2018)

Diciembre. La vida transcurre en el habitual alunizaje. Vamos de lado a lado para poder llegar adonde no debemos. Recuerdo ese día como si fuera el último. Te acercaste a mí después de tu último cigarrillo, no sabías cómo iniciar el tema y yo solo quería escuchar lo que tenías que decirme. Empezaste recordando todas las bellas cosas que nos unían, los cafés, los desayunos del día de cumpleaños, las bellas noches en tierras lejanas y las largas caminatas que terminaban en cerveza. Nada me asustaba más que esa lágrima surgente. Me explicaste lo que te hacía tomar esta decisión, pero era el plan más macabro y desolador.

Enero. La pelea que habíamos ensayado durante un mes completo había llegado al día límite de suceder, hablamos, estuvimos de acuerdo en que pasara delante de los testigos perfectos para que la onda expansiva no tuviera límites. Tenía que parecer tan real como irremediable. Empezaste con un cliché que no había tenido cabida en nuestra vida:

- —; Quién es esa?
- —Una amiga.
- —¿Por qué te manda eso?
- —;Quién sabe?
- —Si no sabés vos.

Todo era tan surreal que los dos asumimos la postura, tus lágrimas empezaron a salir, mi idiotez a tartamudear; todos nos miraban allí, usaron los medios para que la noticia viajara a otras tierras.

Febrero. Han pasado pocos días desde que ya no estamos juntos, tu plan funcionó a la perfección, cada persona en común me ha dejado por el suelo, no se cansan de hablar de mí y de todo lo que te he hecho sufrir, que todos lo sabían desde el inicio, que yo no era la mejor persona, que quizá te esperaba un rey a la vuelta de la esquina, que los príncipes solo besan y parten. El compromiso fue no decir nada, dejar que todos pudieran hacer cuantas versiones pudieran imaginar. No pensé que pudieran ser tantas. Lo hicimos tal cual lo habíamos conversado esa noche hasta las 2:16 a. m.

Marzo. Tu rey llegó, ese querido que tanto habías planeado pudiera tocar tu puerta. Lo trajeron tus

bufones. Hicieron todo apenas tuvieron la oportunidad, nadie sabía de tu accionar, la manera tan brillante de sacrificar peones para mantener la reina en pie. Mientras tanto yo moría un poquito por dentro, se me hacían trizas las entrañas y tú no eras inmune a ello, no pasaba nada en esos bellos ojos, ya la comisura de tu boca no subía hasta el punto del amor, la picardía y la sensualidad. Era una sonrisa tan normal como cualquier otra. Así había sido pactado.

Abril. Las lluvias constantes entristecían más mi alma. Tu silencio profundo solo me hacía soñar con el cómo brota del fondo del silencio / otro silencio, aguda torre, espada, / y sube y crece y nos suspende / y mientras sube caen / recuerdos, esperanzas, / las pequeñas mentiras y las grandes... (Paz, 2020), y la manera perfecta de no derrumbarme en las motivaciones que te hacían seguir adelante. Nada había cambiado, sabía que para ganar la confianza de tu rey debías suprimir todo aquello que tuviera relación conmigo. Tenía que ser perfecta la manera en que te movieras a él. Sus miedos ya eran grandes. Parecía inverosímil la manera en que había sucedido.

Mayo. Todo iba muy bien, ya era el invitado especial de un lugar al que nunca me dieron la oportunidad de pertenecer. Entre ida y venida, él se apoderaba de lo que tus bufones tanto cuidaban. La mejor manera de aparentar todo lo que habías plantado se

concretaba en mi lejanía. Un mes más de silencio y el riesgo era tanto, perderte no valía la pena el proyecto. Algo que se fundaba en tu dolor y el mío, unas bases que se corroían en tanto ascendían. Lo más difícil estaba por pasar. Los tres meses largos que me pediste silencio habían transcurrido y no veía la hora del guiño. ¿Un café? Negro, fuerte y sin azúcar.

Junio. Cada vez más confiado el rey se fue acercando a la cuadrícula adecuada, ya no pensaba en lo que tanto le había causado sospecha, bajó la guardia, se acercó a la reina mientras uno de los peones se convertía en caballero, el mismo que alguna vez fue príncipe, peón, bufón, torre. Llegó el momento de recoger los frutos de nuestra espera. Un beso que nadie vio, un abrazo que nadie notó, un recorrido por nuestra piel que marcó nuestras almas nos dejó descansar de tanto aparentar. Fue el más bello día, sudor, lágrimas, sonrisas y una copa de ron Zacapa Ámbar, que se congelaba en el tiempo que el plan se concretaba.

Julio. El rey sigue pensando que está ganando la partida y nada más lejano de la realidad que eso, nadie se mete con la reina, a cada movimiento ejecutado había una respuesta que solo convenía a las tablas de ella, un tropezón, un saludo, una bandera de la paz, un tratado de no agresión. Error tras error que solo demostraba el acercamiento del rey a su posible decapitación, pues es ella quien había planteado el

juego desde hace tanto más que la invitación al encuentro, ya sabía en qué terminaría. Nada más quieto que el tiempo. Me lo enseñó mi reina.

Agosto. Hoy que vuelves, nada ha cambiado. Las risas, los anhelos, las canciones dedicadas al corazón y no al aire se vuelven más comunes en nuestro camino. La cabeza del rey rodando a los pies de la reina, que nunca quiso estar ahí, solo permanecer al lado de ese que le dio todo y sacrificó su más preciado tesoro para hacerla feliz. La sonrisa vuelve a su normalidad. Y ahora, ¿qué?

53.22

Versiones sobre el culpable

Había comenzado a pensar en el día en que no tenga una palabra para ensuciar un papel y no pueda extraer la inspiración de mi memoria; sería el día en que recuerde al brillante maestro Hemingway.

Tocaba cruzar la avenida Nutibara para llegar a una calle angosta. Una calle de gente rica, que observaba desde sus terrazas y balcones una muchedumbre de jóvenes universitarios compartiendo un porro de marihuana, cervezas y cigarrillos. Había de todo en la universidad. Estaban los literatos que nunca invitaron a un taller o tertulia; los filósofos que se sentaban a fumar y a discutir sobre el tipo de idealismo que se ajustaba a su personalidad; los teólogos que andaban en fila india por el campus; los de comunicación social que miraban por encima del hombro; los de derecho hablando de cuánto costaba el semestre en voz alta; los ingenieros borrachos por sus propios vinos; los diseñadores que parecían venir de Narnia; quizá los de licenciatura en artes no existían.

Para algunos la universidad privada fue una oportunidad, un privilegio para superarse. Para otros era la cuna que papi y mami podían pagar porque eran demasiados brutos, excepto los becados. Daban la

cara. Asimismo había maestros admirables, esos que causaban pavor a los pusilánimes, y también de esos que probablemente sacaron la maestría o doctorado de una tapa de gaseosa. Hélix, no sabía si fuiste a la universidad o si pertenecías a la clase trabajadora que ha construido la base de *Cygnus*. Yo, particularmente, confiaba en personas del común que en gente con grandes títulos.

Y entonces después de cinco años llegaba el día de graduación. El título nos hacía llamar colegas por siempre. Nos hacía pensar que estábamos dentro de otro círculo social. Servir a la comunidad y honrar el nombre de la *alma mater* eran parte del juramento de todos. Lo hice en vano. Al final ¿eso para qué servía? Nadie podía predecir los tropiezos que traía el futuro. En fin, el tribunal buscó las pruebas para declararme culpable y mi abogado me había propuesto alegar locura y claramente me negué a hacerlo, atribuyéndome la autoría del crimen.

Renuncié a mi ego. Tuve las herramientas para defenderme como hacen cobardes que tiran la piedra y esconden la mano, pero reconocí que pertenecía a los deshechos humanos. Así era el Juzgado 7 de Tenerife: frente a mí estaban los tres jueces; yo a la izquierda de la sala con mi abogado asignado; a la derecha el fiscal y mi exsuegra. Detrás de nosotros había pocos asistentes.

—Orden, por favor –dijo la jueza del centro de la mesa—. Hoy damos paso a la audiencia del expediente 7721 de 1987 de exposición de cargos contra el señor Jaime Bertono Olapa como principal y presunto asesino de la joven Carla Rubiano García. En segunda instancia, se revelarán datos sobre los cuales la Fiscalía se basa para las acusaciones y finalmente tomar la decisión de las medidas cautelares.

Bíblicamente el número 7 había sido considerado un dígito de la suerte. Siete reos en una celda, 27 años, siete años, expediente 7721 de 1987. ¿Acaso se había convertido en un símbolo que significaba algo en mi vida, un fiel compañero para jugar la lotería? No lo sabía. La voz de la jueza era inaudible, no comprendí lo que estaba diciendo de mí.

—Carla Rubiano García, mujer de 26 años asesinada brutalmente con arma blanca a las horas de la mañana del día 25 noviembre del año pasado. El cargo de homicidio en grado de parentesco contemplado en el Código Penal, en el artículo 98, parágrafo 12, es un acto punible que equivale a cuarenta años de media intramural

¿Cuarenta años? Eso era casi como 15 000 días encerrado, aguantando hambre y frío. No era mentira que maté a mi novia en un ataque de ira, y tampoco lo estaba negando. No supe qué decir ante tal conde-

na. Al parecer no tenía voz para defenderme. Pero fueron los hechos que relató la jueza los que impresionaron, porque desde mi perspectiva había sido paupérrima mi descripción ante Gladys.

—La señora Eugenia Rubiano testifica que el presunto asesino le arrebató el cuchillo, amenazó a ambas con quitarse la vida y, acto seguido, saltó encima de Carla para degollarla. Hay que reconocer el dictamen forense que muestra la necropsia de la víctima, y confirma que la mujer sufrió una herida en la garganta y diecisiete puñaladas entre la zona del cuello y la nuca. Esto compromete las venas yugulares y otros tejidos.

Por si no sabías, Hélix, la sangre era otro tejido del cuerpo. Seguro otra cuestión que te inquietaba era que ¿por qué yo contaba fríamente semejante barbaridad? A lo mejor estabas pensando que un ataque de ira no era suficiente para matar a alguien; tampoco lo sabía. Fue una reacción ante la repentina confesión de ella, además, la ansiedad causada por el desempleo acosaba mi vida cada vez que me sentía inútil.

—La amiga de Carla, testigo de la Fiscalía, tiene unas confesiones por escrito de la víctima. Lo expresó textualmente así, abro comillas: "Este tío me tiene harta; me pide explicaciones de todo; el otro día quemó mis cartas; estoy a punto de echarlo de aquí; ya tengo miedo; me exige que llegue a una hora exacta todos

los días; dice que se va a matar donde sepa que ando con otro; siempre me dice: si no eres mía, entonces no serás de nadie. Me manipula". Cierro las comillas.

Podía jurar una y mil veces, amé a Carla con todo mi corazón. Era cierto que no éramos perfectos, pero compartíamos el gusto por leer, beber buen vino y hablar de nuestros planes en el futuro, tener dos hijos. Deseábamos una niña y un niño porque nos parecía sublime la idea de salir a tomarnos fotos. Samuel, sentado en el regazo de Carla y yo con Victoria en el mío. Soñábamos brindarles los gustos y placeres que nunca nos dieron. Cabe recordar una conversación que tuve con ella.

- —Amor, y si viene otro hombre y te promete cosas que no puedo brindarte —dije con un poco de tristeza—. ¿Qué va a pasar con lo nuestro?
- —Eso no pasará. Han llegado y yo solo te quiero a ti –respondió Carla con seguridad—. Es más probable que lo hagas tú, con una mujer bonita y mejor que yo.
 - —No lo creo, amor –le respondí firmemente.
- —Eso dices ahora. Quizá te gusta otra y no quieres decirlo –contestó ella cruzando los brazos–. No me faltes al respeto.
- —Es más, pienso que quieres estar con un hombre con plata que pueda sacarte de aquí y ponerte a vivir en una cabaña a la orilla de la playa —repliqué.

—Por favor, deja el machismo, que igual puede pasar contigo. Venga lo que quiera venir, yo simplemente quiero estar contigo. Y es que tú no lo sabes y ni te lo pensaba decir, pero he tenido las oportunidades, pero no me interesa, no quiero.

Ella fue infiel, otra razón para repartir un poco de culpa para ella. Mi abogado argumentó que yo estaba pasando por una profunda depresión, y que tan pronto como sucedieron las cosas me sentía arrepentido, que los problemas venían de varios meses atrás y que la pena que iba a imputar excedía el uso de autoridad, porque existía algo llamado el debido proceso.

—Yo pienso que su inteligencia y recorrido académico como docente e investigador, con galardón universitario y artículos sobre el aprendizaje del inglés como segunda lengua, demuestra que usted es una persona letrada. No obstante, considerando los hechos, puedo decir que usted es un tipo frívolo y calculador —aseveró la jueza—. Tan pronto observó que estaba parado sobre la sangre de Carla, se autolesiona levemente la arteria carótida con el mismo cuchillo. Ante tales pruebas, ¿cómo se declara?

Me arrepentí de no experimentar las mismas sensaciones de los jóvenes universitarios de aquellos tiempos. Jóvenes que solían sentarse en la calle de casas elegantes, sus risas y charlas sin sentido, el olor a juventud, la poesía, los partidos de fútbol a todo volumen. Imágenes que pasaron rápidamente por mi mente. Tal vez debí haber seguido el consejo a mi primo el sidoso, quien comía del plato y volvía a casa como perro ingrato; la misma estrategia que le apliqué a Mmoeira.

- —El acusado se declara culpable, honorable juez —dijo mi abogado—. Empero, este joven ha sido violentado y, desde luego, el Estado está en su deber de asignarle un hogar de paso para el cumplimiento de su condena. Su doble nacionalidad le permite tener beneficios en este país. No hay que hacer caso omiso a las pruebas médicas que revelan su condición de enfermo de VIH, puesto que es un riesgo volverlo a ingresar a este centro penitenciario.
- —Objeción, señora, juez —dijo el fiscal—. Este hombre llegó a vivir en la casa de la señora Eugenia Rubiano y su difunta hija, por tanto, no cuenta con vivienda propia y tampoco dinero para pagar alquiler. Señora juez, tome en consideración que este hombre cometió un acto feminicida y es un peligro para la sociedad civil. Además, la seguridad de la señora Rubiano está en riesgo, puesto que el señor Bertono podría atentar contra ella.
- —¡Respetada jueza! —exclamó mi abogado—, el dolor y enojo es una mezcla que lo transfiguró en otro ser. Sin practicarle exámenes psicológicos, él es una persona pacífica. No hay pruebas que demuestren la veracidad del testimonio de la señora Euge-

nia. Incluso ella podría estar implicada en el propio asesinato de su hija.

—Pese a sus explicaciones de la defensa y, por supuesto, aceptar los cargos no es suficiente. Ahora bien, sabemos claramente que el señor Bertono fue capturado in fraganti. Teniendo en cuenta el escrito de puño y letra de Carla, y la investigación de la Fiscalía que proporcionó las pruebas del daño al cuerpo de la víctima, no tengo otro motivo que dictar una medida de aseguramiento intramural por el delito de homicidio. Este hombre es peligroso. Por eso determino que el señor Jaime Bertono Olapa de la cárcel debe ser enviado al centro penitenciario Los Necios para que pague treinta y tres años allá —sentenció la jueza con el martillo sobre la base.

Volví a la misma cárcel donde comenzó esta historia. Hélix, durante estos meses le hice saber mi estado mediante cartas gracias al tipo que constantemente estuvo conectándome. Fue quien había propuesto enviar las cartas. Era un compañero de la universidad. Su religiosidad era su fuerte, pues siempre me consolaba a través de citas bíblicas, diciendo que oraba por mí, por mi libertad y sanidad espiritual. En esta celda, pensé que Dios se olvidó de mí, pero al menos estabas tú y este hombre quien se hacía llamar Siete.

Bertono Olapa.



S

Huellas del ayer que olvido sin placer

Mi madre nunca regresó y con el tiempo dejé de asomarme al balcón, pero no perdí la esperanza de volverla a ver (Valencia, 2019)

Después de sus sinceras respuestas, parece que en *Cygnus* no ocurre nada que explique mi olvido. Durante meses traté de convencerme de que mi problema se debía a una falla en los engranajes que nos hacen existir. Pero no. El problema soy yo. Siempre lo fui y siempre lo seré. *Cygnus* solo nos observa con atención. No nos juzga ni nos ayuda, pero nos absorbe en su naturaleza carrillera. Las carrilleras se aprovechan de los seres disfuncionales como yo y hacen lo suyo. Definitivamente algo pasó y seguirá pasando en *Cygnus*, pero creo que ya no me interesa seguir escarbando. Ya siento el peso de mi existencia, tal vez son los inicios de comenzar a ser un viejo.

Un experimento. Una carta. Muchas respuestas. Muchas dudas. Una sola emoción por escribirles. Las redes me envolvieron al leer sus respuestas. Sus pedacitos de vida compartidos interpelándome. Varias cartas más, menos respuestas cada vez. A medi-

da que narrábamos nuestra *Cygnus* unos se alejaron. No supimos más de ellos y supongo que aquí solo quedará la incertidumbre. El silencio áspero terminó siendo su única presencia. No los culpo, entiendo la atracción que ejerce el encauce carrillero; sé cómo funcionan las rutinas y también los deseos de no querer darle más vueltas a lo que pasa a nuestro alrededor. Hoy lo comprendo más que nunca. Olvidarse de *Cygnus* es una idea tentadora.

No se imaginan la liberación que alcancé luego de mi confesión. Enfrentar mi memoria fue clave para desenrollar el infaltable nudo en la garganta que me ahogaba desde que inició nuestra correspondencia. Soné con el nuevo amigo de Albireo, Caronte, diciéndome lo mucho que disfrutó el viaje con mi hermano de vida, escuchando sus ocurrencias y el nombre del último rostro que vio. Parece que Albe le pidió que no me esperara todavía, que me dejara seguir en mi propio viaje. Claro, Albe no supo nada de lo que pasó después y tampoco de mi desánimo por seguir indagando. Albe pensaba, como muchos, que la muerte es como un viaje. Pero también sé que unos lo ven como un viaje de no retorno y otros como un viaje de renovación; que te regala una segunda, tercera o vigésima oportunidad de llegar a un mismo lugar, tal vez a cumplir una misión o llenar un espacio. Tal vez el viaje ya le llegó al viejo Hélix.

Hubo otro clic, otro gatillazo, otra vuelta de reloj que me hizo responder al vacío que dejó mi confesión. Era un vacío sereno, tranquilizador; un vacío al fin y al cabo. En la mañana de ayer, mientras me dispuse a terminar con mi ritual del desayuno, la arepa con aguacate ya no me miraba con las mismas ansias de siempre. Cada trozo verde perfectamente pelado y cortado se despedía de mí. La maleta quiso abrirse y la puerta comenzó a jadear. Me di cuenta de cómo todo a mi alrededor me sugirió la partida de aquel lugar que me gritaba asesino.

Queridos destinatarios, hoy cargo con la tranquilidad de que con ustedes tuve coraje. Fui sincero, me despojé de mis mentiras, me desnudé ante ustedes, olvidé mis ilusiones, mis mitos y replanteé lo que soy y lo que niega mi vida. Parece que el viaje me pide, me elije. Parece que pasé la prueba para por fin emprender otro camino. Hoy solo sé que nada hubiese sido posible sin sus lecturas y letras regaladas desde alguna parte.

Al escribirles esta última misiva ya nada importa. Tal vez estoy ante un reinicio del tiempo, un microrreinicio al que todos tenemos derecho en la vida. Ya no quiero pensar en Albe, en su recuerdo amargo y en la vergüenza que me persigue. Ya no quiero cargar con sus historias, ni contarle mi vida a nadie. Ya no quiero querer matar a Najevat por no entenderle

sus textos enredados; o lidiar con los reclamos de mi ausencia ante Vulpina; o tratar de que Concha me perdone por obligarla a escarbar la memoria ajena; o no desesperarme al leer la ingenuidad de Jules; o imaginar tomarme un café con Gonzalo y hablar de la existencia. Si bien es cierto que, aunque ya no quiero nada, debo admitir que extrañaré algunos de sus pedacitos de vida hechos papel. Así como la valentía que agradezco de Bertono que tanto me faltó al comienzo: su historia hecha verdad ante nosotros y la justicia; o la capacidad de Conrado y Tamashi por sacarme del único cuadrito que conocía, haciéndome vagar por callejones de una Cygnus que no creía posible. Siempre recordaré mi noche con Mmoeira cuando aprendí que existen incontables historias de otras realidades esperándonos a la vuelta de cualquier esquina. Mmoeira queda guardada en mi pensamiento como una gran dadora de respuestas.

Antes de dar un adiós, no me iré con el silencio de tus preguntas, Alina. Creo que vivimos con la intención de ser un gran espectador ante las vicisitudes de este plano existencial. Nos llenamos de propósitos para argumentar las acciones en las que sucumbimos, pero siento que nunca los hubo. Las cosas siguen el orden del espacio y el tiempo, así son, y para no sentir el vacío de un mundo sin propósito, nos inventamos razones para que algo, finalmente, signifique. Nada tiene ningún sentido. Quizá en el viaje

venidero esté la respuesta a lo que tanto acongoja a las personas. La muerte es severa, pero calma la incertidumbre de esta.

Es tan simple como esto: en esta vida ya no quiero ser Hélix, ya no quiero vivir en *Cygnus*. Ser Hélix ya no me gusta, fue muy demandante y agotador. Tengo ganas de aprovechar lo que me brinda escribir esta carta. Quiero ser otro Hélix o tal vez un Fawaris, Giennah, Ruchba, o cualquier otro que me toque. Me voy entonces hacia el reinicio del tiempo.

Uno más, vagando por las constelaciones de las dobles caras y de millares de estrellas sin nombre, H. D.

SAG La última faena

Mira, Hélix Deneb: no sabes lo difícil que se me volvió escribirte. Mi motivación era nuestra tensión, ponerte incómodo, ser irreverente, pero desde nuestro último desliz nada es lo mismo. No perdonaré tu ausencia del Hurak. Acepto que tejí complejas ilusiones contigo. Leerte me afectó, escribir aún más. Lidié con un torbellino de sentimientos antinaturales. Me obsesioné, te deseé, te soñé, te aclamé, me enfermé, me cegué, te perseguí y, al fin, dejé mis ruegos a un lado. Con tu partida, lo único que queda es olvidarte. Ya nada tiene caso, Hélix de mis desilusiones, me dejaste con las malditas ganas de follarme a un escritor.

Nunca comprendiste por qué anhelé tanto tu visita. Sentí que serías un proyecto interesante. Para mí era clara tu urgencia de un buen polvo para descargar todo ese estrés. Ya sabes que todo en mi vida tiene que ver la coquetería, la seducción, lo instintivo. Miro a mi presa, voy al acecho, la despedazo a besos y aruñones; succiono su locura, le arrebato el aire, la llevo al límite. Algunos lo llaman felicidad y casi nadie se resiste al disfrute de la sexualidad, pero tú eres un caso que ni siquiera puedo nominar. Hélix, la vida no tiene sentido sin las escapadas hacia el placer. Para el sexo siempre habrá tiempo.

No sé si lo que siento es rabia o decepción. Te mostraste como un temerario, pero no eres más que un cagalindes. Te inventaste un cuento chimbo de que algo pasaba en *Cygnus* y al final revelas que el problema siempre fuiste tú. Me cuestiono sobre la existencia del propósito de este lleve y traiga mensual. Mira, Hélix, está mal poner a escribir a la gente. Crear turbulencias en aguas mansas, recinto infinito de memorias náufragas, es contraproducente. Por tu culpa quedó un océano convulso, ahora flotan desechos descompuestos en medio de nuestros días.

Ya nada importa porque ya te fuiste, quién sabe a dónde diablos; lo peor es que dejaste la inutilidad de tu experimento en el aire y el vacío profundo por tu rechazo irrevocable. Es injusto escribir una respuesta a tu adiós al saber que mis palabras quedarán flotando en el infinito denso.

Me quedan de consuelo Daniela y el Compae. Daniela será vagabunda, pero siempre volverá a irrumpir silencio diurno del cabaret. Ella y mis otras sofistas del sexo seguirán acompañando mis noches frenéticas. El Compae puede ser un perseguido, pero el cabaret siempre será su refugio. Él sí me quiere en su cono sur, él nunca me rechazaría. Confío en que ambos llenen los rincones fríos de mi habitación y de mi alma. Supongo que conformarme también sería una acción precisa.

Por fin se nos acabó el tiempo. Bueno, ya te cumplí, Deneb. Aquí tienes tu despedida. Soy Vulpina Sadir y ansío olvidar este episodio agridulce.

La última cita

¡Guau! Se ha acabado ¿No? Tuve que meditar un poco, le di múltiples vueltas a la *esperansia*. Aunque la decisión fue tomada desde que concebí la cita, de tu última carta: "Durante meses traté de convencerme de que lo que me pasaba se debía a una falla en los engranajes que nos hacen existir. Pero no".

¿Sabes? Quizá toda esta dinámica fue un capricho, un juego para ti, diversión para mí. Delirios del ego propio. Una puerta que se abre o una ventana que permea el ingreso de la luz.

Creo que le encaja la palabra "aventura". No digo que seamos amantes entre los que participamos, pero algo de complicidad permitió que se diera todo. Fuiste ese líder criminal que tuve que seguir más por su capacidad de guiar que por amor a su causa, y las revelaciones de último minuto confirman eso.

Ya he sido sincero contigo en cartas anteriores, sin embargo, siempre hubo algo de mentira. No me malinterpretes, no fue a propósito. En parte sucedió porque yo tampoco fui honesto conmigo mismo. Me encerré en un círculo de mentiras, que al final me consumió y evitó que saliera de ahí. Hasta hoy.

Empezaré por revelarle cosas, Sr. Deneb. O Hélix. Lo dejaré en Hélix, porque, como verás, me he hecho a la idea de que tenemos cierta confianza ya. Tomé al menos seis de las libretas que aún me quedan, las empaqué en un bolso junto con algunos bolígrafos y la impresión de tus últimas dos cartas. Entonces salí de mi casa, destino al Voltaire. Aunque ni me percaté adonde debía ir, y allí estaba... caminando. Es verdad, en su momento viajé por muchos lugares, y llegué a conocer a Aranjuez, Metrallo, y otras ciudades como la palma de mi mano, incluso me atrevería a decir que he conocido esta Cygnus que te atrapó y donde nos envolviste. No obstante, ya han sido largos años desde que eso sucedió, esta vez, estaba fuera y me sentía como pisando tierra nueva, como conociendo el mundo por primera vez. Por eso, me detuve.

Había una banca a mitad de camino a ninguna parte, me senté allí, leí más de mis libretas, releí sus cartas. Y al igual que hace unos días, mi mente empezó a maquinar, algo que pensé era una historia para otra libreta, resultó siendo una realidad que me estaba ocultando a mí mismo. Todo a causa de un clic en las neuronas al leer de tu puño y letra: "Ser Hélix ya no me gusta, fue muy demandante y agotador".

Te voy a explicar varias cosas, Hélix, para que me entiendas antes de irme. Me parece lo más cauto, lo más consciente con mi propia resolución. Sé que leerme se siente como seguir un hilo con fragmentos cortados. Y espero darles claridad y continuidad ahora.

Primero, mi presentación. No siempre me llamé Najevat, antes era Rafael Castro. El Sr. Rouniusee era un personaje en sus inicios, solo que me lo tomé muy a pecho. No fue demandante ni agotador, aun así, es solo la proyección de mi gris interno. Y ni siquiera es una idea propia. Me doy asco.

Revelación 1: *Najevat Rouniusee* es un anagrama de *Un viajero ausente*.

Simple. ¿No? Hay varias cosas que giran alrededor del nombre, si asignas un número a cada letra del alfabeto y cuentas lo que suman en el nombre Najevat. Un total de 14 para la ene, 1 para la a, 10 para la jota, y así sucesivamente. Al sumar todo, obtienes 57. Y de ahí viene la edad de Najevat. Aunque para ella eso hubiera sido mucho, así que lo dividí a la mitad: 28,5. No suena mucho a una edad, ¿eh? Entonces lo redondeé a 29. El 19/07 es real, lo tengo tatuado en la pierna derecha, solo ajusté el año para que coincidiera con los 29. Aunque lo cierto es que mi edad es realmente 65.

Revelación 2: A los 50 sufrí un accidente de trabajo, y eso agravó una condición mental que poseo.

Por esos días aún trabajaba con ella. ¡Vaya, qué días aquellos! Aunque la historia no es muy bonita y no me gusta recordarla en detalle. Dejémoslo en que ella cumplía operaciones manuales y las mías eran más orales. Estábamos en planta y un equipo se desplomó, sufrí un par de fracturas y toda la experiencia fue muy traumática, me tornó en alguien precavido y asustadizo. Además, durante mi diagnóstico me confirmaron que soy diabético. Eso no sería tan problemático si no fuera por los problemas de demencia que poseo. Tú ya me has tildado de hipocondriaco, pero esta vez no estoy mintiendo, te daré más datos en otra revelación, esperando poder convencerte de ello. Y ella, pues... más tarde te lo comentaré.

Revelación 3: No lo pude poner en la edad, pero sí separé las 57 libretas que hicieron falta para que encajara con el número.

No es mentira que me gusta escribir, y sí guardo miles de libretas. Tal vez desarrollé alguna sociopatía tras el accidente y empecé a compilar recuerdos. Dejé de confiar en la gente.

Revelación 4: Todo lo del Amargo Centauro es real. Solo estaba codificado, por mi propia seguridad, por mi propio miedo.

De pronto se me fue la mano con los acertijos que escogí, perdón por eso Hélix. En ese momento era lo correcto desde mi punto de vista. No te preocupes, ahora tengo aires para decir que lo correcto es revelarte esas dudas y darte respuestas. Ahí te va, un párrafo por idea, como en esta carta.

El "Antiguo Calabozo para Hipermentales" no es más que el actual Comfama de Aranjuez. No sé si seas muy joven para saberlo, pero ese lugar antes era un reconocido manicomio. El resto de las indicaciones presentan características del lugar.

El "boulevard húmedo" es una forma de hablar de las piscinas presentes en un ala específica del edificio, la siguiente idea de prisioneros y abarrotes representa la biblioteca resguardando los libros, luego está la idea del espejo en el "consejero preferido de la bruja de Blancanieves" donde te digo que vayas al norte, pero en realidad debes seguir al sur.

Justo en esa salida del Comfama te encontrarás "Al maestro doble apellido" en el Instituto Maestro Guilermo Vélez Vélez; si estás frente a él, deberás caminar a tu izquierda, que está a la derecha del Instituto, y allí buscar el colegio de monjas Emilia Riquelme.

En este punto, la indicación era encontrar la heladería en la esquina con nombre Dosanti, de ahí mi insistencia con la i y seguir por la calle en diagonal hasta el negocio titulado Crazy Love, de ahí el "enloquecido amor".

Otro indicador de posición era la Iglesia Cristiana Ministerio Visión Familiar, al menos a eso me refería con "la fe en comunidad que se alza a tu derecha", y en la esquina de esa calle hay un negocio llamado Las Patatas, que claramente refiere "al palacio de los tubérculos fritos".

El párrafo siguiente solo indicaba que tendrías que subir tantas cuadras, como comas había en él, siempre fijo a las divisiones al lado izquierdo de la calle, siendo en total ocho.

Ahí llegarías a la avenida Venezuela o ¿debería decir "país vecino"?, donde debías girar en búsqueda de un café llamado Café Kiron, que se refiere al centauro Quirón, de la mitología griega, o, en mis palabras, el "amargo centauro".

Lo sé, solo alguien que hubiese recorrido *Cygnus* lo suficiente podría llegar allí con facilidad, aun así, procuré que, si tuvieses que seguir el recorrido en una plataforma como Google Maps, te aparecieran los nombres de todas y cada una de las referencias que retraté. Aunque entiendo que seguía siendo difícil. Sigo siendo un soñador, al parecer. Guardo la

certeza de que ella hubiera entendido todos esos lugares, pues alguna vez los recorrió conmigo.

Revelación 5: La numeración de las libretas tiene un sentido astronómico, por eso es mi obsesión con los números.

Al principio descarté a varios para asignarles mis libretas, no es nada personal, simplemente no conecté con ellos. Y bueno, no sé porque digo mis libretas si en realidad todas son de ella.

Lo importante del caso es que me encargué de entregar minuciosamente las libretas cuyas constelaciones me hicieron pensar en sus personalidades. El listado explicado te lo dejo a continuación:

La #1: La Osa Mayor, que servía a los navegantes para ubicar el norte con precisión. Tenía que dártela, Hélix. Fuiste mi guía en este recorrido, y te he dado mi respeto, mi confianza y admiración.

La #2: La Osa Menor, que permitía ubicar a los navegantes en el tiempo del año sin necesidad de usar calendarios. Claramente, Conrado era el indicado, su fijación por el tiempo era la viva imagen de los *viajeros* que estaban en la necesidad de conocerlo.

Para las chicas me basé en las Pléyades de la constelación de Tauro, ya que eran un cúmulo de estrellas muy luminosas, así como sus historias fueron faros en mis momentos de lectura. Las siete estrellas en orden descendente de magnitud las había asignado entre mis libretas #7, #14, #21, #28, #35, #42 y #49; la #56 pertenece a Tauro. De esa manera, Vulpina, Gala y Alina están representadas por Astérope, Celeno y Taigete, respectivamente.

La #10: Crux, conocida como la Cruz del Sur, es la más pequeña de las constelaciones. Sin embargo, como si de tu antítesis se tratara, era una constelación útil para señalar el sur. Por eso se la di a Tamashi. Porque, en vez de guiarme, me identifiqué y me sentí igual de perdido con su presencia.

La #0: *Cygnus*, conocida como la Cruz del Norte, allí te encontré, y por esa referencia a tu nota al pie: "Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H.D"., fue que ese volante quedó en dicha libreta.

La #8: el Boyero, siempre me sonó parecido al viajero, además, tiene la curiosidad de que la citó Homero en la *Odisea*, curiosamente, se nombraba allí como una estrella de mal augurio para los navegantes y, aun así, era perfecta para orientarlos en su seguimiento por la Osa Mayor. Por tanto, qué mejor constelación para representar mis deseos de seguir tus dinámicas.

Revelación 6: Mi enfermedad me matará algún día, eso está claro.

Cuando viajaba, solía mapear todo y guardarlo en casa, también escribía sobre los lugares que visitaba. Hasta que ocurrió el accidente, desde ese día Najevat me empezó a consumir. Ese Rafael que evitaba salir de casa a menos que fuera estrictamente necesario se refugió en la soledad y el encierro como una capa al peligro del exterior. Una alfombra para ocultar lo que pasó con ella.

Todo ocurría por temor a los síntomas de mi demencia. Durante años olvidaba asuntos puntuales, en lapsos cortos. Cosas como mi nombre, mi edad, mi trabajo, de dónde viene mi dinero, dónde pedí esta comida, cómo luzco, entre otras muchas cosas. Todos estos síntomas se agravaron con los recuerdos de ella, perdía la concentración y me sentía cada vez peor.

Para controlarlo recurría a la medicación, a la escritura y hacía terapia leyendo las libretas de ellas. En eso me ayudó Najevat. Su mera existencia me hacía estar más calmado, pero, cuando me atacaban las memorias de ella, perdía la cordura. Sentía el vacío de que ella ya no estuviera y me hacía daño. Como aquel

día que me vi al espejo y me asusté. Terminé por quebrarlo de un golpe seco, y así me corté y empeoró mi situación por unos días. Eso fue tu culpa, Hélix, pero todavía te agradezco por ello. Ella también lo haría, pues empecé a recordarla con más fuerza.

Los primeros días fue difícil, era como un asunto de doble personalidad, Najevat, que vivía con tranquilidad en su casa, y trataba de borrar y quemar todos los recuerdos de Rafael, todos los recuerdos de ella. Mientras que, en oposición, ella luchaba tratando de volver a la superficie, aferrada a tus cartas, Hélix. Intentaba recuperarse en este cuerpo gritándole a Rafael. Aunque este cuerpo ya esté condenado.

Revelación 7: La última cita es de usted para ella.

Hoy cuando salí de casa fue porque "me desperté con la seguridad de que tenía que hacer algo para recuperar mi memoria. Luego de abrir los ojos, fui derecho hacia el escritorio y comencé a escribir" este pedazo de la carta, que es lo único que traía preparado, Hélix, lo único que tenía toda la seguridad y serenidad de querer compartirte.

"Hace treinta años ya me casé con la mujer más hermosa que alguna vez conocí, su nombre era Esperanza. La lectura de sus cartas me remitió a ella en repetidas ocasiones, a pesar de ello, tuve que esperar este momento para recordarla con precisión. Supongo que fue la *esperansia* esa que me seguía, el fantasma de su existencia en mí, que no lograba aceptar. Yo trabajaba como consultor de seguridad en una empresa a las afueras de *Cygnus*, y ella era una operaria de maquinaria pesada en la misma industria. Después de varias fechas conociéndonos al salir por Aranjuez después de trabajar, pues era un lugar común a nuestras infancias. Terminamos por enamorarnos entre risas y besos apasionados, lo que nos llevó a casarnos un 19 de julio. Fui tan feliz que lo tatué en mi pierna derecha, una marca de felicidad que terminaría manchada por dolor y muerte.

No le daré más rodeos a esto, Sr. Deneb. En la víspera de nuestro quinceavo aniversario, el 16 de julio de 2015, un equipo que había acabado de pasar por una reparación fue revisado con precariedad por un compañero de calidad de la empresa. Yo iba con ella a acompañarla a utilizarlo, era un montacargas para organizar unos espacios de la empresa, en principio, el equipo menos peligroso. Me despedí de ella con un beso y, mientras se apartaba en el equipo, la vi levantar unos cargamentos con facilidad. Sin embargo, en ese momento, cuando la plataforma levadiza del equipo comenzó a subir, se escuchó el crac rotundo de la estructura del montacargas que comenzaba a ceder. Esa fue la última imagen que vi de ella, miedo y desesperación. Yo corrí a intentar ayudarla, pero solo

logré presenciar en primera fila cómo su cuerpo era aplastado despiadadamente por los barriles de media tonelada de peso. Tampoco salí librado del accidente, un par de fragmentos del equipo ya resquebrajado me perforaron y golpearon, no sabría decir si fue ese un milagro concedido por el Señor, pues sobreviví al impacto, o si fue acaso una maldición del diablo, pues tuve que vivir después de ello. En adelante no recuerdo más de ese día.

Recuperé la conciencia al día siguiente con un brutal dolor de cabeza, y algunos órganos peligrosamente comprometidos, estuve al menos dos meses más hospitalizado. Y cuando me dieron de alta, me explicaron que el cuadro de las cirugías me había permitido sobrevivir, pero mi cuerpo ya no funcionaría a su misma capacidad. Eso no me importó, la imagen que me perseguía de su cara asustada y su cuerpo convertido en una mancha roja en una fracción de segundo, ese era mi verdadero problema.

Por un tiempo me culpé, aunque al final la culpa legal cayó sobre su compañero, yo gocé de una indemnización por parte de él y la empresa, que aún me mantiene con una vida sencilla, aunque no sé si "gozar" sea el verbo correcto.

Las libretas en mi casa eran todas de ella, siempre le gustó escribir e inventar personajes, también adoraba leer y tenía muchos libros en casa. Lastimosamente, para un año después del suceso, ya había quemado casi todo, no quedaba nada de sus libros, pues me recordaban mucho su sonrisa y tranquilidad al leerlos. Y tan solo había guardado algunas libretas, pues, como ella, sí disfrutaba de escribir.

Supongo que siempre me he servido de quemar las cosas para hacer catarsis, de lo contrario no estaría vivo, no me permitió superar su muerte, pero sí sobrellevarla para no desear la propia. Y así fue, a mí mismo no podría quemarme, no tenía el valor para hacer eso, tampoco me parecía un buen final, entonces me agarré firmemente a sus escritos. Ella solía comentarme sobre sus personajes y sus ideas, aunque yo ciertamente nunca leí a cabalidad sus novelas o cuentos. Pero tenía un personaje, basado en mí, no tenía nombre, pero su apodo era el Viajero Ausente, en honor a mis repetidos viajes de trabajo.

Así que tomé la libretica de oro, hace alrededor de trece años, y comencé a leer y a enterarme de quién era el Viajero Ausente, que en alabanza a su amor por los anagramas comencé a llamar Najevat Rouniusee y comencé a convertirlo en mí mismo, pues Najevat nunca conoció a mi amada, pero sabía que existía gracias a ella.

Con el tiempo tanto mi condición física como mental ha ido empeorando, y Najevat se ha vuelto tan cierto como mi vida misma, como la ausencia de ella.

Pero ya no, Sr. Deneb, todo este viaje por *Cygnus* y la lectura de nuevos personajes, me han llevado a reencontrarme con Rafael, he vuelto, Hélix, ya estoy aquí. Gracias, hombre, espero poder librarte de mis enredadas letras, por ahora partiré en mi último viaje, y si se me atraviesa, dejaré esta carta para ti en el Voltaire, ojalá Vulpina la haga llegar a tus manos".

Solo queda algo para decir, y así como me he recargado en ti todos estos días, me abriré camino al bosque para vivir mi aventura final, diciendo esto a ella, de mi parte, con la última cita de tu parte: "La muerte es severa, pero calma la incertidumbre de la misma" (Deneb, 2020).

Y como calma... cariño, C. Rafael.

Al fin y al cabo...

Al principio, cuando apenas iniciaba nuestra correspondencia, a la par que yo me descubría a mí mismo a través de las letras, dije que me sentía un nómada. Porque había asumido la "libertad" de cambiar de lugar cada vez que me apetecía, abandonarlo todo e ir en búsqueda de lo nuevo, ser en todas partes y no pertenecer a ninguna, pero estas son solo algunas de los miles de formas de mi cobardía que se reflejan en ese discurso.

Puedo concluir que nunca he sido un nómada, porque, a pesar de que nada tengo y no considero ningún pedazo de tierra como el lugar al que pertenezco, estoy profundamente anclado en mis pensamientos. A esa forma estática que me impide hacer conexiones más profundas con el mundo y sus otros habitantes. O resignificar la polaridad de dar vida o matar; manteniéndome fijo en las ideas anticuadas de huirle a todo lo que potencialmente podría sacarme de mi zona cómoda. Pero tampoco sé para qué escribo esto si la decisión ya está tomada.

También me quiero ir de *Cygnus*. Quiero abandonar este lugar con la vieja y común excusa de iniciar una nueva vida, sentir nuevos aires, empezar de cero.

Pero ahora con una motivación y una fuerza mayor: huir. ¿De qué o de quién? Podrá preguntarse. Pero ¿quién niega que los humanos somos en principio un cúmulo de contradicciones? Eso lo aprendí especialmente con usted. Cuando lo pensaba... como humano, creía que tenía al menos un poco de decencia. Yo le mostré una de las puertas que dan entradas a las partes más misteriosas en mí, y aunque no sé si la palabra "amigo" sea pertinente mencionarla en este momento, sentí que estábamos acercándonos. ¿Y así es como te atreves a terminarlo todo? Consideré muchas veces que probablemente yo era la persona más egoísta que iba a conocer en la vida, sí, yo mismo.

¿Pero usted? Me hizo creer que me escuchaba, que le importaba lo que pasaba conmigo, al menos lo que pasaba en mí. Me logró convencer con sus historias vulnerables, hasta el punto de que sentí que "era de los suyos", de desnudar mis palabras, mis historias. ¿Acaso hizo algo para ganarse mi confianza? A parte de llenar hojas de letras y combinarlas de manera convincente, no veo qué. Quizá fui débil, lo sentí a usted igual de vulnerable a mí, pero qué farsa. ¿Cuántas máscaras tienes? ¿Cuál de todas usabas al escribirme a mí?

No intente responder ni dar explicaciones. No estoy interesado en leer ni una palabra más en la que

usted sea el origen. Y por si alguna vez lo consideraste: no, no me sentí parte de *Cygnus*, no me sentí incluido; y eso hará más llevadero el irme.

Memoria del olvido

Querido:

Una mañana fría, no importa la fecha, ni el lugar, solo importa que es de mañana y que hace frío. Otra vez no hay café, se volvió costumbre la falta de café acá en la casa. Otra vez apareciste en mis sueños, no recuerdo si te lo había dicho alguna vez, pero volviste a aparecer: te entregué una carta, en persona. Recuerdo cada palabra de esa carta y creo que la volveré a escribir, sería un buen final para nuestra correspondencia, será la última carta porque he decidido irme. La semana pasada comencé a empacar lo poco que tengo, a vender los muebles y el apartamento.

Ya vendí casi todo, y el apartamento ya lo han venido a ver unas cuantas parejas, ya te he contado que no tiene la mejor vista, un callejón, pero está bien ubicado y los jóvenes ahora prefieren vivir en el centro o en el campo. No tengo claro a dónde voy a ir, sé que no puedo regresar a mi casita al lado de la cocotera, pero necesito limpiar mis pulmones de tanto hollín de esta ciudad. Creo que voy a extrañarte, no sé por qué, pero voy a extrañarte. Aunque te odié por haberme hecho escarbar en la memoria, creo que en el fondo te lo agradezco. Con todo lo doloroso que

fue ese momento, lograste moverme, lograste sacarme de estas paredes. Así que dejaré todo y me iré a un mar, cualquiera, donde pueda volver a sentir el viento húmedo y salado, donde pueda calentarme los pies en la arena, donde las palmeras me den sombra. No tengo claro qué haré, pero estoy segura de que volver a empezar no será tan mala idea.

En el sueño me despedí de ti con palabras que no son mías, pero que he apropiado como si lo fueran, porque, en ocasiones, pasa por mi lado un recuerdo, y le pregunto si andaba esperando que lo invocara, que lo llamara, eso decía Mejía Vallejo, y desde que hemos empezado a escribirnos, los recuerdos pasan por mi lado, día y noche, se sientan conmigo a la mesa, se acuestan conmigo en la cama, hasta se duchan conmigo... no sé si irme de esta ciudad sea la respuesta, porque seguramente los recuerdos viajarán conmigo, pero el mar hará lo suyo, conmigo o con ellos.

Me despido, querido desconocido, esta será la última vez que me leas, la última vez que sepas de mí. Ha sido un placer doloroso leerte, una dulce tortura, saber de ti y de los habitantes de *Cygnus*.

Hasta nunca,

Concha.



Hoy solo me apasionan la libertad y sus frutos, la negación de la razón y la serpiente lógica. Como ves, estoy ardiendo en la mejor hoguera, haciendo alas de mis viejas cenizas. No sé para donde voy, pero estoy soltando los cables que me tenían anclado a los viejos puertos de mi vida polvorienta. (Arango, 1974)

Querido Hélix:

Todos somos impostores, nos abrimos paso en el mundo vacilando entre las desgracias e instantes de felicidad que hay para llegar a nuestro nicho de muerte.

Decidí dejar esta ciudad, mi pasado y todo lo que me ata a él. He quemado a Alina, y de sus cenizas solo queda el rastro de mi verdadero nombre. Aún no sé quién soy, fui siamesa de Alina gran parte de mi vida, enterrarla ha sido angustioso. Alina fue sepultada con sus mejores memorias, y un poco de *raqs sharqi*; cual concubina prófuga se despidió de su harén. La criminal fue condenada.

Esta ciudad me ha quitado más de lo que me ha ofrecido, ha sido suficiente. He lapidado a *Cygnus* y a

todos quienes pertenecen a ella, incluido tú. Merezco una segunda oportunidad y me serviré de este nombre cándido para explorar nuevos rumbos.

Alina y tú eran personas similares, Hélix. Permítete la liberación, deja ir la agria severidad que te invade, conviértete en un prófugo de la razón como yo, dale consuelo a tu personalidad criminal, reitero, todos somos impostores.

No te culpo ni condeno, Hélix, ni a los otros que, como Alina, fueron víctimas del Azar de tus cartas, los apuñalados por tus letras y tu agrio pasado de tus letras. Entonces, no queda más que agradecer nuestra correspondencia, nuestra complicidad, creo que me has iluminado.

Espero que te encuentres y perdones, como yo lo he hecho.

Hélix, te digo adiós.

Esta vez sin anonimato, con cariño y honestidad genuina,

Alba.

Solo me queda la promesa de un nuevo amanecer.

À jamais

Al principio supuse que estaba entendiendo de manera incorrecta el mensaje que nos querías dar con esta carta. Está repleta de sentimiento, reflexión y recuerdas a todos lo que ocurrió en este breve tiempo. Me parecía como si fuera una despedida, hasta que me golpeó, es de hecho una despedida. ¿Esto es todo?; E serio? Entregas un papel con palabras lindas como una especie de homenaje y esperas que estemos felices con ello. Tal vez se perdió en el correo porque no me ha llegado el reconocimiento por soportar tu experimento hasta el final, después de todo, creí que recibiría algo de ti por ayudarte a recuperar tu memoria, pero solo te vas. No me sorprende, tú mismo lo dijiste, actuaste solo en tu beneficio. Eso me agrada de ti, Hélix, ahora que tienes lo que buscabas, ya no me necesitas. Es una jugada inteligente, me alegra que al menos aprendiste algo de lo que te enseñé, eso sí, se trata de mí a quien no le agradeces por darte una mano, mi tiempo es demasiado valioso y te lo entregué gratis. Lo que me molesta más es que te invité varias veces a tener el privilegio de pasar tiempo conmigo, y así es como me devuelves el favor.

Entiendo que dijiste la verdad para confiarme tu pasado y no debió ser fácil, pero ¡por fin te estabas poniendo interesante! Me estabas aburriendo con esas cartas sobre dolor y enfermedades, hasta que llegaste con una historia que me hizo pensar que no eras del todo una pérdida de tiempo y decidiste volver a aburrirte con tu adormecedora carta de despedida. Considero que desperdiciaste la suerte que tuviste de hablar conmigo; ese es tu problema. Dentro de unas semanas será mi gran concierto con la Royal Philharmonic Orchestra y estaba considerando darte un billet para unos asientos un poco más adelante de lo que te dije la última vez, claro que dependía del atuendo que ibas a usar... el punto es que ya no me vas a ver tocar. Me agradan tus instintos egocéntricos, ambos tenemos eso en común. ¡Pero al menos pudiste decirles a los demás que era tu favorito y el mejor de todos con los que te contactaste! Tal vez tu intelecto no pudo entender lo asombroso que soy para alguien como tú o los demás que respondieron a tu aburrido experimento, de igual manera, te vas a arrepentir. Eso es todo lo que tengo por decir, no me desgastaré más escribiendo para ti.

À jamais,

Jules Leblanc

P. D. La despedida que utilizo es un hasta nunca porque es definitiva, no pienses en contactarme porque no responderé.

Cygnus

Un día en el que sol amenaza con alegrar las mentes de muchos, pero que la lluvia se interpone para hacer más profunda la brecha de algunas soledades.

Querido, Hélix Deneb:

Este recorrido propuesto por una ciudad que hasta ahora se devela ante mí es solo un dolor constante, durante meses he tratado de mantener la actitud carrilera que nos querías mostrar y en la que vivimos durante tanto tiempo. Me aferré a estos tapaojos como alguien que se ancla al amor que alguna vez creyó el único y el de su vida eterna.

Consumí cafés de poca calidad, de llanuras y no de montañas, recorrí otras pieles, otros tatuajes, otros bailes, cuando empezaba a hablar de *Cygnus*, me miraban con miedo y me hacían entender que sus sentidos no estaban preparados para ello. Seguí, como aquel hombre que camina por la calle vendiendo poemas a precio de sonrisas, ese que sabía "que la tierra era redonda, eso lo sabía. Es una esfera, por tanto, y si se avanza en línea recta, se regresa de nuevo al lugar de donde se ha partido" (Bichsel, 1991, p. 9). Entonces comprobé que era muy difícil darles

pistas a todos para que no sucumbieran al camino trazado por aquellos hombres grises; busqué, de forma desesperada, encontrarte en las esquinas de los cuadernos que usas para escribir, en los límites de las hojas trazadas con líneas, en las rayas de las cartografías propuestas, en los mapas y los territorios, en una trilogía y hasta en las sagradas escrituras. Llegaba tarde, o con anterioridad, seguí la estela de tu aroma y encontré a otros que no buscaba, luego vi que dejaste migajas en las esquinas de tu amada Cygnus, esas que para otros eran basura, para mí eran la prueba fehaciente de que no había imaginado todo esto; una vez estuve detrás de ti, al hacerte llamar por el señor de los aguacates, vi la transición de tu cabello y tu cara en el de una mujer que nunca antes habías descrito, no fue magia, eras tú.

Sufro cada día encerrado en cuatro paredes, en un ciclo de veintiocho días que me estremece y me hace más vulnerable que siempre. Me he encerrado en un círculo del tiempo, una cinta de Moebius, una serpiente que traga su cola entre ese día y el primero; cada vez que salgo a la acera, veo al cartero entregándome el sobre de tu primera carta. Unos días le sigo el juego, otros días me escondo para no recibirla. Cuando sucede lo primero, sé qué va a pasar pero no me alejo, correspondo a los diálogos, miro las realidades de eso que nos has mostrado, observo con cautela las caras de todos quienes han decidido

vivir la ciudad. Cuando pasa lo segundo, no soy yo, veo a alguien diferente en los espejos y las superficies reflectantes, camina disparejo, lleva gafas de marcos trasparentes que disimulan el tamaño real de sus lentes, algunas veces sombrero, una barba oscura que empieza a mostrar los rasgos de su edad, o su experiencia, una mirada como la de quienes creen en todo, pero no están a favor de nada.

Todo esto me pone en una encrucijada, vivo en una *Cygellín* o una *Mednus* que divide mi alma en múltiples miradas y personas. Veo una tarjeta de identificación en la billetera de este, no sé a quién corresponde. Vienen a mi mente recuerdos de un tal Charles. Me reconozco como Conrado Luna, camino veintiocho pasos y soy otro; compro una manzana y no veo más el paraíso.



Cygellin o Mednus



—¡Qué bello es el español! ¿No crees? Es una cosa bonita para cuidar, como la vida del prójimo.

Don Hélix, soy Siete y fui quien escribió los dos últimos epígrafes en estas cartas. Conocí a Jaime Bertono Olapa en un pregrado que cursamos desde 1984 a 1986, y yo fui quien lo incentivó a contar su historia porque encontré un aviso suyo en internet que invitaba a participar de su dinámica. Yo aspiré a contar mi vida, pero encontré que nunca me había pasado algo interesante, entonces pensé que era buena idea presentarle a Bertono. Básicamente fui un intermediario para que usted y todos pudieran estar al corriente de la historia de este hombre.

Si bien viví en *Cygnus* casi cuarenta años, tuve la sensación de que esta ciudad perdió a un hijo muy importante. Y no era justificable el crimen de Bertono, pues era indignante, sino que Dios permitió que él replanteara su vida. En medio de esta pandemia que acompleja al mundo, podría decir que este es el comienzo de los dolores de parto de la próxima venida de Jesucristo, y por más que estuviésemos preparados y arrepentidos, no habría un solo justo sobre la tierra.

El año 2020 fue un año muy azaroso y, sin duda, uno difícil por el confinamiento obligatorio para quienes gozamos de libertad. A diferencia del caso de Bertono que estuvo recluido por treinta años, las cuarentenas fueron el gatillo que disparó la bestialidad del ser humano. Hélix, *Cygnus* nunca estuvo excluido de estos acontecimientos mencionados aquí.

La violencia acechaba en los hogares, en las calles, en la mente de los hombres alcoholizados que maltrataron a sus esposas; en los niños que escribieron cartas suicidas explicando que extrañaban ir al parque; en las mujeres que machetearon a sus esposos porque violaron a sus hijos; en los ancianos que decidieron quitarse la vida antes de infectarse; en los bellacos que robaron hospitales bajo la sombra de la noche.

No hubo pudor en los hombres que robaron gasolina y se calcinaron; en la sangre fría de los que asesinaron a sus esposas y, luego, descuartizaron para lanzar los restos a la calle; en la maldad de los que dieron de comer veneno o explosivos a animales indefensos; en las madres que abandonaron a sus niños en la basura; en los hombres que balearon jóvenes en fincas; en los policías asesinos de manifestantes, y en los millones de cabezas genocidas que no se revelan todavía.

Los filósofos declararon 2020 como el año del reconocimiento del verdadero problema de *Cygnus*: la corrupción. Los científicos demostraron el origen del virus en animales. Primero, afirmaban la transmisión de la enfermedad por los murciélagos, luego que venía de los pangolines y ya nadie sabía de dónde. Pero también la ignorancia fue una pandemia que estaba oculta y salió a relucir. La gente que suponía la existencia de un grupo de iluminados inventores de la enfermedad para controlar el mundo. Un mar de noticias desbordó las redes sociales.

Dizque el virus se hizo para crear una vacuna y esta insertaría un chip para control mental, y esta podría esterilizar a las masas para un control prenatal; dizque el contacto de los termómetros infrarrojos sobre la piel provocaba cáncer y otras enfermedades; dizque beber cloro y desinfectante generaba una capa protectora contra el virus; dizque consumir cocaína prevenía el virus; dizque las pandemias se generaban cada cien años; dizque realizar el acto sexual transmitía el virus; dizque tomar leche de camello curaba la enfermedad, y dizque todos habíamos nacido con el virus.

Don Hélix, si recibía esta carta, iba a enterarse de lo que sucedió con Bertono en medio de esta situación emergente. No fue complicado encontrar al susodicho que padeció el dolor de la existencia en una cárcel, tal como algún día injustamente padeció Dostoievski, quien dedicó su vida a escribir en el insoportable frío de Siberia por su carácter. Sabía que

era una comparación salvaje, pero había visto cosas atroces sobre justos e injustos.

Bertono era valiente, contó la verdad de su pasado, aunque fuera imposible limpiar su nombre. Dios lo perdonó por misericordia y borró su nombre del libro de la muerte, aunque en la ley humana la importancia de un nombre limpio dependía del uso responsable de la libertad. Por supuesto que era un privilegio gozar de tan preciada virtud, Hélix. Usted, por su parte, desapareció libremente del mapa. Eso no podía decir cuando encontré a Bertono Olapa calentando sus manos en una pequeña fogata y compartiendo un plato de comida bajo un puente en la Minorista.

Como si no pasara nada, tomó su pipa de PVC que estaba en su bolsillo y la prendió con un fósforo; era la misma escena que había dramatizado muchísimos años atrás en clase, cuando lucía un corte de cabello estilo militar, llevando esas camisas de rayas y pantalones grises con zapatos de marca. Había recordado que era flaco, y de casi dos metros de alto. Esta vez estaba encogido, llevaba un saco gris, una pantaloneta y unas chanclas en sus pies.

[—]Oye Bertono, soy Siete —le dije indiferentemente—. ;Me recuerdas?

[—]No sé quién es Bertono, no lo conozco –respondió.

- —Usted y yo éramos compañeros en la universidad –dije—. Tú eres quien me envió las cartas para Hélix Deneb.
- —Vea amigo, si no quiere que lo mande para la gran puta mierda, mejor despéguela de aquí –dijo batiendo un brazo.
 - —Tranquilo, mi intención no es molestarlo -contesté.
- —Ya lo está haciendo con su presencia –replicó, mientras prendía otro fósforo—. Además, entraste a mi casa sin pedir permiso o decir buenas. ¡Qué falta de educación!
- —Definitivamente eres Bertono –dije, y poco a poco me acerqué—. Me tomé el atrevimiento de venir porque tengo una propuesta para usted.
- —Ya sé a qué vienes... y mi respuesta es no. No me cabe duda, eres un indolente que se lava la conciencia regalando pan amargo. No necesito caridad, ni trabajo, tampoco que me lleven a un centro de rehabilitación.
- —Mi hermano, yo no quiero llevarlo a ninguna parte. Entiendo que este es su hogar –respondí y cuestioné–. Hélix le quiere pedir permiso para publicar sus cartas.
- —Primero, yo no soy su hermano. Segundo, para qué quiero que publique esa porquería, quién leería esa bazofia –respondió ásperamente–. Lo escribí para desahogarme con Hélix.
- —Mucha gente quiere conocer su historia –dije–.
 Por favor, déjese ayudar por una vez en la vida.

- —¿En serio? ¿Eres estúpido o es que te haces? —contestó entre dientes—. No puedes decir "Miren la historia del joven asesino", es el *best seller*, asesinos hay en todas partes.
- —Bertono, quiero ayudarlo de buena manera. Su texto es excelente, pero hay muchas cosas que no concuerdan y no se entienden. Su sinceridad no tiene límites, solo que quisiera saber otros detalles.
- —¿Qué no entendieron? ¿Qué sentía en la cárcel? ¿Eso es? –replicó—. Maten a alguien para que sepan qué se siente vivir en ese lugar. El olor a mierda y semen se te impregna en la piel. Me suicidaría antes de volver.
- —Le habías dicho a Gladys que la mataste de una sola puñalada, pero en la última carta describes la intervención de la jueza, ¿acaso no eres honesto? —respondí.
- —Te voy a decir lo que quieres oír. Viéndome en medio de la sangre de Carla, su olor a muerta fresca, y su abuela horrorizada, me sentí arrepentido y al mismo tiempo satisfecho. No aguantaba verla trabajando, trayendo ropa nueva todos los días y sobresaliendo. Nunca me ha gustado ver a una mujer manejando un carro o luciendo elegante sola. Pienso firmemente que todas existen para limpiar la casa, atender a los niños y a sus maridos. Todas las mujeres son masoquistas, les gusta que les hagan maldades.
- —¿Consideras que tu carácter es el resultado de la ausencia de tu padre? —pregunté.

- —Es relativo. Hay gente exitosa que creció sin padre, como hay gente que vive en la calle. Fui malo desde niño. Mi alma es más negra que el petróleo. Siempre disfruté hacerles daño a los animales y a otros niños, especialmente a las niñas. Robaba al que me diera papaya. Quería ser pistolero, convencer a los demás para salir a matar. Creo fervientemente que todos tenemos un monstruo en la cabeza, un asesino en el pensamiento. Crecí con problemas, pero con una meta, ser el mejor.
- —A veces Dios permite que todos pasemos por dificultades. La historia de Job es un ejemplo de ello. El Señor le dio vía libre a Satanás para que le quitara las riquezas, matara a sus hijos, le enfermara e, incluso, puso a su propia mujer en contra de él. Job nunca maldijo a Dios a pesar del sufrimiento que estaba pasando. Dios le triplicó el doble de lo que él tenía.
- —Para mí Dios es un niño que juega con nosotros —respondió Bertono. Somos sus juguetes. ¿De qué le sirvió la devoción a Mundo mi compañero de celda? Fue quien delató a mi papá. Supe que exportaba droga. Según él, yo no tenía sabiduría. Pero Mundo no tuvo aire cuando lo estrangulé. ¿Cómo puedes responder a eso?
 - —¿Has sabido algo de Mmoeira? –pregunté.
 - —Nada –así se despidió.

Querido Hélix: le debía una sentida disculpa desde el principio. Si algún día nos llegamos a encontrar en *Cygnus*, sería bueno sentarnos en el primer parque de Laureles para compartir un café. Y finalmente usted me ayudaría a tejer alguna historia desde mi imaginación, siempre he sido un hombre solitario, queriendo experimentar cosas que destruirían la vida. Vaya con Dios.

Bertono Olapa.



Por los azares de la vida llegué a tu partida de ajedrez. Como un fiel alfil, seguí las diagonales que procuraste. Con los ojos tapados, seguí las cuatro primeras rondas. De repente, un jaque a la descubierta agobió tu existir. Ya no tirabas los peones al matadero, ya no había jugadas de cambio, tus piezas ahora se convertían en familia. Yo seguí en clavada, defendiendo la incertidumbre de tus letras, pero los movimientos del pasado ya preveían un jaque mate inminente; ingenuos nosotros ignoramos tus pecados.

El tablero se giró en tu contra. La jugada de sostén pretendía salvar los ataques de los más inquietos. Defensa, defensa, preocupación, defensa, jaque, defensa. Las enfermedades del alma gritaban desde lo más profundo del corazón. Así fue como tus propias fichas desnudaron al rey que tanto custodiaste.

En jaque doble descubierto, lloraste por compasión. La sinceridad fue tu reina. Todo el tablero de *Cygnus* dependía del perdón. La torre de Bertono se desmoronó desde su propio asesinato. El caballo de Najevat cabalgó en dirección contraria de su preciado centauro. Y el alfil Tamashi no volvió a explorar. Eres responsable de tu perdición. Eres culpable de tu

egoísmo. Eres Hélix el que inspira, pero condena. El abismo de todos fue el cementerio exclusivo de aquellos que siguieron tu estilo.

¿Así fue como planeaste todo? ¿Tu memoria perdida te manipuló? El rey Albireo en silencio te observó. Te pidió una partida interesante por actuar. Sin embargo, Hélix, la manipulación no fue suficiente para triunfar. Desde la derrota te observo y solo veo el polvo de una desaparición cobarde. ¿Crees que viajar por la muerte te dará la redención que buscas? Pues no es así.

Hasta nunca, jugada de doble filo. No más estrategias dinámicas, no más tiempos forzados. Que el azar nos separe de esta técnica fallida. Jaque mate.

Abrumado, Tamashi.

57.72

Vientos de silencio, infinito y ausencia

Más tarde aún, descenderá el silencio, suave, paulatinamente, como con paracaídas. Y cuando el silencio se tienda a reposar sobre la tierra, de la más grande y pálida de las estrellas brotará una canción.

(Hernández, 1981)

Recuerdo un texto en un antiguo libro que simulaba ser un manual para sobrevivir al silencio. Un tal Michin, ahí en el texto, mencionaba que el silencio se lleva a solas, pero se oculta en conjunto. Te comparto esta memoria porque noté cierta incomodidad de tu parte ante el silencio de mi ausencia. No quiero excusarme, pero en el momento que recibí tus primeros mensajes andaba en un viaje buscando las fronteras de nuestra realidad. Yo soy del silencio de los viajes, de ese espíritu que llega a las habitaciones de hoteles a sellar los labios, callar las bocas y atar los dedos para desconectar la realidad aplastante de los días y dar paso al disfrute de un tiempo descolocado, de un mundo nuevo de olvidos de mar sordo, que nos regala el viaje. Tú quieres leer algo de mí, me acusas de callado, bueno, aquí te regalo esta ex-critura nacida de la magia contradictoria del silencio.

¿De qué silencio eres tú? Hay una palabra griega que significa "la perfección del oyente del silencio" y pienso que tú ya te graduaste en ese tema, porque te llamé con mi silencio y mira, respondiste, supiste escuchar, te supiste intimidar mientras yo te miro desde aquí. Y respondiste, reaccionaste. Me alegra, ahora que lo pienso, creo que era un poco mi intención.

En la música, el silencio es una nota sin ejecutar que sigue siendo nota. Un silencio puede ser una raya gruesa ubicada en ciertos lugares del pentagrama o puede ser un palito con uno o más ganchos que lo identifican de acuerdo con lo que dure la nota a la que corresponde. Alguna vez un hombre me dijo que el silencio es perjudicial, que separa la gente, pero te voy a ampliar un poquito más esa idea: la gente necesita separarse, así como se separan las frases, los compases y los movimientos en una sinfonía; la gente necesita separarse en los espacios blancos del silencio porque así respira y toma fuerza para poder darle a la frase musical la expresión que se merece. Comprendo tu silencio como espacio necesario.

El silencio es inicio y también fin; tranquiliza y genera tensión; rellena espacios y es rellenado por sonidos; es difícil de definir y fácil de percibir. El uno existe porque el otro existe. La palabra nace del silencio, la pausa hace al poema porque desliza las palabras hacia el abismo del significado y al final los

silencios terminan siendo el punto de apoyo de las palabras para que el conjunto no se desmorone. Así que quítate de la cabeza que el silencio es perjudicial.

Es necesario aprender los usos y las variaciones del silencio para sortear episodios como el que has tenido. Concuerdo con Morales (2018) cuando dice que el silencio es "una entidad amenazante, porque puede dar lugar a estados de conciencia alterados, alucinaciones debidas al fenómeno de la reprobación sensorial. Puede dar lugar lo mismo que a la creatividad o la mística que a la locura". Lo que amenaza no necesariamente tiene que ser perjudicial; si algo amenaza es porque altera, y las alteraciones son necesarias para ver las cosas desde otras perspectivas; por ejemplo, desde las perspectivas de la locura que nos invoca a escribir.

Debo reconocer que probablemente me pasé con el lapso que me tomé para darte respuesta, pero no olvides que, para los escritores, el silencio es como el agua: necesario para pensar, para organizar las ideas y para escribir algo "decente". Aunque todo en exceso es malo, pero ¿qué son veintiún días de espera? Así que, desde mi escritorio con silla giratoria, te escribo con las intenciones de que, si has perdido la cordura ante la aparente agresión silenciosa de mi parte, sepas perdonarme algún día. Sigo comprobando que la escritura me sirve como terapia para los pasos que

una vez di, pero ahora comprendo la inutilidad de las borrascas discursivas al no permitirle al amanecer calmar los vientos y aplastar los ruidos con su peso. Finalmente, comprendo por qué optaste por la ausencia.

Vagando en medio de la constelación de *Cygnus*, H. D.



Bibliografía

- Alighieri, D. (1922). La Divina Comedia de Dante Alighieri (B. Mitre, trad.). Latium.
- Almazán, A. (2008). Contar cuentos reales. Revista Mexicana de Comunicación, 21(113), 16-20.
- Arango, G. (1974a). El mar muerto del amor. En Obra negra. Cuadernos Latinoamericanos.
- Arango, G. (1974b). La patada al patíbulo. En Obra negra. Cuadernos Latinoamericanos.
- Aricapa, R. (2015). Comuna 13: Crónica de una guerra urbana. Ediciones B.
- Atlas de las Emociones. (s. f.). http://atlasofemotions.org/
- Baudelaire, C. (2018). Las flores del mal. El spleen de París. Los paraisos artificiales. Penguin Random House.
- Bischel, P. (1991). *El hombre que ya no tenía nada que hacer.* SM.
- Bojunga Nunes, L. (1989). Mi amigo el pintor. Norma.
- Borges, J. L. (1949). Emma Zunz. En El Aleph. Losada.
- Brancciari, E. G. (2010). Memorias del olvido [canción]. En Por lo menos hoy. Estudios Elefante Blanco.
- Cortázar, J. (2013). Clases de literatura: Berkeley, 1980. Alfaguara.
- Fitzgerald, F. S. (2009). El gran Gatsby. Penguin Random House.

- Forero, I. D., Cabrera, J., Londoño, A., Melo, G. y Cano, K. (2019). *Elipsis 2019*. British Council. https://issuu.com/bclac/docs/elipsis_2019__es_
- García Márquez, G. (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Oveja Negra.
- García Márquez, G. (2004). *Memoria de mis putas tristes*. Mondadori.
- Gasnier, L. J. (dir.) (1934). *Cuesta abajo* [película]. Paramount Pictures.
- Gautie, T. (1852). Émaux et Camées: Tristesse en mer. Librairie Gründ.
- Gibbons, B. (1994). Roads [canción]. https://secondhandsongs.com/work/7171
- Goethe, J. W. (1808). *Fausto*. https://www.librosdemario.com/fausto-2-leer-online-gratis/3-paginas
- Gómez Patiño, F., Mejía Holguín, J.P. y Restrepo Hernández, A. (comps.) (2019). *Heteronimias*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Guillén, N. (1984). La calle. En *Las grandes elegías y otros poemas*. Biblioteca Ayacucho.
- Hernández, E. (1981). Unos cuantos tomates en una repisita. En J. L. Martínez (dir.), *Revistas Literarias Mexicanas Modernas. Alcancía. 1933. Fábula 1934.* Fondo de Cultura Económica.
- Hesse, H. (1927), *El lobo estepario*. Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa. bibliotecadigital.ilce. edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/ElLoboEstepario.pdf

- Hrabal, B. (2018). *Una soledad demasiado ruidosa*. Galaxia Gutenberg.
- Huxley, A. (2019). Un mundo feliz. Penguin Random House.
- Jaramillo Agudelo, D. (2012). Antología de la crónica latinoamericana actual. Alfaguara.
- Jiménez, J. R. (2018). Obras. Visor Libros.
- Kundera, M. (1984). *La insoportable levedad del ser.* Círculo de Lectores.
- Laâbi, A. (2017). Desde la otra orilla. Círculo de Poesía.
- Lispector, C. (2014). El tiempo. Cuenco de Plata.
- Morales Gasca, F. (2018, 14 de septiembre). Poética del silencio. En *Consultorio: Suplemento de Cultura*. https:// archivo.e-consulta.com/blogs/consultario/poetica-delsilencio/
- Pamuk, O. (2018). *La mujer del pelo rojo*. Penguin Random House.
- Paz, O. (s. f.). *Poemas del alma*. https://www.poemas-del-alma.com/
- Pérez Joglar, R. J. (s. f.). *La sombra*. https://www.face-book.com/RenePerezJoglar.no.oficial/videos/la-sombra-/725676038271638/
- Pink Floyd. (1973). Time [canción]. En *The Dark Side of the Moon*. Capitol, Harvest
- Saint-Exupéry, A. (2003). *El principito*. https://www.libros-demario.com/el-principito-leer-online-gratis
- Salas, A. (1955). Relación parcial de Buenos Aires. Sur.
- Sinatra, N. (1966). Bang Bang (My Baby Shot Me Down) [canción]. En *How Does That Grab You?* Reprise Records.

\$\$\?Z

Musicología (Markolino, the imposter. Textual Picture Official Soundtrack)

El barrio, Markolino Dimond Lluvia con nieve, Mon Rivera La cartera, Orquesta Harlow El paso de encarnación, Orquesta Harlow Agúzate, Richie Ray y Bobby Cruz Sonido bestial, Richie Ray y Bobby Cruz Un verano en Nueva York, El Gran Combo de Puerto Rico En Barranquilla me quedo, Joe Arroyo No hago más na, El Gran Combo de Puerto Rico Arroz con habichuela, El Gran Combo de Puerto Rico Yo no tengo pena, Markolino Dimond *Brujería*, Markolino Dimond Pablo Pueblo, Rubén Blades Herido, Raphy Leavitt Te están buscando, Willie Colón y Héctor Lavoe Juan Pachanga, Rubén Blades La cuna blanca, Raphy Leavitt Déjame así, Maite Hontelé Pedro Navaja, Rubén Blades *Juanito Alimaña*, Héctor Lavoe El rey de la puntualidad, Fania All-Stars

¿De dónde son ustedes?



SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

ygnus es una obra que se lleva a cabo bajo la práctica heteronómica. Durante este recorrido se pueden observar las crónicas ficcionadas de un grupo de escritores que habitan una ciudad llamada *Cygnus*, esta es la creación conjunta de lugares y personas que habitan una Medellín que crece en paralelo, que se expande y se contrae para narrar los deseos, gustos y sueños de sus creadores. La investigación creación se ha instaurado en los programas de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana como pretexto para la producción científica. Esta obra narra la posibilidad de la existencia en ciudad, la formación del sujeto en la literatura y la necesidad de la alteridad como corroboración de esa formación subjetiva.

